

OBRAS

DE LIRA Y LIRA

Dr. D. MANUEL TOVAR

Arzobispo de Lima

Miembro Correspondiente  
de la Real Academia Española

Sermones y Conferencias

EN LA

Imprenta y Librería de San Pedro

1802

1011101

THE HISTORY OF THE  
CITY OF BOSTON

NO. 1

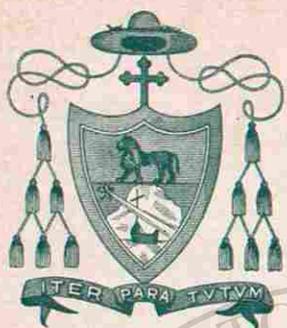
BX1756

.T6

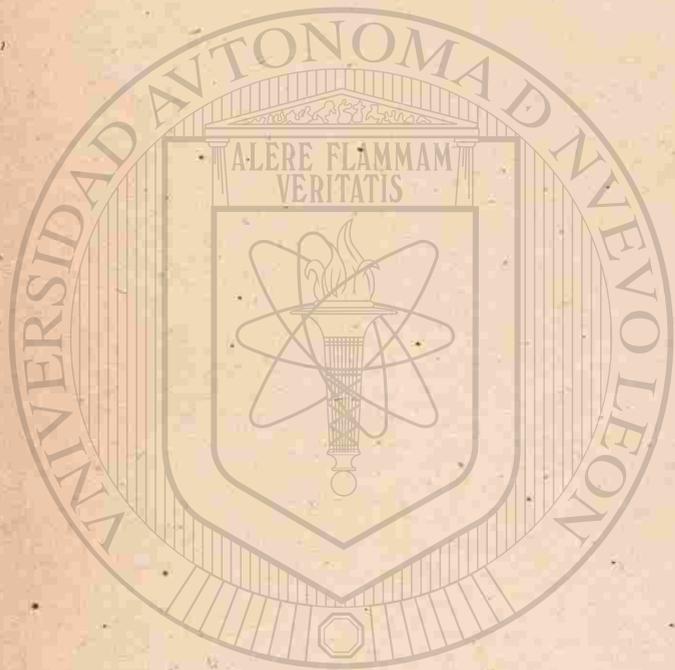
02

v.1

006717



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



OBRAS

DE

MONSEÑOR TOVAR

ARZOBISPO DE LIMA

TOMO I.

SERMONES Y CONFERENCIAS



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA Y LIBRERIA DE SAN PEDRO

Calle de San Pedro N° 932

1904

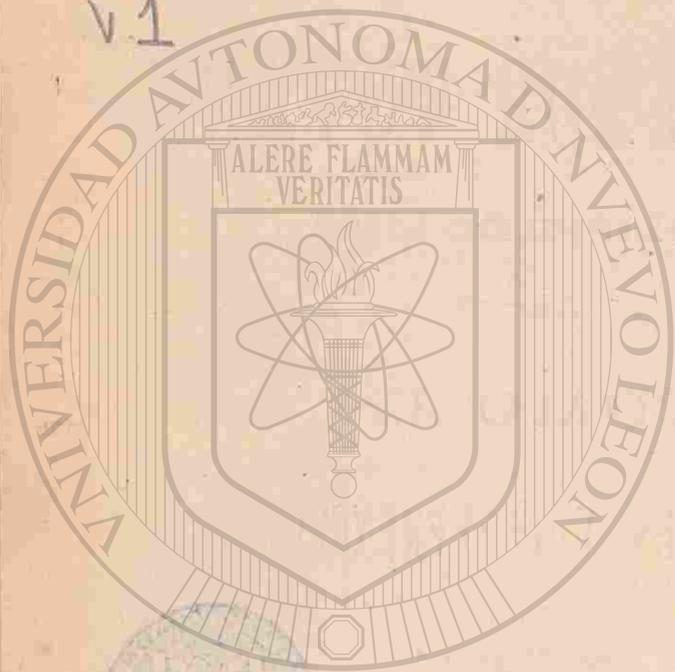
43649

BX1756

T6

02

v.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## AL LECTOR

CEDIENDO á las reiteradas instancias de numerosos y sinceros amigos, á la vez, admiradores suyos, decidióse el Ilmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Lima, doctor D. Manuel Tovar, en 2 de julio de 1903, á autorizar la publicación de las obras de su preclaro ingenio, las selectas producciones de su galana y castiza pluma.

Y como es de verse en la carta que va á continuación, confió la ejecución de este delicado trabajo, por un exceso de benevolencia nunca bastante bien agradecido, á las manos más inexpertas, como sin duda lo son, sin que esto sea vano alarde de modestia, las del humilde sacerdote que hoy ofrece al público el primer volumen de las predichas obras.

La carta dice así:

*Lima, 2 de julio de 1903, día de la Visitación de la Santísima Virgen.*

Monseñor Carlos García Irigoyen, Prebendado del Coro Metropolitano y Camarero Secreto de Su Santidad.

Muy estimado Monseñor:

Cediendo á las reiteradas instancias de algunos

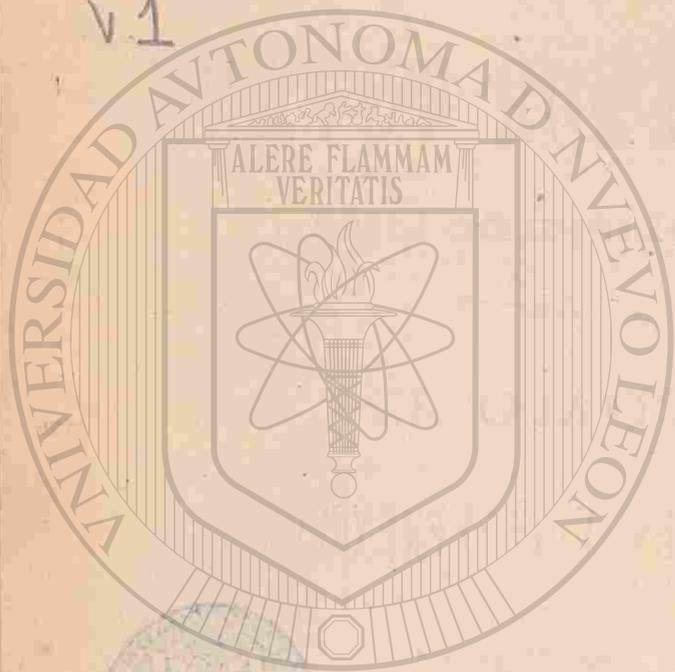
006717

BX1756

T6

02

v.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## AL LECTOR

CEDIENDO á las reiteradas instancias de numerosos y sinceros amigos, á la vez, admiradores suyos, decidi6se el Ilmo. y Rvmo. se6or Arzobispo de Lima, doctor D. Manuel Tovar, en 2 de julio de 1903, á autorizar la publicaci6n de las obras de su preclaro ingenio, las selectas producciones de su galana y castiza pluma.

Y como es de verse en la carta que va á continuaci6n, confi6 la ejecuci6n de este delicado trabajo, por un exceso de benevolencia nunca bastante bien agradecido, á las manos mäs inexpertas, como sin duda lo son, sin que esto sea vano alarde de modestia, las del humilde sacerdote que hoy ofrece al p6blico el primer volumen de las predichas obras.

La carta dice así:

*Lima, 2 de julio de 1903, día de la Visitaci6n de la Santísima Virgen.*

Monse6or Carlos García Irigoyen, Prebendado del Coro Metropolitano y Camarero Secreto de Su Santidad.

Muy estimado Monse6or:

Cediendo á las reiteradas instancias de algunos

006717

amigos, que consideran de alguna utilidad la publicación de mis escritos, me he decidido á hacerla, sin otro fin que contribuir á la difusión de la doctrina católica y de la piedad cristiana.

Ruego á U. S. apreciado Monseñor y distinguido amigo, que agregue á los muchos favores que le debo, el de encargarse de coleccionar y distribuir los referidos escritos, unos ya impresos, y otros inéditos, en la forma que le parezca más conveniente; como igualmente de corregirlos y vigilar su esmerada impresión, pues mis muchas ocupaciones me impiden hacerlo personalmente.

Consagro esta edición de mis modestos trabajos á la querida memoria del ilustre y ejemplar sacerdote que me abrió caritativamente, las puertas del Seminario de Lima, y que fué después dignísimo Obispo de Puno y de Arequipa, monseñor doctor don Juan A. Huerta.

Anticipando á U. S. mi agradecimiento, me suscribo suyo affino. en Nuestro Señor.

✠ MANUEL  
Arzobispo de Lima.

*Sermones y Conferencias* es el título que encabeza el volumen que sale hoy á la estampa de la casa editorial de San Pedro. Contiene en sus 431 páginas 44 discursos oratorios y además un *Apéndice* con la oración fúnebre que pronunció el Monseñor Tovar en memoria de las víctimas de San Juan y Miraflores.

Desdichadamente estos *Sermones y Conferencias* son los únicos, de los años de su sacerdocio, que hanse podido encontrar entre los manuscritos del autor, como preciosos frutos de su fértil ingenio, que le han conquistado, merecidamente, puesto de honor al lado de los oradores y literatos del país y que le abrieron en fecha lejana ya, las puertas de la Real Academia Española que le cuenta hoy en el número de sus miembros correspon-

dientes. Son sin número los sermones, conferencias, homilias, panegíricos y pláticas doctrinales que Monseñor Tovar ha predicado desde que inició su brillante carrera en las diversas iglesias de Lima, que no pueden figurar en este tomo, por haber sido improvisados, y en los que, como dice uno de sus más antiguos amigos, que fué asiduo oyente suyo, “no le faltó nunca ni la corrección del lenguaje, ni el orden lógico en la exposición de las ideas, ni la suave unción que vivifica y enternece el corazón de los que escuchan.”

Está en preparación el tomo segundo que contendrá *artículos de periódico y polémica*, y sucesivamente saldrán á luz el tercero y cuarto anunciados en el *Prospecto* con los títulos de *Opúsculos y escritos varios y Obrasepiscopales*.

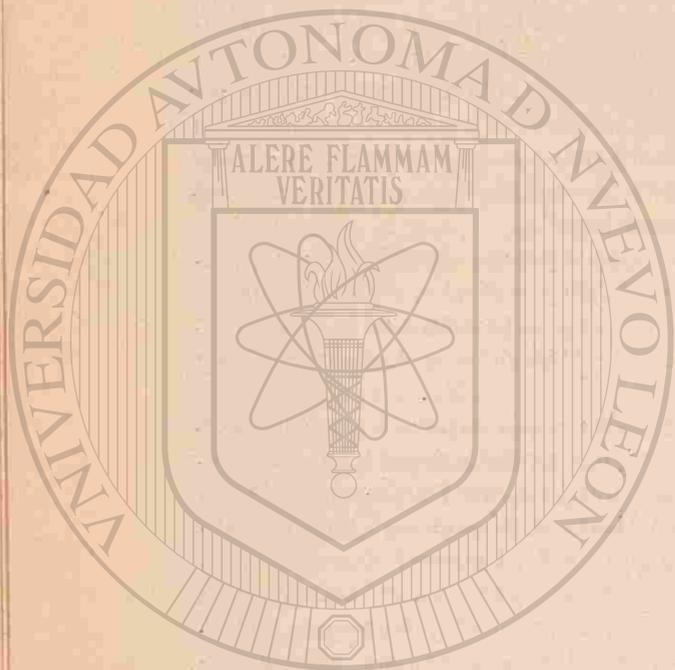
De cualesquiera faltas en la corrección que se notasen en el presente volumen, muy ajenas á nuestro querer, pedimos excusa al ilustre autor y al lector benévolo.

Haga la Virgen María, brillante estrella del cielo de la Iglesia que las obras de Monseñor Tovar, contribuyan á LA DIFUSIÓN DE LA DOCTRINA CATÓLICA Y DE LA PIEDAD CRISTIANA, ya que, por dicha, comienza su publicación, en el año en que se celebra, con alegría universal, el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción.

Lima, mayo de 1904.

CARLOS GARCÍA IRIGOYEN.





**Ilmo. y Rmo. Monseñor Dr. D. Manuel Tovar**

ARZOBISPO DE LIMA

**APUNTES BIOGRÁFICOS**

I

Nació Monseñor Tovar en el pueblo de Sayán, en la provincia de Chancay, de la jurisdicción de Lima, el 20 de Mayo de 1844, siendo sus padres legítimos el señor don Angel Tovar y la señora Manuela Chamorro. La Providencia no quiso darle bienes de fortuna, pero en cambio encendió en su entendimiento la llama del genio, puso en su corazón sentimientos nobles y generosos y enriqueció su alma con el tesoro valioso de la piedad, que es útil para todo.

Cultivó y desarrolló estas gracias de predilección en el Seminario de Santo Toribio, á donde dirigió sus pasos por el año de 1854, á la muerte de su padre. "encontrando allí otro tierno y abnegado, en el Ilmo. y Rmo. señor Dr. D. Juan A. Huerta, de santa y esclarecida memoria, que lo recibió por caridad, concediéndole una beca de las fundadas para niños pobres." En los claus-

tros de este establecimiento de educación eclesiástica, consumó después de diez años de ahincada consagración al estudio, su carrera literaria, siendo no sólo acreedor, por lo sobresaliente de su ingenio, á los primeros premios de todas las clases que cursó, sino al cariño y confianza de sus superiores, á la estimación y respeto de sus discípulos.

El Seminario le hizo justicia: primero el año de 1860, confiriéndole la medalla de oro con que honró su *capacidad, aplicación y conducta irreprochable*; y luego el 21 de Diciembre de 1861, cuando apenas contaba 17 años de edad, graduándole de Maestro. La luminosa tesis que sustentó, en la actuación que se organizara con tal fin, demostrando la real presencia de N. S. J. C. en la Eucaristía y la precisión y acierto con que resolvió los argumentos que le propusieron los replicantes, hicieron fulgar los resplandores de su inteligencia y brotar en el corazón del Seminario una esperanza de regeneración y engrandecimiento.

Desempeñó sucesivamente las clases de Analogía Latina, Filosofía, Fundamentos del Catolicismo, Teología Moral y Dogmática, Gramática General y Oratoria Sagrada. Sus discípulos lo escuchaban con admiración; sus colegas se inclinaban ante la claridad de su vigoroso talento y la profundidad de su ciencia; los Rectores le estimaban como una rica y valiosa joya.

Gloria inmarcesible de Monseñor Tovar es el haber introducido en el plan de estudios del Seminario la Filosofía del Sol de Aquino, que ha esclarecido su horizonte científico, ha dado más solidez á la enseñanza y está destinada á producir en el Perú una revolución saludable en el aprendizaje de las ciencias. Así se anticipó al celo del inclito y sabio Pontífice León XIII, de santa memoria, implantando la filosofía tomista, mucho antes de que el mundo fuera sorprendido con la famosa Encíclica que ordena esta trascendental refor-

ma en todos los Seminarios y Universidades católicas, como una esperanza de salvación y de vida para las sociedades que se estremecen hoy agitadas por las convulsiones de las agonías.

## II

Desde los albores de su vida sintió Monseñor Tovar en su espíritu el fuego sagrado de la vocación al estado eclesiástico. Recibió la tonsura y órdenes menores en el mes de marzo de 1862. El 23 del mismo mes de 1835, cuando ya contaba cuatro años en el magisterio, se ordenó de subdiácono, y el 26 de mayo de 1866, de diácono.

Y fue traza de la bondad infinita de Dios, que no subiera las gradas del Santuario, sin prepararlo, de antemano, en la escuela del sufrimiento.

Con la Dictadura militar entronizada en ese año en el país, inicióse atolondradamente una ruda campaña contra la religión. Y sin darse cuenta, de que, no es fácil desarraigar de un pueblo violentamente sus prácticas religiosas, herencia de los mayores, se llegó hasta el punto de expedir el celebre *decreto de las campanillas*, que privaba á Jesucristo del público homenaje que los fieles deben tributarle cuando se le lleva procesionalmente á visitar á los enfermos para confortarlos y consolarlos en el viaje á la eternidad. No faltó un ilustre defensor—Monseñor Dr. D José A. Roca y Boloña—que en noble lid combatiera vigorosamente aquel decreto dictatorial, incurriendo en la indignación del Dictador, quien castigó con dura prisión, lo que en el cielo ha merecido inmarcesible corona. Suerte idéntica cúpole á Monseñor Tovar, por que no pudiendo resistir el ardor de su celo apostólico, ocupó el puesto del ilustrado sacerdote que editaba *El Bien Público*, para

defender con noble denuedo y sin cobardes miramientos, la santa causa que su antecesor había defendido con tanta entereza.

El encono oficial hubo de ceder, no obstante, ante las lágrimas del Rvmo. señor Goyeneche, las súplicas de los Ilustrísimos Moreira y Valle, y las exigencias de las matronas principales de Lima, que sufriendo con admirable paciencia los insultos y desmanes de una turba impía que invadió los salones de Palacio, pedían en masa la libertad de las ilustres víctimas. Monseñor Tovar y su digno compañero en el martirio, salieron del buque en donde estaban detenidos circundados con la majestad que ciñe la frente de los que padecen por la justicia. La sociedad de Lima se preparaba para recibirlos en triunfo y coronarlos de flores; empero, modestos y humildes, no quisieron aceptar de manos de los hombres ningún premio que menoscabara el galardón que esperaban de la mano de Dios.

Recuperada su libertad, Monseñor Tovar sintió la necesidad de solazar su espíritu y de confortarlo á la vez, respirando el aire de la Ciudad Eterna, á la que se trasladó mediante no cortos esfuerzos. Partió para Roma llevando consigo cartas comendaticias, muy honorosas del episcopado nacional. El Ilmo. señor Goyeneche le calificó de eclesiástico ejemplar y decía: *El díacono doctor Tovar es un joven de distinguido ingenio y de muchas esperanzas para la Iglesia.* El Ilmo. señor Moreira le envió su único caudal, dos monedas de oro, y afirmó que era de una conducta irreprochable y ejemplar, contraído únicamente al desempeño de su cargo y á defender los intereses católicos en la Universidad de que es miembro y en los escritos que han salido de su pluma. El Ilmo. señor Valle, que había observado siempre una conducta irreprochable y ejemplar y que había sostenido con celo la causa de la Iglesia y sus

derechos sagrados. El Ilmo. señor Huerta lo recomendó, sencillamente, como á un mártir.

La presencia de Monseñor Tovar en Roma le allanó el camino para alcanzar el sacerdocio. Sin la edad que exige la ley canónica, pues contaba apenas 22 años 4 meses, obtuvo dispensa de Su Santidad Pío IX. Ante el Sínodo diocesano de la capital del mundo católico, presidido por el Cardenal Vicario, rindió un examen riguroso en latín, que duró cerca de una hora, para probar su idoneidad, recibiendo por él especiales felicitaciones. Y, al fin, el 22 de setiembre de 1866 recibió la unción sacerdotal, en la Basílica de San Juan de Letrán.

### III

No fué Monseñor Tovar de los que viven consumiendo en la inacción los talentos de que están dotados.

Lima le ha visto desde que regresó de su primer viaje á Roma, fiel á la gracia de su vocación sacerdotal, consagrado siempre á las tareas de su ministerio en el confesonario, en la cátedra, en la prensa; y muchos son, lo mismo en los gabinetes eclesiásticos que en los políticos, los que han honrado su ingenio, aprovechándose de sus luces.

De amplias é ilimitadas facultades para el ejercicio de su ministerio, ha gozado siempre; y confesor de monjas ha sido aún sin contar la edad canónica requerida, siendo, además, en 1882 nombrado para el delicado cargo de examinador de confesores. En la cátedra, ha cautivado siempre con la sublimidad de sus pensamientos, la severidad de su dialéctica, la elevación de su estilo y su persuasiva elocuencia.

Durante diez años dirigió el diario religioso titu-

lado LA SOCIEDAD, que puso constantemente un dique á los desbordes de la prensa liberal é impía. En sus columnas defendió con hábil pluma, los sacrosantos derechos de Jesucristo y la libertad é independencia de la Iglesia; haciendo sentir la voz del Pastor universal del mundo católico y publicando los decretos y resoluciones de la Corte romana. A su abnegación se debió la larga duración de aquel diario, cuyas suscripciones y auxilios pecuniarios de algunos señores Obispos y de algunos católicos, no bastaban para cubrir sus gastos ordinarios; y, para conservarlo, cubrió el déficit de su propio escaso peculio. Sólo un mes recibió el honorario que le asignó el Ilmo. señor Valle, en recompensa de su trabajo; y hasta hoy no ha reembolsado la fuerte suma que empleó en la nueva fábrica que hizo para trasladar allí la imprenta.

En LA SOCIEDAD adquirió Monseñor Tovar la merecida reputación de escritor distinguido, que empezó á conquistarse en las célebres cartas, que con motivo de la ocupación de Roma en 1870, dirigió al doctor don Francisco González de Paula Vigil.

La Real Academia Española, en 6 de noviembre de 1885, le nombró individuo de esa Corporación en la clase de Correspondiente Extranjero, á propuesta del Excmo. señor Conde de Cheste, del Excmo. señor don Gaspar Núñez del Arce y del Ilmo. señor don Manuel Tamayo y Baus, como testimonio del justo aprecio de sus conocimientos en lingüística y letras humanas.

#### IV

### DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los preclaros méritos de Monseñor Tovar le merecieron siempre la íntima confianza de los Delegados Apostólicos, de los cuales tiene una larga correspon-

dencia que acredita toda la estimación que le han profesado.

El Ilmo. señor Goyeneche y su digno sucesor en el Arzobispado de Lima, reconocieron las prendas que adornan á Monseñor Tovar y honraron su talento; aquél dándole sucesivamente los cargos de Promotor Fiscal, Secretario del Procurador que envió al Concilio Euménico del Vaticano y Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado, y este último, aparte otras distinciones, pidió á las inspiraciones de su genio y á los encantos de su elocuencia la hermosa y sublime Pastoral con que encendió el fuego del amor patrio y llenó de entusiasmo á los habitantes de Lima en las tristísimas horas de la angustia suprema, que les causó la invasión de las fuerzas chilenas que amenazaban la capital y la proximidad del sangriento combate que debía decidir la suerte de la patria infortunada.

De casi todos los Obispos de la América del Sur posee igualmente una numerosa correspondencia, y todos ellos le han pedido consejo en diversas cuestiones, lo han felicitado por sus escritos en defensa de la Iglesia y le han encomendado diversos trabajos en servicio de la misma.

Estos mismos preclaros méritos lo fueron elevando, gradualmente, en su carrera eclesiástica. En 1871 se opuso á la Canongía Teologal en el Cabildo Metropolitano; y en diciembre del mismo año, fué presentado y recibió la colación y canónica institución de dicho beneficio. Nadie se presentó al certamen para disputarle la palma de la victoria. A la actuación literaria que verificóse en este concurso, asistieron tres de los Ministros de Estado de aquella época, honor sin precedente en este linaje de funciones, y mereció, lo que raras veces sucede, la aprobación unánime del Cabildo Metropolitano.

Siendo el general Prado Presidente Constitucional

de la República, le ofreció con instancia, promoverlo á la dignidad de Maestrescuela; pero Monseñor Tovar se resistió, con firmeza, á esta promoción, por consideraciones al Canónigo Tesorero, á quien propuso para que ocupara aquella dignidad superior, y se interesó vivamente para conseguirlo. El Presidente cedió á tan poderosas exigencias, y en febrero de 1877, promovió al señor Castro de la Granda, ya finado, á la dignidad de Maestrescuela, y á Monseñor Tovar á la de Tesorero.

Durante la primera administración del General Cáceres, Monseñor Tovar fué ascendido á aquella dignidad, primero, y después, en las postrimerías de su gobierno, á la de Deán, en la que ha prestado muy señalados servicios á la Iglesia y al Cabildo.

En 1879, rechazó por gravísimas razones el obispado de Puno que le fué ofrecido por el Excmo. señor General La Puerta y el del Cuzco para el que fué solicitado por Don Nicolás de Piérola, durante la dictadura, y también por el Ilmo. Sr. Tordoyá que le invitaba para que fuese su Coadjutor.

Y si pudo evitar que el esplendor de la dignidad episcopal brillara sobre su frente, no le fue posible impedir, á pesar de que lo procuró, su elevación al rango de Prelado Doméstico de Su Santidad, con que quiso honrarle el inmortal Pío IX.

En 1877 fué encargado por el Ilmo. señor Orueta de la dirección de la *Asoziación de la obra del Dinero de San Pedro* que brotó en Lima al calor de su celo apostólico y de su adhesión al Pontificado.

El Seminario de Santo Toribio en cuyos claustros se ha deslizado casi toda la vida de Monseñor Tovar,

necesitaba una reforma radical que lo hiciera un verdadero plantel en donde, como en mejores tiempos, crecieran adunadas la piedad y la ciencia que deben adornar siempre la frente de los sacerdotes.

La renuncia que el doctor don Amador Sotomayor hizo del rectorado en diciembre de 1879 presentó la ocasión oportuna para emprenderla con vigoroso brazo. Era menester un hombre como Monseñor Tovar; y para conseguir su aceptación, era fuerza vencer de antemano la resistencia que había de oponer á su elevación á aquel comprometido puesto. Todos los profesores sin ninguna excepción, se reunieron en junta general, para lograr, su consentimiento por medio de la persuasión y de la súplica. Monseñor Tovar no pudo eludir su asistencia á esta reunión á la que fue invitado por todo el magisterio: escuchó razones, presentó dificultades y después de discutir por algún tiempo, no pudo negarse al sacrificio que se le exigía invocando su amor al Seminario, y pidió plazo para meditar lo que debía hacer en situación tan apremiante. Después de algunos días, con el consejo de personas muy respetables y cediendo á las instancias del Delegado Apostólico Excmo. Monseñor Mario Moncenni, que se interesó vivamente en su nombramiento de Rector, satisfizo los deseos de sus colegas, exigiéndoles antes que fijasen los puntos de la reforma que debía implantar. En 1º de enero de 1880 el Ilmo. Sr. Orueta le expidió título de Rector, con cargo de sujetar el Colegio á las disposiciones del Tridentino.

Dejar saneada la renta del Seminario y acrecentar su caudal á fin de aumentar las enrarecidas filas de los seminaristas; dar á los profesores una congrua que fuera la condigna recompensa de su noble trabajo y les bastara para su cómoda y honesta sustentación al intento de que pudieran contraerse exclusivamente á la enseñanza; ampliar el plan de estudios conforme á

las exigencias de los tiempos y á las del ilustre Pontífice León XIII; sistemar y completar la compendiosa instrucción de los ordenandos; tal era el importante plan que Monseñor Tovar hubiera realizado á habérselo permitido el tiempo de su Rectorado.

VI

Separado Monseñor Tovar del Seminario, el pueblo de Lima pareció que le aguardaba para confiarle su representación en el Congreso Constituyente que se reunió después de la ocupación extranjera, para que la luz de su genio alumbrase los abismos que rodeaban á la Nación y contribuyese eficazmente á su renacimiento á la vida independiente y soberana.

Otras muchas distinciones ha merecido de la Patria que no es enemiga, como neciamente se vocea, del sacerdote á quien ama, respeta y admira.

Monseñor Tovar ha sido miembro del Consejo Departamental de Lima, en representación de la Provincia de Cañete, cuyo Concejo Provincial le eligió Diputado por unanimidad de votos.

El Consejo de Instrucción Pública, que dirige el movimiento científico de toda la Nación, le ha contado entre sus ilustres miembros.

Fue profesor de Dogmas y Fundamentos del Catolicismo del Colegio de San Carlos.

Tres veces ha formado parte del Consejo Universitario.

Ha sido la corona de honor de la Facultad de Teología, cuyos profesores lo elevaron al puesto de Subdecano, la cual rigió, también como Decano, durante el período de cuatro años.

El Ilustre Colegio de Abogados lo incorporó en su seno, después de haberlo nombrado socio honorario,

distinción con que asimismo lo honró la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de San Marcos.

Fue socio activo de la Sociedad de Beneficencia.

Fue Vicepresidente de la Asamblea Constituyente en 1884.

En el gobierno del General Iglesias fue Ministro de Estado en el Despacho de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia, y después formó parte del Concejo de Ministros que gobernó la República hasta el advenimiento á la Presidencia Constitucional del General Cáceres.

En los círculos políticos se le reputa como verdadero hombre de Estado, no siendo pocos ni de escasa significación, los trabajos que ha llevado á cabo en pró de la República.

VII

Nuevo campo en que cosechó todavía otros más frescos laureles, ofrecióse á la vista de Monseñor Tovar. El Excmo. señor Coronel Remigio Morales Bermúdez conocedor del caudal de merecimientos contraídos por el Deán de la Metropolitana en servicio de la Iglesia y de la Patria, le presentó, el segundo día de su elevación á la Presidencia de la República, á la Santa Sede para Obispo titular; y Su Santidad León XIII, escuchando este ruego, dignóse preconizarlo para la diócesis de Marcópolis en el Consistorio de 4 de junio de 1891.

La sociedad de Lima recibió esta plausible noticia con entusiasmo regocijo, y lo demostró así, acudiendo en masa, á la solemne ceremonia de su consagración episcopal que se realizó en la Iglesia de San Pedro el Domingo 6 de setiembre, pocos meses después de su preconización. El Excmo. Monseñor doctor don José Macchi, á la sazón Delegado Apostólico en el Perú,

hoy Nuncio en Lisboa, que fue el Obispo consagrante, pronunció al terminar el Evangelio de la Misa, una bellísima alocución en la que al par que enalteció las grandezas del episcopado católico, hizo los más merecidos elogios del ilustre sacerdote cuya frente ungió con el óleo santo, con vívisima complacencia de su alma.

El martes 22 de setiembre del mismo año celebró el egregio obispo de Marcópolis las bodas de plata de su ordenación sacerdotal, con una Misa rezada de comunión general en el templo de San Pedro, que aplicó por la ciudad de Lima "tan querida para mí corazón, que ha sido teatro de mi ministerio durante veinticinco años, y á la cual quiero consagrar, en esta forma solemne, las primicias de mi episcopado", como decía en una atenta carta al Director de la REVISTA CATÓLICA.

Tras de penosa y larga enfermedad, sobrelevada con resignación cristiana ejemplarizadora, bajó á la tumba el 11 de abril de 1898, el Ilmo. y Rvmo. Monseñor Dr. D. Manuel A. Bandini, Arzobispo de Lima, cubriendo de inmenso luto á la Iglesia peruana. Conforme á lo que disponen los Sagrados Cánones al Cabildo Metropolitano asumió el gobierno de la Iglesia encargando á su venerable Deán el Ilmo. Obispo de Marcópolis de la parte administrativa. El viernes 15 de abril, cerrada la sepultura de Monseñor Bandini, reunido de nuevo el Cabildo en Sede vacante, eligió Vicario Capitular, por ocho votos de once votantes, á Monseñor Tovar, quien desde ese momento, fué proclamado y reconocido como tal, habiendo sido esta elección motivo de verdadera enhorabuena para ambos cleros, para la sociedad de Lima, para la prensa, para la República.

Si para alcanzar este honor se hubiera requerido antelados merecimientos, ninguno en verdad, podía exhibirlos más altos y en mayor número que el Ilmo.

Monseñor Tovar, quien á todos los servicios á la Iglesia y á la Patria ya apuntados, allegaba en esa sazón, el de presidir la Junta que tuvo la plausible idea de crear el llorado Arzobispo Monseñor Bandini, encargada de la refección de la Catedral, cuya clausura se hizo necesaria hacía ya varios años, por el ruinoso estado á que se veía reducida. Suerte felicísima cúpole, como quiera que, no obstante, las contrariedades que cruzan el camino de toda noble empresa, logró dar gloriosa cima al empeño contraído, pudiendo la Catedral Metropolitana abrir sus puertas el seis de enero de 1898, con una fiesta que ocupará página de honor en los anales de la historia eclesiástica de Lima. La labor de Monseñor Tovar, á pesar de todo, hubiera sido menos venturosa, sin la decidida corporación, en primer término, del Excmo. Sr. Dr. D. Nicolás de Piérola, Presidente de la República, que hizo como suya esta obra; del Congreso que votó fuertes sumas; del clero secular y regular que acudió con generosas ofrendas; del pueblo que tomó parte importante en el sorteo á que fué preciso apelar; de la benemérita señora doña Juana Sagastabeytia que obsequió diez mil soles; del ingeniero don José Castañón que dirigió los trabajos; por último, de los miembros todos de la Junta, colaboradores importantísimos por su alta posición social y sus relevantes cualidades personales.

El nuevo Vicario Capitular, fortalecido con la Bendición Apostólica, que solicitó y obtuvo de Su Santidad León XIII, desde el punto mismo de la elección, no se dió descanso en su loable propósito de corresponder á la confianza que en él puso el Capítulo Metropolitano. Dentro de los límites de la legislación eclesiástica vigente, dictó sabias providencias, encaminadas todas á la fiel observancia de la disciplina canónica, á la reforma del clero y al mayor lustre y esplendor de la Arquidiócesis de Lima, que siempre fué luz y ejemplo de las diócesis sufragáneas y aún de las

Iglesias de la América española, por la favorable circunstancia de haber tenido por segundo Arzobispo al santo Toribio de Mogrovejo. Esas sabias providencias están compiladas en *El Amigo del Clero* que comenzó á publicarse el 15 de octubre de 1891, bajo los auspicios del Excmo. Monseñor Dr. D. José Macchi, y que por decreto de 30 de abril de 1898, fué declarado *Boletín eclesiástico de la Arquidiócesis*. Por su especial importancia merece citarse aquí el decreto de la Vicaría Capitular expedido el cuatro de noviembre de 1898, fiesta de San Carlos Borromeo, que organiza, en la ciudad metropolitana, de conformidad con la instrucción Clementina y los Breves de Pío VII, el piadoso ejercicio de las Cuarenta Horas, que tanto ha contribuído ha avivar en los fieles el culto de la adorable Eucaristía.

El 16 de junio de 1893, el Excmo. Sr. Dr. D. Nicolás de Piérola, Presidente de la República, remitió al Congreso las ternas para la provisión del Arzobispo de Lima, vacante por fallecimiento del Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Antonio Bandini. El primer lugar de esas ternas lo ocupaba Monseñor Tovar, Obispo de Marcópolis, Deán de la Catedral y Vicario Capitular, quien fue elegido por el Congreso en sesión del día 20, por ciento dos votos, con aplauso general.

El Gobierno elevó las repectivas preces á la Santa Sede el 24 del mes de junio. El 22 de agosto expidió Su Santidad el Papa León XIII el Breve *Apostolatus Officium* que instituye Arzobispo de Lima á Monseñor Tovar, que se recibió en Lima el 5 de noviembre á la vez que el Sagrado Palio. El *pase* lo otorgó el Gobierno el día 9, y al día siguiente, en sesión plena del Capítulo, Monseñor Tovar dió á éste conocimiento oficial del sobredicho Breve, y previo el juramento prescrito por los cánones, tomó posesión de la silla arzobispal.

La imposición del *Palio* efectuóse el día 8 de diciembre, hermoso día consagrado por la Iglesia á cele-

brar la Inmaculada Concepción de María, en medio de un entusiasmo verdaderamente indescriptible, por el Excmo. Monseñor Pedro Gasparri, Delegado Apostólico. La fiesta que por tan fausto suceso se preparó en la Iglesia Catedral resultó más que solemne, grandiosa, con la grandiosidad que es el sello de todos los actos del culto católico.

### VIII

Desde que el Ilmo. Monseñor Tovar, en hora felicísima, empuñó en sus expertas manos el cayado de Pastor de la limeña grey, se entregó por completo á su servicio, consagrándole todos los talentos con que Dios le adornara, todas las energías de su voluntad, todos los afectos de su corazón, todos los instantes de su tiempo, toda la vida de su alma.

En esto está la explicación del alto vuelo que ha alcanzado la administración diocesana en los pocos años que van corridos de noviembre de 1898 á la fecha. La labor del nuevo Arzobispo ha sido vasta, empeñosa, ilustrada, y por la miseración divina, fecunda en saludables reformas para el clero y fieles y provechosa para el lustre de la Iglesia de Toribio, á quien todos anhelamos ver, á manera de reina inmortal, coronada de gloria y cubierta con un manto esmaltado de oro y piedras preciosas.

La creación del obispado de Huarás, *la muy generosa ciudad* en el Departamento de Ancachs, á la que contribuyó con su apoyo eficazísimo, que abre vastos horizontes á esa región de la República, importantísima por su extensión territorial, por la riqueza de su suelo y de sus montañas, por su población que casi llega á cuatrocientos mil habitantes, por la relativa abundancia de su clero; el restablecimiento de las confe-

rencias del clero y la fundación de la Biblioteca eclesiástica; las reformas en materia litúrgica y principalmente en todo lo que se refiere al culto de la adorable Eucaristía; las oportunísimas resoluciones sobre las celebraciones de los matrimonios y las procesiones; la visita canónica de los monasterios; la obra del Catecismo dominical; la Cruz de San Cristóbal; el envío á Roma para que estudien, conforme á los deseos de Su Santidad, en el Colegio Pio latino americano, jóvenes seminaristas, como base para la restauración de los estudios eclesiásticos del Seminario; la demarcación de las parroquias Ica y su campiña; el arreglo de los antiquísimos archivos capitular y arzobispal; la creación de las parroquias del Barranco y de varias vice-parroquias en diversos lugares de la Arquidiócesis; el templo en construcción ya, dedicado á Santo Toribio; la implantación, por primera vez, de la disciplina del Tridentino sobre confesores de monjas; todas estas providencias, todos estos actos del pontificado de Monseñor Tovar, silenciando mil y mil otros ¿no manifiestan una labor administrativa sabia, empeñosa, prudente? ¿no revelan en el actual Arzobispo celo pastoral vivísimo, anhelos constantes de progreso y bienandanza en pro de su Iglesia, voluntad ahincada de extirpar abusos en las personas y en las instituciones? ¿no son una esperanza para el porvenir de la iglesia de Lima, en cuyo hermoso cielo han resplandecido grandes soles, desde sus comienzos en 1534?

El Ilmo. Monseñor Tovar ha hecho personalmente la visita pastoral de las provincias de Chancay, Huarochirí, Cañete y Canta y por medio de Delegados la del Departamento de Ica y la provincia de Yauyos, quedando solo por visitar la provincia de Lima y el Callao.

Asistió en Roma en 1899 el Concilio Plenario de la América latina, convocado por el ya difunto Pon-

tífice León XIII, de gloria imperecedera. En las deliberaciones de esa gran Asamblea acreditó una vez más los talentos con que el Señor, dador de todo bien, lo ha enriquecido, no para que los entierre, sino para que los haga fructificar en bien de la Iglesia. Para honra del Perú y gloria de nuestro episcopado, la voz de Monseñor Tovar gozó de merecida autoridad entre los ilustres Padres del Concilio, y cuestiones de escuela hubo en que obtuvo la palma de la victoria. Presidió, por feliz coincidencia, la sesión de clausura, y á esto se debe el que la primera firma que autoriza las actas conciliares, sea la del Arzobispo de Lima.

Aprovechó de su estadía en Roma para hacer la visita *ad limina Apostolorum*.

No regresó á su amada diócesis sin visitar, los santuarios de Lourdes, de Montmartre, de Paray le Monial y de Nuestra Señora de Fourviere, habiendo estado en su paso por la Argentina en Luján, á los pies de la Virgen de ese nombre. Visitó, asimismo, á los benedictinos en Montecasino, á los cartujos en la gran Chartreuse de Grenoble y á los salesianos en Turín. En París celebró el aniversario patrio en la iglesia de los lazaristas de la calle de Sevres con una modesta fiesta, á la que concurrió la colonia peruana. Allí inició, también, una colecta para la ornamentación de la Catedral, que continuó á su regreso á Lima, y que, por dicha, tuvo éxito satisfactorio.

Denodado campeón de la sacrosanta libertad de la Iglesia, al servicio de tan noble causa, puso Monseñor Tovar, desde joven, sin reserva, su palabra, su pluma, su influencia, el prestigio de su nombre, la autoridad de su sagrado ministerio. En sus relaciones oficiales con los

altos poderes del Estado, jamás arrió su bandera; nunca cejó de la senda del deber. Ha peleado con altivez las batallas á que se le ha provocado, sin olvidar, en ninguna ocasión, los consejos de la prudencia, el respeto á la autoridad, las buenas formas de la cortesía oficial, y sin cerrar, imprudentemente, las puertas al espíritu de conciliación de que siempre está inspirado.

De industria callo las amargas que han acibarado su corazón desde que comenzó su gobierno, las punzantes espinas que alborotadas pasiones han incrustado en su corona de Pastor, las cruces que han sembrado, que siembran hoy mismo su camino..... No puede ser de mejor condición el discípulo que el Maestro. Nuestro Señor Jesucristo entre los olivos de Getsemaní bebió hasta el fin el cáliz del dolor, vió coronada de espinas su augusta cabeza y murió, tras largo padecer, en el leño de la Cruz.

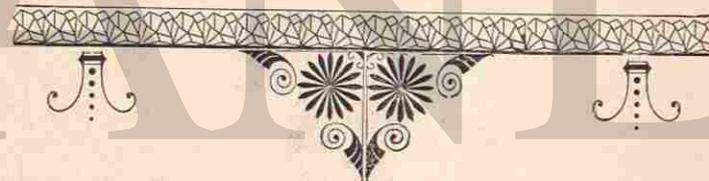
Al poner remate á estos *Apuntes biográficos* escritos más que por el afecto y la gratitud, por la verdad y la justicia, pido á Dios, de lo íntimo de mi corazón, que, para lustre y esplendor de la Iglesia de Lima, prolongue la vida del Ilmo. y Rvmo. Monseñor Dr. D. Manuel Tovar, haga fecundo en beneficios su ya glorioso pontificado, lo consuele en sus tribulaciones y que ellas le sirvan de crisol en que se aquilaten sus merecimientos y de escala por donde suba al cielo.

Lima, Mayo de 1904.

Carlos García Griñoyen.



## → SERMONES Y CONFERENCIAS ←



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



altos poderes del Estado, jamás arrió su bandera; nunca cejó de la senda del deber. Ha peleado con altivez las batallas á que se le ha provocado, sin olvidar, en ninguna ocasión, los consejos de la prudencia, el respeto á la autoridad, las buenas formas de la cortesía oficial, y sin cerrar, imprudentemente, las puertas al espíritu de conciliación de que siempre está inspirado.

De industria callo las amargas que han acibarado su corazón desde que comenzó su gobierno, las punzantes espinas que alborotadas pasiones han incrustado en su corona de Pastor, las cruces que han sembrado, que siembran hoy mismo su camino..... No puede ser de mejor condición el discípulo que el Maestro. Nuestro Señor Jesucristo entre los olivos de Getsemaní bebió hasta el fin el cáliz del dolor, vió coronada de espinas su augusta cabeza y murió, tras largo padecer, en el leño de la Cruz.

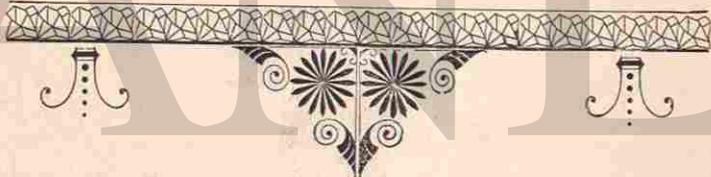
Al poner remate á estos *Apuntes biográficos* escritos más que por el afecto y la gratitud, por la verdad y la justicia, pido á Dios, de lo íntimo de mi corazón, que, para lustre y esplendor de la Iglesia de Lima, prolongue la vida del Ilmo. y Rvmo. Monseñor Dr. D. Manuel Tovar, haga fecundo en beneficios su ya glorioso pontificado, lo consuele en sus tribulaciones y que ellas le sirvan de crisol en que se aquilaten sus merecimientos y de escala por donde suba al cielo.

Lima, Mayo de 1904.

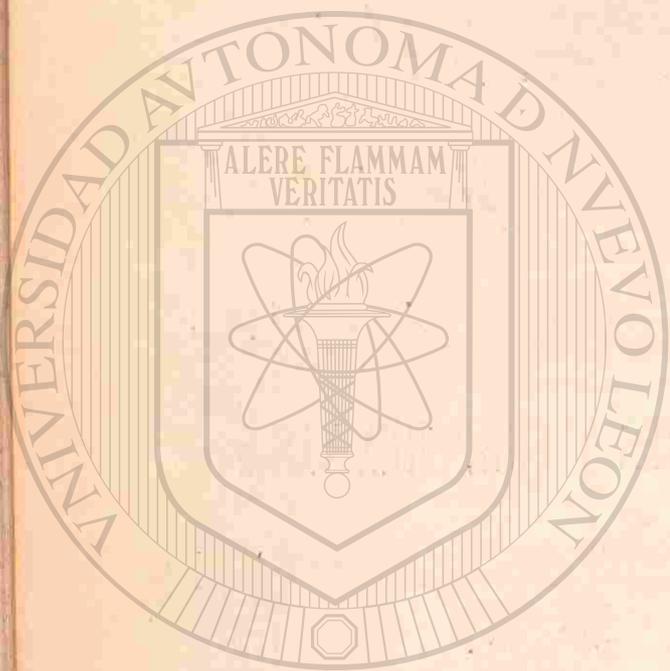
Carlos García Grişoyen.



→ SERMONES Y CONFERENCIAS ←



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



I

## Ascensión del Señor

Sermón panegírico predicado en el año de 1867 (1)

*Viri Galilei, quid aspicitis in coelum? Hic Jesus, qui assumptus est a vobis in coelum, sic veniet.*

*Hombres de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que, dejándoos, se ha elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo habéis visto subir.*

*Hechos de los Apóstoles, c. 1. v. 11*

Mis amados Hermanos:

¡QUÉ espectáculo tan grandioso presenta á nuestras miradas el Evangelio de hoy!

A semejanza de Pedro, extático al pie del Tabor, en la contemplación de la humanidad adorable de Jesucristo, podemos exclamar, fija la mente en la dulce meditación de la gloria que circunda al Salvador del mundo, al despedirse de la tierra, para ocupar su trono á la derecha del Padre: bueno es Señor endulzar las amarguras de la vida, contemplando tu soberana belleza. ¡Ah, Señor! el ojo que ha visto tu gloria, ¿cómo podrá llorar de nuevo las lágrimas del desterrado? El oído que ha escuchado las armonías de los ángeles y de los justos,

(1) Este es el primer sermón que escribió Monseñor Tovar. No se indica en el manuscrito en qué iglesia lo predicó. No se conserva tampoco, la segunda parte. (Nota del Editor).

celebrando tu inmortal triunfo, ¿cómo podrá escuchar de nuevo el mundanal ruido de las pasiones humanas? El desgraciado cautivo, que ha visto los esplendores de Jerusalén, ¿cómo podrá peregrinar todavía por las arenas del desierto? Mas ya oigo, mis hermanos, al ángel del Señor que me dice, como en otro tiempo á los apóstoles de Jesús: Hombres de Galilea ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que á vuestra vista ha subido al Cielo, así vendrá como lo habéis visto.

Estas palabras de los mensajeros celestiales serán el tema del presente discurso.

Mis hermanos:

Vamos á celebrar el triunfo y la gloria de Jesucristo, que son nuestro triunfo y nuestra gloria. Vamos á unir nuestras voces de desterrados y de cautivos á las eternas aclamaciones de los ángeles y de los santos, para celebrar con ellos la entrada triunfante al Cielo del Pontífice eterno de la nueva alianza. Enjugemos, por un momento, el llanto de nuestros ojos, para contemplar la soberana belleza de la Humanidad adorable de Jesucristo, gloriosamente vestido con los esplendores de la Divinidad; dejemos, por un instante, los tristes instrumentos con que solemos acompañar nuestros cánticos de dolor en este infortunado cautiverio, y pidamos á los serafines sus harpas de oro para poder entonar un canto de victoria al inmortal triunfador de la muerte y del pecado. Sí, mis hermanos; abandonemos la tierra, sigamos con el pensamiento y con el corazón á Jesucristo resucitado, que sube sobre las alas de los querubines hasta sentarse á la derecha de su Padre; penetremos, siquiera con la meditación y los deseos, á esa mansión de delicias, que será nuestra futura y eterna morada ¿Qué día más aparente para recrear el corazón cristiano con ese gusto anticipado del paraíso que el día de hoy en que Jesu-

cristo vuelve triunfante al seno de su Padre, para prepararnos el lugar de nuestro eterno reposo?

Indicado ya el objeto de este discurso, sólo nos resta invocar el auxilio divino, por la intercesión de la Reina del Cielo.

Ave María.

¿Cómo pretendo, mis muy amados hermanos, hablaros del Reino eterno de los escogidos, si Pedro quedó extático de admiración contemplando cubierta de gloria la humanidad de Jesucristo? ¿Cómo podré pintar las inefables delicias de Jerusalén, si Pablo, que sólo vió el pálido reflejo de sus esplendores, afirma que ni el ojo ha visto, ni el oído ha escuchado, ni el entendimiento humano puede comprender toda la gloria que Dios reserva á sus elejidos? Tal es mi desgracia, mis hermanos, que no puedo pensar dignamente del Cielo, ni hablaros dignamente de él. Por esto, sintiéndome oprimido bajo el peso de mi debilidad, experimento la necesidad de exclamar: ¡Oh adorable Salvador de mi alma! elévame hasta las alturas del Tabor; hazme mirar por un momento los esplendores de tu gloria, y saborear anticipadamente la dulzura de tus eternos consuelos!

La felicidad esencial de los bienaventurados consiste en gozar de la plenitud de todos los bienes, sin mezcla de ninguna especie de mal; y siendo Dios aquella inefable perfección que contiene, en su adorable esencia, la suma plenitud de todos los bienes, es indudable que la verdadera felicidad del Cielo está cifrada en ver, amar y alabar la infinita bondad de Dios. Sí, mis hermanos, veremos á Dios, y lo veremos siempre con un nuevo placer; amaremos á Dios y lo amaremos siempre con un nuevo ardor; alabaremos á Dios y lo alabaremos siempre con un nuevo entusiasmo; y esta vista, amor y alabanza de Dios, en unión de los ángeles

y de los santos, formará la eterna delicia de nuestras almas. Tal es el pensamiento de San Agustín.

¿Qué vemos en el mundo, mis muy amados hermanos? Reunid en un sólo cuadro todas las bellezas de la creación; ved en conjunto, si os agrada, los claros esplendores del sol y la plácida y suave luz del astro de la noche; la inmensa extensión del mar y la verde alfombra que esmalta la tierra; trasladáos, si queréis, al primer día de la creación, pedid al querubín, que guarda con una espada de fuego la entrada del Paraíso, que os permita visitar la alegre morada del primer hombre, en la cual ostentan su hermosura y sus primores todos los seres del Universo, para ser un digno regalo de Dios en el primer día de su amor al hombre; y á pesar de todo habéis de exclamar como S. Agustín: *NON TE VIDEO DEUS MEUS. No te veo Dios mío.* ¡Ah!, sí, mis hermanos, la naturaleza nos muestra algunos rasgos de su incomparable belleza, algunos vestigios de su infinito poder y algunos signos de su inefable sabiduría; pero, contemplando las obras de sus manos, El mismo permanece oculto á nuestros ojos: *NON TE VIDEO DEUS MEUS.*

Es nuestro Padre, imploramos su asistencia, confiamos en su misericordia, reposamos en sus brazos, lloramos á sus pies; pero nada de esto, por grandes que sean los consuelos que hace gustar al corazón cristiano, apaga la sed insaciable del alma: quiere ver á Dios, y se ve condenado á exclamar: *no te veo Dios mío.* Consoláos, almas santas. En el Cielo no hablaréis ese triste lenguaje, porque allí veréis á vuestro Dios *faz á faz, tal y como es: VIDIMUS SICUT EST.* Sí, mis hermanos, veremos esa majestad adorable, ante la cual se inclinan los serafines; esa soberana belleza siempre antigua y siempre nueva; esa santidad sin sombra, sin tacha y sin mancha; esa profunda sabiduría, que todo lo dispone suave y fuertemente; veremos esa providencia adorable á la que nada se escapa, ese poder infinito al que na-

da resiste, esa verdad inefable, que nunca puede mudar, esa misericordia sin límites, que nada puede extinguir; veremos esa grandeza, ante la cual tiemblan las potestades del cielo; esa inmensidad, que todo lo llena sin agotarse nunca; esa eternidad que no ha tenido principio ni tendrá fin; en una palabra, veremos á Dios en todo el brillo de su gloria, en todo el esplendor de su belleza, en toda la magnificencia de su poder. Veremos á Jesucristo que es el objeto eterno de las complacencias del Padre, nos recrearemos mirando esa soberana belleza, que arrebató de admiración á los ángeles; veremos esa aparición gloriosa de la Divinidad en una carne inmortal, nos consolaremos viendo glorificada la humanidad adorable de Jesucristo con toda la gloria de la majestad de Dios.

Veremos al Espíritu santificador de nuestras almas, á ese Espíritu de luz, de gracia y de fortaleza que lo ha renovado todo sobre el haz de la tierra, que nos consuela en nuestras penas, que nos fortifica en nuestros combates y que intercede por nosotros con gemidos inefables.

Y no sólo veremos á Dios, sino que lo amaremos también. El corazón ha sido hecho para amar, mis hermanos. Para que viva, es necesario que cada uno de sus latidos, sea un latido de amor. En esta vida, engañados por las ilusiones de los sentidos, perpetuamente atraídos por el brillo deslumbrador de las cosas humanas, somos incapaces de amar á Dios con la debida pureza y perfección. Sólo en el cielo será verdadero y perfecto nuestro amor á Dios. En el cielo amaremos á Dios, sin que nos sea dado hacer otra cosa que amarlo; todas las potencias de nuestras almas, y todas las pasiones de nuestros corazones, serán absorbidas y consumadas en la potencia y en el amor de Dios.

Amar á Dios será nuestra única delicia, nuestro único consuelo, y nuestra única felicidad; agotaremos en

amarlo toda la ternura y toda la sensibilidad de nuestro corazón, y hallaremos amándolo nuevos tesoros de sensibilidad y de ternura; lo amaremos sin interés alguno, por ser soberanamente amable; y en él nos amaremos á nosotros mismos y á todas las cosas; y nuestro amor será supremo, porque lo amaremos con toda la vivacidad de nuestro espíritu, y con toda la fuerza de nuestro corazón, sin división, sin límites y sin medida; lo amaremos con ardor, ternura y alegría siempre nuevas, porque encontraremos eternamente en los abismos de su perfección adorable, un fondo inextinguible de bellezas y de encantos.

Pero nuestro amor no será ocioso ni estéril; se traducirá eternamente, en inmortales acciones de gracias; alabaremos y bendeciremos á Dios en esa morada de inefabables delicias. Todos glorificaremos á Dios en el Cielo, mis muy amados hermanos, cantaremos sus alabanzas, publicaremos sus grandezas, celebraremos su eterna verdad, exaltaremos su inmutable justicia, ensalzaremos su inefable misericordia, y adoraremos, por último, su esencia incommunicable, en el piélago infinito de su perfección. Entonaremos eternamente el cántico de alabanza, que oyó S. Juan en el Apocalipsis, y exclamaremos: ¡honor!, ¡gloria! y bendición! al que vive por los siglos de los siglos! Todo nuestro ser será empleado en amar á Dios.

Así tendremos en la vista, en el amor y en las alabanzas á Dios, la entera plenitud de todos los bienes, la completa ausencia de todos los males, porque jamás penetrarán las puertas de la mística ciudad, las inquietudes, las murmuraciones y pesares de esta tierra de pecado; porque la fiesta eterna de Jerusalén no será turbada jamás, ni interrumpidos sus cánticos, ni entibiada su alegría. No habrá allí, tampoco, un día diferente de otro día, ni una hora distinta de otra hora, sino que la vida eterna de los escogidos se renovará perpetuamente

en un día plácido y sereno que no tiene aurora ni tendrá ocaso, porque lucen siempre en él los indeficientes resplandores del Sol de justicia.

¡Ah, mis hermanos! antes de descender de nuevo á la tierra, contemplemos por última vez la Jerusalén del Cielo.

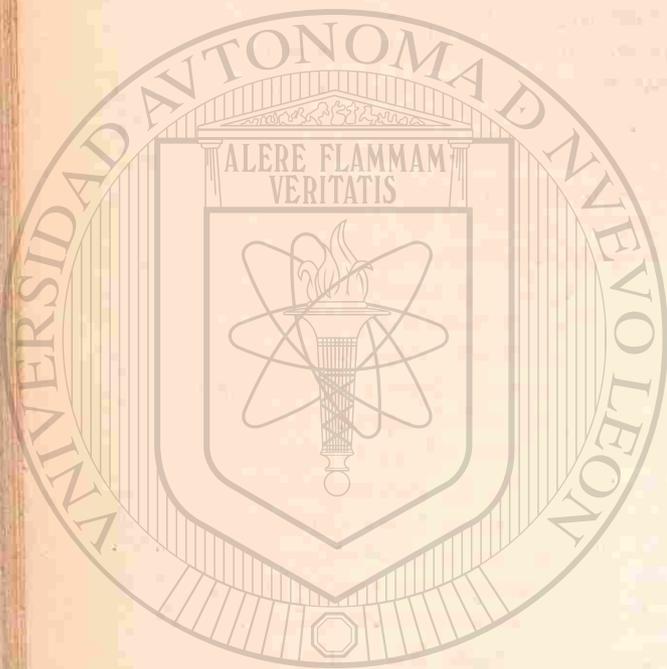
.....  
 .....  
 .....

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## II

### El sacerdocio católico

Sermón panegírico pronunciado en la iglesia de las Trinitarias, en la primera misa del joven presbítero doctor don Felipe A. de Piérola, Diciembre de 1867.

..... *Assimilatus autem Filio Dei, manet sacerdos in perpetuum. Intuemini autem quantus sit hic...*

*Imagen del Hijo de Dios, queda el sacerdote eternamente. Contemplad ahora cuán grande sea éste. S. Pablo á los Hebreos, Cap. VII, vs. 3 y 4.*

Ilmo. y Rvdmo. Señor, (1)

Señores:

**U**N hombre inmortal, ha cantado, con célica inspiración, la incomparable excelencia del Testamento nuevo. Y al contemplar la majestad imponente y la dignidad sublime del sacerdocio cristiano, formula con sencillez este profundo pensamiento: ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Es Pablo, que ha cambiado la cuchilla del perseguidor por la pluma del apologista. Meditad conmigo los misterios que entrañan sus inspiradas palabras, sondeemos las profundidades de ese abismo de grandeza que se llama el

(1) El Ilmo. y Rvdmo. señor doctor don Juan A. Huertas, dignísimo Obispo de la diócesis de Puno.

sacerdocio de la nueva ley, y procuremos bosquejar el grandioso cuadro de esta institución magnífica, que guarda en su seno todos los secretos del cielo y todas las miserias de la tierra, y que lleva en sus manos, junto con las llaves del cielo, los destinos de la humanidad. Precisaré mi pensamiento. En presencia de un nuevo sacerdote, que sube temblando las gradas del altar, para ofrecer á Dios el Cordero sin mancilla, tengo esta palabra que deciros:

El sacerdocio evangélico es grande y excelente, con la misma grandeza y excelencia que el sacerdocio de Jesucristo: ASSIMILATUS FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Merece, por tanto, el mismo tributo de veneración y de amor. INTUEMINI AUTEM QUANTUS SIT HIC. Tenéis ya indicado el objeto de mi discurso y de vuestra religiosa atención.

¡Inmaculada María! ¡Madre purísima del sacerdote eterno!, alcánzame un rayo de luz y una centella de amor, á fin de que mi palabra instruya y edifique al pueblo que me escucha. Ave María.

#### INTRODUCCIÓN

Acababa de realizarse el inefable misterio del nacimiento de Jesús; aun no se habían perdido las últimas notas del himno triunfal, que resonó sobre su cuna; todavía estaban frescas las primicias de su sangre derramada por el mundo; cuando viene á sorprendernos una tierna y conmovedora escena. Sobre las trémulas rodillas de un anciano venerable reposa un niño de encantadora belleza; su frente irradia la luz de la inspiración; su pecho palpita con inusitada violencia y sus labios murmuran misteriosas palabras. Un santo viejo y una púdica doncella las escuchan en admiración silenciosa y las inmensas bóvedas del templo de Jerusalén las repiten con religioso respeto. ¿Y qué dice, señores, este hombre singular? Dice que el destino de este niño y el porvenir del mundo están ligados para siempre; que

los hombres y las sociedades han de salvarse, si lo siguen, y han de perderse, si lo abandonan; y esto con tan justa precisión é inevitable necesidad que sólo serán felices, militando bajo su bandera, y sólo serán desgraciados, desertando de sus filas. Respecto de él, la indiferencia es imposible: hay que escoger forzosamente entre ser su amigo y salvarse, y ser su enemigo y perderse. ECCE POSSITUS EST HIC IN RUINAM ET IN RESURRECTIONEM MULTORUM IN ISRAEL (1). Palabras á un mismo tiempo consoladoras y terribles, que caracterizan, por completo, el sacerdocio de Jesucristo, exhibiéndolo, de una vez y para siempre, como único Salvador de la humanidad perdida. La oración del Cristo será escuchada y trocará en bendiciones de misericordia los anatemas de la justicia; la doctrina del Cristo será confirmada y llevará la luz á las regiones de la inteligencia; el perdón de Cristo será ratificado y derramará el consuelo en los corazones ulcerados; y por este triple ministerio será El solo la única figura en la historia de la humanidad, que todo lo restaura, que todo lo pacifica y á la que todo se refiere; é instituirá entre los hombres el ministerio público de la oración, de la enseñanza y de la reconciliación, á fin de perpetuar en la tierra su eterno sacerdocio, siendo El, ayer, hoy y en los siglos, CHRISTUS HERI, HODIE ET IN SAECULA, único Mediador y Víctima agradable; y los que continúan su obra semejantes á él con admirable propiedad: ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Ya lo véis, señores: el sacerdocio de la nueva ley es tan excelente como el de Jesucristo, porque prosigue en la tierra, con la misma autoridad é idéntica eficacia, el triple ministerio de la oración, de la palabra y del perdón. Entre mos en materia.

(1) San Lucas, c. II, v. 34.

I

Cerca de la ciudad de Jerusalén, y apenas consumada la obra de la redención, se realiza la inmolación de Esteban, joven levita, que ciñe, el primero, la corona del martirio. No pasan muchos días, y en el camino de Damasco cae derribado, por súbito esplendor, el orgulloso Saulo, loco mancebo, que lleva en el pecho la venganza y en las manos el acero, para sembrar entre los cristianos la desolación y el terror. Opérase en su alma una transformación radical. El enemigo ardiente de Cristo Jesús ha cedido el puesto al intrépido Apóstol, vaso de elección, escogido por Dios para engrandecer su nombre, delante de los pueblos y en presencia de los reyes. Señores, el clamor de la sangre de Esteban atrajo sobre su enemigo Saulo, misericordia y perdón, porque el generoso confesor oró, al morir, por todos sus verdugos. La portentosa eficacia de esta oración os dará la medida de lo que pueden, cerca de Dios, las súplicas de sus ministros. El sacerdote es el ángel de paz que sube la escala de Jacob, en alas de su oración, para presentar al Señor los votos de los hombres, y desciende luego á derramar entre sus hermanos los dones celestiales; es Moisés que levanta los brazos, clamando por su pueblo, para que no lo hiera la justicia divina; es nuestro Señor Jesucristo, que pide á su eterno Padre por los que le había confiado, á fin de que todos fuesen un solo rebaño y un solo Pastor. Y si Dios ha prometido conceder todo lo que le pidieren en nombre de Jesús ¿qué podrá rehusar al amigo de su corazón, al confidente de sus secretos, al representante de su autoridad? ¡Cuántas veces nos han sorprendido las extraordinarias conversiones del pecador y del impío, cuando los hemos visto poner en el polvo su cabeza criminal y regar con lágrimas el lecho de su descanso y el pan de su alimento! El mundo animal, como no

comprende las cosas divinas, atribuye siempre á principios egoístas y mezquinos esos cambios radicales y profundos, que humillan su arrogancia, deprimen su fuerza y confunden su malicia. Si queréis conocer la verdadera causa de tan consoladores sucesos; si deseáis saber de donde ha partido el rayo poderoso que ha pulverizado los ídolos, en el momento mismo de recibir, en homenaje, adoraciones fervientes; buscadlos en la oración del sacerdote que llora en la amargura de su alma, entre el vestíbulo y el altar, los pecados de los hombres, exhalando en hondos gemidos de su corazón, el dolor que experimenta por las ofensas de su Dios. Y si consideramos al sacerdote, como único y verdadero sacrificador de la víctima de propiciación, ¡ah! señores, son inenarrables los prodigios que realiza su santo ministerio. ¡Ministros inexorables de la cólera divina! ¿cuántas veces habéis envainado la espada de su indignación? ¿cuántas veces se ha deshecho en benéfica lluvia la tempestad que amenazaba estallar sobre las cabezas culpables de los hijos de Adán? ¡Ángeles tutelares de las sociedades humanas!, contadnos, si podéis, cuántas veces han escollado los proyectos de la iniquidad en un obstáculo invisible, contra todos los cálculos de la prudencia humana; cuántas otras la inesperada solución de gravísimas cuestiones ha burlado, por completo, las maquinaciones de la demagogia y los consejos de los Príncipes. ¡Ángeles custodios del hombre!, numerad, si es posible, los delitos impedidos, las virtudes engendradas, las tentaciones vencidas y todo ese cúmulo de obras meritorias de todos los Santos, y decidnos entonces, cuanto bien se ha producido y cuanto mal se ha evitado sobre el orbe de la tierra. No busquéis, señores, la explicación de estos hechos, ni en las leyes de la naturaleza, ni en los dictados de la política, ni en las encontradas inclinaciones del corazón humana. Eso sería juzgar, según las apariencias. Buscadla

sobre nuestros altares, entre las puras manos del sacerdote, que ofrece á Dios una hostia inmaculada. Sí, señores, un oscuro sacerdote, ignorado de los hombres, decide mejor la suerte de los individuos y los destinos de los pueblos que los juicios inciertos de la ciencia humana y los vacilantes consejos de la prudencia de la carne. Ya lo veis, señores, el ministerio público de la oración, fielmente desempeñado por el sacerdocio cristiano, renueva en la tierra el gran prodigio de la conservación de la Iglesia y de las sociedades humanas, y detiene en el cielo el brazo armado de la divina justicia. Por esta razón el sacerdote evangélico es semejante en dignidad á Nuestro Señor Jesucristo, quien hizo paces y súplicas por todos nosotros y fue escuchado por la reverencia y respeto debidos á su caracter. ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM—INTUEMINIAUTEM QUANTUS SIT HIC.

II

Al transmitir nuestro Señor Jesucristo á sus Apóstoles su divina misión, les dijo: "Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes" (1). Desde ese momento solemne, queda confiada la santificación de los hombres al ministerio de la palabra. Doce pescadores viajan por el mundo; los ídolos caen derribados; la sangre de los confesores empapa la tierra; nuevos atletas suceden en la lucha á los que han sucumbido; los santos misterios se consuman en las tinieblas de la noche y en las profundidades de la tierra. Pasan tres siglos de esforzada pelea y ardoroso combate, y, al fin, sobre los mutilados restos de la idolatría se alzan majestuosos los templos cristianos; la veneración y el amor consagran para siem-

(1) Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Docete omnes gentes. S. Mateo, c. XXVIII, vs. 18 y 19.

pre los sepulcros de los mártires; los altivos Césares rinden su cabeza al yugo del Evangelio y la cruz de Jesucristo, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, es ya signo de paz y de amor, saludado con gratitud y recibido con respeto. ¿Y porqué, señores, esta transformación tan completa? Porque el sacerdocio de la nueva ley ha desempeñado fielmente el ministerio de la palabra, que había recibido del Señor Jesús. Y, después, en toda la prolongación de los tiempos y en toda la extensión del orbe de la tierra ¡cuántos impíos vueltos de la impiedad á las inefables dulzuras de la Religión! ¡cuántos endurecidos pecadores cambiados de repente en fervorosos cristianos! ¡cuántos justos ortalecidos en la práctica de las virtudes! ¡Ah, Señor! y quién podrá contar los numerosos prodigios que obra tu palabra omnipotente. de cuyo primer acento brotó un mundo de infinitos seres! Señores: la palabra de Dios, enseñada por el magisterio de la Iglesia, es la más poderosa y eficaz de las fuerzas morales que gobiernan al mundo. Sí, porque esa palabra predica la justicia, regla suprema y fin único del orden moral. Esa palabra enseña al ignorante, consuela al afligido, fortifica al débil, aterra al criminal; remediando así todas las necesidades y curando todas las dolencias. Esa palabra resuena en todas partes: en la populosa ciudad y en el desierto campo; en los oídos del rico y en el corazón de pobre; bajo las elevadas bóvedas de los templos cristianos y en toda la extensión del firmamento; en el seno de una muchedumbre recogida y en el interior de una tribu salvaje; aplaudida, unas veces, por las lágrimas, suspiros y gemidos de un pueblo penitente; y otras veces, recibida con indiferencia, rechazada con desdén ó calumniada con crueldad; siempre triunfante, porque escrito está que el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra del Señor no pasará. Y si ponemos los ojos en las instituciones sociales ¿quién ha hecho respetable

al niño y grande á la mujer? ¿A quién se debe la organización de la familia, fruto precioso del matrimonio cristiano? ¿Quién ha rodeado á la autoridad de honor y de prestigio? ¿A quién se debe la moderación en la guerra, la generosidad con el vencido y la suavidad general de las costumbres? Indudablemente la idea cristiana, profundamente arraigada en el seno de las sociedades por la predicación evangélica, es el principio de ese movimiento de radical transformación y de completa mudanza. Hoy, las sociedades modernas cierran el oído á esa palabra de vida y de salud para tenerlo abierto al ruido de la materia y á la confusa gritería de falsos profetas y pérfidos doctores. ¡Ingratas! En el seno de la Iglesia, vieron la luz y sintieron el amor; y ahora viven en tinieblas y se alimentan de odio. Ah! Señores, vuelvo á repetirlo, si los reformadores de los pueblos no edifican sobre la piedra que han reprobado, tropezarán con ella en su camino, lucharán vanamente por apartarla de su paso, y al fin sucumbirán ellos y su obra ante ese obstáculo invencible, porque escrito está que nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, Cristo Jesús. Y ya tenéis comprobado el segundo argumento de la excelencia del sacerdocio cristiano, á saber, que continúa en la tierra el ministerio de la enseñanza, que comenzó Cristo en el pueblo de Israel. "ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM.

III

Encontrábase el Salvador en casa de un fariseo, y una mujer, con tímido paso y acongojado semblante, se postra á sus pies, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, imprime sobre ellos ósculos de amor y los unge y perfuma con especial diligencia. Recibió en recompensa el perdón de sus pecados. REMI-

TUUNTUR TIBI PECCATA (1). ¿Con qué es cierto, Señor, que hay perdón para el pecador arrepentido? ¿Con qué es verdad que, prosternándose en tu presencia y clamando hacia ti con humilde acento y llorando á tus pies con ánimo contrito, se puede escuchar de tu divina boca esta palabra de consuelo, REMITTUUNTUR TIBI PECCATA? Y cuando se cierran para nosotros tus divinos labios ¿quién pronunciará sobre mi cabeza culpable la sentencia del perdón? ¿Ni quién podría hacerlo si tú no le comunicas esa potestad augusta? Y ciertamente, señores, la ha transmitido íntegra y perfecta al sacerdocio de la nueva ley. Después de su resurrección, apareció Jesús en medio de sus discípulos, les deseó la paz que había traído á la tierra, les mostró las llagas de sus manos y de su costado, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; los pecados que remitieréis serán remitidos y los que retuviéreis serán retenidos". ACCIPITE SPIRITUM SANCTUM, QUORUM RENUERITIS PECCATA, REMITTUNTUR EIS, ET QUORUM REMISERITIS, RETENTA SUNT (1). Ya está instituido el gran ministerio de la reconciliación del hombre con Dios. ¡Oh misterios indecibles del amor de Dios para con el hombre! ¿No os abisma, señores, contemplar á la criatura, en posesión de esa inmensa potestad? Medid la divina grandeza y la humana miseria, y tendréis idea de lo que es el pecado, y podréis calcular cual y cuan grande sea la potestad que lo remite ó retiene, quedando confirmadas en el cielo estas sentencias de la tierra. Y si queremos entrar en los detalles de su ejercicio ¿cuántos ignorantes han sido ilustrados en el sagrado Tribunal, ¿cuántos pecadores indiferentes sobre su triste estado han sido tocados por la gracia, en esos felices momentos, en que el alma se abre á todas las impresiones y es sensible á todos los

(1) San Lucas, c. VII, v. 48.

(1) S. Juan, c. XX, vs. 22 y 23.

estímulos!, ¡cuántos otros inveterados en el crimen han quebrantado por el dolor su empedernido corazón!, ¡cuántos profanadores desgraciados han venido á romper, por las industrias caritativas de un buen sacerdote, el criminal silencio, sostenido por largos años, bajo las engañosas apariencias de una falsa virtud! Y si consideramos las conciencias que se reforman, las pasiones que se combaten, los vicios que se destruyen, las virtudes que se practican, las resoluciones que se abrazan, ¡oh! señores: se presentará á nuestros ojos un mundo de beneficios, que excede toda ponderación y medida. Y si apartando la vista del sagrado Tribunal, la ponemos en sus efectos externos y visibles, pasarán delante de nosotros la paz de los matrimonios, la tranquilidad de las familias, el respeto á la vida y á la propiedad, la obediencia á la autoridad y á las leyes, la recta administración de los negocios públicos, en una palabra, la prosperidad general con el inseparable conjunto de todos sus bienes. Y ¿será acaso menos estimable la causa que produce tan saludables efectos, solo por ser secreta y escondida? ¿O acaso se la suprime, para no reconocer al sacerdocio católico su necesaria intervención en la ventura pública? ¿O quizá se intenta corromper positivamente á la sociedad, sin ruborizarse de emplear con ese fin la maledicencia y la calumnia? No lo sé, señores; pero sí os digo que ya se percibe en el seno de las familias y de la sociedad un movimiento de aversión al Tribunal de la penitencia, que suele ocultarse muchas veces bajo el manto de las buenas ideas y hasta de una simulada piedad signo inequívoco de verdadera decadencia, en el orden cristiano. Entretanto, la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, continuará ejerciendo el ministerio de la reconciliación, que le confió su Divino Fundador, y ostentará, por lo mismo, este rasgo de semejanza, con su celestial Esposo. ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM.

#### CONCLUSIÓN

He procurado manifestaros que el sacerdocio católico cumple, sin descanso, la grandiosa tarea de la regeneración del mundo, ejercitando, sin cesar, los tres ministerios de la oración, de la enseñanza y del perdón. Así conserva siempre, pura y sin mancha, su perfecta semejanza con el sacerdote eterno, Cristo Jesús. ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Réstame invitaros á que tributéis conmigo á esa institución venerable un justo homenaje de respeto y gratitud. INTUEMINI AVIEM QUANTUS SIT HIC.

¡Pontífice inmortal!, tres veces coronado, porque, sobre la corona de Sacerdote y de Rey, llevas todavía la venerable corona del infortunio! nosotros os saludamos, con toda la efusión de una alma agradecida. Os reconocemos y acatamos como al Vicario de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra, y, por tanto, tenemos por una enseñanza, cada una de vuestras palabras; por un mandato, cada uno de vuestros deseos, y por una prenda de felicidad cada una de vuestras bendiciones. ¡Órdenes contemplativas! que veláis día y noche en la presencia del Señor, llevando en las manos la luz de la fe y en los corazones la llama de la caridad; en vuestro seno depositamos nuestras incertidumbres, nuestros temores y nuestras esperanzas, aguardando de vuestras oraciones la seguridad, la paz y el consuelo. ¡Infatigables pregoneros de la buena nueva! que soportáis el peso del día y del calor, sembrando sin descanso, en el campo del Señor, la divina semilla; en el cielo recibiréis la justa recompensa de vuestros trabajos apostólicos, ya que en la tierra no podemos ofreceros sino el pequeño tributo de nuestro tierno amor y profunda veneración. ¡Ministros celosos del sacramento de la penitencia! que ablandáis con vuestras lágrimas los endurecidos corazones, y derramáis, como el Sama-

ritano, el bálsamo del consuelo en las heridas del alma nosotros besamos con respeto las huellas de vuestro tránsito y aplaudimos con vehemencia vuestro celo fervoroso. ¡Sacerdotes todos de la nueva ley! la corona del magisterio ciñe vuestras sienes; el dón de la sabiduría reposa en vuestros labios; en vuestras manos se inmola el Cordero immaculado; son hermosos vuestros pies, que evangelizan la paz!.....

¿Lo has escuchado, hermano mío? Eres grande entre los hijos de los hombres, porque has sido segregado, de entre ellos, para ofrecer dones y sacrificios por sus pecados. Su salvación es la única obra de que estás encargado; desde hoy, hermano mío, no puedes salvarte solo, ni perderte solo; á ellos pertenecen tus cuidados, tus vigiliás, tus talentos, tu vida y tu muerte; sus necesidades y aflicciones deben ser las tuyas; nada debe dolerte, como sus pecados, ni nada alegrarte, como su fidelidad; que no te desalienten sus miserias; toca siempre á las puertas de su corazón; espéralos con paciencia; recíbelos con amor; derrama lágrimas sobre su impenitencia, no olvidando que más gozo hay en el cielo por la conversión de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Siguiendo esta línea de conducta, herirá tu oído esta consoladora palabra: "siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor" (1). Así sea.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) *Serve bone et fidelis quia super pauca fuisti fidelis, super multam te constituam, intra in gaudium Domini tui. San Mateo, c. XXV, v. 23.*



### III

## Santísimo Sacramento

Sermón panegírico pronunciado en la iglesia de San Lázaro el día 28 de Junio de 1868

*Parasti in conspectu meo mentem adversus eos qui tribulant me.  
Me has preparado. Señor. un banquete contra aquellos que me atribulan*  
Salmo. XX 11, v. 5.

Mis hermanos:

SÓLO la infinita sabiduría del Dios caridad pudo haber cernos encontrar el soberano remedio del pecado en la tentación misma, que causó la ruina del humano linaje. Seréis como Dioses, dijo la serpiente á nuestros progenitores, quienes, seducidos con la perspectiva de tan sublime engrandecimiento, creyeron esa palabra de mentira, desobedecieron el mandamiento de su Dios y Señor y se precipitaron en el espantoso abismo de todas las miserias. Sobre el borde de ese abismo resonó, en la plenitud de los tiempos, una palabra de misericordia y de verdad: era la dulcísima voz del Dios Redentor que pretendía rehabilitar á la humanidad degenerada, verificando la engañosa promesa del espíritu de tinieblas. El hombre se perdió porque quiso, con inaudita insensatez,

ritano, el bálsamo del consuelo en las heridas del alma nosotros besamos con respeto las huellas de vuestro tránsito y aplaudimos con vehemencia vuestro celo fervoroso. ¡Sacerdotes todos de la nueva ley! la corona del magisterio ciñe vuestras sienes; el dón de la sabiduría reposa en vuestros labios; en vuestras manos se inmola el Cordero immaculado; son hermosos vuestros pies, que evangelizan la paz!.....

¿Lo has escuchado, hermano mío? Eres grande entre los hijos de los hombres, porque has sido segregado, de entre ellos, para ofrecer dones y sacrificios por sus pecados. Su salvación es la única obra de que estás encargado; desde hoy, hermano mío, no puedes salvarte solo, ni perderte solo; á ellos pertenecen tus cuidados, tus vigiliás, tus talentos, tu vida y tu muerte; sus necesidades y aflicciones deben ser las tuyas; nada debe dolerte, como sus pecados, ni nada alegrarte, como su fidelidad; que no te desalienten sus miserias; toca siempre á las puertas de su corazón; espéralos con paciencia; recíbelos con amor; derrama lágrimas sobre su impenitencia, no olvidando que más gozo hay en el cielo por la conversión de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Siguiendo esta línea de conducta, herirá tu oído esta consoladora palabra: "siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor" (1). Así sea.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) *Serve bone et fidelis quia super pauca fuisti fidelis, super multam te constituam, intra in gaudium Domini tui. San Mateo, c. XXV, v. 23.*



### III

## Santísimo Sacramento

Sermón panegírico pronunciado en la iglesia de San Lázaro el día 28 de Junio de 1868

*Parasti in conspectu meo mentem adversus eos qui tribulant me.  
Me has preparado. Señor. un banquete contra aquellos que me atribulan*  
Salmo. XX 11, v. 5.

Mis hermanos:

SÓLO la infinita sabiduría del Dios caridad pudo haber cernos encontrar el soberano remedio del pecado en la tentación misma, que causó la ruina del humano linaje. Seréis como Dioses, dijo la serpiente á nuestros progenitores, quienes, seducidos con la perspectiva de tan sublime engrandecimiento, creyeron esa palabra de mentira, desobedecieron el mandamiento de su Dios y Señor y se precipitaron en el espantoso abismo de todas las miserias. Sobre el borde de ese abismo resonó, en la plenitud de los tiempos, una palabra de misericordia y de verdad: era la dulcísima voz del Dios Redentor que pretendía rehabilitar á la humanidad degenerada, verificando la engañosa promesa del espíritu de tinieblas. El hombre se perdió porque quiso, con inaudita insensatez,

levantar hasta el trono mismo del omnipotente su pobre y miserable existencia: ERITIS SICUT DII; (1) y ¡cosa singular, mis hermanos!, el hombre no ganará lo que perdió, ni encontrará remedio para su dolencia, sino participando de la misma gloria de la divinidad, según el sentido de estas magníficas y consoladoras palabras: "Sino comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre no tendréis vida en vosotros". "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (2).

Procuremos penetrar este misterio de amor, descubriendo en el adorable sacramento de la Eucaristía la medicina universal de las pasiones humanas.

Inmaculada María, elegida desde toda la eternidad para que encarnase en tus castísimas entrañas el unigenito de Padre, alcánzame la gracia indispensable para hablar con acierto de esa encarnación mística del amoroso Jesús, en las almas fieles, por el sacramento de su amor. Ave María.

#### INTRODUCCIÓN

Tan inherente es la tribulación á la vida del hombre en este mundo que el Espíritu Santo no ha vacilado en decirnos que la vida del hombre es una continua batalla sobre la tierra: MILITIA EST VITA HOMINIS SUPER TERRAM (3). Sí, mis hermanos, batalla formidable contra los jurados enemigos de nuestra felicidad. El evangelista S. Juan los reduce á tres: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida; emponzoñadas fuentes en que tiene su origen el torrente de tribulaciones que afligen al hombre; malditas raíces prendidas en el corazón humano de las que germina ese árbol cargado con los frutos de la iniquidad.

(1) Génesis, c. III, v. 5.

(2) San Juan, c. VI, vs. 54 y 57.

(3) Job, c. VII, v. 1.

Pues bien, yo pretendo manifestaros que el Sacramento de la Eucaristía es el arma invencible para triunfar de tan terribles adversarios, desenvolviendo el sentido de esta palabra profética de David: PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM ADVERSUS EOS QUI TRIBULANT ME. Me has preparado Señor un banquete contra todos aquellos que me atribulan. Precisaré mi pensamiento. Las falsas promesas que hizo el demonio á nuestros primeros padres llevaban en su seno todas las desventuras y todas las catástrofes; al contrario, la promesa de N. S. Jesucristo "el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" contiene, junto con el remedio de todos los males, la prenda infalible de una felicidad verdadera. Y viniendo á un terreno más práctico, avanzo las tres proposiciones siguientes, que os declararán por completo el plan de este discurso. Las humillaciones sorprendentes de N. S. Jesucristo sacramentado, son el más poderoso remedio contra los desórdenes de nuestra ambición; y he aquí la primera: su absoluta y voluntaria pobreza, en este sacramento adorable, es un antidoto infalible contra el desenfreno de nuestra avaricia; y he aquí la segunda: el recuerdo de su pasión y de su muerte, vinculado al sacrificio eucarístico, es la medicina más eficaz contra los desbordes de nuestra sensualidad; y he aquí la tercera: es decir que el misterio de nuestros altares contiene el único y seguro remedio contra las tribulaciones que de todas partes nos cercan y que tienen su origen en la pasión de los honores, en la pasión de las riquezas, en la pasión de los placeres. El desarrollo de estas proposiciones os pondrá de manifiesto todo el sentido de esta sentencia profética de David: PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM ADVERSUS EOS QUI TRIBULANT ME. Os ruego que prestéis atención á una materia tan importante.

PUNTO PRIMERO

El hombre no quiso conformarse con el título y los derechos de rey de la creación entera. Parecióle estrecha la corona de monarca del universo y creyó que podía sostener en su débil cabeza la de rey inmortal de los siglos; creyó efímero el cetro de su dominación sobre las criaturas y pensó que podía empuñar en sus débiles manos el de supremo hacedor de los cielos y de la tierra; parecieronle pequeños los extensos dominios de su jurisdicción y quiso extenderla, en la inmensidad de los espacios y en la plenitud de los tiempos. ¡Pobre criatura! víctima de un sueño, no despertó de él sino para experimentar el castigo de su loca ambición. Quiso escalar el cielo y asentarse en el trono de luz indeficiente, y encontróse súbitamente precipitado al abismo y sentado en las tinieblas de la muerte. Ya lo veis, mis hermanos, esa ambición de inmerecidos honores, que tanto angustia el corazón humano, fue el principio de nuestra ruina, y hubiera sido su consumación perfecta, sin la infinita misericordia del Dios Redentor. Admirad conmigo la inefable sabiduría del médico celestial. La ambición del hombre, que quiere ser Dios, será destruída con el abatimiento de Dios, que quiere hacerse hombre; la soberbia del hombre que con insensato orgullo lanza al cielo esta blasfemia: *NON SERVIAM* (1), no serviré, será reparada por el anonadamiento supremo de Dios, que dice: "seré obediente hasta la muerte y muerte de Cruz". Así, mis hermanos, yo descubro, en el adorable misterio de las infinitas humillaciones de un Dios, el más eficaz remedio contra las pretensiones ambiciosas del corazón humano. Porque no basta, hermanos míos, enseñar al hombre el precio sumo de la humildad y los peligros de la soberbia. Es tan seductor el brillo de los honores

(1) Jeremías, c. II, v. 20.

es tan halagüeño el pensamiento de la grandeza que fácilmente hubiera olvidado el hombre esa santa enseñanza, aun cuando estuviera autorizada por el Espíritu de Dios. De aquí la necesidad de poner, delante de sus ojos, un modelo práctico de verdadera humildad, á fin de que, no apartando su vista de este divino ejemplar, pudiese combatir con rigor las tentaciones de la ambición y de la soberbia. Por eso encarnó el unigénito de Padre, ocultando la gloria de su majestad bajo las apariencias del siervo: *EXINANIVIT SEMETIPSUM* (1); por eso nació en un pesebre, se meció en pobre cuna, vivió ignorado y murió entre los desprecios del pueblo y las ignominias de la Cruz. ¡Quién lo creyera, mis hermanos! Tan sublime lección de humildad no habría bastado para curar nuestra soberbia. El tiempo nos hubiera hecho poner en olvido la pavorosa tragedia del Calvario; y hoy, lo mismo que hace seis mil años, estuviera el hombre alimentando en su fantasía los sueños de un engrandecimiento divino: *ERITIS SICUT DEI*, si esas humillaciones no se hubieran perpetuado y no se perpetuarán hasta la consumación de los tiempos. Allí tenéis, mis hermanos, en el adorable sacramento de nuestros altares el compendio maravilloso de las infinitas humillaciones de Dios. En la encarnación, ocultó los esplendores de la divinidad, bajo la cubierta de una carne mortal; aquí esconde, á un mismo tiempo, á Dios y al hombre, bajo los místicos velos del sacramento; en su dolorosa pasión, experimentó la ingratitud de su pueblo, el desprecio de los fariseos, la burla de los sacerdotes y la inicua sentencia de sus jueces; aquí experimenta la ingratitud de los cristianos, el desprecio de los herejes, la burla de los impíos y algunas veces, por un misterio de inconcebible ceguera, una sentencia de proscripción; en su ignominiosa muerte, se separaron,

(1) S. Pablo á los filipenses, c. II, vs. 5 y 8.

para volverse á unir, su alma santísima y su cuerpo adorable; aquí se renueva místicamente esa separación, todas las veces que el sacerdote consagra la sagradas especies. De manera que el Sacramento de la Eucaristía es la perpetua continuación y la más perfecta síntesis de todas las humillaciones de Dios. Y decidme ahora, hermanos míos, ¿qué pensamiento de soberbia anidará el hombre, en el fondo de su corazón, si tiene delante de su vista el infinito anonadamiento de Jesús Sacramentado? ¿Qué proyecto de ambición alimentará el hombre, en lo íntimo de su alma, si contempla al Dios de la magestad humildemente escondido bajo los accidentes del pan y del vino? Indudablemente, mis hermanos: es imposible resistir á la influencia medicinal de este pensamiento salvador. ¿Cómo es posible que yo, polvo y ceniza, pecado, corrupción y muerte me ensoberbezca, cuando mi Dios, mi Señor, el Rey del cielo y de la tierra, cuyo nombre incomunicable escriben las estrellas en el firmamento, cuya gloria publican los cielos con su magnificencia, cuyas alabanzas cantan los ángeles pulsando con infinita melodía sus harpas de oro, cuyo poder se retrata en la dilatada extensión del ancho mar, cuya inmensidad no cabe en la inmensidad de los espacios; como es posible, repito, que yo me ensoberbezca, cuando el soberano Señor de cuanto existe, se anonada, ocultando su grandeza bajo de humildes formas? ¡Ah, mis hermanos! Yo creo que todo pensamiento de soberbia quedará desconcertado, que todo proyecto de ambición quedará deshecho, bajo la poderosa influencia de esta palabra de amor: "Aprended de mí que soy humilde de corazón". (1) Y notad que Jesús no os dirige esta invitación sino desde el humilde trono en que está sentado; y que ella no penetra hasta vuestros corazones, sino salvando los místicos velos del Sacramento. Con razón

(1) Discite á me quia mitis sum et humilis corde. S. Mat. c. XI, v. 29.

os he dicho que el sacramento de la Eucaristía contenía el remedio de nuestra soberbia; y con razón cantó David divinamente inspirado, PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM ADVERSUS EOS, QUI TRIBULANT ME. Continúadme vuestra atención y veréis como es, también, medicina de nuestra avaricia.

#### PUNTO SEGUNDO

El pueblo de Israel, rechazando el culto del verdadero Dios y adorando un becerro de oro, es la perfecta imagen del hombre envilecido por las riquezas. Como aquel veleidoso pueblo, el avaro es un Rey decaído, que depone las insignias de su soberanía y tributa homenaje á un ídolo de vil metal. Profundo es el abismo de miseria en que precipita al hombre su ambición ó su soberbia; pero este desorden no envuelve tanta degradación como el infame vicio de la avaricia, pues, en el primero, no hay otra cosa que el extravío del sentimiento de la propia grandeza, mientras que, en éste, desciende el hombre hasta el punto de abdicar su propia dignidad adorando la materia. Ancha y profunda llaga ha abierto el apetito desordenado de las riquezas en el corazón del hombre; y ha sido indispensable la pobreza voluntaria del Hijo de Dios para que aprendamos cuanta es la vileza del dinero y cuantos los peligros de su posesión; ha sido necesario que el Evangelio lanzase un terrible anatema contra las riquezas, para que el cristiano viese en ellas un elemento de condenación y una piedra de tropiezo para su felicidad. Pero, ni las severas y formidables amenazas del Evangelio contra los ricos de este mundo; ni el haberse desposado con la pobreza el Unigénito del Padre, naciendo reclinado en su seno, viviendo abrazado con ella y muriendo en la absoluta desnudez de todas las cosas, han bastado para extinguir en el hombre la sed ardiente de

los bienes terrenales. Hace diez y nueve siglos que la pobreza fue glorificada en la persona del Salvador del mundo; la Iglesia, en su larga peregrinación, nos ha ofrecido generosos imitadores de la pobreza de Jesús: son almas nobles y elevadas que, puestos los ojos en la eternidad, supieron hollar con firme planta la vanidad de las riquezas mundanas; y sin embargo, los hombres corren como locos tras de los bienes de la tierra, trabajan incansablemente para conseguirlos, no sacian su apetito con poseerlos y se inquietan y se angustian con el temor de perderlos. ¡Oh extrema miseria la del hombre! Destinado á vivir breves días, en esta tierra de llanto y de infortunio, los consume en atesorar riquezas perecederas, sin pensar que ha de hundirse en la hoquedad de un sepulcro, para presentarse, sólo y desnudo, en el terrible tribunal de su soberano juez. En la eternidad, mis hermanos, para nada valen, ni de nada sirven, las riquezas temporales, fuera del caso en que hayan rescatado los pecados, depositándolas en el seno del pobre. Mas, para oponer á las riquezas una condena-ción suprema y un preservativo infalible, no necesito apelar á la sentencia del último juicio; bástame congregar á los ricos al rededor del santuario y poner delante de sus ojos el contraste que ofrece su amor á la riqueza y la extrema y voluntaria pobreza de Jesús Sacramentado. Y si mi palabra pudiera abrirse paso hasta el corazón de los potentados del siglo, yo les diría: "venid y ved un prodigio siempre antiguo y siempre nuevo" (1). Aquel Señor omnipotente, que, con un acto de su voluntad, hizo los cielos y la tierra y cuanto en ellos se contiene, ha-se reducido, por amor al hombre, para apagar en su corazón el apetito desordenado de las riquezas, á la condición de la más absoluta pobreza; confiado está el

(1) Venite et videte opera Domini quae possunt prodigia super terram. Salmo 45.

Sacramento de su amor á la solicitud de sus ministros y á la caridad de los fieles. Nada tiene, nada posee, de todo necesita, y resignado en su abatimiento voluntario, no se queja si la ingratitude de los hombres no repara la indigencia á que lo ha reducido su amor, empleando en su culto esas mismas riquezas, que su liberal mano les ha concedido. Del inflamado corazón de este amante de la pobreza parte una ardiente saeta destinada á grabar en el vuestro esta sentencia de eterna verdad: "bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos" (1). Y ciertamente, la meditación de la pobreza voluntaria de Nuestro Señor Jesucristo, en el adorable Sacramento del Altar, es poderosa, por sí sola, para hacernos menospreciar las riquezas de este mundo y estimar únicamente las espirituales y celestes. Aquí se me presenta la ocasión de lamentar con vosotros la punible incuria con que muchos cristianos miran el desgüeño y abandono del culto del Señor y de su santo templo, mientras que gastan profusamente, en el regalo y la molicie de la vida. Tiemblo, hermanos míos, considerando que puede recaer sobre ellos esta terrible sentencia: "Id malditos de mi Padre al fuego eterno, porque estuve desnudo y no me cubristeis" (2). Sí: seguramente incurrirá en este castigo quien, disipando los bienes con que el Señor le ha colmado, no los emplee principalmente en el decoro y pompa del servicio divino. Quiero, también, bendecir con vosotros á esos cristianos fieles que, inflamados de una piedad verdaderamente filial, defraudan una buena parte de sus bienes á las honestas comodidades de la vida para aumentar el ornato y esplendor del santuario; y que vuestra bendición sea una prenda y como un preludio de aquella otra que el Señor derramará

(1) Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum coelorum. S. Mat. c. V, v. 3.

(2) Discedite á me maledicti in ignem aeternum..... Nudus et non cooperuisti mei. S. Mat. XXXI, vs. 41 y 43.

sobre sus escogidos, diciéndoles: “Venid benditos de mi Padre; poseed el Reino que os está preparado, porque estuve desnudo y me cubristeis (1). Estimulémonos, también, nosotros con el ejemplo de la pobreza de Jesucristo á no fijar nuestro corazón en tesoros, que los ladrones pueden robar ó la polilla puede consumir, y esforcémonos en merecer la recompensa prometida á los que, como Nicodemus, cubren con una rica y limpia sábana la desnudez del Salvador. Os he dicho lo bastante para que os enamoréis de la pobreza cristiana, contemplando á vuestro Dios pobre y cautivo, por amor á los hombres. Para preservaros de las inquietudes y peligros de las riquezas temporales, acudid al banquete eucarístico, que es mesa preparada para los pobres, aunque se sirva en ella el pan de los ángeles. PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM. Os diré dos palabras sobre la prodigiosa virtud de este Sacramento, para curar nuestra sensualidad.

PUNTO TERCERO

Imposible parece, sino lo vieramos todos los días, que el hombre llegara á ser siervo de la carne y de la sangre. Poseedor de una alma inmortal, heredero de un trono en el Reino de los celestiales espíritus, destinado á deleitarse eternamente en la suave contemplación de la belleza infinita, causa pena verlo cautivo por las ilusiones de los sentidos. Como el águila, debiera remontar su vuelo, para mirar con apacible tranquilidad al Sol de Justicia, y da lástima verlo fijo sobre el suelo, llevando al pie la afrentosa cadena del esclavo y arrastrando sus alas en el polvo de la tierra. ¡Que triste y desconsoladora realidad es esta del reinado de la

(1) Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum. . . . Nndus et cooperuisti mei. S. Mat. XXVI, vs. 34 y 36.

sensualidad en el mundo! ¿Cómo es posible que haya podido triunfar de las armas con que perpetuamente ha sido combatida? Y para no hablar de otras muchas ¿cómo ha podido resistir y vencer, en la lucha encarnizada que le ha declarado la enfermedad y la muerte? ¿cómo es posible que haya arrancado del corazón humano ese manto de funeral tristeza con que lo han cubierto los infortunios de la vida, para dar entrada al deleite y los placeres? ¿cómo es posible que la poderosa voz del ángel de la destrucción, que ha reducido á un montón de cenizas á las pasadas generaciones de los hijos de Adán, no haya resonado bastante en nuestros oídos para que aun podamos escuchar la invitación de la sensualidad á disfrutar de las delicias de la vida?

¡Oh! hermanos míos, y no ha quedado aquí la ceguera lamentable del hombre. A la experiencia de cada día, que le muestra la vanidad esencial de la vida del hombre; á las lecciones mismas de la muerte, que le enseñan cómo todo termina en la oscuridad del sepulcro, ha tenido la insensata temeridad de responder: “Pues bien, si son breves y fugaces los días de nuestra mansión en la tierra, coronémonos de rosas antes que las marchite la mano polvorosa del tiempo ó que las deshoje por completo el hielo de la muerte”(1); y con este pensamiento, se echa en brazos de todos los placeres. Considerando el grado de envilecimiento en que ha sumido al hombre la concupiscencia de la carne, fácilmente se comprende cómo resiste esta enfermedad á toda medicina, y cómo no hay otra manera de curarla que la escogitada por la infinita sabiduría del Dios Salvador. Padre eterno, exclama, puesto que el hombre ha desconocido tu soberanía, prostituyendo su alma inmortal á los apetitos de la carne: hé aquí que yo me ofrezco como víctima para reconocer tu soberano y absoluto do-

(1) Libro de la Sabiduría, c. II.

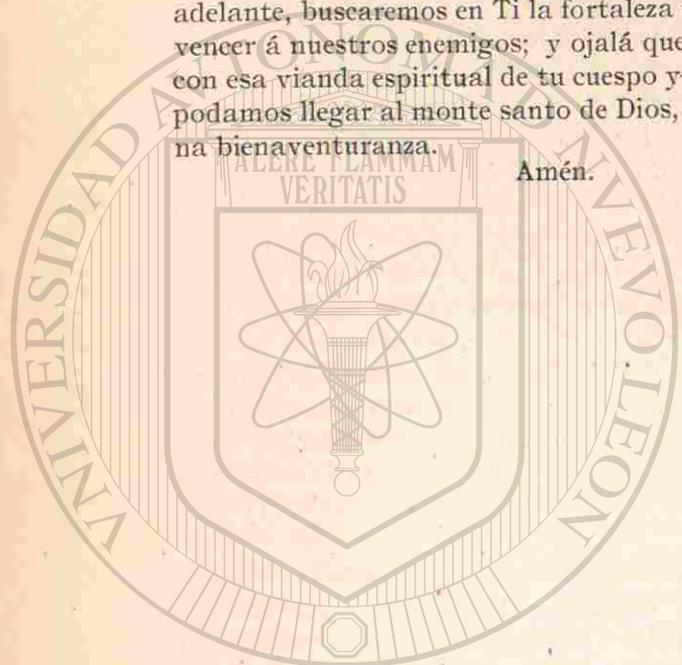
minio sobre todas las cosas; puesto que el hombre ha menospreciado tu ley santa para entregarse á la depravación de sus sentidos: hé aquí que yo, cumpliendo un decreto de tu voluntad adorable, entrego mi inocente cuerpo á los tormentos y á la muerte. Mis hermanos, ¡cuán tierna debe ser la gratitud de nuestro corazón hacia esta gran misericordia de nuestro Dios y Señor, porque hemos encontrado ya el medio seguro de destruir el imperio de la sensualidad. Ved si nó cómo, desde el instante en que fué expuesto á las miradas del mundo el cuerpo pollagado de Jesucristo, convirtiéronse los hombres de carnales en espirituales, de amigos del placer y del deleite, en amadores del dolor y de la penitencia. Y ¿quién no los amará, mis hermanos, sino sólo se han hecho amables sino adorables en la divina persona del Salvador del mundo? ¿Quién regalará y contentará su cuerpo, viendo ensangrentado el de su amado Jesús? ¿quién no encontrará dulzura en los rigores de penitencia, viendo destrozada á golpes la inocente carne del Cordero de Dios? ¿Quién no hallará amargos los placeres de los sentidos, sabiendo que el divino Redentor gustó para expiarlos, hiel y vinagre? ¡Ah, mis hermanos después de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, ya no me admiran en el Cristianismo esos ejemplos de asombrosa penitencia que nos han dejado los Santos; maravillame, sí, nuestra flojedad para abrazar esa cruz de la mortificación cristiana, sin cuyo saludable yugo es imposible salvarnos; maravillame, sí, que un cristiano, teniendo á la vista la bendita imagen de su Salvador crucificado, se ocupe en halagar y complacer sus sentidos, más bien que en castigarlos y reducirlos á servidumbre. Mas, ya el hombre no puede quejarse de que le es imposible domar su concupiscencia, porque, para apagar sus fuegos cuenta con toda la sangre de un Dios; y para que la virtud divina de esa preciosa sangre estuviera siempre á su disposición quiso Dios, con amorosa y singular providencia, que se renovase todos los días sobre nuestros

altares el sacrificio de la redención. Y hé aquí cómo, siendo la Eucaristía la verdadera renovación del sacrificio de la cruz contiene plenamente toda su fuerza y su virtud. Por esto, todo cristiano que crea y confiese que, en el Santo Sacrificio de la Misa, se renueva la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, encontrará en él la fortaleza necesaria, para sujetar su apetito al yugo de su espíritu. Por esto, todo aquel que experimenta, como S. Pablo, esa ley de sus miembros que se opone á la ley de su espíritu, se acerca á la mesa eucarística para alimentarse con la sangre purísima de Nuestro Salvador; por eso, todo el que se ve afligido por el peso de aquella gran tribulación, que el Apóstol llama la tribulación de la carne, corre presuroso á la bodas del Cordero para escanciar en ellas ese vino generoso, que engendra la virginidad..... Basta, mis hermanos: la profecía de David se ha cumplido; el banquete eucarístico comunica una fortaleza divina, para triunfar de aquellos implacables enemigos que siembran de peligros el camino de nuestra vida. PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM.

¡Amorosísimo Salvador mío, que te ofreces cada día en holocausto á tu eterno Padre por los pecados del mundo! tú mismo nos enseñas la virtud sobrenatural del Sacramento de tu amor. Llamándonos hacia ti nos dices: venid á mí todos los que estáis trabajados y cansados y yo os aliviaré. Sí: venid los que estáis inquietos y angustiados por la persecución de los vanos honores del mundo; comed esta carne bendita, bebed esta sangre divina, que han sido el teatro de mis humillaciones y aprenderéis á ser humildes de todo corazón. Acudid presto los que estáis abrumados con la pesada carga de las riquezas temporales; sentaos á mi mesa, y sabréis menospreciarlas y gustar de las espirituales y celestes; no tardéis los que os sintáis afligidos por la tiranía de la concupiscencia; tomad un puesto en el banquete eu-

carístico y seréis castos, nutriendo vuestras almas con el pan de los Angeles. Venid, pues, todos los que estáis trabajando y cansados y yo os aliviaré. ¡Ah, Jesús mío! hemos oído tu palabra y la cumpliremos fielmente. En adelante, buscaremos en Ti la fortaleza necesaria para vencer á nuestros enemigos; y ojalá que, robustecidos con esa vianda espiritual de tu cuerpo y de tu sangre, podamos llegar al monte santo de Dios, que es la eterna bienaventuranza.

Amén.



IV

**San Francisco Solano**

Sermón panegírico, pronunciado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles de la recolección franciscana el día 24 de julio de 1868.

*Existimo enim nihil me minus fecisse á magnis Apostolis.*

*Mas yo nada pienso haber hecho menos que los grandes Apóstoles.*

*San Pablo, Epístola II á los Cor. c. XI, v. 5.*

Mis hermanos:

**E**L apostolado es la institución más augusta que existe sobre la tierra. Creada, por el Salvador del mundo, entre los resplandores de su resurrección, debe propagar su divina enseñanza, en toda la extensión de los tiempos y hasta los últimos confines del orbe de la tierra: *IN OMNEM TERRAM EXIIT SONUS EORUM. ET IN FINIS ORBIS TERRAE VERBA EORUM* (1). ¡Qué grandiosa misión, hermanos míos, la del apóstol de Nuestro Señor Jesucristo! Mensajero de la buena nueva, debe anunciarla á todos los que yacen sentados en las tinieblas de la ignorancia y del error; ángel del Nuevo Testamento, debe traer á la tierra las embajadas del cielo,

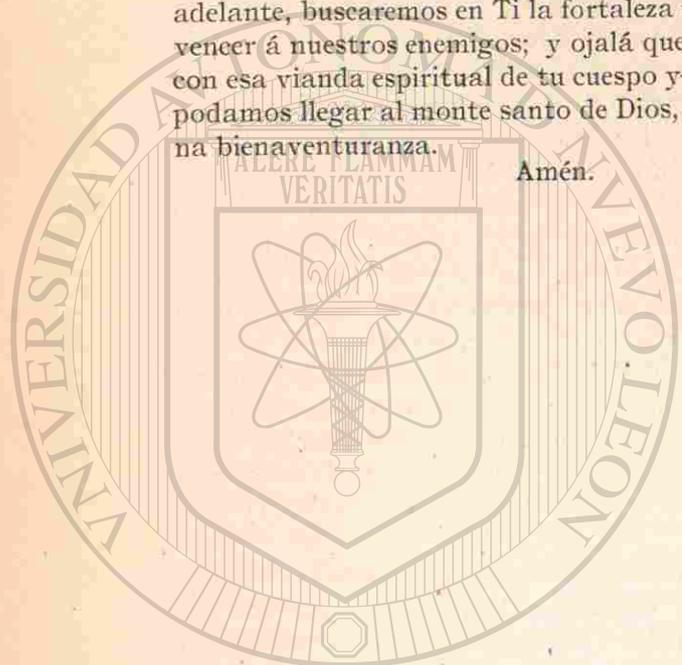
(1) David en el Salmo 18, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

carístico y seréis castos, nutriendo vuestras almas con el pan de los Angeles. Venid, pues, todos los que estáis trabajando y cansados y yo os aliviaré. ¡Ah, Jesús mío! hemos oído tu palabra y la cumpliremos fielmente. En adelante, buscaremos en Ti la fortaleza necesaria para vencer á nuestros enemigos; y ojalá que, robustecidos con esa vianda espiritual de tu cuerpo y de tu sangre, podamos llegar al monte santo de Dios, que es la eterna bienaventuranza.

Amén.



IV

**San Francisco Solano**

Sermón panegírico, pronunciado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles de la recolección franciscana el día 24 de julio de 1868.

*Existimo enim nihil me minus fecisse á magnis Apostolis.*

*Mas yo nada pienso haber hecho menos que los grandes Apóstoles.*

*San Pablo, Epístola II á los Cor. c. XI, v. 5.*

Mis hermanos:

**E**L apostolado es la institución más augusta que existe sobre la tierra. Creada, por el Salvador del mundo, entre los resplandores de su resurrección, debe propagar su divina enseñanza, en toda la extensión de los tiempos y hasta los últimos confines del orbe de la tierra: IN OMNEM TERRAM EXIVI SONUS EORUM. ET IN FINIS ORBIS TERRAE VERBA EORUM (1). ¡Qué grandiosa misión, hermanos míos, la del apóstol de Nuestro Señor Jesucristo! Mensajero de la buena nueva, debe anunciarla á todos los que yacen sentados en las tinieblas de la ignorancia y del error; ángel del Nuevo Testamento, debe traer á la tierra las embajadas del cielo,

(1) David en el Salmo 18, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ya sean consejos de misericordia ó misterios de justicia; centinela de la casa de Israel, debe armarse con una espada de fuego para que no penetren en su seno la desolación y el espanto; obrero infalible, en el campo del padre de familia, debe derramar sin descanso la semilla de la divina palabra, regando con el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos, la ingrata tierra del corazón humano; verdadero pastor, debe dar amorosos silbos para congregar á las ovejas dispersas y ahuyentar á los carnívoros lobos; tierno padre, debe acoger con entrañas de caridad, á los pecadores arrepentidos, como á otros tantos hijos extraviados de la casa paterna..... ¿Qué más diré, hermanos míos? La grandeza del apostolado católico abruma mi pequeñez; el peso de su gloria oprime mi debilidad; yo no puedo contemplar, sin ser arrebatado por la admiración, la gloriosa carrera del apostolado cristiano en la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo; ni puedo tampoco fijar mi vista en la celestial figura de un Apóstol, sin caer de rodillas ante esa viva imagen de mi divino Salvador. Y siendo esto así, ¿qué lengua podrá elogiar, como merece serlo, la santa y preciosa vida de uno de los mas esclarecidos varones apostólicos, honra y gloria de la venerable religión de San Francisco de Asís y celoso apóstol del Perú? ¡Ah, mis hermanos! Sólo un santo puede hacer el panegírico de un santo; y he aquí por qué tiemblo y me confundo, al tener que elogiar ante vosotros, las preclaras virtudes y encumbrados merecimientos de Francisco Solano, y no me queda otro recurso que acudir á la que, siendo morada resplandeciente de la sabiduría increada, puede alcanzarme la luz y gracia de que tanto necesito.

Ave María.

Introducción

El celo por la salvación de las almas es el carácter

distintivo de los misioneros evangélicos. Por eso, cuando el Salvador del mundo quiso anunciar á los pescadores de Galilea su apostólica misión les dijo: "yo haré que seáis pescadores de hombres"; y cuando quiso confirmar esa misión, revistiéndola de su autoridad soberana, y señalándole su objeto propio, les agregó: "así como me ha enviado mi Padre, os envío yo á vosotros; id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura". Desde el momento en que estas palabras fueron pronunciadas, el universo ha visto asombrado esa sucesión no interrumpida de varones apostólicos, que han cifrado su gloria y su felicidad en ganar las almas para Nuestro Señor Jesucristo.

Entre éstos resplandece con insólita claridad el bienaventurero padre Fr. Francisco Solano, apóstol del Perú. Y si el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, es el timbre más glorioso del apostolado católico, Francisco que ha poseído esta virtud, en un grado eminentísimo, puede decir con los mismos títulos que el apóstol de las naciones: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*. Mas yo nada pienso haber hecho menos que los más grandes apóstoles; afirmación que se desprende de los trabajos evangélicos de nuestro santo, y que formará, por sí sola su más cumplido elogio. En dos palabras os declararé mi pensamiento: Francisco Solano, es un verdadero apóstol de mi Señor Jesucristo, porque está inflamado con un celo generoso, ardiente y puro por la gloria de su Dios y la salvación de sus hermanos, pudiendo decir de sí mismo, compendiando en una sola frase la historia de su preciosa vida: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE Á MAGNIS ÁPOSTOLIS*. ®

PUNTO ÚNICO

Tocaba el siglo XVI á la mitad de su carrera; y en

la ciudad de Montilla, del Obispado de Córdoba, mecíase, en pobre pero limpia cuna, el niño Francisco, tierno y precioso fruto de un cristiano y honrado matrimonio. Nadie hubiera dicho, mis hermanos, que en esa bendita cuna palpitan las esperanzas de un mundo; y nada era más cierto, sin embargo. Deslizóse la infancia de Francisco, con apacible suavidad, perfumando con su aroma el hogar doméstico y santificando las aulas con su presencia. Así pasaron veinte años. Entonces realizóse una transformación asombrosa: el joven Francisco, enamorado de la locura de la cruz, quiere revestirse de cuanto en el mundo hay de más despreciable y no gloriarse en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo quedará crucificado para él, y él crucificado para el mundo.

Con este fin pide el hábito de San Francisco en el Convento de la recolección de Montilla. Una vez admitido en la comunidad, no tuvo otro pensamiento sino el de santificarse por el ejercicio de la obediencia y de la mortificación; siendo ésta tan extraordinaria, que pusiera espanto en el templado corazón de los anacoretas del desierto, y aquélla tan perfecta que fuera, por sí sola, incontestable argumento de su eminente santidad. Pasemos en silencio las singulares virtudes, que cultivó en la recolección de Santa María de Loreto, en el convento de Arrizafa y en el de S. Francisco del Monte; dejemos escondidas en el secreto de su alma las inefables caricias con que lo enriqueció el Señor, cuando ofreció á la divina justicia la hostia de propiciación; ni nos detengamos en admirar su rara sabiduría y exquisita prudencia, en la dirección de los noviciados de Arrizafa y de S. Francisco del Monte y en la guardianía de este último convento, que sólo la obediencia le hizo sobrellevar; todo esto prueba que germinaban en el huerto de su corazón las flores de todas las virtudes. Mas yo he contraído el compromiso de manifestaros la

generosidad de su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

\*

\*\*

Era el año de 1583: una desoladora epidemia hería sin piedad á los habitantes de Montoro; la muerte paseaba, con aire de triunfo, su carroza fúnebre, por la consternada ciudad. Nuestro santo pide licencia al P. Guardián de S. Francisco del Monte para trasladarse al hospital de los apestados, con riesgo manifiesto de su propia vida. Una vez constituido en ese sombrío palacio de los dolores humanos, nada omitió para aliviar la desgraciada situación de los pobres enfermos; y, sobre todo, para arrancar sus almas del tiránico imperio de Satanás. ¡Cuántas lágrimas derramadas en el lecho del dolor, para ablandar los empedernidos corazones! ¡Cuántas crüeles y sangrientas disciplinas para atraer sobre sus pobres enfermos la misericordia del Señor! ¡Cuántas confesiones arrancadas por las industrias de su celo! ¡Cuántas almas, en fin, devueltas á la amistad de su Dios, por la eficacia de sus ruegos y el artificio de caridad! Imaginaos, hermanos míos, al bendito Padre Fr. Francisco Solano, de pie á la cabecera de los enfermos, inflamado el rostro, incendiado el corazón, tierna y apacible la mirada, mostrando á sus queridos enfermos la adorable imagen de su Salvador crucificado, enseñándoles, con suavísimas palabras, á buscar en las llagas del agonizante Jesús el valioso tesoro de la resignación cristiana. Medid, si podéis, la inmensa generosidad del celo que inflama su corazón. No importa que no esté obligado á desempeñar su ministerio entre tantas fatigas y trabajos; no importa que se exponga á un peligro casi cierto de perder la vida abrasado por la fiebre; nada importa, mis hermanos; hay almas que salvar, esto le basta, y con una intrepidez sólo igual á su caridad, desafía la muerte para con-

quistar á las almas, mejor que los más grandes guerreros, en la toma de bien guarnecidas fortalezas. Francisco Solano, que, sin otro móvil que el celo por la salvación de las almas, respira esa atmósfera empozoñada por la infección, bebiendo á tragos la corrupción y la muerte, puede decir de sí misma: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*. Sin duda, hermanos míos, os habrá conmovido el generoso celo de Francisco Solano; mucho más os conmovirá, si lo comparáis con el que anima vuestros corazones. Mas, quiero que admiréis conmigo otros rasgos, si cabe, más sublimes de la caridad de nuestro Santo.

Es alta mar: una deshecha tormenta amenaza hundir en los abismos del Océano una nave, que el huracán agita como débil caña mecida por el viento. Las cataratas del cielo abiertas sin piedad amenazan oprimir con su peso el ya maltrecho navío; una pavorosa oscuridad, sólo iluminada por las siniestras claridades del relámpago, envuelve en manto de tinieblas tan horrorosa catástrofe. A pesar del bramido de la tempestad y del horrible traquido de las tablas al romperse, pueden escucharse, sin embargo, los agudos gritos y penetrantes lamentos; tan recios y esforzados son los que lanza al aire la acongojada muchedumbre. Unos cuantos frailes, un buen número de negros y otros pocos pasajeros eran los navegantes de esta infortunada nave. Aunque los religiosos se han arrojado á los peligros de una penosa navegación con el único interés de ganar, para Nuestro Señor Jesucristo, las almas de los indios americanos, no es tan heroico su celo, que no aprovechen la

primera embarcación que se presenta para alcanzar, á fuerza de remo, la suspirada tierra. Sólo un fraile, resistiendo las fraternales insinuaciones de sus compañeros para que salvase su vida, quédase en el navío, porque no se conforma su caritativo celo con dejar en desamparo y orfandad á tantos pobres, que gemían en mortales ansias; mucho más, habiendo tantos negros bozales no regenerados aún con las santas aguas del Bautismo y tantos á quienes el pecado había puesto en peligro de condenación. Mientras tanto, la tormenta arrecia; la atribulada muchedumbre rodea al santo religioso que, levantados los ojos al cielo, sosteniendo en su mano derecha un crucifijo, con acento de la más encendida caridad y poniendo toda confianza en la misericordia del Señor, catequiza, como las circunstancias lo permiten, á los infelices negros, derrama sobre sus cabezas culpables el agua de la regeneración y escucha con amorosa solicitud á los pecadores, que quieren purificar sus almas en sacramento de la Penitencia. Mas ¡qué angustia tan suprema! El cielo parece de bronce, porque no se muestra sensible á los clamores de los desgraciados. Muy al contrario; un fuerte golpe de mar divide en partes el navío; ábrese el abismo para devorar la una, con gran copia de gente que la ocupaba, mientras que la otra lucha y resiste todavía la furia del vendabal. Con gran congoja de su corazón, vió el bendito Padre sumergirse en las olas á tantos hermanos suyos; pero halló consuelo, pensando que las almas de sus queridos negros se sumergían también en el océano infinito de las divinas perfecciones. Así pasaron tres días, destituídos de todo humano socorro, sin comer ni beber, inundados por las olas que trepaban hasta lo más alto de la popa, luchando entre la confianza y la desesperación, halagando á veces en su fantasía la querida ilusión de la vida. ó torturándose el corazón, con la horrorosa perspectiva de una trágica

muerte.....Apartemos la vista, mis hermanos, de un cuadro tan lastimoso, y fijémosla en el único semblante, que no ha sido conturbado por las tempestuosas pasiones del corazón. Ved al pobre religioso sobre la popa del navío, suspenso entre el cielo y los abismos, encendido el rostro, elevando al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo su ferviente oración, que viaja hasta su trono en alas de la tempestad, para descender convertida en rocío saludable sobre los atribulados corazones.....¡Ah!, mis queridos hermanos, tanto heroísmo tiene un nombre, un nombre querido y bendito para nosotros; ya no puedo ocultarlo por más tiempo: se llama Francisco Solano; es el mismo á quien vimos como un angel de caridad en el hospital de Montoro. Anhelando padecer martirio por la gloria de Jesucristo y huyendo de los homenajes de veneración que la fama de su santidad le atrae de todas partes, se ha lanzado á mares desconocidos á fin de exponerse voluntariamente y sólo por caridad, á toda especie de trabajos y fatigas y aun á la misma muerte por procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Con razón puede exclamar: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MIMUS FECISSE Á MAGNIS APOSTOLIS*. Al fin, su oración fué escuchada: los golpes de sangrienta disciplina, que alternaban con los muy recios de las azotadas olas, apiadaron el corazón de Dios; y las borrascosas aguas apaciguaron su furia, sin duda porque las enrojeció su inocente sangre. Así terminó esta dolorosa escena de la que Dios sacó tanta gloria y nuestro santo tan grandes merecimientos.

DIRECCIÓN GENERAL DE

Hagamos ahora un paréntesis, en la historia de su vida, no echando en olvido, sino cubrien-

do con un respetuoso velo los nuevos peligros á que se expuso en su travesía hasta esta Capital y sus trabajos apostólicos en su peregrinación evangélica desde esta ciudad hasta las provincias del Tucumán; vamos á considerarlo rápidamente, en el último y más glorioso teatro de su apostolado. Aquí, hermanos míos, en el mismo lugar en que nos encontramos congregados para bendecir á Dios por la santidad de su siervo, atesoró Francisco ese caudal de merecimientos que le han procurado la gloria del cielo y la veneración de la tierra. En esta santa recolección que se honra en reconocerlo como su fundador cavó los cimientos de profundísima humildad, que sustentaron firmísimamente el grandioso edificio de todas las virtudes. Penetrad conmigo en el refectorio ó en el coro, alguna de las veces en que el Santo religioso, postrado en tierra, confesábase criminal en presencia de la comunidad, besaba con amor los pies de sus hermanos y reputábase indigno de vivir entre ellos, teniéndose por mas inútil que un a débil y quebradiza caña. En los claustros de este convento, fué visitado por el Señor, en altísima oración, en amorosos raptos, en sublimes éxtasis, en que su alma toda, inundada en la suavidad de la dulzura de Dios, era regalada con esas visiones celestiales que el ojo no puede ver, con esos dulces coloquios que el oído no puede escuchar, con sus delicias inefables que el sentido humano no puede percibir. Allí, en la escuela de la oración, aprendió á amar las almas con un amor semejante al de Nuestro Señor Jesucristo; en la meditación constante de la pasión y muerte de nuestro divino Salvador, supo conocer el precio infinito de los redimidos con la sangre del Cordero. ¡Qué ansias mortales no padecería, suspirando por la salvación de los hombres! ¡Qué congojas interiores no lo atribularían, viendo á los pecadores correr como locos por el camino ancho de su perdición! ¡Qué indefi-

nibles angustias no lo oprimirían, viendo á los mismos justos trocar el camino de la justicia por los caminos de la iniquidad! ¡Cómo se desharía en lágrimas para atraer sobre esta ciudad culpable la misericordia del Señor! ¡Quién pudiera contar sus hondos gemidos, sus tiernos sollozos, los inflamados suspiros de su pecho, los amorosos latidos de su corazón? Solo tú, Dios mío, que reservas á tus escogidos, por cada lágrima, por cada gemido, por cada suspiro de amor, un rayo de gloria en la mansión de tu reino. Mas el celo de Francisco no se conformaba con deplorar en el secreto de su oración los pecados de los hombres; ofrecíase á la divina justicia como víctima de expiación por sus hermanos prevaricadores, imitando al más hermoso entre los hijos de los hombres, que se ofreció á la muerte para rescatar á su pueblo. ¡Cuántas vigiliass! ¡Cuántos ayunos! ¡Cuán ásperos cilicios! ¡Cuán crüeles disciplinas! se conjuraron á un mismo tiempo para consumir y destrozarsu inocente cuerpo! Como otras tantas armas manejadas por implacable enemigo, lo herían á la vez, sin compasión ni tregua. Y esa estenuación voluntaria de su cuerpo, extendía más y más el inflamado volcán que ardía en su pecho y que tuviera llamas para abrasar el mundo, si el mundo se dejara abrasar con sus ardores.

\*  
\*\*

Tanto fuego de caridad y de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas no podía quedar encerrado en su amante corazón; por esto, sale arrebatado y discurre como loco por las calles de ciudad, tronando como ángel de la divina justicia contra las abominaciones públicas; amenazando al pueblo con que descargaría sobre él la justa indignación del Señor; clamando porque los pecadores se convirtieran é hicieran penitencia de

todos sus pecados. Representaoslo, hermanos míos, en la plaza de la ciudad de Lima, carcomida entonces, mas quizá no tanto como hoy, por una disolución espantosa; representaoslo, en medio de una muchedumbre inmensa atraída por el olor de su santidad: pálido y demacrado el semblante; enflaquecido y estenuado su cuerpo, llevando en la mano la imagen de su Jesús crucificado. Con voz sonora, que alienta el espíritu divino, aterra al auditorio con la viva pintura de sus abominaciones; despierta con fuerte sacudida á los que dormían en el letargo de la indiferencia; los exhorta á todos á seria penitencia de su culpable vida; y sus palabras, como ardientes saetas van á herir los corazones de todos. ¡Oh alteza y profundidad de los juicios de Dios! Entendieron los oyentes que, en aquella misma noche, sería destruída la ciudad cuando el Santo apóstol sólo habló de la ruína espiritual de las almas por el pecado; y esta equivocación produjo verdadero acierto en los consejos de Dios, produjo lágrimas de verdadera contrición, confesiones sinceras de los pecados cometidos, clamores públicos en las plazas y en el interior de los templos, asombrosas penitencias de la multitud atribulada que gritaba por las calles, pidiendo misericordia y perdón, abundante y copiosa lluvia de gracias que descendían á torrentes sobre la contrita y compungida ciudad. Restituyéronse honras y haciendas, tornáronse buenos amigos los más encarnizados enemigos; hiciéronse lícitas por la bendición sacramental uniones escandalosas; y fué tan abundante y extraordinario el fruto de esa predicación que bastaría el sólo para colocar á Francisco entre los más grandes apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo y justificar, por completo, la aplicación á nuestro Santo de las palabras de S. Pablo: *EXISTIMO ENIM NIHIL ME MINUS FECISSE A MAGNIS APOSTOLIS.*

\*  
\*\*

No puedo más, hermanos míos; me es imposible completar el cuadro de la vida de Francisco; estoy fatigado por su gloria; seguidlo vosotros, si quereis, en los últimos años de su destierro en este valle de lágrimas; asistid, si os place, á su lecho de muerte para que aprendáis cómo mueren los Santos; por lo que á mí hace, ya no quiero contemplarlo en la tierra; prefiero contemplarlo en el cielo, brillante de gloria en el coro de los apóstoles del Cordero; me gusta más ver glorificada su penitencia, exaltada su humildad, coronada su paciencia, recompensada su caridad, beatificada al fin su santísima alma en la apacible y tranquila fruición del soberano Bien.....

¡Gloriosísimo abogado y protector nuestro! ¿Cuándo se disolverán estos vínculos que nos unen á la tierra, para que podamos alternar contigo las divinas alabanzas en la celestial Sion? ¿Cuándo llegará, por fin, el suspirado momento de nuestra libertad de este cautiverio del mundo y del pecado? ¿Cuándo amanecerá el día en que salgamos de Babilonia, pues en ella están colgadas nuestras arpas; apenas podemos lanzar el gemido de los desterrados, y se ahogan en nuestra garganta comprimida por el dolor los cánticos de Jerusalén. Que tus oraciones nos alcancen de Dios ese tránsito dichoso de este valle de miseria, de llanto y de infortunio á la Patria celestial, en donde se disfruta de paz perpetua y de felicidad incomparable.



V

### San Ignacio de Loyola

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de San

Antonio Abad, el 31 de Julio de 1868

*Abscindentur de ovili pecus; non erit armentum in praeseptibus.  
Arrancadas serán las ovejas del redil; no se encontrará pasto en los pesebres.  
Habacuc, c. III, v. 17.*

Señores:

IGNACIO de Loyola es la figura más encumbrada del siglo XVI. No exajero de ninguna manera. Abrid la historia, y veréis jirar en torno de él, todos los acontecimientos de esa luctuosa época para la Iglesia y terrible para las sociedades humanas: los unos preparan su advenimiento; los otros, explican su misión; otros, finalmente, son su inevitable consecuencia. Hacia él, están inclinadas las miradas de los Reyes y de los Pontífices, como si la Religión y la Sociedad buscaran en su gran corazón su punto de apoyo y un muro de defensa. Y lo encontraron, señores: la herejía tembló, cuando este impertérito soldado levantó su estandarte y lució sus armas en el campo de batalla; y apaciguáronse las furiosas oleadas de la revolución al pie de esta incommovible y firmísima roca. El Pontificado y el Imperio no olvidarán nunca lo que deben á Ignacio de Loyola: en cuanto al primero, no conoce la ingratitud; por lo que hace al segundo, si alguna vez puede echarlo

No puedo más, hermanos míos; me es imposible completar el cuadro de la vida de Francisco; estoy fatigado por su gloria; seguidlo vosotros, si quereis, en los últimos años de su destierro en este valle de lágrimas; asistid, si os place, á su lecho de muerte para que aprendáis cómo mueren los Santos; por lo que á mí hace, ya no quiero contemplarlo en la tierra; prefiero contemplarlo en el cielo, brillante de gloria en el coro de los apóstoles del Cordero; me gusta más ver glorificada su penitencia, exaltada su humildad, coronada su paciencia, recompensada su caridad, beatificada al fin su santísima alma en la apacible y tranquila fruición del soberano Bien.....

¡Gloriosísimo abogado y protector nuestro! ¿Cuándo se disolverán estos vínculos que nos unen á la tierra, para que podamos alternar contigo las divinas alabanzas en la celestial Sion? ¿Cuándo llegará, por fin, el suspirado momento de nuestra libertad de este cautiverio del mundo y del pecado? ¿Cuándo amanecerá el día en que salgamos de Babilonia, pues en ella están colgadas nuestras arpas; apenas podemos lanzar el gemido de los desterrados, y se ahogan en nuestra garganta comprimida por el dolor los cánticos de Jerusalén. Que tus oraciones nos alcancen de Dios ese tránsito dichoso de este valle de miseria, de llanto y de infortunio á la Patria celestial, en donde se disfruta de paz perpetua y de felicidad incomparable.



V

### San Ignacio de Loyola

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de San

Antonio Abad, el 31 de Julio de 1868

*Abscindentur de ovili pecus; non erit armentum in praeseptibus.  
Arrancadas serán las ovejas del redil; no se encontrará pasto en los pesebres.  
Habacuc, c. III, v. 17.*

Señores:

IGNACIO de Loyola es la figura más encumbrada del siglo XVI. No exajero de ninguna manera. Abrid la historia, y veréis jirar en torno de él, todos los acontecimientos de esa luctuosa época para la Iglesia y terrible para las sociedades humanas: los unos preparan su advenimiento; los otros, explican su misión; otros, finalmente, son su inevitable consecuencia. Hacia él, están inclinadas las miradas de los Reyes y de los Pontífices, como si la Religión y la Sociedad buscaran en su gran corazón su punto de apoyo y un muro de defensa. Y lo encontraron, señores: la herejía tembló, cuando este impertérito soldado levantó su estandarte y lució sus armas en el campo de batalla; y apaciguáronse las furiosas oleadas de la revolución al pie de esta incommovible y firmísima roca. El Pontificado y el Imperio no olvidarán nunca lo que deben á Ignacio de Loyola: en cuanto al primero, no conoce la ingratitud; por lo que hace al segundo, si alguna vez puede echarlo

en olvido, nunca podrá arrancar á la humanidad la historia de tres siglos. De todas maneras, conviene no perder la ocasión de recordarlo; sobre todo, hoy, en que inveteradas preocupaciones ú odios calculados, han hecho, sospechosa para unos y aborrecible para otros la institución de Ignacio. Lo diré con franqueza, señores: vengo á hacer el panegírico de la Campaña de Jesús; vengo á manifestaros de cuanto le son deudores la Iglesia y las sociedades humanas. No me juzgueis, sin escucharme, señores: tengo derecho de exigirlo, en nombre del buen sentido y de la historia; algo más, en nombre del ministerio que ejerzo, ante vosotros. Glorificaré á Ignacio de Loyola, considerándolo únicamente, como fundador del instituto de Jesús. Bajo de este aspecto, es gigantesca su grandeza, su fama inmortal, imperecedera su gloria é incommovible y eterno el pedestal que sostiene su colosal estatua. La Iglesia le pagará siempre un tributo de veneración, y las generaciones todas vendrán á depositar á sus pies, la ofrenda de su gratitud; y esto sucederá, señores, quiéranlo ó no, la revolución y la demagogia.

¡Inmaculada María! Tú sola eres la condenación suprema de la herejía y de la rebelión. Han muerto, Reina mía, desde que les aplastó la cabeza tu planta virginal; y cuantas veces las reviva el espíritu del mal, otras tantas morirán, en su desesperada impotencia. Por eso, invoco tu auxilio é imploro tu intercepción, para tratar dignamente del triunfo, que alcanzó Ignacio sobre esas hidras del infierno.

Permite, pues, que te salude con el Angel. Ave maría.

#### INTRODUCCIÓN

Ocupaba la silla de S. Pedro el pontífice Paulo III. Afligía mucho su magnánimo corazón el estado general de la cristianidad. Una oveja descarriada del redil, alzó el

estandarte de la rebelión, y los pueblos y los individuos se afiliaban prontamente bajo las nuevas banderas. Apellidóse *Reforma* este movimiento de insurrección contra la Iglesia Católica; y, con el prestigio de este nombre seductor, pudo engañarse á las incautas muchedumbres. Penetrados los nuevos sectarios de que el Pontificado es la piedra que sustenta el inmortal edificio del catolicismo, lanzan el grito de sedición en esta fórmula maldita: no hay autoridad religiosa, en materia de fe. Generalizada esta enseñanza, era indispensable que los pueblos, con el instinto lógico que los distingue, desconociesen y suprimiesen la autoridad en las esferas políticas; de esta manera, señores, el Protestantismo hería en el corazón á la Iglesia Católica y ponía en trance de muerte á las sociedades humanas. Conocíalo así el venerable Pontífice y lloraba desolado sobre las ruinas de Jerusalén. Mas no tardó el Señor en aliviar su aflicción. Ignacio de Loyola, convertido de valiente soldado del mundo, en generoso atleta de Jesucristo, preséntase al Papa con el entusiasmo que las grandes causas saben inspirar; pondérale con viveza los males de la Iglesia; pírtale con animado colorido la necesidad de una lucha infatigable; trázale al punto el cuadro de operaciones de un ejército, siempre ordenado en batalla; y suplícale, por último, que bendiga y confirme el nuevo instituto, con su alta autoridad apostólica. Regocíjase Paulo III, y divinamente inspirado, exclama: *Digitus Dei est hic*; el dedo de Dios está aquí.

Ya es tiempo, señores, de estudiar ese vasto plan de ataque y de defensa, escogitado por Ignacio. Admiraréis en él un profundo conocimiento del corazón humano y una exquisita y consumada prudencia; frutos preciosos de su eminente santidad.

\*  
\*\*

Dos eran las necesidades urgentes de la Iglesia, en

aquellos calamitosos tiempos: atacar la herejía, hasta herirla de muerte, y extender en nuevas y dilatadísimas regiones el reinado de Jesucristo.

Voy á ponerlo de manifiesto, trazandoos un breve cuadro de la situación religiosa del siglo XVI. Tres siglos hacía que el Islamismo arrancaba á la civilización cristiana una gran multitud de provincias y de regiones. La monstruosa secta amenazaba infestar toda la Europa con su emponzoñado aliento. Hacia fines del siglo XV nació Martín Lutero en Sajonia de Alemania; y á principios del siglo XVI, comenzó á dirigir esa propaganda infernal, preñada de horrores y de crímenes, y en la que han tenido su origen las pavorosas catástrofes que en negras páginas nos cuenta la Historia de tres siglos. Levantó banderas contra la Iglesia Católica, pronunciando las encantadoras palabras: *reforma; libertad*. El ejemplo de su apostasía y de su escandalosa vida atrajo hácia la nueva secta toda la gente perdida y desalmada. Todos los clérigos y frailes, que quisieron trocar la herencia de Jesucristo por la disolución y el libertinaje, corrieron á alistarse en el nuevo partido. Los ignorantes y la hez del pueblo, abrazaron con entusiasmo una religión, que sin arrancar de sus almas la fe en Jesucristo, rasgaba en mil pedazos el sagrado código de sus deberes, deslumbraba su vista con la imagen de la libertad y halagaba sus oídos con los mentidos acentos de esa sirena encantadora. Propagábase la reforma con la rapidez de un incendio; y no faltaba el viento del favor de los Príncipes para avivar el fuego devorador, en que debía arder y consumirse la Europa civilizada. Movíalos, ó la sórdida avaricia de las ingentes riquezas eclesiásticas, ó la loca ambición de unir al cetro del Rey la tiara del Pontífice; y, alguna vez, movíalos también, la satisfacción de pasiones vergonzosas, permitiéndolo así, sin duda, la divina Providencia, para que no hubiera ninguna página limpia y gloriosa en la his-

toria del Protestantismo. Imagináos, señores, una irrupción de vándalos que talan, quemán, y matan, dejando en pos de sus asoladoras huellas; lágrimas, espantos, miseria é infortunio; imagináoslo, señores, con los más vivos colores, y tendréis una pálida idea de la difusión de la reforma en el continente europeo.

Innumerables templos derribados por el hacha impía de la devastación; sagradas imágenes y preciosos ornamentos convertidos en objetos de mofa y de irrisión; antiguos y venerables monasterios, asilos de la Religión y de la ciencia, arruinados y despoblados por la salvaje ferocidad de los reformadores, sin que valieran á la ancianidad sus venerables canas, ni á la virginidad tampoco el fresco sonrosado del pudor; y para que no faltase la sangre, entre tantos y tan inauditos horrores, era indispensable que los predicadores de la reforma y de la libertad, cometieran el más escandaloso de los abusos, en nombre de la más abominable de las tiranías. Santos Obispos, perfectos Religiosos, venerable Sacerdotes, ancianos respetables, niños inocentes, castísimas doncellas, fueran otras tantas víctimas del furor revolucionario de Lutero y sus secuaces. ¡Ah, señores, que desolación tan espantosa! Saqueos, incendios, matanzas, ruina, devastación y muerte: he aquí el lastimoso cuadro que os presenta la Europa en el siglo XVI; y para que sea mas sombrío y desgarrador para el corazón católico, no es raro encontrar asentados en las cátedras de la verdad á los maestros de la mentira; trocados en lobos carniceros á muchos pastores del sagrado rebaño; empañado en fin el esplendoroso brillo de la jerarquía eclesiástica, con el pestilencial aliento de la reforma protestante. Nunca pareció cumplirse mejor la lúgubre profecía de Habacuc: "arrancadas serán las ovejas del redil ABSCIDENTUR DE OVILI PECUS; no se encontrará pasto en los pescebres: NON ERIT ARMENTUM IN PRESEPIBUS (1)

(1) Habacuc. c. III, v. 17.

¡Cuán afligida y abatida está la hija de Sión! ¿Quién se-  
cará el llanto de sus ojos? ¿Quién devolverá el consuelo á  
su atribulado corazón? ¿Cuándo dejarán de resonar las  
lúgubres notas con que cantan su desolación los profetas  
de Israel? ¿Por qué se han levantado contra su reina  
los pueblos de la tierra? ¿Porqué se han conjurado los  
Reyes y los Príncipes para deshonorarla y humillarla?  
¿Se consumará la obra de iniquidad decretada en sus  
tenebrosos consejos? No, señores: el que habita en los  
cielos se reirá de ellos; el Señor disipará sus proyectos,  
y los conturbará haciéndolos beber en su furor el cáliz  
de su indignación. Consolada será la esposa del Cordero;  
oídos serán los gemidos de la Iglesia, que clama en su a-  
flicción: “¿Señor porqué se han multiplicado tanto los  
que me atribulan? ¿Porqué se levantan tantos pueblos  
contra mí, cuando yó los engendré con mi calor y con  
mi vida; los que debieran compadecerme y consolarme,  
se burlan de mí diciendo: en vano esperó en su Salvador  
y en su Dios; no hay salvacion ni remedio para ella. Mas  
mi fe no ha vacilado, Señor, porque yo sé que tú eres mi  
gloria, y que cuando extiendas tu poderosa diestra pa-  
ra confundir á tus enemigos, se levantará mi cabeza,  
entre todos ellos, coronada por el triunfo. Con voz de  
ruego clamó al Señor su santísima Iglesia; y el Señor  
la escuchó de su santo monte”.

Cuando el desaliento y la tristeza cundía entre los  
soldados de Cristo viendo pasar á las filas enemigas á  
tantos compañeros, preséntase uno que con esforzado  
valor les dice: nada temáis: contra toda esperanza, he  
esperado, en el Señor y no seí confundido: EGO AUTEM IN  
DOMINO SPERABO: Alegráos regocijáos; gozoso está mi  
corazón; porque el Señor Jesús, triunfador de la muerte y  
del pecado, no permitirá la ignominia de los que defien-  
den su nombre y pelean por su causa. EGO AUTEM GAUDE-  
BO IN DEO JESU MEO. Venid, pues, hermanos queridos; re-  
vestíos con la armadura de Dios, para que podáis estar

firmez contra las acechanzas del Diablo; alistáos de  
buena voluntad bajo las banderas de Jesucristo; for-  
memos un compacto y numeroso ejército, que vaya á  
disputar al enemigo, en reñida batalla y palmo á palmo,  
las fortalezas que ha ocupado. Seremos invencibles, por-  
que nada podrán contra nosotros su arrogancia y su so-  
berbia, si está con nosotros el favor del Señor. Vedlos  
como maniobran en secreto la injusticia y la iniquidad;  
son los hombres de pecado que han templado su arco,  
han preparado sus saetas y hieren ya, aunque insidiosa  
y cobardemente, á los buenos y rectos de corazón. Bas-  
ta de sufrimientos, generosos compañeros. Vamos á la  
lucha, sin tardanza y sin temor. Así habla Ignacio de  
Loyola; muchos y muy valerosos soldados corren á  
prestar obediencia al nuevo capitán; y muy pronto, vió.  
se renovado, por primera vez, ese prodigio de propaga-  
ción de que el cristianismo dió el primer ejemplo. Y si  
los doce pescadores de Galilea pudieron extender la doc-  
trina de Jesús, por todo el orbe conocido, los diez dis-  
cípulos de Ignacio, llenaron en breve la tierra, multipli-  
cándose como el grano de mostaza del Evangelio, para  
convertirse en árbol frondoso, que cobija con su sombra  
á la cristiandad entera. No pasan diez años, después de  
fundada la Compañía de Jesús, y ya se encuentra dise-  
minada en Italia, Francia, España, Alemania, Irlanda,  
Indias Orientales y Occidentales. ¡Maravillosa fecundi-  
dad, señores, en que han debido reparar los enemigos  
de la Compañía, para no desconocer en ella el espíritu  
de Dios! Mientras tanto, los enemigos de la Iglesia hu-  
yen despavoridos, en presencia de las legiones de Igna-  
cio; avívanse la fe y la caridad en todos los corazones  
y fortificanse los lazos, que unen las ovejas al Supremo  
Pastor.

\*  
\*\*

Veamos, ahora; señores, la maravillosa manera  
con que organizó su ejército Ignacio de Loyola.

006717

Voy á presentaros un ligero bosquejo de las constituciones de la Compañía. Habiendo desconocido la Reforma, en nombre de los derechos de la razón, la autoridad del Pontífice, pensó Ignacio que era indispensable restablecer la obediencia debida al sucesor de Pedro, haciendo consistir en ella la esencia misma de su instituto. Por esto, agregó á los votos comunes de pobreza, castidad y obediencia, el voto particular de la sujeción al Papa. Dos eran los principales abusos que inflamaban el celo hipócrita de los reformadores protestantes: la avaricia y la ambición del clero; á la primera opone Ignacio, no sólo el absoluto y voluntario desprendimiento de los bienes temporales, sino también la severa prohibición de que los miembros de su instituto recibieran limosnas por el ejercicio del ministerio; para combatir la segunda impone á sus discípulos la renuncia formal y perpetua de todas las dignidades eclesiásticas. Así cerró todos los caminos de la ambición, de la avaricia y del cisma, y pudo luchar ventajosamente con la herejía, mostrando al universo entero el consolador espectáculo de una institución en la que estaban corregidos hasta el exceso todos los abusos que provocaron la Reforma. Siendo de notar que el alma del instituto consistía en su vínculo estrecho y fortísimo con el Pontificado; vínculo que la Reforma había roto en mil pedazos, creyéndolo un poderoso obstáculo para la corrección de los abusos y para la enmienda de las costumbres. Fácil es concebir, ahora, como la Compañía de Jesús confundió en el abismo de su refinada hipocresía á los corifeos del Protestantismo. Con el sólo hecho de su vida, arrancaba á los nuevos adalides la máscara de devoción, con que se habían cubierto para que aparecieran en toda su deformidad. Porque vivir era como decirles: vosotros habéis sustraído al cayado de Pedro los pueblos y los reinos, en nombre de los abusos, para reformarlos; pues bien, si procedéis de buena fe, reconoced que habéis echado por una extraviada senda, y venid al punto á en-

grosar nuestras filas, porque nosotros somos los primeros ejemplos de la reforma verdadera, operada por el espíritu, siempre vigoroso de la Iglesia católica y en el seno de la obediencia el vicario de Jesucristo. No se necesitaba más, señores, para desconcertar á la Reforma. Ella continuó su obra de devastación y de exterminio, pero los pueblos aprendieron también á reconocer al monstruo que los devoraba, encubierto bajo el mentido espíritu de Reforma; acabaron de persuadirse de que el Protestantismo era una farsa infame en que no tenía parte la razón y la dignidad humana; un mercado escandaloso, en que se ponían á venta los dogmas de la Religión para ganar prosélitos; una combinación diabólica, artificiosamente preparada para envenenar las sociedades entre la algazara de los banquetes y la embriaguez de las pasiones populares ¡Ah, señores! todavía ignora el mundo el espantoso abismo, á que lo hubiera conducido la herejía protestante; por que no ha llegado aún la grande hora de las reparaciones; pero llegará infaliblemente, señores; y entonces, el Protestantismo irá á esconder su ignominiosa vida, cargada con los crímenes de tres siglos y herido por las maldiciones del cielo.

Ya habréis comprendido el antagonismo perfecto y radical, que Ignacio supo establecer entre su instituto y la Reforma protestante. Permitid que os indique, ahora, aunque de paso, cómo satisfizo la segunda necesidad de la Iglesia en aquellos tiempos á saber: la dilatación del Evangelio en las apartadas comarcas de Oriente y de Occidente.

\*  
\* \*

Colón, con valor é intrepidez nunca vistos sorprendió un gran mundo en medio de los mares; y esta nueva conquista para la humanidad, fue también un nuevo teatro de las misiones evangélicas. Ignacio de

Loyola conoce la inmensa extensión del territorio que debe hollar la planta del jesuíta; y para que nunca fuera una dificultad la distancia ó la aspereza de los caminos, por la inclemencia de los climas ó la ferocidad de los habitantes, encadena á sus discípulos con el voto especial de ir á predicar el Evangelio á cualquiera parte de la tierra, sin réplica ni excusa, cuando así lo mande el Soberano Pontífice. Maravilloso artificio, señores, por el cual un pobre inerte anciano pone en movimiento á millares de hombres esp arciéndolos por todo el orbe de la tierra con un sólo acto de su voluntad. Después de quince siglos desde la fundación de la Iglesia pudo decir el Papa á los discípulos de Ignacio, como el Salvador á sus queridos Apóstoles: Id por todo el mundo predicad el Evangelio á toda criatura. Misión extraordinaria y grandiosa, que la Compañía supo llenar debidamente. Tomad el mapa, y desde donde el sol nace hasta donde el sol se pone, encontraréis la bendita huella del jesuíta que ha pasado evangelizando á los pobres. Y fue tan grande el empeño de Ignacio por la predicación del Evangelio, que no quiso que los miembros de su instituto cantasen en coro las divinas alabanzas del Señor, á fin de que tuvieran toda libertad para trabajar sin descanso y á todas horas en la viña de Jesucristo.

\* \* \*

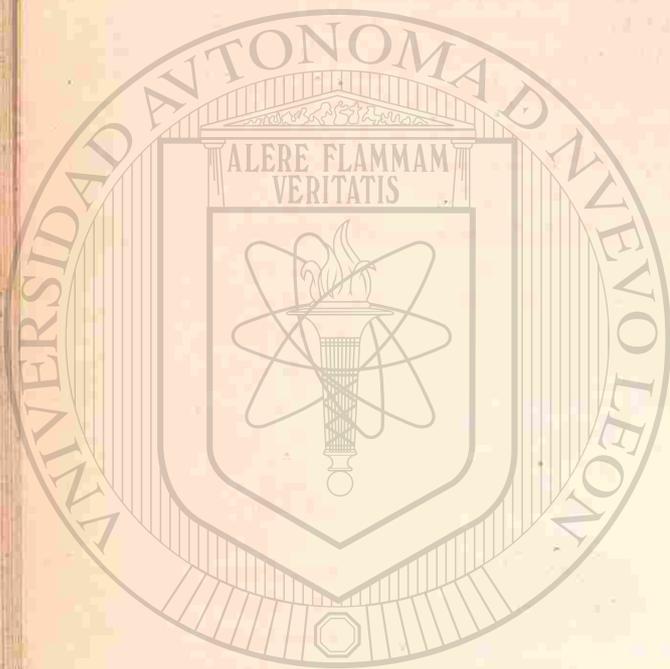
Hé procurado manifestaros como la Compañía de Jesús combatió la herejía protestante, y dilató por el mundo la verdad evangélica: dos incomparables beneficios de que le es deudora la Iglesia Católica. El Pontificado lo sabe, señores; y ha reconocido mil veces esa deuda de gratitud enriqueciéndola con un sinnúmero de privilegios y pidiéndola su concurso en todos los asuntos graves de la cristiandad. Paréceme, señores, que veo pasar por vuestras mentes el triste cuadro de la ex-

tinción de la Compañía de Jesús por una Bula del Pontífice; y que desfila delante de vosotros ese ejército de groseras calumnias que la prepararon un glorioso sepulcro y una más gloriosa resurrección. Cúpole á la Compañía la misma suerte que al Salvador del mundo. Acogida por los Pontífices, saludada por los Reyes, aclamada por los pueblos, la Compañía de Jesús navegaba con viento próspero, entre las guerras religiosas y las tempestades políticas; mas, las Universidades y los Parlamentos como en otro tiempo el consejo de los doctores de la ley, juraron su ruína y decretaron su muerte; y este decreto fue confirmado en la tierra y ratificado en el cielo, porque era indispensable el sacrificio de una víctima inocente, que expiara ante la divina justicia las turbulencias religiosas del siglo dieciséis y las orgías filosóficas del siglo dieciocho. Víctima ilustre, fue conducida por la revolución hacia el trono mismo de su Padre, y como otro Isaac, inclinó la cabeza para recibir la muerte de la trémula mano del anciano que le dió la vida. Inaudito prodigio, señores: la Compañía muere por obediencia como Nuestro Señor Jesucristo; y muriendo de esta manera, es la única institución que ha visto en sus agonías, los preludios de su triunfo y en su misma muerte el principio de la vida. Ciertamente es así: la obediencia es la esencia misma del instituto de Loyola; muriendo, por obedecer, presentó el más incontestable argumento de su vida inmortal. Si hubiera resistido á la voluntad del Pontífice que la mandaba morir, habría muerto realmente, en brazos de la disolución y entre los horrores de la anarquía. Mas, porque, cuando le fue intimada la sentencia de muerte, no desplegó sus labios sino para decir: "en tus manos, Padre mío, encomiendo mi espíritu", por esto será glorioso su sepulcro; llevará en su seno el germen de la inmortalidad y saldrá de allí, al tercero día, entre los esplendores del triunfo y los signos de la victoria. Bendecida será de nuevo por los Pontífices, y

acariciada por los pueblos; las naciones de la tierra le serán dadas en herencia y su nombre será bendito en todos los pueblos cristianos y respetado entre las naciones cismáticas. La ciencia y la política, que un día se combinaron para perderla, la llamarán después á sus consejos y le pedirán el concurso de sus inspiraciones. ¡Ah!, señores, la Compañía de Jesús no tiene por qué avergonzarse de su muerte; que se avergüencen de ella esas instituciones caducas, que llevan en sus propias entrañas el germen de su disolución; por lo que hace al instituto de Ignacio, la página más gloriosa de su historia es la que contiene sus honores fúnebres; y no valen tanto los actos de su vida como la resignación de su muerte. ¡Ah!, señores, ocupado de la grandeza de la obra, me olvidaba, sin advertirlo, de la santidad de su artífice.

\*\*\*  
¡Oh Ignacio! perdóname si hablando de las glorias de tu Compañía, he dejado de hacer el panegírico de tu santa vida. Elogiándola, es verdad que he elogiado el templo de tu inmortalidad, porque su gloria no es sino el reflejo de la tuya, y porque los fulgores que bañan esta ciudad de Dios no son sino la dilatación de la luz en que estás inundado, por los horizontes del tiempo. Cuanto he dicho de tus hijos cede en tu loor y en tu alabanza; porque sus corazones todos, unidos por el amor de hermanos, forman el pedestal de tu gigantesca estatua en la que te saludan con respeto las generaciones y los siglos. Basta! glorioso Ignacio!, lo diré de una vez: no he podido encerrar en un cuadro, ni abarcar en una mirada, ni contener en un pensamiento, la historia de tu vida. Yo no sé si ha sido por su magnífica grandeza ó por mi estrecha pequeñez; ambas cosas habrán sido, sin duda, porque yo he experimentado que mi flaca vista no puede resistir los resplandores del Sol. Y si me perdo

nas, en gracia de tu Compañía, escucha benigno, la súplica que pongo humildemente á tus pies. Te pido para la Iglesia del Perú una porción de tus hijos que vengán á difundir en este suelo la luz de su ciencia y el calor de su caridad; y para todos y cada uno de los que hemos venido á honrarte en este día, vida próspera en la gracia de Dios y muerte dichosa en el ósculo del Señor.



VI

### Asunción de la Santísima Virgen

Sermón panegírico pronunciado, en la Iglesia de la Encarnación, el día 15 de Agosto de 1868, con motivo de la fiesta de la Hermandad del Tránsito.

*Surrexit Rex in occursum ejus: adoravitque eam. et sedit super thronum suum: positus que est thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus.....et dixit ei Rex: Pete mater mea.*

*El Rey se levantó á su encuentro y la adoró. y sentóse sobre su trono: y fué puesto un trono para la madre del Rey. que se sentó á la derecha de él.....y el Rey le dijo: Pide. madre mía. Libro 3.º de los Reyes. cap. 2. vs. 19 y 20.*

Mis hermanos:

Leyendo el profeta David, en el libro del porvenir, presentóse ante sus ojos la dulce y celestial figura de María. Arrebatado por la inspiración, traza en una sola frase la historia de su preciosa vida, enlazando su cuna y su sepulcro con el vínculo sagrado de las bendiciones de Dios. Saluda su advenimiento al mundo, entre los encantos de una belleza inmaculada y de una pureza angelical: SPECIE TUA ET PULCHRITUDINE TUA, INTENDE; describe el curso bonancible de su vida sobre la tierra, pintándola llena de gracia y cubierta con bendicio-

nes de dulzura, PROSPERE, PROCEDE; y por último, envolviendo su sepulcro en nubes de misterio, nos la presenta reinando entre los esplendores de una gloria inmortal: ET REGNA.

Allí es también en donde quiero yo presentarosla, hermanos míos. Quiero que la contempléis conmigo asentada con la magestad de una reina, en el trono luciente que la preparó de toda la eternidad la sabiduría increada. Os invito á tributar vuestros homenajes á esta soberana emperatriz de los cielos y la tierra, saludándola con las palabras que el ángel le dirigió en la tierra y que los bienaventurados repiten en el cielo: AVE GRATIA PLENA.

#### INTRODUCCIÓN

La Jerusalén celestial tiene también sus pompas y sus solemnidades; hay también sus horas de regocijo particular, en ese día sin noche de la eternidad. Una de estas fue aquella en que celebraron los moradores del empuero, la entrada triunfal de su reina y su señora; fiesta clásica y solemnísimas en los inmortales fastos de la iglesia triunfante. Desfallezco, hermanos míos, al tener que describiros la pompa de esa solemnidad augusta, en la cual toman parte las adorables personas de la Trinidad beatísima y todos los moradores del reino celestial; ¿ni que podré deciros que sea digno de Dios, del cielo y de María? ¿cómo podré pintaros las alegrías de los santos, la veneración de los ángeles, la gloria misma del Altísimo, en aquel momento, que formará época en los anales de la eternidad, en que se presentó María en el cielo, para ser coronada y reconocida como reina y soberana de los ángeles y de los hombres?

Apesar de todo, ensayaré en cuanto mis fuerzas lo permitan, el trazaros un cuadro de las glorias de María en el precioso momento de su Asunción al cielo. La

grandeza misma del asunto preocupará vuestros espíritus y poco repararéis en mis defectos, arrebatados en la contemplación de las inefables glorias de María. Escuchadme atenta y devotamente.

#### PENSAMIENTO ÚNICO

Es propio de la grandeza de Dios glorificar á las criaturas, según la medida de sus humillaciones en este valle de lágrimas. Bajo de este respecto, ninguna gloria será más excelente que la de María, puesto que ninguna criatura ha experimentado humillaciones más profundas que ella. Hija de David, oculta en el seno de su abatimiento voluntario la nobleza de su sangre y los derechos de su estirpe; exenta de todo pecado, se cubre con las ignominias del pecador, yendo á purificarse al templo; verdadera madre de Dios, prefiere llamarse su esclava; y jamás alzó su frente ennoblecida por la maternidad divina, sino que siempre la llevó abatida como la última y la más pobre de las siervas; y para que se colmase la medida de sus humillaciones, fue precipitada también en ese torrente de ignominias, que arrastraron hasta un patíbulo afrentoso al mismo Unigénito del Padre. De esta manera, hermanos míos, las humillaciones de María sólo son excedidas y sobrepujadas por las infinitas humillaciones del Verbo encarnado. Por esto, sólo la gloria de Jesucristo será más grande que la gloria de María. Después de haber reconocido la justicia con que fue glorificada, según la medida de sus merecimientos, vengámos á considerar los detalles de este misterio que se consuma entre el tiempo y la eternidad: el gran misterio del tránsito de María de este destierro á la patria celestial.

Trasladáos en espíritu á Jerusalén, y fijad vuestra vista en un espectáculo verdaderamente conmovedor. El Colegio Apostólico rodea el lecho de muerte de la

castísima é inmaculada María. En sus semblantes abatidos por el dolor se entreven, sin embargo, los signos de la resignación. Mientras tanto, el amor va á consumir la disolución de los vínculos que retienen en la tierra el alma de María; desde el instante de su nacimiento, su vida entera ha sido una aspiración sublime hacia el corazón de Dios; por eso, ha devorado tantas veces la muerte cuantos instantes ha pasado sobre la tierra; y el primer momento de su verdadera vida es el momento de su preciosa muerte. ¿Quién pudiera seguir, hermanos míos, al alma bienaventurada de María, en los espacios infinitos de la eternidad? Viéndola levantarse desde la tierra hasta lo más encubrado del cielo, exclamó el profeta: ¿Quién es esta que asciende del desierto tan llena de delicias y apoyada sobre su amado? Vióla también el Sabio, y la comparó á esa columna de olorosos vapores, que exhalan de su seno las flores aromáticas. Como la piedra abandonada á su propio peso busca precipitadamente el centro de su reposo; como la saeta lanzada por diestra mano, en bien templado arco, hiende los aires con veloz carrera hasta llegar á su blanco, así el alma de María, impelida por el amor, no halló reposo sino en el seno mismo del único encanto de su corazón.

Marcado estaba en el cielo el feliz momento en que debía ser recibida al gozo eterno de la bienaventuranza el alma inmaculada de María. Hechos estaban, desde toda eternidad, los preparativos de esta pomposísima fiesta, decretada en los consejos de Dios para enaltecer á María sobre todos los hombres, sobre todos los Santos, sobre todos los Angeles del Paraíso. Cuando sonó en el tiempo la suspirada hora de su dichoso tránsito, se desplegó en el cielo el aparato deslumbrador de una magnificencia real, para recibir entre esplendores de triunfo á su augusta reina y soberana Señora. Aquí, hermanos míos, siento todo el peso de mi flaqueza, por

que ha llegado el momento de pintaros la triunfante entrada de María en la Jerusalén Celestial. Representáos esa ciudad de Dios, bañada con los resplandores del Sol de justicia; imagináos, asentados en sus diversos tronos según sus merecimientos, á los venerables patriarcas de la antigua ley, á los santos profetas que prepararon el advenimiento del Mesias, y á ese numeroso ejército de escogidos que han alcanzado yá la corona de la vida; figuráos, hermanos míos, esa dichosa mansión de los justos en la cual ya no hay llanto ni dolor, sino alegría inefable y paz verdadera; allí no hay confusión ni desorden, sino concierto y armonía. Distribuidos están, según su gerarquía, todos los moradores de esta celeste ciudad, ocupados perpetuamente en cantar las alabanzas de su Dios. Todos están revestidos de gloria y esplendor, porque todos participan, cual más, cual menos, de los torrentes de luz que parten, del trono de Jehová. Veamos, hermanos míos, lo que pasa en el cielo, al presentarse en él la inmaculada María. Un cántico de alabanza resuena en todos los ángulos del Paraíso; los espíritus angélicos acompañan con sus melodiosas armonías los himnos de júbilo; y María entra con la magestad de una reina, entre las entusiastas aclamaciones de todos los santos y de todos los ángeles. Los progenitores del género humano son los primeros que la saludan como á verdadera madre de todos los vivientes, que supo quebrantar la cabeza de la serpiente, devolviendo, tanto á ellos como á su desgraciada estirpe, su perdida felicidad; reconocióla, en seguida, Moisés como la esplendorosa estrella de Jacob, como la misteriosa y floreciente vara de Aarón; y el venerable legislador de los Hebreos inclinóse ante ella con profundísimo respeto. Vióla también Isaias y reconoció á la misma que había descrito como la prometida á los primeros padres, como la anunciada por los oráculos proféticos, como la tierra de bendición de la que de-

bía brotar, como un fruto precioso, el Salvador del mundo; Jeremías, el inspirado cantor de la desolación de Israel, adoró á María, viendo cumplido en ella el grande é inaudito prodigio de una mujer que circundaría al varón; Ezequiel, que todo lo vió entre símbolos y nubes de misterio, reconoció en María esa puerta cerrada para todos y solo abierta para el príncipe; Daniel contempló, lleno de asombro, aquel monte misterioso del cual fué cortada una piedra, que no es otra sino la piedra angular Cristo Jesús; y todos los justos del Testamento antiguo, la reconocieron como la gloria de Jerusalén, como la alegría de Israel, como la honra de su pueblo. Y entre los elegidos de la nueva ley, los mártires pusieron á sus piés las palmas de su martirio, como un homenaje tributado á la mujer fuerte, que resistió inconvertible, al pié de la Cruz de su Hijo, el espantoso aluvión de todos los dolores humanos; inclinaron las Vírgenes sus cabezas virginales, ante la más pura de las vírgenes y la más augusta de las madres, y dobláronse los lirios que sustentaban sus manos, en presencia de este lirio cultivado en los jardines del esposo entre las espinas del dolor; los confesores todos de la fe reverenciaron en María á la mujer fiel, que confesó siempre la divinidad de su Hijo y que no se avergonzó de él, ni entre las afrentas é ignominias de la Cruz. Entre tanto, las gerarquías angélicas, plegadas reverentemente las doradas alas, y pulsando la cítara, el harpa y el salterio entonaban entre torrentes de deliciosa armonía el AVE GRATIA PLENA, alternado con el GLORIA IN EXELSI DEO, uniendo así, en cántico eterno y unísona alabanza, el nombre incommunicable de Dios y el nombre dulcísimo de María. Y cuando la tierna y purísima doncella de Nazaret ascendió sobre todas las gerarquías de los santos y sobre todos los coros de los espíritus angélicos, escúchase en el empíreo una aclamación universal de regocijo y de alabanza, y todos los mora-

dores de la celestial Sión, exclamaron acordemente: Exaltada ha sido la Santa Madre de Dios al reino celestial, sobre todos los coros de los ángeles.

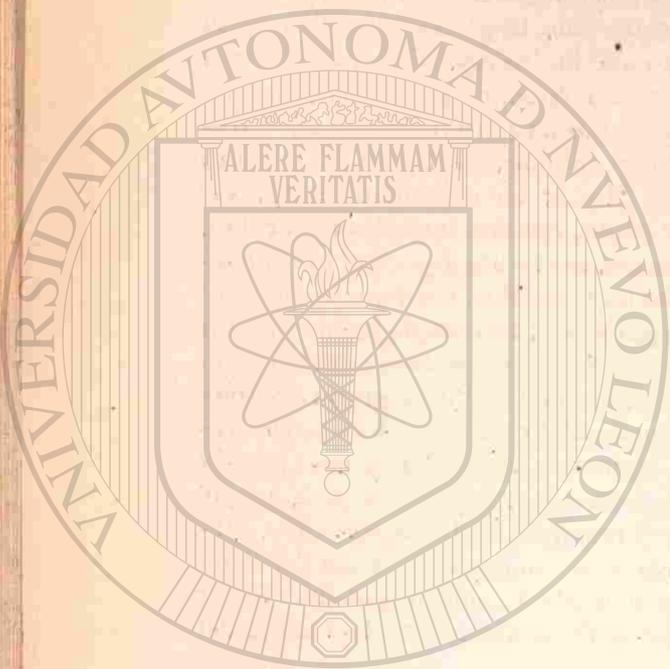
Hermosa es como una paloma que se levanta sobre los arroyos de las aguas; exquisita fragancia exhalan sus vestiduras; como en día de primavera brotan á su rededor las rosas y los lirios. Es María el trono esplendente en que se asentó Salomón rodeado de pompa y de magestad; es la más hermosa entre las hijas de los hombres; es el espejo sin mancha en que se retrata la hermosura indeficiente del Verbo; es la estrella de la mañana, que se presentó á los hombres como una aparición celestial entre los sonrosados tintes de la aurora; su pureza, como la del Sol al mediodía, cuando ninguna nube intercepta sus rayos; su fortaleza, como la de un ejército bien ordenado en una batalla; su firmeza, como la de una torre asentada en hondos cimientos y circunvalada de espesos muros; su dulzura, como sabrosa miel destilada del panal; su virginidad, como huerto cerrado en que abundan las más exquisitas flores, sin que nadie se atreva á cogerlas; su caridad, como pozo de aguas vivas en que todo sediento puede aplacar su sed, sin que lleguen á extinguirse; su humildad, como fuente sellada que oculta en el interior toda la gloria de la hija del rey; basta, hermanos míos, yo me pierdo entre la muchedumbre de alabanzas que los cielos entonan á su Reina; apartemos nuestra vista de los ángeles y de los Santos y sigamos á María que va á presentarse delante del trono de Jehová, escoltada por el numeroso ejército de las Virgenes del Cordero; pende de sus hombros el magestuoso manto de una Reina esmaltado con variedad de colores; de oro son las franjas de su vestido; olor de mirra exhala por doquiera; las hijas de Tiro la acompañan cargadas de presentes; muchos querubines sostienen con respeto las extremidades de su real vestidura.

Así acompañada y ataviada preséntase María en el SANCTA SANCTORUM de ese templo de la Jerusalén Celestial. Tan hermosa estaba, que al punto codició el Rey su belleza; levantóse de su trono; para salirla a encuentro: SURREXIT REX IN OCCURSUM EJUS; saludóla reverentemente; ADORAVIT QUE EAM; ocupó de nuevo su trono, como convenia á la magestad de tan gran Monarca: ET SEDIT SUPER THRONUM SUUM; más al punto, los espíritus celestiales ministros de su voluntad soberana, colocaron otro trono para la Madre del rey; POSITUSQUE EST THRONUS MATRI REGIS; y entre los himnos de los ángeles y las alabanzas de los santos, entre los aplausos del cielo y las alegrías de la tierra se asentó María á la derecha del Rey, QUÆ SEDIT AD DEXTERAM EJUS, brillante con su vestidura de oro, IN VESTITU DEAURATO, enriquecida de galas y de joyas, CIRCUNDATA VARIETATE. Entonces, la aclamaron bienaventurada todas las hijas de Sión; y María, embriagándose en ese torrente de delicias, pudo decir de si misma: he sido exaltada como el cedro en el monte Líbano y como el ciprés en el monte santo; mi aroma es suave como el de escogida mirra, como el de rico cinámomo y como el del bálsamo precioso. Entre tanto, el celestial esposo, enamorado de su hermosura virginal, la decía: ¡Qué hermosa eres amiga mía! ¡qué hermosa eres! tus ojos son de paloma; como franja de grana son tus labios; tu palabra dulce como la leche y la miel; el olor de tus vestidos como el olor del incienso; toda eres hermosa, amiga mía y no hay mancha en tí; ven esposa mía, ven, serás coronada ¿Ves mi imperio? en herencia me han sido dadas las naciones y los pueblos de la tierra; pues bien, yo quiero ceñir tu frente virginal con la diadema de mi reino, y quiero que lleves en tus purísimas manos el cetro de mi imperio; de hoy en adelante, manda como reina y serás obedecida; PETE MATER MEA; y María en el pleno goce de su felicidad

exclamaba: al fin he encontrado mi descanso, ahora moraré en la heredad del Señor, ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Señor, Dios de las virtudes! ya nunca lo abandonaré; es el más hermoso entre los hijos de los hombres; sus labios destilan la gracia y la dulzura; su corazón es el huerto de mi recreo, mi amado es para mi y yo soy para mi amado.....no puedo más, hermanos míos; me faltan palabras para pintaros ese colquio eterno, silencioso, sublime, que forma el encanto de Dios y la dicha de María; ese deliquio de amor, ese arrobamiento misterioso, esa embriagadora felicidad, ese torrente de delicias, esa fuente de aguas inestinguibles, ese río de inefables consuelos, ese mar insondable de goces eternos y purísimos; carezco de palabras para explicaros todo esto; y todo esto se llama bienaventuranza, cielo, Paraíso, gloria de María, gloria de Dios .....solo me queda una palabra consoladora para vosotros y para mí, hermanos míos. María nos convida á que participemos de su reino, y es esta la petición que dirigé siempre al rey inmortal de los siglos. Pide, Madre mía, le dijo Dios al coronarla como reina del Universo; y la amorosísima María solo respondió: Señor que sean salvos todos los redimidos con la sangre del Cordero.

Hermanos míos, abandonemos la tierra y volemós al cielo, en alas de la oración de María, para cantar sus glorias por toda la eternidad.





VII

## Terremoto é inundación del Sur de la República

Sermón de expiación, pronunciado en la iglesia Catedral  
de Lima, el día 24 de agosto de 1868.

*Concidit me vulnere super vul-  
nus. irruit in me quasi gigas.  
Me ha despedazado con heridas  
sobre heridas: cual gigante se ha  
arrojado sobre mí. Libro de Job,  
c. 16. v. 15.*

Señores Excmo é Itmo (1)

Señores:

Hemos venido á llorar en el pavimento del santua-  
rio un grande y tremendo infortunio; hemos venido á  
buscar al pie de los altares la explicación de la pavoro-  
sa catástrofe que nos consterna; hemos venido á pedir  
á la Religión un consuelo para los dolores del alma;  
hemos venido á humillar nuestra frente, ante la infinita  
y terrible magestad del Dios omnipotente, que, con una

(1) El Excmo. Señor Coronel D. José Balta, Presidente constitu-  
cional de la República.

(1) El Itmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. José Sebastián de Goyeneche y  
Barreda dignísimo Arzobispo de Lima.

de sus miradas, hace estremecer el orbe y cuya poderosa voz obedecen sumisos los vientos y los mares.

Y hemos hecho bien señores; porque no hay lágrimas con que deplorar el espantoso cataclismo, que ha convertido en un montón de ruinas populosas y florecientes ciudades, y que ha arrojado en brazos de la miseria y de la desnudez á un inmenso número de nuestros hermanos; porque es imposible encontrar fuera de las altas regiones del mundo espiritual la última razón de tan horrible desgracia; por que no es dable endulzar el amargo cáliz de nuestro dolor, si un ángel del cielo no nos conforta para beberlo; por que no es posible sostener erguida la cabeza, cuando el rayo de la Divina Justicia se derrama en ángulos de fuego hiriendo á la nación. Sí, señores; no hace mucho tiempo que una desoladora epidemia ha sembrado entre nosotros la consternación y el espanto, y hemos visto á la muerte llevando uncidos al carro de su triunfo los despojos de sus víctimas; y hoy... ¡ah señores! no necesito contaros la dolorosa historia de nuestros infortunios: escrita está por la mano justiciera de Dios en las ruinas del terremoto, en la devastación del incendio y en la espantosa huella impresa por el mar. Como el atribulado patriarca de Idumea, puede exclamar al Perú, puesto de hinojos en la presencia del Señor: *CONCIDIT ME VULNERE SUPER VULNUS, IRRUIT IN ME QUASI GIGAS* "me ha despedazado con heridas sobre heridas; cual gigante se ha arrojado sobre mí"; Y cual será señores, nuestro deber en tan angustiosa situación? Plantéandola en el terreno cristiano, puedo reducirla á un tremendo castigo y á una inmensa desgracia. En presencia del castigo, debemos convertirnos; en presencia de la desgracia, debemos aliviarla.

Demando vuestra atención señores, y os pido que me ayudeis á implorar el divino auxilio, por medio de María.

PUNTO PRIMERO

Orgullosa está el hombre con su ciencia; y no le falta razón, señores, porque nunca ha alcanzado, como hoy, tan extenso dominio sobre la creación. Comunica su pensamiento con la velocidad del rayo; cruza la tierra, con la rapidez de los vientos; y para dominar el mar, se ha lanzado en una tienda flotante al torbellino de la tempestad. La religión bendice estas legítimas conquistas, pero señala sus peligros; aprueba los progresos de la ciencia, pero quiere que se reconozca á Dios como el Señor de las ciencias; se complace en que el rey de la Creación recobre por la industria y el trabajo el cetro de su imperio; pero quiere, que ese cetro se incline, ante la augusta soberanía del que hizo los cielos y la tierra. Cuando, desoyendo su palabra, se postran los hombres y las sociedades ante el ídolo que han fabricado con sus manos, tributando una adoración sacrílega al progreso de la materia y buscando en él, la única solución de los problemas políticos y sociales; luego al punto, hace armas contra el hombre la creación entera, para vengar debidamente la autoridad de Dios. Porque, señores, conviene no olvidar nunca, que el progreso material, fuera de las vías cristianas, no es, sino la rebeldía insolente del hombre contra Dios. Siendo esto así, ¿en dónde encontraremos la última explicación de los desórdenes, que turban la armonía de la naturaleza, sino en los desórdenes, que turban la armonía del orden moral? Hemos pecado señores: he aquí la única causa de la horrible catástrofe que ha puesto el duelo en nuestros corazones y el llanto en nuestros ojos. El Espíritu Santo nos ha dicho que luchará la naturaleza contra el pecador, en defensa de los derechos de Dios: *ET PUGNAVIT PRO EO ORBIS TERRARUM CONTRA INSENSATOS* (1); lucha terrible en

(1) Sabiduría, c. V, v. 21.

que todos los elementos conspiran á su destrucción; lucha humillante, en la que es abatida la humana soberbia por las mismas armas en que fundaba su poder; lucha desastrosa, que reduce á polvo en un instante el trabajo de muchos siglos y de muchos hombres. Confésemoslo francamente, señores, el pecado es el primer origen y la última razón de los males que deploramos. Dios nos castiga, por que hemos abandonado su ley santa; porque, arrastrados por la impetuosa corriente de los intereses materiales, hemos menospreciado los intereses morales; porque, ensordecidos con el ruido del oro y de la plata, no hemos escuchado su eterna y salvadora palabra; porque, seducidos con el brillo de los honores, no hemos vacilado en manchar, para alcanzarlos, nuestra dignidad y la dignidad la nación. Aquí, señores hago un llamamiento solemne á la conciencia de cada uno; y estoy seguro de que, puestos los ojos en la historia de sus extravíos, habrá de confesar que harta justicia tiene Dios para hacer pesar sobre nosotros su mano poderosa. Y si de los extravíos de cada uno, pasamos á los grandes extravíos de la Nación ¡ah señores! habremos de convenir forzosamente en que no nos hiere como merecemos la espada vengadora de la divina justicia. Esos extravíos, yo no quiero contarlos para no exacerbar vuestros dolores y los míos: escritos están con caracteres indelebles, en la conciencia de todos y de cada uno.

Yo sé, señores, que la Filosofía naturalista sonríe de compasión, cuando oye pronunciar la palabra pecado y la palabra castigo. Encerrándose en el estrecho círculo de un naturalismo impío, busca la explicación de estos sucesos en las leyes de la naturaleza ó en las predicciones de la ciencia; y si le pedís la razón de esas leyes y el fundamento de esta ciencia, preguntará de nuevo á la naturaleza, que le devolverá su pregunta en los

dilatados ecos de un inmenso vacío. Yo no puedo discutir con esa Filosofía naturalista y atea; no está á mi altura, señores; y yo no puedo cambiar la cátedra de la verdad en la tribuna de una escuela; la he citado solo para condenarla en nombre de Dios y con su autoridad. Escuchad su palabra: Israel no ha sabido que yo era el que le daba el pan el vino y el aceite y el que multiplicaba, en favor suyo, el oro y la plata. Por esto borraré de conducta; y en el tiempo señalado en mis eternos consejos, cojeré mi pan y mi vino y haré desaparecer el gozo y la abundancia de este pueblo; porque apartando de mi su rostro, atribuyo su bienestar y su altura á las luces y á los trabajos de sus economistas y filántropos.

Que enmudezca, pues, y se confunda esa Filosofía insensata, que quiere arrancar con mano sacrílega el eslabón que une la cadena de los cuerpos á la cadena de los espíritus. Y ahora, señores ¿qué se propone Dios, al infligir sobre nosotros tan terrible castigo? ¿cuáles son los designios de su providencia, al permitir tan espantosa calamidad? Vos lo habéis dicho, Señor Excmo: quiere Dios probar nuestra resignación, probar nuestra fe, que esperemos en su infinita bondad, que encendamos el fuego de la caridad, que debe ser más intenso que nunca. Y ¿qué puedo yo agregar, cuando el Jefe de la Nación, levantando su autorizada palabra, nos enseña el provecho que debemos sacar de la grande aflicción que nos agobia? ¿que podré añadir que sea más elocuente y más persuasivo, que la presencia misma del Jefe del Estado en el templo del Señor? Nada ciertamente, sino confirmar, en nombre de Dios y con la palabra más autorizada de mi ministerio, una tan saludable enseñanza. Si, señores, quiere que, sin desconocer las inmensas ventajas que el progreso material trae á los pueblos, creamos y confesemos con el profeta David que sólo es verdaderamente feliz aquel

pueblo que reconoce á Dios como su único Señor (1); que, sin negar la influencia de la industria del hombre en la ventura pública, pongamos nuestra esperanza principalmente en el único Salvador y regenerador de las sociedades humanas. Esto por lo que toca á la sociedad. Por lo que hace á cada uno de nosotros, quiere Dios que escuchemos la voz de la justicia que nos llama al seno de su misericordia; que convirtamos hacia él nuestros corazones, persuadidos de la caducidad esencial de los bienes de este mundo; que nos despojemos de la ignominiosa vestidura del pecado, para revestirnos con el glorioso ropaje de los hijos de Dios; quiere, por último, que, aprendiendo en la escuela del infortunio que nuestra morada en la tierra es la peregrinación á un mundo mejor, suspiremos solamente por el cielo, que es nuestra patria y el lugar de nuestro descanso.

Habéis escuchado la voz del castigo, que clama vuestra conversión; escuchad, ahora, la voz de la desgracia, que demanda vuestro socorro.

PARTE SEGUNDA

¡Qué cuadro tan lastimoso ofrece hoy, señores, el Sur de la República! Ciudades enteras, sepultadas en un momento bajo de las ruinas; campos feraces agostados en un instante por el sacudimiento de la tierra y la invasión asoladora del mar; centenares de familias reducidas á la mendicidad, sin tener un techo que las cobije, ni un pan que llevar á la boca; ricos propietarios reducidos á la condición del pobre, por la destructora acción del terremoto, del incendio y de la tempestad. Y como consecuencia de todos estos males, la miseria extendiendo su helada mano sobre una inmensa muchedumbre. ¿No es esto bastante, señores, á excitar en nosotros los sentimientos de caridad, en favor de nuestros desgra-

(1) *Beatus populus cuius Dominus Deus ejus.* Salmo 143, v. 16.

ciados hermanos? ¿Seremos insensibles al grito lastimoso del hambre que pide pan, de la desnudez que pide abrigo, de la aflicción que demanda consuelos? ¿No llegará hasta nosotros el ¡ay! desgarrador de una inmensa muchedumbre? No, señores, no hemos sido indiferentes á la desgracia de nuestros compatriotas; el Supremo Gobierno nos ha dado ejemplo de una solicitud verdaderamente paternal, enviando á todos los lugares heridos por la desgracia los auxilios que su situación exige. Me felicito por ello y felicito al Jefe del Estado, en nombre de la Religión y de la Patria, por que ha sabido cumplir los altos deberes de su posición. La iniciativa particular no ha tardado en prestar su cooperación, por mil medios y de mil maneras, para auxiliar á nuestros hermanos que sufren. De este modo no es dudoso que la munificencia del Gobierno ayudada de la caridad privada remediará las necesidades más urgentes y aflictivas. Apesar de esto, debo inculcar como ministro del Señor, el estricto deber en que todos están de concurrir con la ofrenda de su caridad, para aliviar la desgracia que aflige á un sin número de nuestros hermanos.

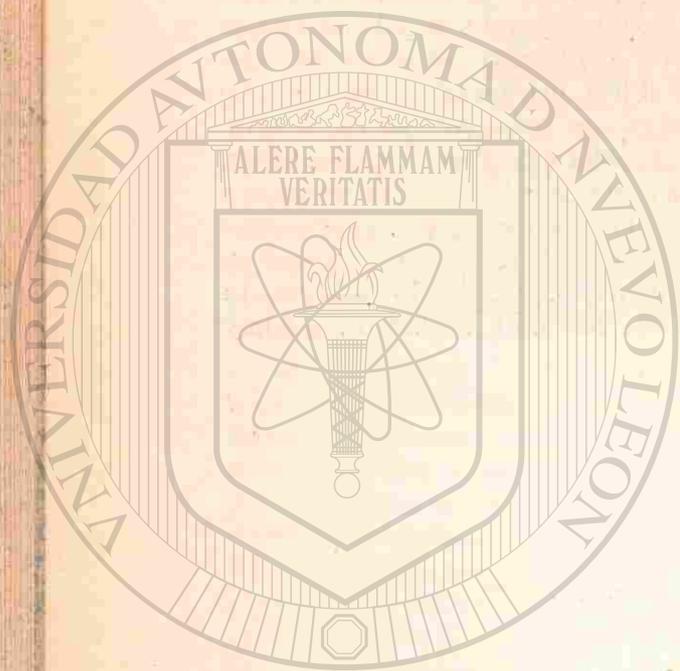
Los pueblos son solidarios, señores; y esta doctrina que hoy propaga con tanto ardor la ciencia moderna, ha tenido por primer maestro á la Iglesia Católica, que nos ha enseñado con S. Pablo que ya no hay Judio, ni Gentil, Barbaro ni Scita. Por esto, la indiferencia ante las calamidades públicas es un crimen á los ojos de Dios y de los hombres; por etso, la dureza del corazón, ante la indigencia que clama socorro, subleva contra ella, los sentimientos de las almas nobles. Todos por tanto deben contribuir, en la manera, que puedan, al alivio de nuestros hermanos: los unos con su inteligencia, discurriendo los medios más acertados para remediar el mal presente y prevenir el espantoso porvenir que nos aguarda; los otros con su dinero, depositando en

la mano del pobre la limosna que su condición les permita. Estos con sus consuelos, derramándolos como un bálsamo precioso para curar los corazones ulcerados por el dolor; aquellos con sus servicios personales, dispensándolos como un oportuno remedio á las primeras y más urgentes necesidades; y todos con sus oraciones, elevándolas fervorosamente hasta el trono del Altísimo, que es el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Tal es, señores, el cuadro de nuestros deberes en tan aflictivas circunstancias; si sabemos cumplirlos, como Dios y la Patria nos lo exigen, tendremos una recompensa suficiente en la gratitud de los pobres, que es la más segura prenda de las bendiciones del cielo.

Excmo. Señor: La Providencia ha querido que se inicie vuestro Gobierno, con una gran tribulación en la República; ella sabrá sacar abundantes bienes de la dolorosa prueba por la que pasa la Nación; y aun cuando no se consiguieran otros que el afianzamiento de la paz y del espíritu religioso que vos mismo nos prometéis, tendríamos por que alegrarnos, mas tarde, de nuestros dolores de hoy. Más sea lo que fuere del porvenir, salvemos el presente, llorando, orando y socorriendo. Si, señores, lloremos, por que es inconmensurable nuestra pena; oremos, por que solo Dios puede consolarnos; socorramos, porque solo la limosna puede aliviar la desgracia. Y Dios que todo lo cuenta, contará también nuestras lágrimas, que todo lo escucha, oirá nuestros clamores; que todo lo vé, dirigirá una mirada propicia á nuestra limosna.

Si Señor Dios Omnipotente, me parece que veo á los ángeles tutelares del Perú, rodeando tu trono y representándote nuestra aflicción; me parece que escucho los ruegos humildes y fervorosos de Toribio de Mogrojo, de Francisco Solano y de Rosa de Santa María; te ruegan, Señor, que encojas el brazo de tu poder, que

ya pesa demasiado sobre nuestras cabezas culpables; paréceme que veo elevarse hacia ti, como el suave perfume del incienso, la oración de nuestros justos que claman misericordia y perdón. Si, Señor, yo también que veo congregado en tu templo á todo un pueblo movido de penitencia y contrición, siendo el más ilustre de los penitentes el Jefe del Estado, tengo derecho de clamar en su nombre, con todo el ardor de un corazón atribulado, misericordia y perdón. Escucha, Señor, nuestra plegaria; convierte en beneficios tus castigos; y sea uno de ellos, que el Perú aprenda que, abandonando el camino de tus mandamientos, caerá siempre en un abismo de males; pero que, guardando fielmente tu ley santa, alcanzará una felicidad verdadera, sólida y durable.



## VIII

### Santa Rosa de Lima

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de Santa Teresa, con motivo de la colocación de la primera piedra de un hospicio para niñas pobres, el día 30 de Agosto de 1868.

*Revertere Virgo Israel, revertere ad civitates tua istas.  
Vuelve oh Virgen de Israel  
vuelve á tus ciudades. Jeremías  
cap. 31 v. 21.*

Ilmo. señor (1), señores:

La inmortalidad es el privilegio exclusivo de los Santos. Participantes por la gracia de la inefable grandeza de su autor, imprimen á sus obras y á su nombre el sello de la eternidad. No importa que las generaciones humanas se empujen al sepulcro unas en pos de otras; no importa que los siglos se pierdan confusamente en el abismo del pasado; las nuevas generaciones y los nuevos siglos bendecirán siempre la memoria de los Santos. Así ha sucedido á la ínclita Virgen Peruana, Rosa de Santa María. Trescientos años nos apartan de ella, y sin embargo, su heroísmo será siempre fuente inextinguible de grandes inspiraciones; su grandeza, argumento siempre nuevo para los más penetrantes ingenios; su protección, escudo de po-

(1) El Ilmo. y Rvmo. señor doctor don Manuel Teodoro del Valle, dignísimo Obispo de Huánuco.

derosa defensa; su nombre, precioso ornamento de las instituciones grandes. Así lo ha comprendido la muy ilustre Sociedad de Beneficencia, al resolver que la primera piedra de un hospicio para niñas pobres, fuera colocada hoy, día de la festividad de nuestra gloriosa Patrona, y que dicho hospicio fuera enaltecido con su santo nombre. Aplaudo, señores, este grande y feliz pensamiento; no me apartaré de él en el desarrollo de mi discurso, manifestandoos los valiosos tesoros que oculta su querido nombre y la singular eficacia de su poderosa protección. Así comprenderéis la importancia de la devoción á Rosa de Santa María, como igualmente todo el sentido y todo el mérito de esta oración: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS.

Acudamos al trono de la gracia, por la mediación de María.

#### PUNTO PRIMERO

Dios ha solido cambiar el nombre de sus más ilustres siervos, cuando les ha señalado una gran misión, en este valle de lágrimas. Así trocó el nombre de Abrahán en el de Abraham, el de Jacob en el de Israel, el de Simón en Cefas y el de Saulo en Pablo; y renovando el prodigio en nuestra heroína, mudó su nombre de Isabel, en el de Rosa de Santa María.

Os referiré brevemente la historia del portentoso.

Dormía la bendita niña el sueño de la inocencia, cuando, súbitamente, apareció su rostro, cercado de resplandores celestiales, ostentando el fresco colorido de una rosa, sin perder nada de sus lineamientos naturales. María de Oliva, testigo del prodigio, confirmó, desde aquel día, á su hija con el nombre de Rosa. Seis años más tarde, como quisiese esta explorar si podía mezclarse la vanidad en conservar un nombre, que tan bien significaba su gracia y hermosura, hizo oración

á Dios, sobre este punto, y le fue enseñado, con interior ilustración, que en adelante debía llamarse Rosa de Santa María. De esta manera, la humilde Virgen, que rehusaba el nombre de Rosa, mereció realzarlo con el de María, llevándolos, en adelante, con seguridad y alegría, como confirmada en ellos, por orden expresa del cielo.

Procuremos penetrar ahora, en las sombras mismas de este misterio, los designios del Señor.

Sólo Dios puede imponer á las cosas nombres adecuados; porque solo su infinita sabiduría puede conocer la exacta proporción que debe haber entre un nombre y la naturaleza del objeto que debe significar. Esto supuesto, tratemos de descubrir la relación de conformidad entre el nombre de nuestra Santa y sus excelentes virtudes. Leyendo con atención la historia de su preciosa vida, se la encuentra perfectamente simbolizada por una rosa delicada, cultivada por María en los jardines del esposo, encendida en llamas de caridad, cercada con las espinas de la penitencia y que exhala de su seno el suavísimo aroma de una pureza inmaculada. Así, señores, el nombre de Rosa de Santa María encierra, por sí sólo, un gran misterio de la predilección de Dios hacia esta purísima Virgen; y si el nombre de los Santos brilla esplendorosamente con los fulgores de su santidad y es para nosotros siempre que lo invocamos, un escudo de defensa, una prenda de consuelo, ¿qué podremos decir del nombre de Rosa de Santa María escrito, desde toda la eternidad, con la sangre del Cordero en el libro de la vida é impuesto después á nuestra heroína, entre místicos coloquios de amor! No es exagerado por tanto afirmar, que el sólo nombre de Rosa de Santa María es un tesoro valiosísimo, puesto que simboliza adecuadamente una santa y preciosa vida, enaltecida por la caridad, mortificada por la penitencia, y levantada hasta el trono mis-

mo del Señor por una pureza intachable é inmaculada. Y si es tan glorioso el nombre de nuestra ilustre Virgen, ¿no es verdad que irradiará su gloria y su esplendor sobre las instituciones que buscan en él un sello de grandeza y de inmortalidad? Sí, señores, por eso me felicito de que se escriba este santo y bendito nombre en el frontispicio de una Casa de Beneficencia pública; y al considerar que está destinada á guardar en su seno al más delicado de los sexos, á la más peligrosa de las edades y á la más exquisita de las virtudes, mi corazón se regocija de una manera especial contemplando á un ejército de vírgenes, que cultivan en su corazón el aroma purísimo de la inocencia, para recrear con él á su purísimo celestial esposo; me complazco, señores, viéndolo capitaneado por Rosa de Santa María, cubierto con su nombre y escudado con su protección; y me parece descubrir un florido verjel de esquisitas y aromáticas flores que serán émulas de la Rosa de Lima, en la frescura, en el colorido y en el aroma.

Mas, si el nombre de Rosa de Santa María es grande en los fastos de la santidad, es también, señores, una de las más puras glorias de la Nación. Inmortales hacen sus nombres, legándolos á la posteridad, esculpidos en el mármol y en el bronce, el guerrero con sus proezas militares, el conquistador con sus valientes conquistas, el genio del mar con sus atrevidas exploraciones, el hombre de estado con la sabiduría de sus consejos y todos los grandes hombres que merecen un puesto en la historia de los pueblos y en la memoria de sus hijos. Y si bastan para hacer glorioso un nombre esas hazañas y esas empresas, siempre precederán por lo que tienen de humanas ¿cuánto no será glorioso el nombre de una tierna y delicada Virgen, que peleó en recia y esforzada batalla contra poderosos enemigos acostumbrados á alcanzar victoria de los humanos corazones,

que conquistó á viva fuerza y en valeroso asalto, el reino de los cielos y que supo navegar entre los escollos y borrascas de un mar agitado y tempestuoso? ¡Ah, señores! Bien hace la Patria en enorgullecerse con el nombre ilustre de sus hijos; pero si busca en el numeroso catálogo de sus grandes hombres gloria sin sombras, honra sin manilla, no las encontrará sino en el esclarecido nombre de Rosa de Santa María; y bajo de este respecto, también tengo por que felicitarme de que una institución destinada á prestar al país tan eminentes servicios, se ilumine con los resplandores de esta gloria nacional.

Y aquí, señores, se me presenta la ocasión de alentar una queja formulada por el patriotismo. Hemos honrado el nombre de Rosa considerando su santidad; la Iglesia la ha inscrito en el catálogo de las Vírgenes; Lima su patria ha levantado altares en su honor; nosotros todos llevamos escrito su nombre en el corazón; pero, si la hemos honrado como á Santa, tributándole culto en el interior de nuestros templos, la Patria no ha honrado en ella á la más pura de sus glorias y á la más ilustre de sus hijas, y fuera de los monumentos alzados en su honor por las inspiraciones de la fe, nunca se ha pensado en levantar alguno, bajo las inspiraciones del patriotismo. Fuera de nuestros templos señores, el nombre de Rosa está olvidado para la Patria, no sin gran desconsuelo para el bien entendido civismo de los corazones nobles. Hoy se calmará en parte esta justa exigencia, viendo escrito ese nombre inmortal al frente de un instituto de misericordia. Y ¿no me será permitido, señores, mirar en este asilo sagrado de la virginidad, un fruto precioso de la intercesión de Rosa, como una vuelta de su espíritu, que santificó esta ciudad con su presencia? Por mi parte, señores, cuando he clamado con el corazón oprimido de angustia por las actuales calamidades de la Nación, diciendo á Rosa el hu-

milde ruego: vuélvete hacia nosotros Virgen de Israel: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS, he sentido en mi alma una grande é inefable consolación, viendo coincidir con las desgracias públicas la fundación de un asilo para la inocencia; y me ha parecido que Rosa de Santa María se dignaba mirar con ojos propicios esta su querida Patria. Y para que no dudéis de la extraordinaria eficacia de su protección, voy á trazaros un breve cuadro de sus merecimientos en la tierra. Seré breve, señores, en obsequio á la bondadosa atención que me habéis prestado.

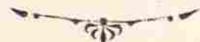
PUNTO SEGUNDO.

Rosa de Santa María es un huerto riquísimo, en que se cultivan las flores de todas las virtudes. Contemplando su hermosura, embriagándose con su aroma, es como se comprende que el celestial esposo haya dicho con verdad: que son sus delicias morar entre los hijos de los hombres. Admiramos, señores, la inmaculada pureza de esta virgen celestial, su asombrosa penitencia y el encendido fuego de su caridad; tres piedras preciosísimas que su vigilancia labró en la tierra y, hoy, esmaltan en el cielo la inmercesible corona de su gloria.

La pureza de Rosa es como la del Sol, cuando ninguna nube intercepta sus rayos. A los cinco años hace voto de virginidad perpetua, inmolando su alma y su cuerpo, en aras del amor á su único dueño y celestial esposo Jesucristo. Jamás el hálito emponzoñado del mundo pudo empañar el brillo de su inocencia; nunca las artificiosas sugerencias del demonio pudieron conmover su voluntad; ni tampoco las rebeldías de una carne corrompida y corruptora, pudieron alcanzar el más pequeño triunfo de su invicta constancia. Treinta y un a-

ños peregrinó en este infortunado destierro, siendo por su pureza émula de los mismos ángeles; pisó la tierra, sin que manchase sus pies el polvo del camino y voló al cielo, en alas de su inocencia bautismal y sin haber perdido la vestidura de la primera gracia. Mas ¿cómo conservó nuestra heroína la flor de su virginidad, entre tantos peligros de que estuvo cercada? Os responderán por mí las dolorosas espinas de su penitencia; fue asombrosa, señores, y bastara por sí sola para poner espanto en el esforzado corazón de los anacoretas del desierto. Yo no puedo hablaros de ella, sin cubrirme de vergüenza y confusión. Prolongadas vigiliias y rigurosos ayunos, sangrientas disciplinas y crueles cilicios, corona de punzantes clavos y lecho de nudosos troncos: he aquí, señores, las armas con que triunfó de sus poderosos enemigos y con que preservó de toda mancha su virginal pureza. Y si de los tormentos del cuerpo pasamos á los martirios del espíritu; ¿quién podrá contar las amargas desolaciones de su alma. cuando perdía el sabor de todos los consuelos celestiales y se anegaba en las profundidades de un mar de penas y tristeza? Indomable fortaleza la de Rosa de santa María; abrazarse de la cruz de la mortificación, entre los consuelos y las delicias con que Dios embriaga á las almas, se comprende, señores; pero marchar con pie firme, por el sendero escabroso de la penitencia, llevando áuestas el peso de su miseria, en la espantosa aridez de un horroroso desierto, sin encontrar un árbol hospitalario para el descanso, ni una gota de agua para el refrigerio; y pasar quince años de mortales agonías en este peregrinaje doloroso, esto, señores, levanta al hombre hasta la altura más encumbrada de la santidad y hace de Rosa de Santa María una de las más heroicas vírgenes del Cordero. Con razón, codició su hermosura el Rey de los cielos, y quiso admitirla en sus bodas el esposo celestial.

Vedla: señores, ataviada está, con la vestidura de las desposadas, brilla en su dedo el anillo de su desposorio, ciñe en su cabeza la corona de las vírgenes y sostiene en su delicada mano el lirio de la pureza. Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa, la dijo Dios, prendado de su belleza angelical, en el último año de su vida; y la inocente y purísima virgen, inundada en las delicias del amor á su celestial esposo, aprestó su lámpara y la tuvo encendida para el momento de las bodas; y cuando vino el esposo á media noche, fue contada en el número de las vírgenes prudentes y admitida sin tardanza al convite nupcial del reino de los cielos. De esta manera, la caridad de Rosa, que fue el germen fecundo de todas sus virtudes, fue también la corona de recompensa de su preciosa vida. Tantos merecimientos son una prenda segura de la eficacia de su intercesión cerca de su amantísimo esposo, nuestro Dios y Señor. Con mucha razón podemos pues exclamar, postrados humildemente en presencia de su estatua. REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS. Vuelve, oh Virgen de Israel, tu rostro hacia nosotros. Envíanos en una de tus dulces miradas una bendición del cielo, aplaca con tus ruegos la justicia del Señor irritada contra nosotros, preséntale para apaciguar su enojo los instrumentos de tu penitencia: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS; acuérdate Virgen de Israel de que esta ciudad en que se meció tu cuna posee también tu glorioso sepulcro; atrae sobre ella un rocío de abundantes gracias, que haga florecer de nuevo en este suelo las preciosas virtudes que la hicieron tan noble y tan ilustre, REVERTERE VIRGO ISRAEL AD CIVITATES TUAS ISTAS; y á cada uno de los que hemos venido á honrarte, en el día de tu triunfo, alcánzanos, por la participación de tus méritos, el gozo eterno del Paraíso.



IX

San Andrés, Apóstol

Sermón panegírico pronunciado, en la capilla interior del hospital de S. Andrés, el día 30 de Noviembre de 1868.

*Mihi autem absit gloriari nisi  
in cruce Domini nostri Jesu Christi.  
A mí libreme Dios de gloriarme  
sino en la cruz de Nuestro Señor  
Jesu Cristo. Epístola de S. Pablo á  
los Gálatas c. 6 v. XIV.*

Ilmo. Señor: (1)

Señores:

SI alguna vez pudieran avergonzarse los predicadores del Evangelio de su apostólico ministerio, no sería ciertamente cuando tienen que anunciar á los fieles las ignominias y los oprobios de la cruz; de esa cruz que fue escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero que debe ser, para los cristianos, según la sublime teología de San Pablo, argumento incontestable del infinito poder, y de la inefable sabiduría de Dios. Sin

(1) El Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Francisco Solano Risco, dignísimo Obispo de Chachapoyas.

Vedla: señores, ataviada está, con la vestidura de las desposadas, brilla en su dedo el anillo de su desposorio, ciñe en su cabeza la corona de las vírgenes y sostiene en su delicada mano el lirio de la pureza. Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa, la dijo Dios, prendado de su belleza angelical, en el último año de su vida; y la inocente y purísima virgen, inundada en las delicias del amor á su celestial esposo, aprestó su lámpara y la tuvo encendida para el momento de las bodas; y cuando vino el esposo á media noche, fue contada en el número de las vírgenes prudentes y admitida sin tardanza al convite nupcial del reino de los cielos. De esta manera, la caridad de Rosa, que fue el germen fecundo de todas sus virtudes, fue también la corona de recompensa de su preciosa vida. Tantos merecimientos son una prenda segura de la eficacia de su intercesión cerca de su amantísimo esposo, nuestro Dios y Señor. Con mucha razón podemos pues exclamar, postrados humildemente en presencia de su estatua. REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS. Vuelve, oh Virgen de Israel, tu rostro hacia nosotros. Envíanos en una de tus dulces miradas una bendición del cielo, aplaca con tus ruegos la justicia del Señor irritada contra nosotros, preséntale para apaciguar su enojo los instrumentos de tu penitencia: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS; acuérdate Virgen de Israel de que esta ciudad en que se nació tu cuna posee también tu glorioso sepulcro; atrae sobre ella un rocío de abundantes gracias, que haga florecer de nuevo en este suelo las preciosas virtudes que la hicieron tan noble y tan ilustre, REVERTERE VIRGO ISRAEL AD CIVITATES TUAS ISTAS; y á cada uno de los que hemos venido á honrarte, en el día de tu triunfo, alcánzanos, por la participación de tus méritos, el gozo eterno del Paraíso.



IX

**San Andrés, Apóstol**

Sermón panegírico pronunciado, en la capilla interior del hospital de S. Andrés, el día 30 de Noviembre de 1868.

*Mihi autem absit gloriari nisi  
in cruce Domini nostri Jesu Christi.  
A mí libreme Dios de gloriarme  
sino en la cruz de Nuestro Señor  
Jesu Cristo. Epístola de S. Pablo á  
los Gálatas c. 6 v. XIV.*

Ilmo. Señor: (1)

Señores:

SI alguna vez pudieran avergonzarse los predicadores del Evangelio de su apostólico ministerio, no sería ciertamente cuando tienen que anunciar á los fieles las ignominias y los oprobios de la cruz; de esa cruz que fue escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero que debe ser, para los cristianos, según la sublime teología de San Pablo, argumento incontestable del infinito poder, y de la inefable sabiduría de Dios. Sin

(1) El Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Francisco Solano Risco, dignísimo Obispo de Chachapoyas.

apartarme de este pensamiento del apóstol, me propongo realzarlo más, mostrándoos, en el adorable misterio de la cruz, la glorificación de Dios por el hombre y la glorificación del hombre por Dios. Andrés, crucificado por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, me suministrará pruebas suficientes para demostraros que la cruz es, al mismo tiempo, instrumento de la gloria de Dios y de la gloria del hombre; y cuando hayáis penetrado conmigo en las profundidades de este misterio, que será eternamente la suprema confusión del mundo y de las pasiones, comprenderéis la profunda sabiduría de esta máxima de la vida cristiana: no permita Dios que yo me gloríe en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.

¡Inmaculada María! entre las insignias de tu gloria, no faltan ni la corona del apostolado, ni la palma del martirio; pon, pues, en mis labios palabras dignas del celo de un apóstol y de la caridad de un mártir. AVE GRATIA PLENA.

\*  
\* \*

Difícilmente podrá encontrarse una contradicción más absoluta, más radical y más perfecta que la que existe entre la gloria de Dios y la gloria del mundo. Por esto, la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que fue la suprema glorificación de Dios, fue, al mismo tiempo, y por la misma causa, la irremediable reprobación del mundo; y por esto, también, los santos que siguen de cerca las ensangrentadas huellas de su Divino Salvador, consumando en su propia carne lo que faltó á la pasión de Jesucristo, honran á Dios, exhibiéndose como hostia de propiciación; y buscan su propia gloria, condenando y confundiendo, con la locura misma de la cruz, la falsa y peligrosa sabiduría del mundo. Me explicaré, señores, aplicando mi pensamiento al panegírico de nuestro santo apóstol, y os demostraré: que el martirio de San

Andrés fue glorioso para Jesucristo, porque supo triunfar de sí mismo, y fue glorioso para él, porque supo triunfar del mundo.

\*  
\* \*

Dos grandes rebeldías constituyen el grave desorden de la naturaleza humana; la rebeldía de la carne contra el espíritu y la rebeldía del espíritu contra Dios. De la primera se quejaba el Apóstol cuando exclamaba: "veo otra ley en mis miembros, que se opone á la ley de mi espíritu, que me cautiva bajo de la ley del pecado; (1) la segunda es el grito de rebeldía que se levanta de las profundidades del alma, como la voz del genio del mal y dice: NON SERVIAM. NO SERVIRÉ (2).

Señores: para expiar debidamente estas insensatas rebeldías y glorificar á Dios ofendido por el hombre, padeció y murió el Salvador del mundo. Y aquí os ruego que no temáis las oscuridades del misterio; penetrad resueltamente en sus espesas sombras y hallaréis en el fondo torrentes de luz. Asistid con vuestro espíritu á la primera y á la última escena de la pasión de Jesucristo: en el Huerto, que es el teatro de su obediencia, expía todas las rebeldías de la voluntad, aceptando voluntariamente los dolores de su pasión y las ignominias de su muerte; en el Calvario, que es el teatro de su penitencia, expía los desórdenes de la sensualidad, exhibiendo á las atónitas miradas del mundo su adorable cuerpo destrozado á golpes y cubierto de llagas. De manera que la sumisión voluntaria y la dolorosa muerte del Hijo de Dios, repararon, confundiéndo las, las grandes rebeldías de la voluntad y de la carne. De lo cual debemos

(1) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. San Pablo á los Romanos. VIII. v. 23.

(2) Jeremías, c. II, v. 20.

concluir que la pasión del Hijo de Dios fué la penitencia pública, universal y perfecta de los pecados del hombre; y que Jesucristo ha podido compendiar su preciosa vida en esta sencilla frase: EGO TE CLARIFICAVI SUPER TERRAM

(1) Padre celestial, yo te he glorificado sobre la tierra: ofreciéndote como hostia de suave y agradable olor la inmolación de mi voluntad en el Huerto y el sacrificio de mi cuerpo en el Calvario; mi cruz es la condenación suprema é irremediable de toda rebeldía, porque es el trono de mi obediencia y de mi penitencia; y es también la proclamación pública, solemne y universal de que sólo á Dios se debe la gloria y el honor, puesto que nada menos exige para procurar esa gloria y reparar ese honor, que la oblación de un sacrificio divino. Ya lo véis, señores: sólo la cruz ha podido remediar los dos gravísimos desórdenes de la naturaleza corrompida: tan profunda era la llaga de nuestra soberbia que no ha pedido ser curada sino por el infinito anonadamiento de Dios: EXINANIVIT SEMETIPSUM; (2) y estaba el mundo tan inficionado por la sensualidad que no podía purificarse sino lo bañaba la inocente sangre del Cordero de Dios.

En su justa proporción los santos, como predestinados por el Padre á ser conformes á la imagen de su Hijo, glorifican también á Dios, triunfando valerosamente de sí mismos y confundiendo con su ejemplo al mundo y á sus servidores. Y hasta cierto punto, señores, mejor avergüenza y condena al hombre de pecado alguno de nuestros heroes cristianos que el mismo Hijo de Dios, porque, contra la imitación de Jesucristo, excogita su malicia un vano pretexto en la fortaleza divina del Salvador, mientras que nada puede replicar, en presencia de una voluntad flaca, siempre fiel al querer divino,

(1) S. Juan, c. XVII, v. 4.

(2) S. Pablo á los Filipenses, c. II, v. 7.

y de una carne corrompida, siempre vivificada por la penitencia y el dolor.

Convirtamos si no los ojos á nuestro santo apóstol, y abarcando en una rápida mirada su preciosa vida, no los fijemos detenidamente, sino en su cruz, que es el doloroso lecho de sus agonías y de su muerte.

\*  
\* \*

Andrés, hermano de Pedro, nació en Betsaida, pequeña ciudad de la Galilea, y fue de los discípulos de Juan Bautista. Como oyese al santo Precursor decir de Cristo: "he aquí el Cordero de Dios;" siguió á Jesús y persuadió á su hermano para que también lo siguiese. Mas tarde, como pescase con Pedro en el mar de Galilea, fueron llamados por Cristo que pasaba, antes que todos los apóstoles, con estas palabras: "venid en pos de mí; yo haré que seáis pescadores de hombres." Hasta aquí, señores, cuenta el Evangelio la vida de nuestro santo; todo lo demás que sabemos de ella, consta de la venerable tradición. Pasemos en silencio sus apostólicas trabajos en Scitia, Epiro, Tracia y Achaia; no nos detengamos en admirar sus portentosos milagros; ni ponderemos tampoco el inflamado celo con que predicaba á los gentiles el Evangelio de Jesucristo: quiero que nos agrupemos al rededor de la ignominiosa cruz, en donde, sin duda para imitar hasta en la forma de su martirio á su divino modelo, espira entre acerbísimos tormentos. Venid, vosotros, contempladores de vuestro cuerpo y adoradores de la carne; poneos en frente de ese madero y de ese cuerpo atormentado por la crucifixión: es el de un apóstol de nuestro Señor Jesucristo, que, pudiendo huir el martirio, si accediese á las instancias de los fieles, que quieren libertarlo, prefiere morir en brazos de la penitencia, inmolando su cuerpo para glorificar á Dios, triunfando de la natural afición al regalo y al placer, á semejanza de Jesús, su adorable

Maestro. ¡Oh! vanos pretextos de la sensualidad para rechazar los santos rigores de la penitencia! y como subsistiréis, no digo yo en presencia de la cruz de Jesucristo, pero ni siquiera delante de aquella en que ofrece su sacrificio su querido discípulo? Yo no quiero hablar, señores, de esos desórdenes que ruborizan al mundo y que deben ser, por lo mismo, harto abominables y repugnantes; algo más que eso condena y reprueba la cruz de Jesucristo y la penitencia de sus santos. Delicadezas extremadas para aquilatar los goces, disputando á la moral hasta los últimos grados de lo lícito; aficiones indignas de la santidad de nuestra fe al cuidado, regalo é idolatría del cuerpo; exagerada diligencia en conservar la salud, á expensas de los deberes más esenciales de la Religión; dispensas criminales de las santas leyes de la abstinencia y del ayuno; peligrosa ociosidad, que fomenta la malicia de los cuerpos y la debilidad de los espíritus; ¿cómo seréis reprobadas y maldecidas, cuando se abra para juzgaros el código del Evangelio y aparezca para condenaros el signo del hijo del hombre? ¡Eterno y omnipotente Dios! Juez inmortal de los vivos y de los muertos. ¿hallarán indulgencia en tu severo tribunal esos refinamientos de la sensualidad, sólo porque se ocultan bajo los frívolos pretextos de las exigencias de la salud y de las conveniencias sociales? ¿dejará de herir el ángel exterminador esos cuerpos profanados por los placeres y no rociados con la sangre de la penitencia? Temblemos, señores, en presencia de los juicios de Dios; porque, sean cuales fueren los esfuerzos del mundo por conciliar la corrupción de sus costumbres con la rigidez de la moral, es una máxima de la eterna sabiduría, que lleva la marca de la reprobación todo el que no está conforme á la imagen del Hijo de Dios; y los rasgos de esa conformidad no son otros, que las espinas y los clavos; las humillaciones y los desprecios; la pobreza y el abandono; la tribulación y el oprobio. ¡Hom-

bre sensual! alza los ojos, si no es que los haya clavado en el suelo la confusión y la vergüenza, y mira á Andrés crucificado por el amor de Jesucristo; cuenta sus dolores y sus agonías; vélo atentamente; por dos días está suspenso su atormentado cuerpo del afrentoso patíbulo..... Señores, el hombre sensual podrá resistir, sin conmoverse, este espectáculo de dolor; podrá, si queréis, afectar una estoica indiferencia; algo más todavía, podrá quizá reírse y mofarse de las agonías del mártir y de la palabra que las anuncia; pero no podrá nunca acallar el grito de reprobación, que se levanta del fondo de su conciencia, si no es que esté cauterizada, con el fuego mismo del infierno, por la maldecida mano de Luzbel. De aquí es, señores, que me espanta la prosperidad y la gloria del mundo, porque no veo que haya nada de común entre todo eso y la vida de mi único y celestial modelo; y buscando un refugio, en la cruz de mi divino Salvador, siento la necesidad de exclamar: "A mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo". Y ya que mi palabra ha caído como una maldición sobre el mundo y sus secuaces, seame permitido emplearla también, con gran contento de mi corazón, en consolar á mis pobres y queridos enfermos. ¡Miembros adoloridos del cuerpo místico de Jesucristo! Alegraos y regocijaos, si santificáis vuestros dolores con la paciencia y la resignación; ninguna clase de la sociedad puede disputaros el honor de haber formado la corte de nuestro monarca coronado de espinas; el Evangelio nos lo muestra siempre rodeado de vosotros; ¿ni quienes si nó los enfermos y los pobres podrían cortejar dignamente al varón de dolores, que no tiene sobre qué reclinar su cabeza? El que no puede mentir, el que no puede engañar, ha dicho de vosotros "Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos"; "bienaventurados los que lloran porque

ellos serán consolados." (1) Hay también una bendición anexa á vuestro estado desde la vida presente, porque habéis de saber, para vuestro consuelo, que nosotros, cualquiera que sea nuestra dignidad y nuestro rango, si somos cristianos, tenemos que venerar en vosotros esa pobreza y esos dolores, que adoramos en N. S. J. C. Vosotras, también, que os gloriáis de llamaros Hermanas de la Caridad y que no queréis otra satisfacción, que la de enjugar las lágrimas y aliviar el infortunio, vosotras también tendréis parte en esa bienaventuranza y en esta bendición. Y vosotros, honorables señores, que desplegáis la actividad de vuestro celo en socorrer al necesitado y al pobre, en el día malo, que será el de vuestro juicio, encontraréis misericordia si sabéis unir á la caridad para con vuestro prójimo la caridad para con Dios. Perdonad, señores, esta digresión, sólo inspirada por la presencia de los enfermos y la vuestra. Continúaadme la bendiciosa atención, que me habéis concedido y os manifestaré brevemente cómo triunfó S. Andrés, con su martirio, de la rebeldía de la voluntad.

\*  
\* \*

¡Grandioso espectáculo, señores, el del libertinaje de la voluntad, vencido por la obediencia heroica del Hijo de Dios y de sus santos! Obedecer hasta la muerte y muerte de cruz: he aquí el ejemplo que nos dan N. S. J. C. y el santo apóstol, cuya memoria veneramos. Por obedecer á Dios antes que á los hombres, abrazáse Andrés de la cruz, y saludándola con transportes de alegría exclama: "Oh santa cruz, que tanto he deseado, que tanto he amado y que tantas veces he

(1) S. Lucas, c. V, v 21.

buscado, recíbeme de manos de los hombres para que me pongas en las manos de Dios, á fin de que, por ti me reciba, quien por ti me redimió." ¡Obediencia extraordinaria, que triunfa de la rebeldía de la voluntad, persiguiéndola en su última y más inaccesible barrera: las invencibles repugnancias de la naturaleza! Apenas se puede morir por necesidad, ¿que será morir, por obediencia, y morir con alegría, y morir entre muchísimos tormentos, cuando una simple desobediencia puede trocar todos los horrores de la muerte en una muelle y regalada vida? Dínoslo tú, gloriosísimo Apóstol, que estuviste dos días suspendido de la cruz, por no perder el mérito de tu obediencia, enseñándonos con tu ejemplo, que es mejor obedecer que vivir, y que es preferible á la desobediencia la muerte! Y ¿lo cremos así nosotros, señores? Cada uno encontrará la respuesta en el fondo de su propia conciencia; mas yo os diré, en nombre del Evangelio, que os anuncio, lo mismo que enseñaba an Pablo, respecto de la caridad: no importa que hagáis milagros, que os entreguéis á los rigores de la penitencia ó que convirtáis á todo el mundo; si todo este, no es en el orden de una entera sumisión á la ley de Dios y de su Iglesia, de nada sirve y para nada vale. Y no basta obedecer á Dios, sino que es indispensable obedecer también á los hombres revestidos con la autoridad de Dios, cualesquiera que sean, por otra parte, sus defectos, sus pasiones y hasta sus crímenes. Yo sé, señores, que nuestra naturaleza resiste la obediencia á la estupidez y á la malicia, personificadas en el mandatario; pero Jesucristo nos la pide, desde lo alto de su cruz. En cuanto á mí, Señor, reconozco que tienes derecho de exigírmela; porque ¿á quién no obedeceré yo por ti, si tu has obedecido por mí á sacrílegos y á deicidas?

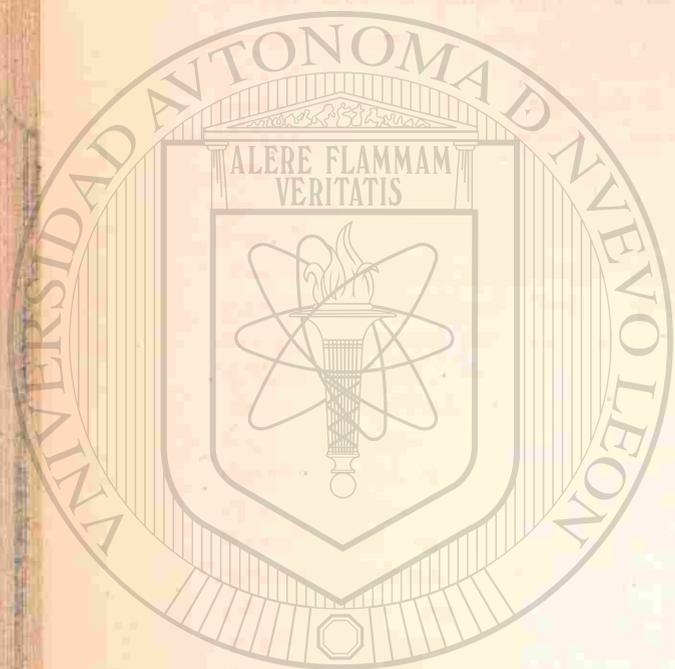
\*  
\* \*

Señores; hemos meditado, en el martirio de S. Andrés, el misterio de la cruz; y hemos visto, cómo supo glorificar á Dios nuestro santo apóstol, triunfando de su carne y de su voluntad; al mismo tiempo hemos aprendido el infinito precio de la penitencia, que circuncida al cuerpo y de la obediencia que circuncida el espíritu. Aquí terminaría, señores, si, al recuerdo de nuestro santo apóstol, no estuviera asociado el de la santa Iglesia, cuyos cimientos están amasados con su sangre; y si la cruz de Andrés no me recordase la de Pedro, ó sea la que ha erigido la revolución para crucificar al Pontificado. ¡Qué escena tan parecida, señores, á la que pasó en el Calvario! Todos los demagogos del mundo han pasado, moviendo sus cabezas, delante de su cruz. Oídos exclamar, con la amarga burla de la ironía: dice que ha salvado á los pueblos y á las sociedades y á sí mismo no puede salvarse.” Los soberanos de la tierra, ó se lavan las manos como Pilatos, para no mancharse con la sangre del justo, ó le piden, como Herodes, que haga un prodigio para tomar parte en su defensa. La diplomacia ha tenido también su papel, en esta dolorosa tragedia; varias veces ha echado la suerte sobre su túnica inconsútil. Mientras tanto, la revolución conoce que la fuerza del Pontificado está en la cruz, y sabe tentarlo, como los verdugos del Gólgota á su víctima, y decirle “baja de la cruz y creeremos en ti”; No, señores; el Pontificado no descenderá de la cruz, halagado por las promesas de la revolución; puede ser que el hacha impía del exterminio alcance á derribarla de la cúspide del edificio social y hasta de la cúpula que corona el sepulcro de los apóstoles, si logra penetrar en la ciudad eterna; pero no podrá nunca arrancarla del corazón de la Iglesia, que asiéndose amorosamente de ella, exclamará siempre, MIHI ABSSIT; hasta que llegue el día de su triunfo, en que, dando cuenta de su misión, diga: OPUS CONSUMMAVI.....EGO VICI MUNDUM

“He consumado la obra que me encomendaste; yo he vencido al mundo.” (1)

¡Plegue al cielo, señores, que cada uno de nosotros pueda repetir lo mismo, en la terrible hora del juicio del Señor!

(1) S. Juan, c. XVII, v. 4.



X

### San Luis Gonzaga

Sermón panegirico pronunciado en la Iglesia de San Antonio Abad, el día 1.º de enero de 1869, en la fiesta que la Universidad hace anualmente á dicho Santo.

*Et vidi... Angelum... amictum nube, et iris in capite ejus, et facies ejus erat ut sol.*

*Y ví un ángel revestido de una nube, y sobre su cabeza el arco iris, y su cara era como el Sol. Apoc. c. X. v. I.*

Señores:

**H**ABÉIS venido á rendir gracias al Señor de las ciencias, porque ha coronado vuestras tareas escolares con un éxito feliz.

Un santo estudiante, exaltado por la Iglesia á los honores del culto, tiene el encargo de presentar vuestros agradecidos corazones al Padre de las luces: es el joven jesuita Luis de Gonzaga, que ha recibido de la Iglesia el Patronato de la juventud estudiosa. Para interesarlo en favor vuestro os habéis congregado al rededor de su estatua; y, también, para honrar en su persona el feliz consorcio de la Religión y de las ciencias, de las letras y de la virtud.

Habéis hecho bién, señores; y tanto como aplaudo el noble objeto, que os ha reunido, desconfío de mi pequeñez para traducirlo fiel y dignamente; desconfianza

justa, timidez natural en mí, respecto de vosotros, que sois el cuerpo científico más respetable del Perú. Pero, si me humilla vuestra ciencia, me alienta vuestra fe; porque esa fe os enseña que no estáis en una academia, sino en un templo; que no rodeais la tribuna de una escuela, sino la cátedra del Espíritu Santo; que no debéis esperar de mí palabras de humana sabiduría, sino aquella ciencia celestial y divina, que guardan inviolablemente los labios del sacerdote. Os prometo, señores, que no descenderé de la altura á que me ha levantado vuestra fe; os anunciaré la verdad evangélica con la santa libertad, que tenéis derecho de exigirme, puesto que ¡gracias á Dios! habéis venido á escucharla, no para entreteneros, sino para edificaros.

Dad la primera prueba, invocando para vosotros y para mí el divino auxilio, por la intercesión de María. AVE GRATIA PLENA.

#### INTRODUCCIÓN

De tal manera brillan en Luis de Gonzaga los apacibles fulgores de la castidad, que la Iglesia no ha vacilado en colocar sobre su cabeza la gloriosa y virginal corona de los espíritus celestiales; y de tal modo forma esta preciosa virtud el fondo mismo de su santidad, que el orador cristiano se siente dulce y suavemente obligado á encerrar su elogio en este grandioso pensamiento: Luis de Gonzaga es un ángel de pureza. Yo sé, señores, que esta proposición nada tiene de original ni de nueva y que, tratándose de nuestro santo joven, aparece en todos los espíritus y la formulan todos los labios; pero me parece que, en este caso, todo el mérito consiste en no ser nuevo ni original, como quiera que no es posible serlo, sin demérito del héroe; porque ¿qué cosa más excelente puede decirse de un hombre, sino

que es un ángel? Publicad las grandezas de María, cantad las glorias de Jesucristo, y por afectar originalidad y no decir lo que todos dicen, no repitáis que la inmaculada Virgen es madre de Dios y que el Redentor del mundo es verdadero Dios, y, no solo habréis suprimido sus títulos más gloriosos, sino que habréis minado el fundamento mismo de toda su gloria y su grandeza. No, señores: líbreme Dios de arrancar á la corona de San Luis su más hermoso florón y de escribir, en el pedestal de su venerable estatua, un elogio diverso del que la Iglesia ha impreso allí, con signos de inmortalidad. Y si el carácter de nuestro santo no me comprometiera á rataros de la celestial virtud de la castidad, me determinarían á ello las circunstancias mismas de esta solemnidad; porque yo creo, señores, que nada es tan esencial á la juventud estudiosa como la pureza del alma.

Ya es tiempo de que os descubra mi designio: la castidad tiene la maravillosa virtud de transformar á un hombre en ángel: Luis de Gonzaga nos ofrecerá la prueba; y por una oposición tan cierta como terrible, la impureza tiene el secreto poder de transformar un hombre en réprobo: el corazón del impuro nos dará los argumentos.

Señores: la materia es sobrado importante y vosotros demasiado benévolos, para que yo no me prometa una indulgente atención.

#### PRIMERA PARTE.

Luis de Gonzaga, hijo primogénito de los Ilmos. señores don Fernando Gonzaga, príncipe del imperio y Marqués de Castellón, y de doña Marta Tana Santena, nació á la luz de la gracia antes que á la luz del día, por haber recibido el santo bautismo antes de su completo alumbramiento. Fiel á esta primera gracia, como si hubiera sido confirmado en ella, pasó su infancia, no en

la inutilidad de los juegos infantiles, sino entre las delicias de una tierna y sólida piedad. Prevenido por el cielo con bendiciones de dulzura, todavía niño, acometerá empresas gloriosas para conquistar el reino de los cielos y merecer, desde la tierra, el puesto de honor de los cortesanos de Jehová.

Trasladáos, señores, en espíritu á Florencia, para que contempléis conmigo una estupenda maravilla. Ante un altar de la Santísima Virgen, vese postrado un niño que, por los resplandores que lo circundan y la profunda devoción que lo recoge, pudiera ser tomado por uno de los ángeles que velan eternamente en presencia del Cordero. Apenas cuenta nueve años; y, emulando la heroica virtud de los más valerosos soldados de Jesucristo, hizo á Dios, —no os espantéis, señores,— voto solemne de virginidad perpetua.

¿Sabes lo que haces, tierno niño, cuando, arrebatado de un prematuro fervor, te inmolas para siempre en aras de la castidad, trocando tu vestidura de carne por el blanco ropaje de las vírgenes? ¿Has podido medir lo recio de la batalla en que tienes que empeñarte y el poderío de los enemigos con quienes tienes que luchar? Detente un momento y reflexiona: mira al esforzado Pablo, recreado y fortalecido con visiones celestiales, óyelo gemir por tres días y tres noches y bajo los duros golpes de un ángel de Satanás que lo abofetea; penetra en las oscuras grutas de Belén y ve á Jerónimo encorvado por los años y la penitencia herirse el pecho con un guijarro, para reducir á servidumbre su carne de pecado; vuélve tus ojos hacia el venerable patriarca de las instituciones monacales y velo revolcando su cuerpo en un zarzal de agudas espinas. ¿No te estremeces, tierno niño? ¿Sabes tú lo que pasa en el alma, cuando los vientos de las tentaciones soplan reciamente sobre la delicada planta de una virtud juvenil? ¿Tienes idea, por ventura, de esas borrascas de un corazón

apasionado, en que suelen perderse á un tiempo mismo, en mísero naufragio, la virtud, el honor y la fortuna? ¡Ah!, señores, admirad conmigo, en el heroico sacrificio de Luis, un monumento inmortal de la inefable sabiduría de aquel Dios, que se complace en confundir, con su diestra omnipotente la sabiduría de los hombres y la prudencia de la carne. El alma de Luis está revestida de la invencible fortaleza de los cedros del Líbano; y su cuerpo no perderá la integridad virginal de los ángeles del empíreo. Contemplad, señores, cómo se levanta su angelical figura, cubierta por la nube de la mortalidad, y asciende gradualmente, de virtud en virtud, hasta que su faz resplandeciente disputa sus fulgores al Sol y ciñe su cabeza, como una diadema de honor, el arco iris de la santidad. ¡Inspirado profeta de Patmos, que leiste en apariciones celestiales y signos misteriosos, los destinos de la humanidad! Solo en esas regiones de luz indeficiente y de pureza infinita, puedo yo encontrar el verdadero tipo de Luis de Gonzaga. Nosotros hemos visto sobre la tierra lo que tú alma estática contempló en el cielo: un ángel cubierto de una nube; en su cabeza, el arco iris; y su faz resplandeciente como el Sol; lo hemos visto pasar por nuestro suelo como una estrella de bendición y desaparecer después, para esparcir sus claridades en el eterno firmamento. **ET VIDI ANGELUM.**

Mas no creáis, señores, que la virginidad, que es la castidad misma en su más alto grado, realice la maravillosa transformación del hombre en ángel sólo impropiamente ó en figura, pues no merece réplica la eterna palabra de J. C. que eleva á las vírgenes á la encumbrada dignidad de los ángeles: **IN RESURRECTIONE NEQUE NUBENT, NEQUE NUBENTUR, SED SUNT SICUT ANGELI IN COELIS.** (1)

(1) S. Marcos, c. XII, vs. 23 y 25

Sí: la virginidad es atributo esencial de los espíritus angélicos, y bajo de este aspecto Luis de Gonzaga es un verdadero ángel en carne mortal; lo es también, porque se consagra sin cesar al ministerio de los celestiales espíritus, que consiste en asistir eternamente al solio del Eterno.

Luis de Gonzaga resuelve apartarse del mundo, para contemplar sin descanso ni fatiga la eterna belleza de su celestial esposo. El hermoso lirio de su castidad debía trasplantarse al conservatorio de la Religión, para que no lo marchitase el hielo glacial del mundo y de la corte; blanca paloma, no tenía donde posar el pie hasta no refugiarse en el arca de salud; luciente lámpara, encendida por Dios en el firmamento de su Iglesia, no debía esparcir todo su brillo, sino cuando ardiese sin consumirse delante del altar de los sacrificios.

El 25 de noviembre de 1595, á la edad de 17 años, ingresó nuestro santo joven á la muy ilustre Compañía de Jesús. Resonaron en lo más íntimo de su corazón las dulces voces del espíritu divino que lo reclamaban suavemente, apartándolo de las tiendas de Babilonia á los tabernáculos de Jacob: OBLIVISCERE POPULUM TUUM ET DOMUM PATRIS TUI (1): olvida á tu pueblo y á la casa de tu padre y entra en mi santo templo, que es el lugar de tu reposo. Luis fue fiel á estas secretas inspiraciones de lo alto dijo para sí: en todas partes he buscado descanso y no lo he encontrado: IN OMNIBUS REQUIEM QUÆSIVI; no disfrutaré de paz sino cuando me cobije en la heredad del Señor: ET IN HÆREDITATE DOMINI MORABOR (2): en ella reposaré siempre por que la he elegido para lugar de mi morada, prefiriendo ser el último y el más despreciable en la casa de mi Dios, antes que el primero en los tabernáculos de los pecadores. Ved ahí, señores, cómo Luis de Gonzaga, que es

(1) Salmo XLIV, v. 11.

(2) Escl. c. XXIV, v. 11.

un ángel por la virginidad, lo es también, por el ejercicio perfecto de la contemplación á que se dedica por completo en el noviciado de la Compañía.

La flor de su castidad es perfumada con el aroma de su oración, llevando, por tanto, los dos atributos de los ángeles de Dios: en las manos, la palma de la virginidad; en la frente, la luz de la contemplación, como quiera que los espíritus celestiales no sean otra cosa sino virgenes que contemplan sin cesar la infinita belleza de su autor: ET VIDI ANGELUM AMICTUM NUBE.

Señores, habéis visto que la castidad, transformando al hombre en ángel, imprime en el alma un signo de predestinación; al contrario, la impureza marca la frente del pecador con el sello ignominioso de la reprobación. Vais á verlo en la segunda parte. Al entrar en ella, no olvidaré que la palabra del Señor es una palabra casta, más purificada que la plata, que pasa por el fuego y se depura siete veces: ELOQUIA DOMINI, ELOQUIA CASTA, ARGENTUM IGNE EXAMINATUM, PROBATUM TERRÆ, PURGATUM SEPTUPLUM (1).

#### SEGUNDA PARTE

Imposible parece, sino lo viéramos todos los días, que el hombre llegese á ser siervo de la carne y de la sangre. Poseedor de una alma inmortal, heredero de un trono en el reino de los celestiales espíritus, destinado á deleitarse eternamente, en la suave contemplación de la belleza infinita, causa pena verlo cautivo por las ilusiones de los sentidos. Como el águila, debiera remontar su vuelo para mirar con apacible tranquilidad el Sol de Justicia y da lástima verlo fijo en la tierra, llevando al pie la afrentosa cadena del esclavo y revolcando sus alas en el polvo de este mundo. Y este móns-

(1) Salmo XI, v. 7.

truo de la impureza ¿será tan horrible, como lo pinta el ascetismo cristiano? Responded vosotros, monumentos imperecederos de las divinas venganzas; ¿quien ha roto los diques de las cataratas del cielo y precipitado sobre la tierra esas aguas de la tribulación, que llevan en su seno la cólera de Dios? ¿Quién, señores? La carne que había corrompido sus caminos. Y tú, apartado y solitario lago de Pentapolis, espejo inmortal de la divina justicia; en el fondo de tus cenagosas aguas, congregadas allí por la diestra de Jehova, está sepultada para siempre la impureza de cinco ciudades, junto con sus maldecidas ruinas y sus infelices moradores; y tú has quedado allí, para contar á las generaciones y á los siglos, algo de lo que sucede, cuando se balancea en manos del omnipotente el caliz de su indignación.

Pero quizá pudiera aparecer menos abominable este demonio impuro, porque no vemos en la época presente que está marcado su tránsito por la tierra con huellas tan terribles. Error funesto, señores: hay algo infinitamente más espantoso que el diluvio universal y el incendio de las ciudades nefandas, y es la reprobación que obra la impureza en el corazón del pecador, reprobación casi inevitable en el sentido de que las condiciones del corazón impuro lo excluyen siempre de la misericordia divina. La materia es demasiado grave para que yo no os diga nada que no sea de rigurosa exactitud en la doctrina evangelica. Afirmo, pues, que la impureza obra la reprobación del pecador, por tres razones fundamentales y que constan del Evangelio.

No hay pecado que deje al pecador más sujeto á la recaída: escuchad sino la horrible palabra del demonio impuro, cuando es lanzado del alma por el espíritu de Dios: *REVERTAR IN DOMUM UNDE EXIVI* (1): volveré á la casa de donde salí. ¿Necesitaré probar, señores, una ver-

(3) Lucas, c. XI, v. 24.

dad escrita con caracteres de ignominia en la historia secreta de los extravíos del corazón?

En segundo lugar, no hay pecado que exponga más al pecador á la desesperación. No lo digo yo; es San Pablo que, escribiendo á los Efesios, les conjura que no vivan como esos desgraciados pecadores, que perdiendo toda esperanza se abandonan á las disoluciones de una vida criminal: *DESPERANTES SEMETIPOS TRADIDERUNT IMPUDICITILE IN OPERATIONEM INMUNDITIAE OMNIS* (1) Desespera, dice, San Crisostomo, de su conversión, de su perseverancia, del perdón de sus crímenes; y desespera, por que habiendo dicho mil veces en presencia de Dios que rompería los lazos de la iniquidad, se ha comprometido en ellos mil veces más. Decidme ahora, si tendrá remedio ese pobre naufrago á quien alejan constantemente de la ribera de salud las corrientes de su iniquidad.

Por último, señores, ¿conocéis algún pecado que ligue más estrechamente al hombre por una costumbre criminal? Todo contribuye á mantenerlo en ella, por que las ocasiones de este pecado son mucho más frecuentes, la facilidad de cometerlo mucho más grande, la inclinación natural hacia él mucho más violenta, las impresiones que deja mucho más fuertes.....basta, señores, y concluyo con una prueba irresistible: yo veo en la tierra hombres crucificados al mundo y á la carne, que viven en la tierra como los ángeles en el cielo; veo también congregaciones de vírgenes, que han emblanquecido sus vestiduras en la sangre del Cordero; pero no veo cristianos castos, después de haber vivido en el desorden, ni almas libertinas y disolutas, que recobren el don del pudor después de haberlo perdido por la incontinencia. Es cierto que veneramos sobre los altares á Magdalena y Agustín y á algunos pocos elegidos

(1) S. Pablo á los Efesios, c. IV, v. 19.

más, como muestras maravillosas de la divina misericordia; pero yo os pregunto, señores. si su corto número no es más á propósito para hacernos temblar que para infundirnos confianza.

Y ¿acaso será raro, un mal tan grave que casi realiza desde la vida presente la reprobación futura? ¡Ah! no, señores; por desgracia, este venenoso insecto de la impureza lo mismo vive bajo la nivea cabellera del anciano, que bajo la rubia y blonda del tierno niño, lo mismo profana la virginidad que viola la fidelidad conyugal y hasta en el santuario mismo, turba con su siniestro vuelo el silencio de la adoración y la religiosa pompa de los terribles misterios. ¡Ah!, señores, tan extendido está este contagio por la tierra que sólo él bastaría para justificar, según la doctrina de los santos, la tremenda verdad del corto número de los escogidos.

Y ¿no habrá remedio, para calamidad tan general y tan grave? Los remedios humanos son impotentes, porque ¿cuál más fuerte podíais oponerle que el desengañoso espectáculo de la enfermedad y de la muerte? Y sin embargo, señores, yo veo que este ángel de Satanás, logra arrancar del corazón humano ese manto de funeral tristeza con que lo han cubierto los infortunios de la vida; yo lo veo cegar los ojos de los hijos de los hombres, para que no vean el montón de cenizas á que han quedado reducidas las pasadas generaciones y ensordecen sus oídos para que no escuchen la poderosa voz del ángel exterminador, y todavía, señores, por no sé que misterio de ceguera inexplicable: cuando se persuade de la vanidad esencial de la vida del hombre y de que todo termina en la oscuridad del sepulcro, tiene la insensata temeridad de exclamar, pues bien, si son breves y fugaces los días de nuestra mansión en la tierra, coronémonos de rosas antes de que las marchite la mano polvorosa del tiempo ó de que las deshoje por completo el hielo de la muerte.

Pero, señores, por gravísima que sea esta enfermedad del corazón humano, no es incurable; porque ninguna hay que pueda resistir la medicina del cielo. ¿Qué hiciste tú, santo joven, para preservar de toda mancha tu virginal pureza? Dínoslo, y eso mismo haremos nosotros para conservarla, sino la hubiéremos perdido, ó para volverla á adquirir si en un momento infeliz tuvimos la desgracia de perderla. ¡Oh penitencia asombrosa de San Luis! da voces en el fondo de nuestras almas para que nos aficionemos á tus santos rigores: prolongadas vigiliadas consumadas en la oración entre las sombras de la noche; ásperos cilicios que afligíais sin piedad una carne tan tierna como inocente; rigurosos ayunos que reducíais á extrema debilidad un cuerpo tan delicado; crueles disciplinas que rasgábais sin compasión su enflaquecido cuerpo; ojos purísimos de Luis siempre fijos en la tierra de que fueron formados para no posarlos en nada menos honesto; oídos castísimos que se estremecían de oír una palabra descompuesta; labios santísimos que nunca se desplegaron sino para decir las alabanzas del Señor; vosotros todos medios sobrenaturales de que se valió Luis de Gonzaga para conservar todo su aroma á la palma de su virginidad, á nuestra disposición estáis para triunfar con vuestra ayuda de este enemigo tan poderoso como doméstico.

¿Y en qué escuela aprendió Luis, señores, estos secretos de santificación y de salud? Bueno es que lo sepamos para que seamos también nosotros discípulos de la misma escuela. En tí, cuerpo llagado de Jesucristo expuesto hace diecinueve siglos á las miradas del mundo, en tí han aprendido los hombres á trocarse de carnales en espirituales, de amigos del deleite en amantes del dolor y de la penitencia ¿y quien no las amará, señores, si no solo se han hecho amables, sino adorables en la divina persona del Salvador del mundo? ¿quién regalará y contentará su cuerpo viendo ensangrentado el de su

amado Jesús? ¿quién no encontrará dulzura en los rigores de la penitencia viendo destrozada á golpes la inocente carne del Cordero de Dios? ¡Oh, ya no me admira la penitencia de Luis, lo que me asombra es la corrupción del mundo!

Señores: he procurado manifestaros el mérito excelente de la virtud de la castidad y los serios y formidables peligros de la incontinencia; también os he indicado que para guardar la una y remediar la otra, no hay otro medio que la penitencia cristiana: así es, y cualquiera que sean los vanos pretextos con que el libertinaje del mundo intente excusar el más vergonzoso de los vicios; jamás conseguirá aflojar en un punto la rigurosa severidad de la moral evangélica. Por lo demás San Pablo ha pronunciado una enérgica palabra para calificar al hombre sensual; confieso que es dura, señores; pero no me tacharéis de que la aplique, siguiendo el ejemplo del Espíritu Santo; lo llama hombre animal y dice que no puede percibir las cosas que son de Dios—*ANIMALIS HOMO NON PERCIPIIT EA QUAE SUNT SPIRITUS DEI* (1) .....; es decir, señores, hablando sin figuras y sacando consecuencias en el orden práctico, que el mundo reniega de la virginidad, porque sus ojos cubiertos de lodo no pueden resistir su esplendor; y que el naturalismo moderno condena la penitencia cristiana, por que vive encerrado en el círculo de la materia y de los goces materiales.

Jóvenes, que me escucháis, dóblemente simpáticos á mi corazón, os debo una palabra de sinceridad como amigo vuestro y como sacerdote del Señor; porque sois, á un tiempo mismo, la porción predilecta de la Iglesia católica y la firme esperanza de la sociedad; dignaos escucharla de buena voluntad. Sed castos á imitación de

(1) 1. Cor. c. II. v. 14.

Luis de Gonzaga; yo bien sé que de los abismos del corazón se levantan horribles tempestades y que suelen arreciar tanto, que parece inevitable un mísero naufragio, y os lo digo en nombre de Dios; pero también sé que sólo el ángel de la castidad, extendiendo sus alas sobre ese mar embravecido tiene el maravilloso poder de sosegar esas olas y de apaciguar esos vientos; pero no olvidéis que este ángel no mora en el mundo, sino en el templo del Señor; si queréis recibir sus saludables influencias, buscadlo allí, y lo encontraréis siempre velando al pie del santo tribunal de la penitencia ó adorando á Jesucristo en el misterio de su amor; no ignoro que la Filosofía naturalista, inspirada por el espíritu del mundo, ha abierto su escuela de castidad en que hay censura para ciertos desórdenes que avergüenzan, de puro abominables; pero hay también tolerancia, cuando no aplauso para todos los demás; ¡Vanos esfuerzos de una Filosofía más vana todavía! Jamas logrará formar un hombre casto, porque la renovación espiritual del alma por la castidad, será siempre el privilegio incommunicable de la gracia de Dios. *COR MUNDUM CREA IN ME DEUS ET SPIRITUM RECTUM INNOVA IN VICERIBUS MEIS.* (1)

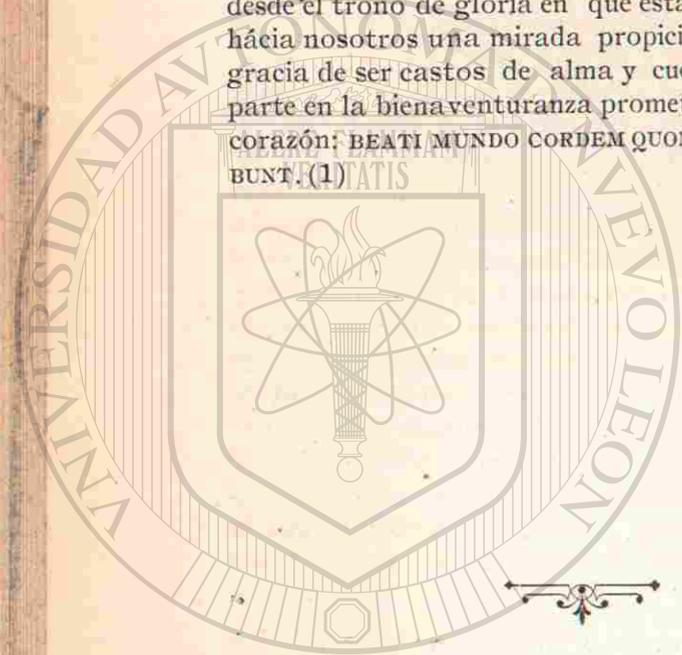
Sabed también, amados jóvenes, que la castidad es la compañera inseparable de las sublimes especulaciones de la ciencia. No, mil veces, nó: un espíritu aprisionado por los vínculos de la materia no puede moverse libremente en los dilatados espacios de la verdad infinita; al contrario ¡cuán repugnante es la monstruosa alianza entre la incontinencia y la sabiduría! ¡á qué excesos no conduce este maridaje escandaloso! Ved á Salomón, el más sabio entre los hijos de los hombres, fabricando ídolos á las mujeres extranjeras, y atra-

(1) Salmo 4, v. 12.

trando al pie de esas deidades abominables su cetro de Rey y su corona de sabio.

Sed, pues, castos, os digo de nuevo y seréis felices!

¡Gloriosísimo San Luis! Angel de pureza y santidad! desde el trono de gloria en que estás asentado, dirige hácia nosotros una mirada propicia, y alcánzanos la gracia de ser castos de alma y cuerpo, á fin de tener parte en la bienaventuranza prometida á los limpios de corazón: BEATI MUNDO CORDEM QUONIAM IPSI DEUM VIDE BUNT. (1) TATIS



XI

**Santo Toribio de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima**

Sermón panegírico pronunciado, en la santa Iglesia Catedral, el día 27 de abril de 1869.

*Ille erat lucerna lucens et ardens.*

*Era una antorcha luciente é inflamada.*

*S. Juan, c. V. v. 35.*

Illmo. Señor. (1)

Mis hermanos:

**G**RANDIOSO é importante es el fin que la Iglesia se propone, en la glorificación de los siervos de Dios. Secundando fielmente las intenciones de la Providencia, exalta con religioso entusiasmo á los héroes cristianos, congrega á los fieles al rededor de sus sepulcro, y les dice: Ahí tenéis los sagrados despojos de los amigos de Dios, que negaron su propia voluntad, abrazaron la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y acometieron la santa empresa de seguir, hasta la muerte, á su divino Salvador. Es decir, que la Iglesia intenta fortalecer nuestra debilidad, confundir nuestra pereza y alentar nuestra cobardía, invitándonos á emprender con

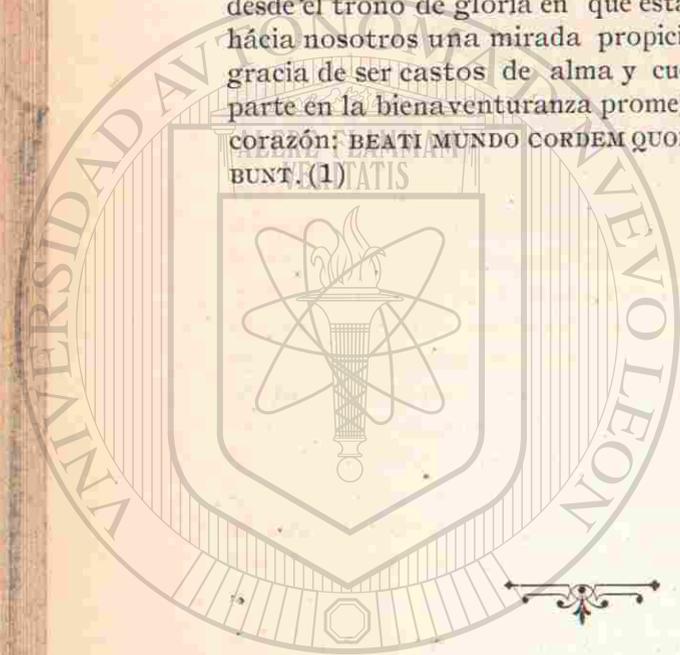
(1) Mateo, c. V. v. 8.

(1) El Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Sebastián de Goyeneche y Barreda, dignísimo Arzobispo de Lima.

trando al pie de esas deidades abominables su cetro de Rey y su corona de sabio.

Sed, pues, castos, os digo de nuevo y seréis felices!

¡Gloriosísimo San Luis! Angel de pureza y santidad! desde el trono de gloria en que estás asentado, dirige hácia nosotros una mirada propicia, y alcánzanos la gracia de ser castos de alma y cuerpo, á fin de tener parte en la bienaventuranza prometida á los limpios de corazón: BEATI MUNDO CORDEM QUONIAM IPSI DEUM VIDE BUNT. (1) TATIS



XI

**Santo Toribio de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima**

Sermón panegírico pronunciado, en la santa Iglesia Catedral, el día 27 de abril de 1869.

*Ille erat lucerna lucens et ardens.*

*Era una antorcha luciente é inflamada.*

*S. Juan, c. V. v. 35.*

Illmo. Señor. (1)

Mis hermanos:

**G**RANDIOSO é importante es el fin que la Iglesia se propone, en la glorificación de los siervos de Dios. Secundando fielmente las intenciones de la Providencia, exalta con religioso entusiasmo á los héroes cristianos, congrega á los fieles al rededor de sus sepulcro, y les dice: Ahí tenéis los sagrados despojos de los amigos de Dios, que negaron su propia voluntad, abrazaron la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y acometieron la santa empresa de seguir, hasta la muerte, á su divino Salvador. Es decir, que la Iglesia intenta fortalecer nuestra debilidad, confundir nuestra pereza y alentar nuestra cobardía, invitándonos á emprender con

(1) Mateo, c. V. v. 8.

(1) El Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Sebastián de Goyeneche y Barreda, dignísimo Arzobispo de Lima.

ardor el camino de la santidad, estimulados con el ejemplo de los santos. Entremos, pues, hermanos míos, en el espíritu de nuestra madre, al conmemorar, hoy, la santa vida y preciosa muerte de Toribio Alfonso de Mogrobejo, segundo Arzobispo de Lima: lumbrera inmortal que la diestra de Dios ha encendido para que alumbre nuestros pasos en el camino de la vida; faro esplendente, alzado en las playas de la eternidad, para que no perdamos de vista el puerto de salvación, entre los horrores y peligros de una deshecha tormenta. Aprovechemos, pues, los ejemplos de su vida para reformar la nuestra. Esta es la gracia, que, humildemente, os pido, Señor, tres veces Santo, por la intercesión de vuestra Santísima Madre. Ave María.

#### INTRODUCCIÓN

Nada perturba tanto á las sociedades humanas como la necia presunción con que el hombre pretende fijar su porvenir en la tierra, según su gusto, siempre desordenado y caprichoso. El problema de nuestro destino en el mundo no será ni bien planteado, ni bien resuelto, sino por aquella sabiduría incommunicable, única escrutadora de los humanos corazones que rige los espíritus con plena independencia y absoluta soberanía. Ni tienen otra causa los trastornos que agitan á los pueblos; la libertad humana sustituye á los designios adorables de la Providencia los dictados de la ambición ó los cálculos del interés; y Dios abandona al hombre para que labre con sus manos su propia desgracia ¡Eterna ley de la historia, que no permite á la humanidad salir del círculo que el dedo de Dios ha trazado! Si, señores: el hombre no puede renunciar á la misericordia, sino para caer inevitablemente, en manos de la justicia.

Al contrario, todo es ordenado y armonioso, cuan-

do el hombre hace en la tierra la suprema voluntad de su Dios y Señor. Tenéis un ejemplo de esta verdad en Toribio Alfonso de Mogrobejo. Su vocación al Arzobispado de Lima, juzgada, según la prudencia de la carne, tenía todos los caracteres de una insigne locura. Vástago ilustre de la nobleza de Asturias, iba á empañar en tierra extranjera el brillo de su cuna; miembro de una rica y acomodada familia, debía trocar el goce tranquilo de una vida placentera, por los peligros de un incierto porvenir; distinguido y estimado, hasta en los palacios de los Reyes, tiene que lanzarse á un país desconocido, en donde sería mirado, si no con desprecio, á lo menos con indiferencia; inquisidor de Granada, tiene en perspectiva las dignidades más eminentes de la Iglesia y del Estado, sin dejar su suelo, ni el regazo de los suyos, ni la honra de su linaje, ni las comodidades de su vida; Arzobispo de Lima, es forzoso que se arranque para siempre del seno de la familia y de la Patria y que se inmole voluntariamente, en aras del sacrificio, en aquellas apartadas y extensísimas regiones. Sin embargo, nada le detiene: siervo sumiso, ejecuta con presteza las órdenes de su Señor; carga sobre sus hombros la cruz del episcopado y vuela, en alas de su celo, á salvar las almas de que era Pastor y Padre espiritual. Así da gloria á Dios y santifica un mundo; gana el cielo y alcanza, entre los hombres, nombre inmortal: fines grandiosos, que la Providencia había ligado á la vida de nuestro santo, y que no hubieran tenido cumplimiento, sin su docilidad á los divinos llamamientos. Aprendamos, pues, á poner nuestra suerte en manos del Señor con santa indiferencia, para que disponga de nosotros, como árbitro supremo. Y para afirmarnos en este santo propósito, contemplemos á Toribio, en el teatro de su apostolado, como una antorcha que ilumina los entendimientos, en la ley del Señor, é inflama los corazones en su santo

AMOR: ET ERAT LUCERNA LUCENS ET ARDENS. Dos puntos que dividirán este discurso y ocuparán vuestra atención

PRIMERA PARTE

Tan inherente es al Episcopado el ministerio de la enseñanza que casi constituye su propia y principal misión: EUNTES DOCETE OMNES GENTES. (1) Veamos como la desempeñó nuestro glorioso santo.

Los niños son el primer objeto de sus cuidados. Imitando á Nuestro Señor Jesucristo, los congrega al rededor de sí, los acaricia con amor paternal, imprime en sus tiernas inteligencias, como en blanda cera, las verdades de nuestra santa fe, inicia sus corazones en el amor de aquel Dios, que se hizo niño, por salvarlos, ¡Noble misión, señores, la de enseñar á los niños! Yo no puedo contemplarlos, sin sentirme conmovido. Son el encanto del hogar, la esperanza de la sociedad, la complacencia de Dios, ¿qué más dire, señores?.....En sus puras é infantiles frentes, está escrito el porvenir del mundo. ¡Benditos sean, pues, una y mil veces, los que se consagran á cultivar estas frágiles y delicadas plantas! Quizá extrañaréis, señores, que me haya fijado, antes que todo y sobre todo, en la diligencia con que Toribio enseñaba á los niños; lo he hecho, porque yo creo descubrir en este ministerio, desempeñado con asiduidad, la revelación de una santidad eminente. Yo bien sé que reunir á los niños de tiempo en tiempo, para instruirlos en los rudimentos de la fe, confiando á su propia memoria las verdades de la Religión, no es una cosa que exceda las fuerzas de la naturaleza, fortalecida por la gracia y estimulada por el deber; mucho

(1) S. Mateo, c, XXVIII, v. 19.

más considerando que ellos son, como el cielo, como los pájaros, como las flores, la poesía y el encanto de la vida; pero abatir una inteligencia elevada hasta el nivel en que se encuentra el entendimiento de un niño, renunciar á las robustas formas del pensamiento para vestirlo con el sencillo lenguaje de la niñez; oponer, sin cansarse nunca, á sus importunas preguntas, una prudente sagacidad, á sus eternas distracciones, una paciencia invencible, á sus fastidios de cada instante, una dulzura, siempre igual, á sus veleidades infinitas, una firmeza incontrastable; consagrar una vida entera á esta laboriosa tarea, estando revestido de una dignidad augusta y preocupado con muy graves é importantes negocios, sin experimentar nunca el menor disgusto; al contrario, con ánimo siempre gozoso y decidido, el primero, como el último día; esto sí que está sobre el hombre y exige para consumarse la caridad de un santo. Yo apelo, para robustecer mis argumentos, al corazón de las madres. Ellas cuentan con un tesoro de amor á sus hijos que les hace ver muestras de talento, en sus vulgaridades; gracias inimitables en sus impertinencias y faltas ligeras, en sus mismos delitos; la tarea de educarlos abraza cierto número de años y nunca se extiende á más de tres ó cuatro á la vez, y, sin embargo, experimentan serios sinsabores y hay momentos en que las abruma el peso de su cruz. No, señores: está visto, ni el amor maternal basta, por sí sólo, para educar á la niñez; es indispensable el amor á Nuestro Señor Jesucristo, y un amor ardiente, generoso, heroico, que vea en los niños, no su miseria, sino su grandeza; no su presente, sino su porvenir; no lo que son, sino lo que valen. ¡Ah! señores, su grandeza es celestial, su porvenir inmenso, su valor la sangre de un Dios. Toribio lo sabe: ama con pasión á su divino Redentor, y por eso hace del catecismo de los niños una de las más importantes funciones de su ministerio episcopal. ¡Oh

gloriosísimo protector nuestro! Me conmuevo y enternezco al considerarte en el interior de los templos y en las plazas públicas rodeado de un gran número de niños, como un padre en medio de sus hijos; y me parece contemplar á los ángeles de esos niños, tejiendo con amor, la corona inmortal, que ciñes en el cielo.

Hemos considerado á Toribio como una antorcha luciente que difundió entre los párvulos la luz de la fe: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS. Pero su celo no se limitó á desmenuzar el pan para los pequeñuelos: millares de infieles aguardan de sus manos la regeneración y la vida. Voy á trazar un ligero cuadro de sus misiones apostólicas. El Arzobispado de Lima comprendía en aquella época, una dilatadísima extensión, habitada, en su mayor parte, por indios supersticiosos é idólatras. El santo Prelado acometió tres veces la muy difícil y peligrosa tarea de recorrerla toda, con el fin de conocer á sus ovejas, una á una, como verdadero Pastor. Difundió la luz del Evangelio en los montes y en los valles, y su palabra resonó hasta en la más escondida y apartada cabaña. Al acento de su poderosa voz, cayeron derribados los ídolos y adoraron á Jesucristo los desgraciados indígenas. El número de las conversiones que operó, no está escrito en la memoria de los hombres; pero si lo está en aquel libro inmortal, en que se registran con caracteres de luz que serán signados con la sangre del Cordero. Señores: predicar el Evangelio á cristianas muchedumbres, bajo las bóvedas de los templos católicos y en el seno de una sociedad civilizada, no tiene nada de singular ni de extraordinario; pero, anunciar el reino de Dios á los bárbaros moradores de un inmenso territorio, arrojando, con valeroso ardor, la aspereza de los caminos, el rigor de las estaciones, la furia de las fieras, el carácter indómito de los habitantes; y hacerlo sin auxilio humano de ninguna especie, y arrastrando, entre las fatigas

del viaje, un cuerpo, extenuado por la penitencia; esto sí es sobrenatural y divino; esto sí es suficiente, por sí mismo, para hacer el panegírico de nuestro santo. ¡Aridas llanuras de nuestras costas, que fuisteis marcadas con sus huellas y regadas con sus sudores! ¡espesos bosques que lo ocultabais, durante la noche, mientras descargaba crueles golpes sobre su delicado cuerpo! ¡escarpadas montañas que mil veces le ofrecisteis la muerte en horrorosos precipicios! ¡ríos caudalosos, que separastéis vuestras aguas, obedientes á su voz! ¡ardiente sol de los trópicos, que alumbraste su gloriosa peregrinación! ¡gigantezca naturaleza de América, que contemplaste asombrada los prodigios de su santidad! ¡publicad en unánime concierto las grandezas de Toribio; y vosotros ángeles tutelares del nuevo mundo, pulsad vuestras arpas de oro, á fin de que Dios sea glorificado por su siervo, en el cielo y en la tierra, y este bendecido y alabado, como luciente antorcha que iluminó á tantos entendimientos que yacían en las tinieblas y sombras de la muerte: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS.

Pero nada debía sustraerse á esta ley celestial: véamosle ilustrar con sus claridades el santuario mismo del Señor. Persuadido de que las costumbres públicas no se reforman, si no se pone en vigor la disciplina de la Iglesia, celebró con grandísimas dificultades, tres concilios provinciales, en los que se dieron sábias leyes y santas reglas para el gobierno de diez Obispados; y reunió también diez sínodos para la especial administración de su propia diócesis ¡Monumentos imperecederos de celo episcopal! ¡Obras inmortales de sabiduría cristiana! que han resistido la influencia de tres siglos sin perder nada de su oportunidad y precisión. La legislación de estos concilios y sínodos se contrae especialmente al decoro del templo del Señor y la santidad de sus ministros, porque sabía nuestro santo que allí en donde se celebra con pompa y majes-

tad el culto divino y los sacerdotes son luz y no tinieblas, edificación y no escándalo para el pueblo cristiano; la moral pública restablece su imperio y la sociedad marcha á su fin con prosperidad y bonanza. ¡Felices tiempos los que alcanzaron nuestros padres en que se renovaba el espíritu de los fieles y se comunicaba esplendor á la gerarquía eclesiástica en esas augustas asambleas. Presididas por un santo y asistidas por el espíritu de Dios, eran un foco de vida para la Iglesia americana; Bajaremos al sepulcro, señores, sin ver á nuestros Obispos congregados para tratar, en común el gran negocio de la salvación de las almas? Nuestro venerable Pastor y sus otros hermanos en el episcopado estuvieron á punto de verificarlo. Graves obstáculos lo impidieron. Por lo demás, á ellos toca juzgar sobre su oportunidad y á nosotros, aguardar tranquilos, confiados en su celo y su prudencia. Entretanto, Toribio de Mogrovejo, desplegando una consumada sabiduría y esquisita prudencia en los concilios provinciales y sínodos diocesanos merece bien el honroso dictado de antorcha luciente colocado por Dios en el santuario para bañar con su apacible luz la santa casa del Señor: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS. Os he mostrado á Toribio santificado por el catecismo de los niños, por la predicación de los campos y por las ilustres asambleas de los Obispos y del clero. He procurado alzar ante vosotros la majestuosa é imponente figura de un obispo santo. Obrero de la eternidad, preparó en los niños las robustas generaciones de creyentes que han poblado nuestro suelo; bu en pastor, dió amorosos silbos para congregár á sus ovejas dispersas en el redil de Nuestro Señor Jesucristo; primado de la America meridional la trasmitió su espíritu en preciosos documentos; triple título, que lo hace acreedor á nuestra veneración y que verifica la exactitud de esta semejanza evangélica: era una antorcha luciente: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS.

No terminaré, señores, sin haceros notar una circunstancia singular. La renovación de la Iglesia por la disciplina, que promulgó el Tridentino, fué debida en gran parte á dos grandes personajes. suscitados por la Providencia con este grandioso fin. Génios vastos y perseverantes, hicieron práctica la legislación de los Padres de Trento, y no ocultaron sus cuerpos en la tumba, sino cuando dejaron renovada la faz de la Iglesia. Carlos Borromeo, en Europa, y Toribio de Mogrovejo, en América, han realizado esta importante misión, y nos han legado un nombre inmortal, unido á los más gloriosos fastos del Cristianismo. Gloriémonos, pues, de que haya lucido, entre nosotros esta gran lumbrera, que ha derramado su luz en todos los horizontes cristianos. ILLE ERAT LUCERNA LUCENS. Y al comparar á nuestro santo Arzobispo con el venerable Pontífice de la Iglesia de Milán, un recuerdo consolador ha venido á herir mi mente conturbada. He visto, señores, á la grey de San Carlos diezmada por la peste, al santo Prelado, orando por su pueblo y á un ángel de Señor, ministro de sus venganzas, envainando la espada de su indignación. Así también nosotros hemos sido visitados por una epidemia terrible y asoladora ¿porqué no hemos de acudir á nuestro santo Pastor para que aplaque, con sus ruegos, la divina justicia? ¿porqué no ha de alcanzar su intercesión en el cielo lo que mereció conseguir lo súplica de San Carlos en la tierra?; Ah!, señores; yo no pongo en duda la dignidad del mediador, ni la eficacia de la mediación; pero sí dudo de que nuestros ruegos sean atendidos. Sí, señores, porque hemos echado en olvido á nuestro Pastor y nuestro Padre; sus solemnidades están desiertas, los templos de la Capital no resuenan con sus alabanzas; sus sagradas reliquias no están tenidas con honor; y, para decirlo de una vez, parece que no se le tributa culto sino para salvar las imprescindibles exigencias del

rito. Yo no acuso á nadie, señores, ni busco las causas de tanta desolación; señalo un hecho que todos palpamos, y, haciéndome eco de nuestro dignísimo Prelado, del venerable capítulo metropolitano y del clero y fieles de la Arquidiócesis, deploro este hecho con todos y por todos.

Perdón Santo Pastor y amado Padre nuestro! nuestra ingratitud á tus beneficios ha armado contra nosotros la divina justicia; las innumerables gracias que hubiéramos recibido por la eficacia de tus ruegos, han sido suspendidas, y los castigos, que tu oración hubiera evitado, han caído sobre nuestras cabezas culpables y nos tienen conturbados y afligidos.....Perdón, una y mil veces, Pontífice de la Iglesia Peruana! De rodillas delante de tu estatua, te pedimos, que, como amoroso Padre, tiendas un velo de olvido sobre nuestra conducta pasada, te acuerdes de que somos tu grey é interpongas tu mediación, á fin de que se suspenda el azote que nos hiere. Por nuestra parte, gloriosísimo Protector nuestro.....(1)

(1) No concluye el manuscrito que tenemos á la vista (Nota del Editor)

XII

**Grandeza de María**

Sermón pronunciado en la Iglesia parroquial de la ciudad de Chorrillos, el Domingo 6 de Junio de 1869, día de la conclusión del mes de María.

*Fecit mihi magna qui potens est.*

*Ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso.—S. Luc. c. I v. 49.*

Mis hermanos:

YO ENCUENTRO más admirables las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables resplandores de su gloria divina. Contemplo lleno de júbilo á Jesucristo en el Tabor, y no puedo mirarlo sin asombro crucificado en el Calvario. Que la Majestad del Excelso brille en las alturas, proclamando á la faz del cielo y de la tierra esa generación eterna, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías: esto, mis hermanos, por glorioso que sea para Jesucristo, es, sin embargo, debido al angusto carácter de su divina persona; pero que el Redentor del mundo, saturado de oprobios y abrevado de amargura, haga estremecer los cielos y la tierra con esta palabra, cuyo sentido se pierde en las profundidades de Dios: "Dios mío, Dios mío, por qué

rito. Yo no acuso á nadie, señores, ni busco las causas de tanta desolación; señalo un hecho que todos palpamos, y, haciéndome eco de nuestro dignísimo Prelado, del venerable capítulo metropolitano y del clero y fieles de la Arquidiócesis, deploro este hecho con todos y por todos.

Perdón Santo Pastor y amado Padre nuestro! nuestra ingratitud á tus beneficios ha armado contra nosotros la divina justicia; las innumerables gracias que hubiéramos recibido por la eficacia de tus ruegos, han sido suspendidas, y los castigos, que tu oración hubiera evitado, han caído sobre nuestras cabezas culpables y nos tienen conturbados y afligidos.....Perdón, una y mil veces, Pontífice de la Iglesia Peruana! De rodillas delante de tu estatua, te pedimos, que, como amoroso Padre, tiendas un velo de olvido sobre nuestra conducta pasada, te acuerdes de que somos tu grey é interpongas tu mediación, á fin de que se suspenda el azote que nos hiere. Por nuestra parte, gloriosísimo Protector nuestro.....(1)

(1) No concluye el manuscrito que tenemos á la vista (Nota del Editor)

XII

**Grandeza de María**

Sermón pronunciado en la Iglesia parroquial de la ciudad de Chorrillos, el Domingo 6 de Junio de 1869, día de la conclusión del mes de María.

*Fecit mihi magna qui potens est.*

*Ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso.—S. Luc. c. I v. 49.*

Mis hermanos:

YO ENCUENTRO más admirables las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables resplandores de su gloria divina. Contemplo lleno de júbilo á Jesucristo en el Tabor, y no puedo mirarlo sin asombro crucificado en el Calvario. Que la Majestad del Excelso brille en las alturas, proclamando á la faz del cielo y de la tierra esa generación eterna, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías: esto, mis hermanos, por glorioso que sea para Jesucristo, es, sin embargo, debido al angusto carácter de su divina persona; pero que el Redentor del mundo, saturado de oprobios y abrevado de amargura, haga estremecer los cielos y la tierra con esta palabra, cuyo sentido se pierde en las profundidades de Dios: "Dios mío, Dios mío, por qué

me has abandonado.....” ¡Ah, mis queridos hermanos, este es un misterio, en cuyos abismos insondables se confunde y se pierde mi pobre razón.

Y sin embargo, la sabiduría eterna ha unido, con vínculo indisoluble y perpetuo, en el magnífico plan de la rehabilitación humana, la humillación y la grandeza, el abatimiento y la gloria: ley suprema, que preside los destinos de la humanidad regenerada, y cuyo tipo inmortal fué N. S. J. C., según esta sencilla frase del evangelista San Lucas: SIC OPORTUIT PATI CHRISTUM ET ITA INTRARE IN GLORIAM SUAM; *así convino que padeciera Cristo para que así entrara en su gloria.*

María entre las puras criaturas, nos presenta el modelo de las más profundas humillaciones y de la más encumbrada grandeza; la Omnipotencia de Dios ha brillado igualmente, al humillarla y al engrandecerla; y si su gloria excede á la de todos los justos, á la de todos los santos y á la de todos los ángeles, sólo es porque sus humillaciones han sobrepasado á las de todos los hombres.

He aquí el plan de este discurso, consagrado á elogiar las grandezas de María, que concreto en este sólo pensamiento: María es la más grande y la más gloriosa de todas las criaturas, porque fué la más humillada y abatida entre las hijas de los hombres.

Reina soberana de los ángeles y de los hombres, de tí brotan los raudales de divina inspiración de los oradores sagrados, porque tú eres el trono resplandeciente de la Sabiduría increada. Por los intereses de tu gloria no rehuses á mi ministerio esa dádiva celestial. *Ave gratia plena.*

### DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS PENSAMIENTO ÚNICO

De tres maneras diferentes permitió la divina Providencia que fuera humillada la Santísima Virgen, á fin de que, bebiendo con hartura en el torrente de las tribu-

laciones, pudiera levantar su cabeza, que nunca inclinará ya, ni el fiero dolor, ni el cruel pesar.

La una, ocultando entre espesísimas tinieblas todos los títulos de su grandeza humana y los mucho más nobles de sus excelencias divinas; la otra, hiriendo su corazón maternal con las severidades aparentes que Jesucristo empleó para tratarla, y, por último, asociándola á los oprobios, á las humillaciones y á las ignominias, que la ingratitude de los hombres hizo gustar á nuestro Divino Salvador. Al desarrollar entre vosotros, el cuadro de las humillaciones de María, me propongo persuadiros de que solo la Omnipotencia de Dios ha podido procurárselas en ese grado, sólo inferior al de su Divino Hijo; y justificar por tanto la verdad con que María puede decir, hablando de las humillaciones de su vida mortal: FECIT MIHI MAGNA QUI POTENS EST

María, vástago ilustre de la casa de David, realzaba la nobleza de su esclarecido linaje, con la modesta oscuridad de una vida pobre y retirada. Como hija de David, tenía derechos incontestables á una posición ventajosa en el pueblo de Israel; y sin embargo, este título, que hubiera podido ser el fundamento de su grandeza entre los hombres, es enteramente desconocido por los habitantes de la Judea, é intencionalmente silenciado por los escritores bíblicos, que jamás la llaman sino con el nombre de María, y que, tratando de darla á conocer, antes de referir el misterio de la Encarnación operado en su seno, hablan de ella, como de la última de las mujeres, diciendo: “Fué enviado el ángel Gabriel por Dios á una ciudad de la Galilea que tiene por nombre Nazaret, á una Virgen desponsada con un varón, cuyo nombre era José, y el nombre de la Virgen María”. (1).

¿Se puede sospechar, escuchando este lenguaje, que

(1) S. Lucas, c. I, VI y siguientes.

se trata de una augusta princesa de la casa de Israel? Y para que esta humillación fuera mayor, no habita en la patria de David y de sus ilustres antepasados, sino en una ciudad, que soportaba todo el desprecio del pueblo judío, hasta el punto de ser un axioma recibido, "que nada bueno podía salir de Nazaret". Y para que su noble descendencia fuera envuelta por oscuridades impenetrables, vive en la más miserable indigencia y une su suerte á la de un pobre artesano, no siendo reconocida, desde entonces, con otro título, que el de "esposa de un carpintero". ¡Oh grandezas inefables de mi Dios! que sabes ocultar bajo de un título tan modesto, la sublime dignidad de la criatura más grande de la creación.

Y ¿qué pensarémos de los dones de alma y cuerpo, con que la enriquecería el Espíritu Santo, como que la preparaba para ser el riquísimo tabernáculo del Verbo Divino? Los evangelistas guardan un profundo silencio sobre este particular, sin duda para que se verifique en toda su plenitud esta profecía de David: *OMNIS GLORIA FILIAE REGIS AB INTUS* (2): *Toda la gloria de la hija del rey está en lo interior*. Sí, mis hermanos: las virtudes y las divinas perfecciones de María, serán vistas únicamente, por aquel Dios que debe recompensarlas, sin que la admiración de los hombres, las haga perder nada de su inefable pureza.

Elevémosnos ahora á más altas consideraciones y veamos cómo la maternidad divina fue para María el origen fecundo de humillaciones sin medida.

Para que llevase con dignidad el augusto carácter de Madre de Jesucristo, plugo al Omnipotente apartar de su cabeza la maldición que pesaba sobre nuestra raza, no permitiendo que el inficionado aliento de la serpiente infernal profanase, ni por un momento, el

(2) Salmo XLIV, v. 13.

templo magnífico, que debía llenar con su gloria la Majestad del Altísimo. La incomparable hermosura de su alma atrajo sobre ella las dulces miradas del Espíritu Divino, y mereció escuchar estas palabras de dulcísima armonía: "Toda hermosa eres, y en tí no hay mancha de ninguna especie; tu blancura apenas puede compararse con la del lirio ornamento de los valles; tu dulzura excede en mucho, á la suave luz del astro de la noche; tu pureza es más excelente, que la de los rayos del Sol del mediodía". ¡Cuál hubiera sido, mis hermanos, el amor y la veneración de los hombres, hacia esta mujer singular, si hubieran visto las incomparables gracias de su bendita alma! Mas, muy lejos de esto, confundida entre la muchedumbre de los pecadores, ella, que era objeto de las divinas complacencias, solo se atraía el desdén y la indiferencia de los hombres. Ningún signo la distingue entre las hijas de Eva y participa por tanto de los anatemas fulminados contra nuestra raza pecadora.

¡Oh privilegio incomprensible de la maternidad divina! que, levantando á María, sobre todos los coros de los ángeles pusiste á sus pies á la creación entera; tú heriste su corazón, con la espada de un agudísimo dolor, porque fuiste la causa de que la sombra de una sospecha de infidelidad, atormentase el corazón de su castísimo esposo, hasta que un ángel vino á revelarle el prodigio realizado en el seno de María, devolviéndole la tranquilidad á su alma conturbada. ¡Oh maravilla adorable de la virginidad fecunda! ¡Oh castísimas entrañas fecundizadas por el espíritu vivificador, que supo fecundar la nada y sacar de ella el Universo. ¿Qué nueva humillación prepararás á la santísima María?

Ella, mis hermanos, que consentía en renunciar el augusto carácter de la maternidad divina y en no ceñir su cabeza virginal, con la corona de reina del cielo y de la tierra, sólo por no perder el incomparable privi-

legio de su virginidad, que era todo su tesoro, todo su encanto, toda su delicia, toda la vida de su corazón, todo su porvenir, todo su cielo sobre la tierra; ella, mis hermanos, vese condenada á perder, ante el juicio de los hombres, sin salir del rango de las madres comunes, esa virginidad, que era todo su honor y toda su corona. Vedla, suscribiendo ella misma á la afrenta y á las ignominias de nuestra estirpe, cuando se encamina al templo de Jerusalén, para inclinar su cabeza ante un hombre pecador, presentarle á su adorable Hijo, que también se llama el Hijo de José, y cumplir las ceremonias de la purificación legal, ocultando así entre las sombras de la más profunda humillación, todas las glorias de su maternidad divina y todas las maravillas de su virginidad fecunda.

Inclináos, mis hermanos, reverentemente ante los designios de Dios, y confesad, vosotros, que os mostráis tan ávidos de la estimación, de los elogios y de los aplausos de este mundo corruptor y corrompido, que no se puede imaginar un heroísmo superior al de una modestia, que oculta constantemente á los ojos de los hombres, virtudes y excelencias que son la admiración de los ángeles y acepta voluntariamente la indiferencia, el desdén, el desprecio y los oprobios. Pero, descendamos más todavía, en ese abismo de anonadamiento, y veamos las humillaciones que recibió María por la manera con que trataron los hombres á su dulcísimo Hijo. Madres que me escucháis: yo sé que la generosidad, es el más precioso atributo de vuestro amor maternal; yo sé, que sabéis sacrificar con gusto, vuestro reposo y vuestra tranquilidad, vuestra fortuna y vuestro porvenir, y por una desgracia ¡ay! nunca bien lamentable, hasta la salvación de vuestras almas, para procurar á vuestros hijos honor y posición en el mundo; yo sé también que la herida más viva que puede recibir vuestro corazón, la causa, quien humilla,

ofende ó deshonra á vuestros hijos, porque su dignidad es la vuestra, su honor es el vuestro y vosotros no respiráis, no vivís, sino porque ellos viven y respiran. Vosotras, pues, vais á darme testimonio en el fondo de vuestras conciencias, de las humillaciones de María, asociada por la divina Providencia á las infinitas humillaciones de su Hijo; y eso, que vosotros lleváis un corazón generoso, es cierto, pero pequeño, estrecho y siempre contagiado con el egoísmo del mundo; y vuestros hijos, por grandes que parezcan á vuestras ojos, son siempre los hijos degenerados de un padre criminal, sobre cuyas cabezas pesa el anatema de la divina maldición; mientras que María consagra en el fondo de su alma el culto de una ferviente adoración á ese Hijo, que es el mismo Unigénito del Padre.

Mis hermanos: cuando el mensajero celestial anunció á María que el santo niño que iba á concebir sería grande, se llamaría hijo del Altísimo, se sentaría sobre el trono de David y reinaría eternamente en la casa de Jacob, ¿hubiera creído que, al llegar el tiempo de su nacimiento, se vería excluída de todas las casas de Belén y condenada á pedir un ásilo, en las toscas peñas de una gruta miserable? ¿Debió pensar que, cuando el impío de Herodes movió contra Jesucristo esa persecución inhumana, que hace estremecer de horror á la historia, en vez de que una legión de ángeles viniera á formar, al rededor del recién nacido, una guardia de honor y de defensa, tuviera ella que peregrinar hacia una tierra extranjera y que vivir en el seno de una nación idolatra? ¿Pudo imaginar que éste nuevo rey, tan pomposamente anunciado por los profetas y cuyo eterno reinado había sido predicho por el ángel, no tendría otra suerte que la de vivir treinta años en el taller del carpintero José, y recibir después, cuando hubiera hecho sentir á los hombres, la influencia de su celestial doctrina y la omnipotencia de su bondadosa

diestra, como únicos símbolos de su reinado absoluto, de su soberanía incomunicable y de su dominación universal, un manto de púrpura, una corona de espinas y un cetro de ignominia? Pero esto no bastaba, mis hermanos, para que se llenase la medida de las humillaciones de María; era preciso que asistiese al sacrificio sangriento del Hijo de sus entrañas. Dime ¡oh mujer incomparable! más fuerte que los cedros del Líbano, ¿cómo pudiste escuchar al pie de la cruz, las blasfemias, las burlas, las fieras ironías y los impíos sarcasmos de esa turba desalmada? ¿acaso con esos oídos, que nunca escucharon sino las castísimas y dulcísimas palabras de tu Hijo y de tu Dios? ¿cómo pudiste ver ese cuerpo sacratísimo que el Espíritu Santo formó con maravillosa industria y divino arteficio en tus purísimas entrañas, cómo pudiste verlo desnudo, llagado y ensangrentado y padeciendo los dolores de la crucifixión, los tormentos de la sed y las agonías de la muerte? ¿fué con esos ojos purísimos, que lo vieron mil veces reclinado sobre tu seno y que velaron, mientras tu alma adoraba silenciosamente, ese sueño que cuidaban los ángeles y que no turbaba ningún ruido de la creación? Y cuando lo bajaron de la cruz, ¿cómo aplicaste sobre sus benditas llagas esos lábios, que tantas veces imprimieron en su frente de niño oscúlos de veneración y de amor?.....basta ya, mis hermanos: Jesucristo es el varón de dolores descrito por Isaías y María la mujer fuerte pintada por el Sábio. Del Salvador del mundo ha sido escrito que sería saturado de oprobios, y yo puedo aplicar á María esta dolorosa profecía del Salmista: OPROBRIA, EX PROBRANTIUM TIBI COECIDERUNT SUPER ME (1) los oprobios de los que te han insultado han caído sobre mí, porque era forzoso que bebiese yo también hasta las heces el caliz de amargu-

(1) Salmo LXVIII, v. 10

ra y que me cubriese una confusión casi igual á la que debía cubrir á la víctima de los pecados del mundo: CONFUSIO OPERUIT FACIEM MEAM. (1)

Habiendo llegado á este punto, mis hermanos, las humillaciones, los abatimientos y los oprobios de la Santísima Virgen ¿habrá otras, que hieran más vivamente su corazón maternal y que la reduzcan á un anonadamiento, sólo superado por el infinito anonadamiento del Verbo encarnado? Sí, mis hermanos, porque apesar de la ceguedad de los judíos, de la envidia de los fariseos y del falso celo de los sacerdotes, María sabía que su divino Hijo era el Unigenito del Padre, revestido de nuestra mortalidad, que era el santo de los santos y el inmortal Pontífice de la nueva alianza. Si á lo menos, este Hijo adorado la hubiera tributado, delante de los hombres los homenajes que los hijos suelen tributar á sus madres, su corazón se hubiera indemnizado abundantemente de todas las otras humillaciones de su vida. Pero no fué así, mis hermanos. Nuestro divino Salvador, conformándose á los designios de su Padre, consumó, con su conducta, el misterio de las humillaciones de María. El Evangelio no refiere que, en ninguna ocasión la haya dado siquiera el título de Madre que de justicia le era debido; y aquí seame permitido de nuevo invocar el testimonio de las madres para que me digan ¿qué cosa sienten, cuando resuena en sus oídos este dulcísimo nombre: *mi madre?* y qué cosa sentirían, qué desolación tan amarga en el corazón si nunca lo escucharan de los labios de sus hijos? Tú, madre atribulada, madre generosa, madre heroica, madre santa, tú, no sólo pasaste por la humillación de que Jesús no te llamara madre, delante de los hombres, sino que te hizo gustar todas las amarguras de la maternidad, cuando correspondió la tierna soli-

(2) Salmo XLIII, v. 15

ciudad con que le buscabas en el templo y en la ciudad de Jerusalén con esta dura palabra: ¿porqué me buscabais? Y después cuando, movida de caridad, le indicaste respetuosamente en las bodas de Caná que faltaba vino para los convidados, oiste esta severa reprimenda: ¿qué hay de común entre mí y tú?, mujer aún no ha llegado mi hora. Y más tarde, un día solemnísimamente, en que María y los hermanos de Jesús desean hablarle sin demora, responde el Salvador, cuando es advertido de que su Madre y sus hermanos desean verle con una fría desentendencia, ¿quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?, y extendiendo las manos hacia sus discípulos, agrega: he aquí mi madre y mis hermanos. Y por último, para que llegasen á su colmo los rigores aparentes del Salvador, era preciso que asistiese al pie de la cruz, no sólo para saciar su alma en las ignominias y en los oprobios de su santísimo Hijo, sino también para experimentar una parte de la desolación inconsolable que atormentó el alma de Jesucristo. ¡Oh Virgen atribulada! no bastaba que la espada del dolor atravesara tu corazón, era preciso que de los mismos labios moribundos de tu Hijo agonizante partiese la saeta, que debía herirlo hasta el extremo de un desfallecimiento mortal; era preciso que esos divinos labios, que no te dieron el consuelo de llamarte Madre, delante de los hombres, se desplegasen ahora en los momentos de la muerte, cuando todos los hijos se enternecen en presencia de sus madres, se desplegasen, sí, para degradarte solemnemente de la maternidad divina, con esta palabra que sólo tú has podido comprender: “Mujer he ahí á tu Hijo.....”

No puedo más, mis hermanos. Mi mente confundida no puede escrutar por más tiempo, el abismo de esas humillaciones; ha llegado el momento de que yo consuele mi corazón de hijo, cantando las glorias de mi madre; es preciso que cese el escándalo de sus



XV

San Andrés

Sermón predicado, en la capilla interior del hospital de San Andrés, el 30 de Noviembre de 1870.

.....*Qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta.....*  
.....*El cual, en vista del gozo, que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia.*  
*Epistola de San Pablo á los Hebreos, cap. XII, v. 2.*

EXORDIO

Mis hermanos:

LA Iglesia mantiene siempre viva é inflamada la llama purísima del amor, que Jesucristo dejó sobre la tierra en el sacramento de nuestros altares y cuyas manifestaciones exteriores, más singulares y sensibles, son el martirio y la caridad.

La iglesia, señores, es la única institución que puede oponer al egoísmo y á la sensualidad del mundo una enseñanza saludable y un dique eficaz. Unica religión que cuenta mártires en su seno, la religión católica puede decir á la sociedad contemporánea adormeci-

da y gastada por la malicia: levántate; pon los ojos en la cruz en que muere para expiar tus placeres el Salvador del mundo; y si esto no te basta, abre mi historia y no hallarás ni una sólo de sus páginas que no se encuentre salpicada con la sangre generosa de mis mártires.

Y si para curar la sensualidad del mundo, pone la Iglesia delante de sus ojos el martirio de sus hijos, opone igualmente al egoísmo glacial, que paraliza en las sociedades humanas todos los resortes de la vida, el ejemplo siempre vivo y permanente de la caridad, en que se inmola para socorrer el infortunio: el ejemplo de esos ángeles de misericordia y de paz que, con la sonrisa en los labios, la serenidad en la frente y el júbilo en el corazón, no tienen otro oficio sobre la tierra que el de cantar las alabanzas de Dios y el de aliviar las miserias de sus hermanos.

Martirio y caridad: estas dos palabras resúmen, señores, el Catolicismo entero.

Estas dos palabras son la síntesis magnífica de la ley y los profetas; estas dos palabras contienen, en su sencillez sublime los inefables tesoros de la divina misericordia y las infalibles prendas de la humana felicidad.

Amar á Dios, hasta derramar la última gota de sangre por publicar su gloria delante de los hombres, como lo hizo Andrés, el glorioso Apóstol de N. S. J. C., cuyo natalicio al cielo celebramos hoy; y ejercitar la misericordia con el pobre, animado del santo espíritu que Vicente de Paúl aprendió en el corazón adorable del divino pobre de Belén y del Calvario: he aquí, señores, el compendio de las maravillas que Dios realiza en medio de nosotros, y he aquí, también, el vasto asunto sobre el cual llamo vuestra benévola atención.

Reina de los mártires, consoladora de los afligidos, ¿á quien pedirá inspiración mi pobre palabra para ha-

blar del martirio y de la caridad sino á tí? A tí, que apuraste al pie de la cruz el amargo caliz de los humanos dolores, y que nos diste á luz á nosotros, miserables deserrados en este valle de lagrimas en medio de las angustias de tu corazón maternal. Dignate, pues, escuchar mi humilde ruego. Ave María.

#### PUNTO PRIMERO

Para comprender, señores, la grandiosa y sublime figura de un mártir de N. S. J. C. es preciso estudiar, siquiera sea á grandes rasgos, el corazón humano.

Los placeres, el honor, la gloria: he ahí, señores, las mágicas palabras que contienen toda la poesía de la vida humana, de ese mundo infinito de ilusiones que ha convertido en venturoso palacio esta triste morada, que ha intentado secar la corriente abundosa de nuestras lágrimas, que ha pedido flores al árido desierto de la vida presente y que ha hecho de los breves y trabajosos días de nuestra peregrinación sobre la tierra, una serie no interrumpida de falsas alegrías, de brillantes posiciones y de méritos supuestos.

Menospreciar, señores, el placer cuando todo en la naturaleza convida á gozarlo; y no contentarse con esto y abrazarse por amor á Jesucristo de la cruz afrentosa en que sacrificó su vida este Divino Señor; huír de los honores hasta el punto de preferir una muerte ignorada é infame dada por la mano de un verdugo y sin que la víctima tenga más consuelo, al exhalar su postrimer suspiro, que oír las maldiciones de sus victimarios; hollar con planta firme y segura, ese ídolo de la gloria humana que ha visto postrados, en su presencia, á los más altos genios del universo, y preferir entregarse á los inauditos tormentos que hace gustar al espíritu, la ignominia y la infamia; esto, señores, excede el nivel común de las grandezas de la tierra. Este conjunto de maravillosas y sobrehumanas elevaciones del alma sobe-

todo lo que solicita, atrae y encanta nuestro corazón, en la tierra, esto se llama el martirio cristiano; y el héroe que, puesta la planta en nuestro suelo, dirige, conducido en alas de la caridad, sus pensamientos, sus deseos, sus afectos todos, allí, donde los tienen puestos los de la cima, en la infinita belleza de tus adorables perfecciones ¡oh Dios de mi alma y de mi vida!; ese héroe, se llama, señores, un mártir de Jesucristo, se llama Andrés, hermano de Pedro, uno de los doce Apóstoles del Cordero, padeciendo el suplicio ignominioso de la cruz, para testificar con su sangre, el Evangelio de Cristo.

Yo renuncio, señores, á contaros la maravillosa vida de este Santo y glorioso Apóstol; no quiero hablaros de la extraordinaria docilidad con que siguió á Jesús, cuando aprendió de boca de Juan Bautista su maestro que él era el Cordero Dios; ni de los primeros fervores de su apóstolico celo, que le movió á conquistar para Jesucristo á Pedro su hermano, que debía ser en el plan divino de la economía de la redención, la piedra fundamental de la mística ciudad de Dios, ni tampoco la cingular y especialísima vocación al apostolado que le hizo Jesús á orilla del mar de Galilea con estas sencillas y sublimes palabras: "venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres"; ni tampoco de sus trabajos en el ministerio apóstolico mientras recorrió evangelizando á los pobres, las dilatadas provincias de la Scitia, del Epiro y de la Tracia; nó, señores, hay muertes tan gloriosas que eclipsan con su resplandor, los resplandores mismos que irradia sobre la historia la maravillosa vida de un gran santo y de un gran apóstol; hay una grandeza muy augusta, hay una sublimidad muy pura, hay un heroísmo muy glorioso en morir crucificado, exclamando: toda mi ciencia, todo mi honor, toda mi gloria, toda mi felicidad, están cifradas en esta cruz que se ha convertido para mí en un florido lecho en que voy á descansar de los trabajos de esta vida de un día y á

dormir en el amoroso ósculo de mí Jesús el sueño tranquilo, apacible, feliz, del justo en el seno de la bienaventuranza, que Dios ha prometido á los que padecen por su nombre. Ah! Señor ¿quién no se siente pequeño delante de la cruz en que está suspendido este apóstol de Jesucristo? ¿quién no cae de rodillas ante esa grande é inmortal figura de un mártir, que rocía con su sangre las albas vestiduras con que lo ha ataviado la gracia, á fin de conquistar con el heroísmo de su muerte uno de esos doce tronos en que han de sentarse para juzgar á la humanidad los apóstoles del Cordero? ¿Cuál es la sabiduría humana que no se desconcierta, escuchando este sublime lenguaje?

¡Oh santa cruz! trono glorioso que eligió para reclinarse su cabeza coronada de espinas el Rey de nuestras almas, tú eres el único objeto de mis deseos y el único encanto de mi corazón; hace tiempo que te busco en los diferentes senderos de la vida del Apóstol para estrecharme contigo; hace tiempo que me entretengo, en los ratos de descanso, en los momentos que me dejan libres las tareas del ministerio, pensando en tí; tu imagen bendita ha sido en las horas amargas de la tribulación el único solaz y refrigerio de mi alma entristecida. ¡Ah! señores este lenguaje ni lo sabe ni lo entiende la sabiduría de la tierra; para oírlo, es preciso ponerse delante de la cruz en que muere Andrés; sólo de esos labios benditos que no se avergonzaron de confesar el nombre de Jesucristo delante de los reyes de la tierra, pueden partir esas palabras que encierran la filosofía más alta de la vida humana, esto es, el absoluto menosprecio de las aparentes fugaces y falsas alegrías de la vida y la consagración de nuestro amor á las grandezas sólidas, durables y puras de una vida mejor.

San Pablo, contemplando la pasión y la muerte de N. S. Jesucristo dijo: que el Salvador había soportado con

sublime resignación el suplicio de la cruz y había despreciado generosamente las ignominias y los oprobios de su vida mortal, teniendo fija su vista en la gloriosa recompensa que le reservaba su Padre, cuando, abriéndole las puertas eternas de la inmortal Sión, lo hizo reconocer como al Rey de la Magestad y de la gloria sentándolo á su derecha, en su reino eterno.

Esto explica, señores, el sublime misterio del martirio cristiano. Morir, para vivir eternamente; no avergonzarse de confesar á Jesucristo delante de los hombres, para que el Verbo de Dios no se avergüenze de confesarnos delante de su Padre; padecer tormentos y derramar su sangre, en testimonio del Evangelio de Cristo para llevar eternamente la corona de la inmortalidad y la palma del martirio; hacerse superior á las burlas, á los sarcasmos y á las ignominias, con que suele cercar el mundo los senderos de la justicia y de la virtud, afin de tener su parte en el honor, la gloria y la alabanza que dan eternamente á Jesucristo, los ángeles y los santos, y que del corazón adorable del Verbo humanado parten y se difunden sobre todos los escogidos, á la manera de impetuoso río, que alegra y vivifica la ciudad de Dios: he aquí, señores, la verdadera y gloriosa grandeza del hombre.

Por esto, señores, yo no he vacilado en compendiar el panegírico de Andrés, en las palabras de san Pablo que me sirven de tema. Ellas designan, á un tiempo mismo, el género de su martirio, la heroica generosidad con que supo sufrirlo y la grandeza del premio que le estaba reservado.

Es decir, señores, que los placeres y las alegrías del cielo convierten, para los santos, en insípidas y amargas las dichas de la tierra; y que la gloria, que desde el principio del mundo nos ha sido preparada por el ilustre vencedor de la muerte y del pecado, hace que los justos miren, á imitación del apóstol de las gentes, todas

las grandezas de la vida humana como una sombra que pasa rápidamente, y que cifren toda su dicha en Cristo Crucificado. (1)

#### CONCLUSIÓN.

Cumplido, señores, mi principal objeto en esta santa solemnidad, solo me resta deciros dos palabras acerca de la situación religiosa del mundo.

Esto por otra parte no es enteramente extraño al motivo que nos ha congregado en este templo: ya os dije, señores, que Andrés era hermano natural de Pedro, y que las primicias de su apostolado fueron la conversión á Jesucristo de Simón hijo de Juan, á quien el Salvador cambió de nombre, llamándolo Pedro. Yo creo, señores, que la solemnidad de la situación impone á los sacerdotes católicos el deber de pronunciar sobre ella siquiera una palabra.

El catolicismo, señores, la única religión legítima de la humanidad, la que lleva en su seno todos los preciosos gérmenes de la civilización cristiana, vese hoy condenado á pedir un asilo hospitalario al corazón del individuo, porque, han renegado de él los soberanos de la tierra y las sociedades humanas. Esta deserción absoluta de los poderes temporales, de las filas cristianas, ha hecho posible, en el momento en que os hablo, un sacrilego atentado contra la sagrada persona y los inviolables derechos del Vicario de N. S. J. C.

A los horrores y á las devastaciones de una guerra gigantesca, que ha llevado en triunfo al ángel de la muerte y al genio de la destrucción á las ricas y dilatadas comarcas de la Europa central, ha creído la Italia que podía agregar los horrores mas inauditos todavía.

(1) Falta en el original el segundo punto (Nota del Editor)

de una invasión sacrílega y odiosa, de que le pedirá severa cuenta la Historia y que hoy mismo pesará sobre sus destinos, con el peso abrumador de un gran crimen contra la religión y contra la humanidad.

Entre tanto, señores, yo sé que Dios tiene en sus manos la suerte de las naciones y el corazón de los reyes. Encarcelado ó fujitivo; comiendo el pan del prisionero ó el pan del desterrado; bajo las inmensas bóvedas de San Pedro ó bajo la humilde techumbre de una parroquia de aldea: el Papa será siempre la figura más grande de la tierra, la personificación más augusta de la moral y del derecho en el mundo, el representante visible de Dios en medio de los hombres. Estos títulos inmortales del Pontificado, jamás prescriben, señores.

Caen, y se levantan los imperios y sus dinastías; pasan y vuelven á pasar, en el confuso torbellino de las cosas humanas, las sociedades y los pueblos, con sus formas de gobierno y sus sistemas de política; múdase, como las escenas del teatro, todas las decoraciones que hicieron figurar por un momento á ciertos hombres y á ciertas cosas; pero el pontificado, única institución permanente, ni cambia ni se muda, ni perderá jamás la gloriosa inmortalidad con que la adornó su divino fundador.

Por esto, señores, yo no me inquieto por el porvenir de la Iglesia, y sí me inquieto y hasta me estremezco por el porvenir de mundo, y me inquieto tanto más, cuanto que rechaza abiertamente la medicina que le ha preparado la Providencia.

La celebración del Concilio Ecuménico y la declaración dogmática de la infalibilidad del Romano Pontífice son las preciosas bendiciones, que la misericordia de Dios ha derramado sobre la humanidad, en estos calamitosos tiempos.

Así es realmente, señores, á la soberanía doctrinal

abatimientos y que se revelen por completo los designios del Altísimo. Cerremos, mis hermanos, las sagradas páginas, en que hemos leído los abatimientos de María y que, mientras refieren minuciosamente la resurrección del Salvador, sus diversas apariciones á las santas mujeres, su gloriosa ascensión y los rápidos progresos de la iglesia naciente, guardan acerca de María un silencio profundo y misterioso y nada nos dicen, ni de las consolaciones de su alma, cuando vió á Jesucristo resucitado y glorioso, ni de sus bienhechoras influencias sobre el apostolado y el pueblo; nada encontraréis, mis hermanos, ni una palabra de duelo sobre su sepulcro, ni una palabra de felicitación por la gloria de su triunfo. Sí, nada se encuentra, porque es indispensable que llene su destino esta mujer extraordinaria, recorriendo con paso firme la senda de las humillaciones hasta el último instante de su vida; pero ahí terminan, mis hermanos, y su sepulcro es la primera de sus glorias, como su muerte el primero de sus triunfos. Ved esos restos venerables, inanimados, sí; pero no ultrajados ni desfigurados por la muerte; confiados á la tumba como un sagrado depósito, y no como una presa para saciar su voracidad; la corrupción, ese ministro terrible de las terribles venganzas del Señor, se detendrá ante este cuerpo inmaculado y no ejercerá su repugnante oficio sobre esa carne virginal, porque la mística paloma lo protege con sus alas y lo rodea con su sombra la virtud del Altísimo. Reanimate cuerpo virginal y vístete de gloria; y tú alma santísima, que subiste hasta las alturas del cielo, como suben las columnas aromáticas de una taza de perfumes, incorpórate de nuevo y levanta ese templo, que construyó para su morada la eterna Sabiduría, hasta su trono de luz y de gloria. ¡Abríos puertas eternas de la inmortal Sión, y vosotros, príncipes esclarecidos de la milicia del Cordero, venid á formar la corte de

honor, que debe recibir en el cielo á vuestra soberana Reina; y tú Virgen gloriosísima, entra á poseer el reino inmortal, que te ha sido preparado en los eternos consellos. Jerusalén, Jerusalén, vístete de gala, prepara tus instrumentos de alegría: el salterio de las diez cuerdas, el tímpano y el órgano; arregla tus coros y ensaya las voces de tus vírgenes para que tributes á la Madre del Rey una ovación digna de su grandeza y de su gloria. ¡Oh María! los hombres no te reconocieron, ni como hija de David, ni como Madre de Jesucristo, ni como Esposa del Espíritu divino; indemnízate ahora de esas humillaciones, embriagándote en esos torrentes de suavísima armonía, con que alegran la ciudad de Dios las aclamaciones unísonas de los ángeles y de los santos. Dios te salve María hija de Dios Padre, Madre de Dios hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, cantan los coros de los ángeles y resuenan sus voces en las eternas bóvedas del firmamento y resonarán eternamente, para inundar tu alma de purísimos deleites.

El segundo grado de la gloria de María será ver á su adorable Hijo glorificado, para saciar su alma, con esa aparición gloriosa de la Divinidad en una carne inmortal, para recrear su vista en esa soberana belleza que arrebató de admiración á los ángeles. Sí, gózate y regocígate Virgen Madre del Verbo encarnado, porque esa carne glorificada, con toda la gloria de la majestad de Dios, es la carne de tu carne virginal; gózate y regocígate viendo eternamente triunfante en el cielo á ese Hijo de tus entrañas; míralo bien y sáciate de gloria; reconoce en su adorable persona todos los caracteres con que lo ha marcado el Espíritu Santo: sí, es el Príncipe de la paz, es el Angel del gran consejo, es el Salvador del mundo, es el Mediador de los pecadores, es el Jefe de la Iglesia, es el Pontífice eterno, es el verdadero Pan de vida, es el Arca de la nueva alianza,

es la luz de los gentiles, es la consolación de Israel, es el Santificador de todos los justos, es el Rey de los ángeles, es la suprema felicidad y la dicha inefable de todos los santos. ¡Oh María! si aún tiene capacidad tu corazón para recibir gloria, escucha de los labios de la Sabiduría eterna el glorioso reconocimiento de tu divina maternidad. Levántate rey inmortal de los siglos y ciñe su frente virginal con la diadema de tu reino, y pon en sus purísimas manos, el cetro de tu imperio. Espíritus celestiales, fieles ministros del Omnipotente, colocad un trono para la Madre del rey, y tú María asientate en ese trono resplandeciente á la derecha de tu Hijo entre los himnos de los ángeles y las alabanzas de los santos, entre los aplausos del cielo y las alegrías de la tierra y embriágate de gloria, oyendo á Jesucristo que te dice: Madre mía, en herencia me han sido dadas las naciones y los pueblos de la tierra; manda como reina y serás obedecida.

Mis hermanos, reparadas están todas las humillaciones de María; glorificada ha sido por Nuestro Señor Jesucristo é indemnizada así de los rigores aparentes y de las severidades con que la trató el Salvador del mundo; ahora le da el nombre de Madre y todos los derechos y todos los honores anexos á su maternidad. Como á tal la ha constituido reina de los ángeles y mediadora de los hombres y ha dispuesto que la Iglesia, órgano visible de su divina voluntad, le tributase un culto solemne y universal, en toda la extensión de los siglos. Registrad el mapa, mis hermanos, y desde donde nace el sol hasta donde se pone, no encontraréis ningún lugar que no haya sido, ó santificado con su presencia, ó marcado con sus beneficios, ó embellecido con los monumentos alzados á su gloria; abrid la sagrada liturgia y veréis como se multiplican las solemnidades en su honor; registrad los libros de todas las ilustres lumbreras del catolicismo, y los encontra-

réis llenos de sus elogios y alabanzas; abrid los anales de los concilios, y la encontraréis aclamada por todos ellos como Madre de Dios y de los hombres; estudiad los fastos del pontificado, y la veréis honrada y enaltecida por los infalibles oráculos de la Cátedra de San Pedro.....basta, mis hermanos, volved vuestras miradas hacia Roma y saludad conmigo al inmortal Pontífice, que ha enseñado al mundo la Concepción Inmaculada de María y que, no contento con haber agregado á su corona este brillante más, ha resuelto poner bajo de sus auspicios la gran asamblea del episcopado que debe dar al universo una lección de verdad, de amor y de esperanza. ¡Qué gloria para María, mis hermanos, y qué triunfo para la Iglesia de Jesucristo! Nosotros, también ¡oh Virgen gloriosísima! nos ponemos hoy bajo tu protección; y esperamos firmemente que, después de haber publicado tus glorias en la tierra, seamos dignos de cantarlas en la patria celestial.



### XIII

#### Asunción de la Santísima Virgen

Compendio de un sermón predicado en la noche del 15 de agosto de 1870, en la iglesia de la Caridad

*María optimam partem elegit,  
quae non auferetur ab ea.  
María ha escogido la mejor parte,  
la cual no le será quitada.  
San Lucas. cap. 10.*

#### EXORDIO

DE todos los misterios de la Santísima Virgen puede decirse que tuvo en ellos la mejor parte; pero de ninguno puede decirse con más razón que del misterio de su gloriosa Asunción, porque la gloria que forma su beatitud no le será quitada, *QUAE NON AUFERETUR AB EA*; y porque esa gloria es la recompensa de sus grandes merecimientos. Bajo este último aspecto, el misterio de la Asunción de María es el fundamento de nuestra esperanza, como se verá en el presente discurso.

#### CUERPO DEL DISCURSO

Según las palabras de N. S. J. C., *QUINIMMO BEATI QUI AUDIUNT VERBUM DEI ET CUSTODIUNT ILLUD* y las de la Santísima Virgen: *QUIA RESPEXIT HUMILITATEM ANCLLAE SUAE, ECCE ENIM EX HOC BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES*, la gloria de María no es debida al augusto caracter de su divina maternidad, sino que es

réis llenos de sus elogios y alabanzas; abrid los anales de los concilios, y la encontraréis aclamada por todos ellos como Madre de Dios y de los hombres; estudiad los fastos del pontificado, y la veréis honrada y enaltecida por los infalibles oráculos de la Cátedra de San Pedro.....basta, mis hermanos, volved vuestras miradas hacia Roma y saludad conmigo al inmortal Pontífice, que ha enseñado al mundo la Concepción Inmaculada de María y que, no contento con haber agregado á su corona este brillante más, ha resuelto poner bajo de sus auspicios la gran asamblea del episcopado que debe dar al universo una lección de verdad, de amor y de esperanza. ¡Qué gloria para María, mis hermanos, y qué triunfo para la Iglesia de Jesucristo! Nosotros, también ¡oh Virgen gloriosísima! nos ponemos hoy bajo tu protección; y esperamos firmemente que, después de haber publicado tus glorias en la tierra, seamos dignos de cantarlas en la patria celestial.



### XIII

#### Asunción de la Santísima Virgen

Compendio de un sermón predicado en la noche del 15 de agosto de 1870, en la iglesia de la Caridad

*María optimam partem elegit,  
quae non auferetur ab ea.  
María ha escogido la mejor parte,  
la cual no le será quitada.  
San Lucas. cap. 10.*

#### EXORDIO

DE todos los misterios de la Santísima Virgen puede decirse que tuvo en ellos la mejor parte; pero de ninguno puede decirse con más razón que del misterio de su gloriosa Asunción, porque la gloria que forma su beatitud no le será quitada, *QUAE NON AUFERETUR AB EA*; y porque esa gloria es la recompensa de sus grandes merecimientos. Bajo este último aspecto, el misterio de la Asunción de María es el fundamento de nuestra esperanza, como se verá en el presente discurso.

#### CUERPO DEL DISCURSO

Según las palabras de N. S. J. C., *QUINIMMO BEATI QUI AUDIUNT VERBUM DEI ET CUSTODIUNT ILLUD* y las de la Santísima Virgen: *QUIA RESPEXIT HUMILITATEM ANCLLAE SUAE, ECCE ENIM EX HOC BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES*, la gloria de María no es debida al augusto caracter de su divina maternidad, sino que es

la corona de sus virtudes, especialmente de su fidelidad y de su humildad. Tal es también la doctrina de los Padres. San Agustín, hablando de la primera, dice: *HOC IN EA MAGNIFICAVIT DOMINUS, QUIA FECIT VOLUNTATEM PATRIS; NON QUIA CARO CARNEM GENUIT;* y San Ambrosio, hablando de la segunda, agrega que la humildad de María, así como tuvo la fuerza de atraer á Dios á su seno, tuvo también la virtud de elevar á una pura criatura á lo más alto de los cielos, pudiendo aplicarse á la gloria de María, lo que el Apóstol dice de la Ascensión del Salvador: *QUOD AUTEM ASCENDIT QUID EST NISI QUIA ET DESCENDIT PRIMUM.*

Por esta razón, la Asunción de María es el fundamento de nuestra esperanza; puesto que, siguiendo sus huellas é imitando sus virtudes, podremos alcanzar, en proporción, la misma recompensa. De aquí se deduce: 1º que Dios no tendrá en cuenta para juzgarnos con misericordia los dones sobrenaturales de que nos ha colmado, sino el fruto que hayamos sacado de sus gracias; y 2º que á los ojos de Dios no hay otra verdadera grandeza y honor, sino la virtud. Así se justifica la palabra del Apóstol, que dice: *NON EST PERSONARUM ACCEPTOR DEUS,* y la palabra de David: *DOMINE QUIS HABITABIT IN TABERNACULO TUO. AUT QUIS REQUIESCET IN MONTE SANCTO TUO QUI INGREDITUR SINE MACULA ET OPERATUR JUSTITIAM.*

#### CONCLUSIÓN

La gloria de María es tan excelente, que no podemos comprenderla; porque, si ni el ojo vió ni el oído oyó lo que Dios prepara á cualquiera de sus elegidos, ¿cómo se podrá comprender la gloria que ha preparado á la que ha sido llena de gracia? Ya que no podemos comprender á María glorificada, á lo menos invoquémosla, como á nuestra abogada. Glosa de la antifona Regina.



#### XIV

### Patrocinio de la Santísima Virgen

Compendio de un sermón pronunciado en el Monasterio de Santa Catalina, el día 6 de Noviembre de 1870, Dominica XXII después de Pentecostés.

*Mulier, ecce filius tuus.  
Mujer, ahí tienes á tu hijo.  
Evangelio de San Juan, cap.  
XIX, v. 26.*

#### INTRODUCCIÓN

Jesús nos dejó las dos prendas más insignes de su amor, antes de separarse de nosotros para volver al seno de su Padre; estas fueron el sacramento de la Eucaristía y el patrocinio maternal de la Santísima Virgen.

Contrayéndome á este último punto, demostraré: primero, que el Patrocinio de la Santísima Virgen es eficaz, de parte de Dios, por la virtud de su súplica, y de parte nuestra, por la virtud del ejemplo.

#### PUNTO PRIMERO

María tiene la omnipotencia de su intercesión. Su Divino Hijo le otorga cuanto pide, por dos razones: 1ª

por el respeto, que debe á su palabra; 2ª por las consideraciones que guarda á la Maternidad divina; y 3ª por haberla constituido Madre del género humano.

PUNTO SEGUNDO

María es un ejemplo vivo para el hombre, en los dos grandes estados, en que puede encontrarse.

Es ejemplo de los inocentes, por la pureza de su vida y su inflamada caridad para con Dios.

Es ejemplo de los penitentes, por la gran paciencia y heroica resignación, con que supo sobrellevar todas las pruebas á que la sometió la Divina Providencia.

Por tanto, su Patrocinio es para nosotros una gran esperanza y un poderoso estímulo.

EPÍLOGO

La Iglesia también fue confiada por nuestro Señor á la protección de la Santísima Virgen.

Hoy, que se encuentra atribulada, roguemos á la Santísima Virgen que la auxilie con su poderosa intercesión.

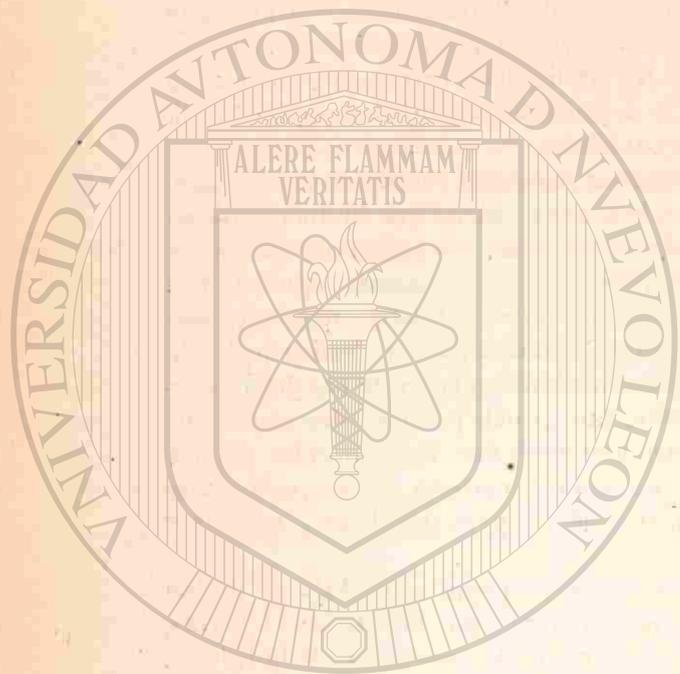
de la razón humana, era necesario oponer la soberanía infalible de la razón divina.

Apesar de las dificultades del tiempo, de la oposición de los gobiernos y de la resistencia de nuestras pasiones, esta doctrina salvadora se abrirá paso hasta tomar asiento en las inteligencias cristianas, como se lo han abierto, en la prolongada serie de los siglos, los diferentes dogmas católicos.

Siendo así, señores, reanimad vuestras esperanzas, y apesar de las inmensas ruinas que la incredulidad y la falsa filosofía amontonan, por todas partes, en las sociedades cristianas, creed firmemente que el gran Concilio Vaticano, gloria inmortal del ya muy glorioso pontificado de Pío IX, tendrá, en la historia de la Iglesia, la grandiosa misión de atraer hácia Jesús á este mundo moderno, tan grande por sus descubrimientos y sus aspiraciones; pero, que, desvanecido con los triunfos que alcanza sobre la materia, olvida, con demasiada frecuencia, sus deberes para con Dios y sus destinos inmortales.

Quiéralo Dios, señores, y permita también su divina Providencia que nosotros, testigos hoy de las victorias, que alcanzan en todas partes los enemigos de la Iglesia, saludemos llenos de gozo el día no lejano de su glorioso triunfo. el día en que la inmaculada esposa de N. S. J. C. sea reconocida nuevamente, como la única reina de las sociedades cristianas y la única madre de la humanidad en la tierra. Así sea.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

**El respeto humano (primer aspecto)**

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
Misa ferial del 15 de marzo de 1876 (1).

*Qui me erubuerit. et meos sermo-  
nes, hunc filius hominis erube-  
sce t. cum venerit in majestata sua,  
et Pa tris et sanctorum angelorum.  
Quien se avergonzare de mí y  
de mis palabras. de ese tal se aver-  
gonzará el Hijo del hombre, cuan-  
do venga en su majestad y en la  
de su Padre y de los santos ánge-  
les. S. Lucas, c. IX, v. 26.*

INTRODUCCIÓN

**CU**ANDO el profeta Jeremías, el sublime cantor de los grandes infortunios de Israel, presagiaba los últimos sucesos de lo porvenir, contemplando las ruinas de la ciudad de Jerusalén, veía desiertos sus caminos, en triste soledad el templo, dispersas las piedras del Santuario, seca la fuente de la gerarquía sacerdotal, hecho un foco de inercia el pueblo rey, y, con oprobio del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, convertidas en escarnio sus vírgenes de pálido y escuálido semblan-

(1) Esta es la primera Conferencia de la serie que predicó Monseñor Tovar, siendo Canónigo teologal, en la Cuaresma del año de 1876. Estas conferencias no fueron escritas por su autor, sino tomadas, en taquigrafía, por un admirador suyo. Cualquiera incorrección que en ellas se note, explíquese por lo dicho. (Nota del Editor).

te; cuando veía, por último, sobre la ciudad y el templo, envuelto en nube sombría, al ángel exterminador de la justicia de Dios, para entregar al pueblo corrompido á la vengadora espada de los romanos; muy lejos hubiera estado de pensar, mis hermanos, que, en la sucesión de algunos siglos, habría de cumplirse también, en la nueva Jerusalén, en el pueblo escogido de Dios, en el sacerdocio real y entre los esplendores de la religión cristiana, un espectáculo semejante á aquel que lloraba con lágrimas de sangre, que le hacía arrancar de su pecho acongojado gemidos, que han pasado los siglos, sin perder nada de su fúnebre acento. Sin embargo, aquel supremo infortunio de Jerusalén no parecía sino la figura de la triste realidad de la época presente; porque, en verdad, en mano de sus enemigos está la nueva Jerusalén, desiertos sus caminos, en triste soledad el templo, dispersas las piedras del santuario, ocultos y refugiados en todas partes los ministros del Altísimo; los discípulos de N. S. J. S. heridos por el desprecio y el oprobio; la religión santa, cuyos esplendores y cuyas victorias han llenado la historia de diez y nueve siglos, ultrajada; por doquiera no se escucha otra cosa que los cantos de victoria con que el mundo proclama el vencimiento del catolicismo. La hora final de esta religión augusta, que ha creado todas las instituciones de que se enorgullece la humanidad, ha sonado. Por desgracia, mis hermanos, hay mucho de verdad en esos triunfos. Mi lengua sacerdotal no puede cantarlos ¡no!, pero sí manifestaros sus tristes detalles, porque son obra de los hombres.

La primera cuestión que debe ocuparnos, en la serie de sermones de la presente Cuaresma, es la relativa á los triunfos del mundo sobre la religión. Más, después de haber reflexionado que nuestras infidelidades son la causa de la rebelión audaz é insolente de un mundo tirano, eternamente vencido por la cruz de Jesucris-

to, enjugaremos nuestras lágrimas para contemplar los admirables y varios modos con que la Iglesia católica sabe sacar, de esas mismas victorias del mundo, nuevos esplendores de gloria. Por último, elevando nuestras miradas al cielo, contemplaremos al verdadero fundador de la Iglesia, al verdadero y único rey, en esta lucha gigantesca entre el mundo y el catolicismo, á nuestro Señor Jesucristo, Rey de reyes y Señor de Señores, á fin de descubrir, en todos los siglos, su grandeza humana y su grandeza divina; el verdadero secreto, la verdadera explicación de esta lucha, del triunfo inmortal que ha de alcanzar la Iglesia sobre todos los enemigos que la cercan. Vasto é interesante asunto, mis hermanos, el que trato de desarrollar, confiando, sobre todo, en las luces del Espíritu divino, ya que no puedo olvidar las palabras del apóstol S. Pablo, que me enseña y advierte que el verdadero mérito de la predicación cristiana no depende de la elocuencia sino de la virtud de Dios.

#### EXORDIO

Comenzando, sin más preámbulos, por ocuparnos de las victorias que el mundo ha alcanzado en la época presente sobre la religión, y reduciendo al menor número posible los medios que ha empleado para conquistar tantas almas, para producir esta especie de apostasía universal, que es el sello característico de nuestros días, yo descubro dos principales, el uno directamente destinado á debilitar el corazón y amedrentarlo; el otro, que tiene por objeto envolver el entendimiento del hombre en las densas tinieblas del error. El primer medio es el respeto humano: el segundo es la abominable propensión á la lectura de los malos libros y de los periódicos. Este medio produce maravillosos

efectos en el mundo y escasi la más genuina explicación del lamentable estado en que se encuentran las costumbres públicas y privadas. Hoy nos ocuparemos del primer asunto, esto es del respeto humano; y no bajo todos sus aspectos, porque la materia es sobrado importante, para que yo la reduzca á tan estrechos límites. Vamos á ocuparnos de ese monstruo horrible, que infiere á Dios la más grave de las injurias, que produce al hombre el más funesto daño y que hiera á la religión, amenazándola de muerte.

En primer lugar, el respeto humano, que tantas víctimas ha inmolado ante el altar del mundo, ante los ídolos que fabrican sus impuras manos, es una grave ofensa contra Dios; porque prefiere la ridícula y vana figura del mundo á la magestad infinita de Dios, las promesas engañosas y frías del mundo á las eternas y benditas promesas de la religión, las amenazas risibles y vergonzosas del mundo á los terribles y eternos anatemas de la justicia de Dios.

Pidamos, mis hermanos, el auxilio de Dios, á fin de tratar debidamente, punto tan importante para la salud de vuestras almas; pidámoslo, por la mediación de María.

PUNTO ÚNICO

La sabiduría increada de Dios, que se distingue principalmente en la admirable uniformidad de sus designios, había resuelto, en sus eternos consejos, escogitar un medio de salvación para la humanidad, que fuese, al mismo tiempo, propio de la grandeza de Dios y apto para vencer la soberbia del hombre. Este fué la Encarnación del Verbo de Dios; su humillación, no sólo hasta revestirse de la carne mortal del hombre, sino hasta sufrir las ignominias y los oprobios de la pasión, y por último, la afrentosa muerte de la cruz. Este era

indudablemente, el medio más adecuado á la bondad, á la magnificencia y á la misericordia del Dios Salvador; y la manera más adecuada también de herir radicalmente y de muerte la soberbia humana. Así se cumplió, en efecto, en la plenitud de los tiempos, Se abrieron los cielos, según lo había profetizado Isaías, y descendió, á manera de vivificador rocío, el Verbo de Dios sobre la tierra, para fecundizar el seno de una Virgen. Continuando con admirable unidad ese mismo plan, quiso la increada sabiduría que la obra iniciada por el mérito de las humillaciones y de los oprobios del Hombre Dios, prosiguiera en el mundo, escogiendo y sirviéndose de los más viles y despreciables instrumentos, para construir el grandioso y magnífico templo, que debía levantar á la gloria de Dios, el celo de los confesores, la serenidad de los mártires, la pureza de las vírgenes, las virtudes todas de los justos, que debían abrazarse con la cruz de Jesucristo y decir, como S. Pablo estas palabras. "Nada otra cosa quiero que servir á Cristo Jesús y á éste glorificar". Escogió lo que no era, para confundir lo que era; la bajeza para confundir la sabiduría, la grandeza, la majestad, la gloria, el poderío, el imperio; escogió la divina locura de la cruz para confundir la insolencia de los hombres; escogió las humillaciones y los oprobios, para confundir todos los recursos con que el sensualismo pagano tenía entorpecida á la humanidad. Y, por supuesto, como la palabra de Dios no puede faltar, y como las obras de Dios se cumplen en el momento y en la hora que su adorable sabiduría escoge, triunfó sobre la sabiduría de los filósofos paganos, la locura de la cruz; sobre los halagos del sensualismo, la austeridad de la penitencia; sobre el poder, sobre la gloria del paganismo, que tenía á su disposición la fuerza de los ejércitos, y el prestigio de la antigüedad, la debilidad de los apóstoles, la paciencia de los

mártires, la pureza de las vírgenes. Cumplióse así en toda su plenitud el admirable designio de salvar al mundo, por las humillaciones, la bajeza y el oprobio. Aquí es donde resalta, mis hermanos, la ofensa gravísima que el respeto humano infiere á Dios; porque, imitando de alguna manera este plan magnífico de redención y de salud, como sino hubiese experimentado el mundo, en el tiempo que lleva de encarnizada lucha con los discípulos de la cruz, que el sistema de la fuerza, lejos de quebrantar la paciencia de los confesores de Cristo, crea nueva y fecunda semilla de más generosos cristianos; como si la experiencia de las pasadas edades no lo persuadiera de que los refinados tormentos con que su crueldad amenazaba y atormentaba á los discípulos del Salvador, no tenían otro resultado que improvisar templos, en cada uno de los lugares de su martirio, desde donde predicaban á Jesucristo, cantaban sus alabanzas y juntaban á los fieles en la escuela de la cruz; no por eso ha abandonado el sistema de su tenaz lucha, é imitando el plan divino, convirtiéndolo en su propio interés y provecho, ha escogido, para alcanzar notables victorias sobre la religión, medios verdaderamente indignos, ridículos, cuya mezquindad y bajeza, pone de relieve todo el abismo de males en que cae el hombre, cuando no lo asiste la gracia del Salvador. Porque, en fin ¿qué hace el respeto humano y de qué manera obra sobre el corazón del hombre, para producir efectos tan admirables, y, si se puede decir, tan grandiosos? ¿Cómo consigue la apostasía de la religión, la vergüenza de las cosas santas, la injuria pública y privada de Dios, de su revelación santísima, de sus sacramentos, de su Iglesia, de sus sacerdotes? ¿Qué armas emplea para conseguir estas gloriosas victorias? ¿De qué recursos se vale para envenenar así el corazón humano? ¿Qué fantasma es este tan horrible, tan espan-

table, ante el cual los más intrépidos vacilan; ante el cual, como Pedro ante la criada de Caifás negó á Dios, niega el cristiano á Jesucristo, se burla de lo que adora, en el secreto de su corazón; reniega de aquello que afirma en el fondo de su conciencia, de la única esperanza sólida que tiene de salud, blasfema, no de lo que ignora, sino de aquello mismo que constituye la esperanza de su felicidad eterna? Todo lo que el mundo promete, empleos, alabanzas, elogios, todo esto ¿qué vale, mis hermanos? ¡El mundo mismo lo desacredita! ¿No se dice, y con mucha verdad, constantemente, en todas partes, que las alabanzas de la multitud son frívolas y pasajeras, que el mundo es falaz y engañoso, que sacrifica siempre, y eso por obediencia á una máxima fundamental, los más nobles intereses á sus veleidades, á sus inconstancias? ¡No lo digo yo, mis hermanos! Este es el juicio que los hombres forman del mundo. Para merecer muchos aplausos, para cosechar honores y para buscar otras pretensiones, reniegan los hombres de Jesucristo. ¿Cuáles son sus amenazas?

¡Oh Mártires de Jesucristo! que confesásteis la fe en presencia de los tiranos, que entregásteis vuestro cuerpo al fuego y á la vengadora cuchilla de la superstición pagana, para dar testimonio, con vuestra sangre, de la verdad de la religión ¿qué diríais, desde los asientos de oro en que os ha colocado la justicia remunerativa de Dios, ceñidos con la corona de la inmortalidad y llevando en las manos la palma de la victoria, qué diríais, viendo á los cristianos de la época presente, amedrentados, nó ante las amenazas de Nerón, nó ante el suplicio que escogitaba la crueldad pagana para vencer la indomable fiereza de los discípulos de Cristo, sino ante las burlas, los sarcasmos, los improperios del mundo, cuya malicia publican las lenguas mismas de sus aduladores, cuyas inconstancias son el objeto de la

universal crítica de aquéllos mismos, que doblan la rodilla ante sus falsos ídolos?

Decidme si hay alguien que se crea libre de las malignas censuras del mundo, de sus burlas, de sus injurias, de sus calumnias, de sus desprecios, de sus tiranías, de sus insolencias ¡no! mis hermanos. Creamos lo que decía el Apóstol S. Juan en su Apocalipsis: "La malignidad constituye su propia naturaleza." Esa es el fundamento de sus dogmas; esa, el arma de sus victorias; esa, el elemento en que vive; esa, el elemento con que se nutre; esa, el agua con que apaga su sed; esa, la atmósfera en que respira.

¿Dónde está aquella inmaculada virtud, que impone respeto, que domina con su altura á todos los demás, que ilustra con sus esplendores á cuantos la contemplan de cerca, que atrae con la suavidad de sus ejemplos á los rectos caminos de la justicia y de la verdad, que impone respeto á los enemigos del nombre cristiano por la austeridad de su moral, por la rectitud de su juicio; donde está esa tan pregonada y tan inmaculada virtud que se halle exenta de los envenenados tiros de la maldicencia del mundo? La llamarán extravagancia, inconstancia de humor, capricho pasajero, secreta vía para conseguir de aquella manera el favor y el aprecio del mundo. Arte é industria es esta tanto más criminal, cuanto que sabe acomodarse mejor para cubrir bajo las apariencias de una austeridad ejemplar, combinaciones secretas, crímenes que no es dado contemplar al mundo, pero que se ocultan en el fondo del corazón y se revisten con el ropaje de la virtud y de la piedad. Mil veces habéis llorado lágrimas de sangre sobre la alta reputación de la santidad, implacablemente mancillada por la baba venenosa de esa crítica, de esas burlas, de esas injurias, de esas calumnias de un mundo que nada perdona. Y qué mucho que no perdone al hombre, cuando, para eterna infamia suya, no perdonó la santidad infinita

de nuestro Señor Jesucristo, eterno ejemplar de virtud! Se confirman en la serie de los siglos, los oprobios y las humillaciones que la perfidia y la tiranía del mundo exitó contra nuestro amable Salvador y que fueron, sin duda, más amargos para su divino corazón, que la hiel y el vinagre, que la mano de un soldado ignorante, le hizo apurar en el Calvario. Sin embargo, la triste realidad es que una buena parte, y casi la mayor de los hombres y de los cristianos, temen, se espantan, se amedrantan, como ante un fantasma formidable. ¿De qué, mis hermanos? ¡Oh inconcebible locura del hombre! ¡Oh miseria digna de ser llorada no por mí, sino por los ángeles del cielo! Ante una palabra, ante una sonrisa, se amedrentan y ¿entonces qué hacen? Para no oír esas palabras huyen de los templos, no concurren á escuchar la palabra de Dios y toleran en silencio todas las injurias que vierte la irreligión contra Cristo, contra la Iglesia y sus Sacerdotes.

Por la más extraña contradicción, mientras que los hombres sacrifican así los preciosos y nobles intereses de la fe y de la conciencia, de la dignidad y del honor, de la piedad, y de la gloria de Dios, de sus amenazas y de la reprobación eterna; ved con qué altivez desdennan la crítica y los sarcasmos del mundo, cómo se levantan contra sus instituciones, contra sus vicios, contra sus crímenes. Es el amo más severo, el más altivo el más duro censor de todos los escándalos que la impiedad produce; mucho más severo y más suspicaz que los predicadores del Evangelio, que los pregoneros de la justicia divina, que los que enseñamos la santidad y la moral cristiana, que al fin es más conforme al espíritu y á la caridad de Dios, que, si es implacable para condenar el vicio, extienda su mano bienhechora para estrechar á los extraviados. El mundo, siguiendo una conducta diametralmente opuesta, mientras que ninguna cosa hace, ni de otra cosa se ocupa que en favorecer y

propagar el vicio, es implacable, terriblemente implacable con los desgraciados que han caído en sus redes. De sus inmoralidades, vosotros, mis hermanos, lo oís todos los días, se burla el mundo. No murmura mos nosotros, murmura el mundo.

¿Quién se engrandece por el incremento de sus riquezas, sin que el mundo lo atribuya siempre á un origen criminal y sin que su mismo engrandecimiento excite sus furiosos y sus envidias? ¿Quién se encumbra hasta la altura de los empleos ó dignidades sociales, sin que el mundo adivine ó invente, que es lo más común por desgracia, qué medios bajos ó ruines empleó para elevarse; sin que el mundo construya, para esa elevación un pedestal de adulación, de bajeza, de intrigas, y de miserias? ¿Dónde están esos extravíos secretos que reprobaba la moral y, que, por cualquiera circunstancia quizá el más inocente puede caer? ¿Dónde están que no los persiga el mundo, que no los persiga de muerte, para presentarlos en su horrible deformidad, para hacer de ellos el objeto de las conversaciones públicas, para burlarse de las propias víctimas de su ambición criminal, para buscar, en esa misma desgraciada caída, nuevas armas contra la religión y contra la moral, para expiar mientras que las fomenta en secreto, para expiar en público con un espíritu de dureza, esas miserias que la caridad cristiana cubre con su manto de amor? Contra tales censuras, contra tales durezas, tiene el pecador una altivez que espanta; sabe desafiarlas, como si estuviera en los rectos senderos de la justicia y de la verdad. Cuando se le advierten las murmuraciones públicas, el escándalo que su conducta produce, y luego se le dice que la única causa de su descrédito ha de atribuírsele á sus malos manejos, resiste y contesta: "¿Qué me importa que todos se burlen! ¿Quién está exento de la maledicencia pública? El juicio del mundo es frívolo, nada es posi-

ble hacer con su aprobación, se opone á los más noble intereses de las personas que lo forman y, sin alcanzar la aprobación de todos, basta el testimonio de la propia conciencia; por lo demás, otras personas constituídas en más altura y mejor posición que yo, sufren también las injurias y las maldiciones del mundo, y sin embargo, continúan en su camino; yo quiero seguirlos; hay un círculo bastante numeroso que me estima, me respeta y me acata; entretanto que el hombre solo vé apariencias. Dios sabe lo que pasa en el fondo de la conciencia". Siendo esto así ¿cómo siguen y continúan los hombres, en su carrera de pecado, de escándalo y de disolución? Pero se trata de la religión, de los intereses del cielo, de la salvación del alma, de la fe de su bautismo, de la verdad de las divinas promesas, de la cólera de Dios, con los enemigos de la religión; y toda esa altivez, ese desdén y ese desprecio del mundo, se convierten en el más humillante estado. ¡Ah! confesemos, hermanos míos, que entre todas las cosas á que es inclinado el corazón del hombre, ninguna produce más profunda lástima, más íntima compasión que esta debilidad profunda del espíritu humano, que esta especie de amortiguamiento, causa de la pérdida de todos los sentimientos nobles, con que Dios ha regalado y enriquecido, y hecho á su imagen, aunque con distancia infinita de su majestad admirable, el corazón del hombre.

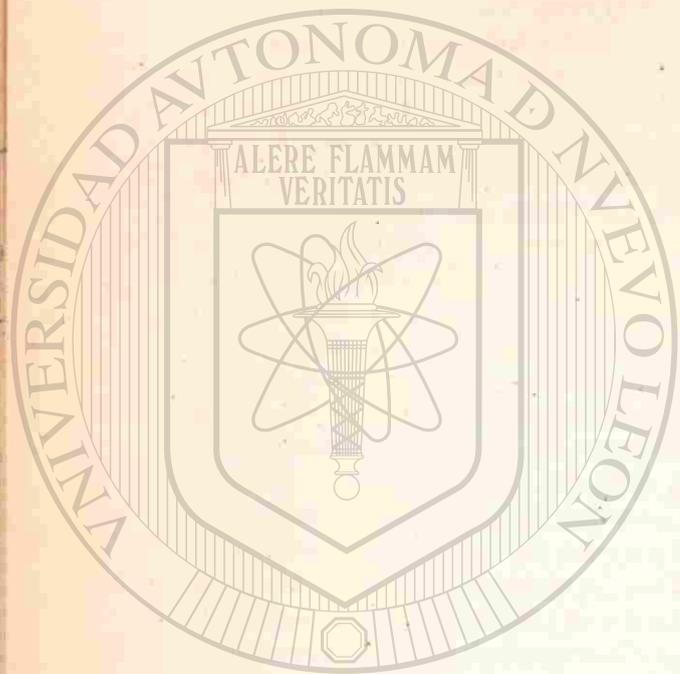
¡Ah! Qué cosa tan dura es, mis hermanos, qué cosa tan triste y tan deplorable, tener que hablar en la cátedra cristiana de esta victoria del mundo sobre la religión; sin embargo, para que escapéis de su furioso imperio, para que no seáis otras tantas víctimas, tengo yo que pasar por el dolor y la vergüenza de hablar aquí, en presencia de la cruz de Jesucristo, de las víctimas del mundo sobre la religión, del mundo universalmente perdido, del mundo atado perpetuamente, como

despojo de la victoria eterna de la cruz, al carro victorioso de nuestro Señor Jesucristo. Esta victoria del mundo sobre la religión es tanto más gloriosa para la religión, y tanto más humillante para el mundo, cuanto que no es la apostasía franca del incrédulo que reniega en su corazón, que maldice lo que no cuenta con el sufragio de su conciencia. De manera que el respeto humano no inmola al hombre sino al cristiano, porque ese desgraciado católico, que así sacrifica su religión ante el ídolo del respeto humano, cree en el fondo de su alma en eso mismo que las pasiones reniegan. Así dice que la religión ha sido fundada para moderar las pasiones de los hombres, por Nuestro Señor Jesucristo; que el sacerdocio es una de las tantas invenciones de la religión, para explotar la frívola credulidad del mundo; que los sacramentos, sus provechos y sus favores, no son sino diferencias de nombre de la religión, con que la ambición sacerdotal contenta á los hombres, para secundar su dominación. ¿Pero acaso en el mundo no se levantará este pedestal á la ignorancia? Pero dejadlo así; llega la hora de su muerte: y ese cristiano llama á un sacerdote de Jesucristo que venga á decirle al oído palabras indulgentes y de consuelo, que venga á bendecir su alma, que venga á abrirle, con esa mano todo poderosa, las puertas de la morada celestial y decirle: "parte, alma cristiana, parte de este mundo y con mi bendición que es de Dios, vé al regazo eterno de tu Padre."

Ya véis, pues, mis hermanos, cuán injurioso y ofensivo sea á nuestro Dios el respeto humano, puesto que prefiere el ídolo vano del mundo á la grandeza de Dios, las promesas del mundo á las eternas promesas de Dios, las amenazas del mundo á las terribles amenazas de la religión. El tiempo, mis hermanos, no me permite continuar desarrollando el segundo punto, esto es continuar patentizando la gravedad de la ofensa que el respeto humano infiere á Dios, poniendo de manifiesto

qué sea el mundo, de qué manera y por qué medios arranca á Dios todas esas víctimas que inmola en sus propias aras, á fin de que se persuadan todos cuantos me escuchan, si ya no lo han estado de antemano, de que la apostasía del respeto humano, es la más grande de las ofensas, en el sentido de que concede al mundo la victoria más fácil que ha alcanzado jamás sobre la religión. Continuaremos en el próximo sermón. Mientras tanto, pidamos á Dios que nos libre de este contagio, de esta lepra que se propaga por el mundo, que nos defienda de ella en vista de nuestra propia miseria, por el honor de su nombre. ¡Sí, Señor! En nada se interesa tanto tu gloria, la verdad de tus promesas, la divinidad de tu evangelio, la gloria de tu Iglesia, el esplendor de tu culto, el honor de tus ministros; en nada se interesa tanto, como en que desaparezca del mundo esta enfermedad del corazón humano, que hace doblar la rodilla cobardemente, ante un ídolo de barro, ante un fantasma. Mira por todas los grandes intereses de tu gloria y de tus ministros! ¡Sí, soberano Señor! Alcanza la paciencia á tus confesores, la serenidad á tus mártires, la pureza á tus vírgenes, á fin de que glorifiquemos tu nombre eternamente delante de los hombres! ¿Confesaremos este nombre? Lo confesaremos, durante todos los días de nuestra vida. Derramad abundantes gracias para vencer este nuevo paganismo y las detestables y villanas astucias de este mundo corrompido, á fin de que merezcamos que tú nos confieses y nos reconozcas en presencia de tu Padre que está en los Cielos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XVIII

**El respeto humano**  
**(segundo aspecto)**

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
Misa ferial del 3 de marzo de 1876.

*Qui me negaverit coram homi-  
bus, negabitur coram angelis Dei*

*A quien me negare delante de  
los hombres. lo negaré yo delante  
de los ángeles de Dios.  
S. Lucas, c. XII, v. 9.*

QUE el Salvador del mundo haya pronunciado esta terrible amenaza, durante los días de su carrera mortal, cuando lo cercaban por todas partes las pasiones humanas; cuando estaba entenebrecida su doctrina; cuando no brillaban todavía sobre su cabeza divina los esplendores de la resurrección y de la gloria; cuando se encaminaba, en cada día y en cada hora de su vida, hacia el afrentoso patíbulo en que debía expiar los pecados del mundo; cuando, saturado de oprobios bebiendo en el torrente de las humillaciones, se estremecía en sí mismo, de pavor, en presencia de las amarguras de la pasión y de los dolores de la muerte; que entonces, repito, hubiera amenazado á sus Apóstoles, á sus discípulos, á la muchedumbre del pueblo que lo seguía por todas partes, con el desconocimiento formal de su filiación divina, con la reprobación eterna, con la clausura de las puertas de la patria celestial á

todo aquel que lo negase delante de los hombres, en ese tiempo en que todas las circunstancias que rodeaban al Salvador eran, más que otra cosa, un estímulo para venerarlo en presencia de los hombres: lo comprendo y me lo explico, mis hermanos. Esas palabras pronunciadas por un hombre, objeto del ludibrio y del oprobio en Israel, que debía experimentar en breve todas las injurias de las pasiones humanas, que había de ver traicionada cobardemente la fidelidad que le debían sus discípulos y sus Apóstoles, que había de ver castigada su inocencia y que había de ser llevado á la altura de un monte ignominioso para dar el espectáculo más triste; esas palabras pronunciadas entonces, tienen un sentido que toda razón acepta, que todo entendimiento comprende. Pero, desde el Tabor de su gloria, cuando la sangre de la redención ha santificado al mundo, cuando la cruz de Jesucristo es el símbolo de la civilización legítima, cuando el Salvador ha conquistado, no solamente las almas, comprándolas con el precio infinito de su sangre, sino también las naciones y los pueblos, fundando en ellas todas las instituciones de que se envanece el mundo; cuando la experiencia de diez y nueve siglos demuestra evidentemente que todo lo que su mano no bendice está herido de esterilidad y que la prosperidad no es compañera de los pueblos ni de los individuos, sino cuando el ángel de la redención extiende sobre ellas sus bienhechoras alas; cuando todo esto se encuentra comprobado, no solamente por la experiencia de los siglos, sino también por las más inauditas y terribles catástrofes que han acaecido al pueblo prevaricador, es verdaderamente inconcebible que el Salvador de los hombres y de la sociedad, haya de repetir también desde las alturas: "Al que me negare delante de los hombres, yo lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos".

Oh! Rey inmortal de los siglos! ¿Cómo es posible

que la fragilidad humana haya entenebrecido tanto los entendimientos que tengas tú que fulminar anatemas para los que no siguen tus banderas en el mundo? ¿Cómo es posible que la profunda debilidad del corazón humano necesite de esta amenaza de tu justicia, á saber: que las desgracias y toda suerte de infortunios pesen en el siglo presente y en el venidero sobre todos aquellos, que no están, afiliados en tu santa milicia?

Porque esa es la verdad, mis hermanos, el respeto humano que infiere tan grave ofensa á la magestad eternamente adorable de Dios, no es siquiera una fuente de felicidad y de ventura para el hombre, sino un campo estéril que solo produce, como esa tierra maldecida por Dios, espinas y abrojos, frutos infecundos para el bien, para la felicidad, para la dicha del corazón humano y atrae á sus desgraciadas víctimas la sanción de la más rematada locura y luego la ausencia de toda felicidad, de todo goce íntimo de la conciencia y del corazón. De manera que Dios venga, con su admirable sabiduría, las ignominias del mundo moral, las injurias que le infiere esa apostasía criminal de los cristianos; la venga, sembrando en el entendimiento y en el corazón de esas desgraciadas víctimas, los más amargos dolores, las más atroces penas. No sirven á Dios por temor al mundo y éste las mira sin piedad, no alaban á Dios por temor á las amenazas del mundo y encuentran en las inquietudes de su alma, en los remordimientos de su conciencia, el más terrible, pero el más justo castigo de su apostasía.

Pedid á Dios, mis hermanos, que yo no degrade, que no envilezca tan elevado asunto, sino que lo trate cual conviene á los intereses de la gloria de Dios y á la santificación de nuestras almas, y pedidse lo por la mediación de la mujer más fiel, de su bendita madre. *Ave María*.

Quando se ve los funestos estragos que hace en el

mundo el respeto humano, como seca los sentimientos más nobles del corazón humano, como pretende extinguir la fe y la piedad, infundir en el corazón del hombre cierto anhelo de rebelión y de apostasía, como fascina su entendimiento para que no vea la insensatez y la locura de un crimen, que a partándolo de Dios, que haciéndole renegar de su fe, no alcanza sin embargo, la estimación y los aplausos del mundo; cuando todo esto se vé, mis hermanos, naturalmente figúrase uno que algún valor real, que alguna importancia intrínseca tendrá este ídolo del respeto humano, para que se le sacrifiquen tantos y tan valiosos intereses. Y aquí se encuentra la primera desgracia del pecador víctima de tan funesta ilusión. El respeto humano es un fantasma, que no tiene consistencia alguna, que no promete ninguna recompensa, que no hace efectiva ninguna amenaza.

En primer lugar ¿cuál es ese mundo ante el que retrocede despavorido el servidor de Jesucristo? Lo forman la ignorancia, la frivolidad, la inconstancia, los apetitos de las pasiones, el engañador atractivo del vicio, personificado en ese conjunto de extrañas y deplorables debilidades del corazón humano. Ya veis el fantasma formidable ante el cual se postran los que debieran ser el baluarte de la religión y de la fe de Jesucristo. Los que se burlan de la religión ¿son acaso los que han consumido largas y penosas vigiliassondeando los profundos abismos de la fe, escudriñando los fundamentos sólidos sobre los que reposa este edificio de la religión? Nada saben de ella y quizá y sin quizá, ni el Catecismo cristiano, que los niños aprenden en la escuela. Y sin embargo, estos, precisamente, estos y no otros son los que se burlan de la religión, los que profanan con sus blasfemias el santo Nombre de Dios, los nombres de los santos, de las cosas santas y de las ceremonias augustas de la Iglesia. ¿Son por ventura, modelos de probidad, de moral, de honradez, de

buenas costumbres? ¿Edifican á las sociedad en que viven por la habitual represión de sus pasiones, por el cumplimiento de todos sus deberes domesticos y sociales? ¡Ah! ¡Cuán lejos de eso, mis hermanos! Sus crímenes escandalizan al pueblo; llenas están las crónicas de los extravíos de sus pasiones; en las tertulias privadas, como en las reuniones públicas, se les señala con el dedo, y se cuentan todos los excesos á que se han entregado en el licencioso desenfreno de sus malas pasiones; esos son, esos, y no otros los que se burlan de la religión santísima; esos los que escarnecen á los sacerdotes, profanan las cosas santas y las llaman debilidad de espíritu; Necios! Llamam debilidad de espíritu á la noble y generosa fortaleza con que los confesores de Jesucristo desdennan, ó más bien desprecian soberanamente, sus insolencias y sus injurias, para mantener en todo su brillo la integridad de la fe que recibieron en el bautismo. ¡Espíritus fuertes son los desgraciados, que doblan la cabeza ante el yugo del mundo! Espíritus fuertes ¡ellos! los infelices que son el juguete de sus pasiones! Espíritus fuertes ¡ellos! que lo sacrifican todo, hasta su dignidad y su honra, ante la sonrisa de un insensato! Y ¿acaso es verdad que el mundo aplaude el vicio y recompensa á sus servidores? Porque algo se ha de proponer conseguir el hombre cuando reniega de Jesucristo por complacer al mundo, pues parece increíble que el resultado de un sacrificio tan heróico, tan valioso, no sea sino lágrimas, infortunio, infelicidad y desgracia. Quizá, pues, el mundo aplaudirá el vicio, quizá cuenta con su sufragio, quizá lo premia con sus recompensas, quizá lo corona de gloria, quizá le erige santuarios ante los cuales se postre reverente para tributarle el homenaje de su adoración ¡Nada de esto, mis hermanos! Señalad cual es el vicio que merezca los aplausos del mundo. Locura grande es, pues, sacrificar el hombre el tesoro valiosísimo de su fe, de

su piedad, de su amor á Dios, de las esperanzas de su inmortalidad, de ese temor á las amenazas de la justicia divina; locura grande é insensatez es de parte de los hijos de este mundo, renegar de Jesucristo, única esperanza de felicidad y de salud para el hombre, por inmolar su propio corazón en los altares del mundo.

Aparte de eso, la religión tiene sus delicias inefables, sus suaves dulzuras. Sean testigos de esto todas las almas que las gustan silenciosamente, en el fondo de sus corazones. La paz de la conciencia, la tranquilidad del alma, el sosiego de las pasiones obedientes á la voz de la razón, el suave imperio de la voluntad divina, la dulzura de los celestiales consuelos, las esperanzas, cada momento más vivas de la vida eterna, el desasimiento de un mundo frívolo y pasajero: es este, en breve, el cuadro de las dulzuras de la piedad y de la religión. Pues el respeto humano tiene el triste secreto de triunfar de todos los atractivos de la religión y de la piedad, no siquiera, mis hermanos, para derramar en el corazón la felicidad engañosa de lo que halaga comúnmente; no siquiera ofrece el fruto emponzoñado, pero agradable á la vista y suave al paladar, de una dicha que nos fascina y nos halaga ¡Ah! El mundo, tirano cruel, déspota adusto, exige de sus servidores sacrificios heroicos, inmolaciones crueles, el culto de una adoración sin recompensa; algo más, no les engaña, no les ofrece una felicidad, que está cierto que no puede dar: sus obras están á la vista de todos; quiere ser servido, pero tiene buen cuidado de anunciar que su recompensa es la infelicidad y la desgracia; quiere ser adorado, pero dice á sus víctimas que el premio de su adoración es el infortunio, la infelicidad, la desgracia íntima del alma. Incomparablemente más pretencioso que el mismo Evangelio que el mundo tacha, dice á sus servidores: "Para seguirme, es preciso renegar de Jesucristo, es preciso sacrificarlo todo, es preciso re-

nunciar á todo". No exajero, mis hermanos, tal es la triste realidad. Seguidme en los detalles de este sacrificio terrible que el mundo exige á sus servidores, y os convenceréis y deploraréis conmigo, la debilidad é insensatez del hombre, que no solamente sacrifica todo al mundo sino que recibe como recompensa de su sacrificio, la más amarga infelicidad, pudiendo sentir entonces el pecador la profunda verdad de esta sentencia del Espíritu Santo: "Que cosa tan amarga, tan cruel y tan ingrata es haber abandonado al Señor tu Dios". Cuando el hombre falta á la ley de Dios atraído por el interés ó el halago de sus pasiones, por esa funesta seducción que le hace ver un campo de flores donde sólo hay ásperos abrojos, que ocultan el veneno que ha de corroer sus entrañas; que le hace ver en el fondo del abismo donde vá á precipitarse desgraciadamente, un paraíso de felicidad; cuando el hombre peca, seducido de esta manera, no puede tener especial perdón su crimen, es verdad, pero tiene una explicación racional. Entenebrecido su entendimiento, debilitada su razón, basta que sea poco atento á las sollicitaciones de la gracia, á los dulces llamamientos de su Dios para que al punto recobre mayor imperio en su corazón el funesto dominio del mal, se debilite más el espíritu y caiga seducido, engañado por sus fatídicas pasiones. Pero el respeto humano no lo engaña, ni lo seduce. Peca entonces sin atractivo ninguno, sin interés ninguno, sin estímulo que atenúe la infracción de la voluntad de Dios y de su ley santa, que derrame alguna gota de dulzura, en el amargo caliz de su prevaricación. Tranquilamente se presenta ante él, el respeto humano, con ninguna seducción lo halaga, con ningún cebo lo atrae, nada le promete; sin embargo, despavorido, lleno de susto, como en presencia de un fantasma del otro mundo, no bajo el halago de una pasión seductora, sino bajo la triste impresión del pavor, cae el hombre, y con su misma caída, se atrae el tormento de su infidelidad.

Otras veces, no sólo peca sin atractivo, sin seducción y sin halago, sino que peca contra los atractivos, contra los halagos de su propio corazón, de su propia conciencia y de todas las circunstancias que le rodean. Criado en la religión, amamantado en la piedad, habiendo aprendido á pronunciar el santo nombre de Dios, aun ántes que las letras del alfabeto, instruído en las santas máximas de la religión, educado quizá, en un colegio donde le enseñaban á temer y amar á Dios, donde aprendió esas sublimes máximas de la religión cristiana, que el mundo no logrará, aun que lo intente, arrancar del fondo de su corazón. á saber: que más vale temer á Dios que á los hombres, que Dios es remunerador eterno, que las glorias de éste mundo por esplendorosas que sean son limitadas y perecen con el mundo, y que entre los escombros de su ruina se olvidarán, mientras que la grandeza de Dios es eterna, las recompensas de Dios son inmortales; que el juicio de los hombres por acertado que sea, por fundado que sea, nunca está exento de alguna fragilidad, mientras que el juicio de Dios es juicio sapientísimo lleno de verdad inmutable, que honra ó deshonra según conviene, y marca perfectamente en la frente el signo de la reprobación. De manera que todas las voces de su conciencia, todas las luces de su entendimiento, todos los sentimientos de su corazón, lo inclinan á la religión, á la virtud, á la piedad. Peca, pues, y sacrifica á Dios y á su conciencia, no solamente sin interés, sin gusto, sino contra las luces de su razón, contra el testimonio de su conciencia, contra los gritos de su alma que le dice constantemente: "No sacrifiques á tu Dios; al Dios que te acompañó en la infancia, al Dios que presidió tu cuna, al Dios que te infunde pensamientos de vida eterna. Mira, quizá en el momento siguiente se abrirá para tí el sepulcro, y ese Dios de quien tu reniegas pronunciará sobre tu cabeza culpable la terrible sentencia de la reprobación".

Entre estas inquietudes, entre estos remordimientos, el desgraciado lo ahoga todo, lo comprime todo, traiciona á Dios y adora al mundo. ¿Cómo si nó podría explicarse esa escandalosa doctrina inventada por el mundo acerca de la dignidad? Negación audaz de la doctrina proclamada por el Evangelio y sellada con la sangre del Hombre Dios en la cruz. El mundo ha establecido la cruel doctrina de sacrificar la vida y la honra, la abominable doctrina que realiza ese inaudito crimen, ó esa insensata locura es el respeto humano, verdadera fuente de estos escándalos, de estos crímenes, que estremecen el corazón humano. ¿Cómo explicar, mis hermanos, cómo explicar que un hombre, que tiene rectas ideas sobre el honor y la dignidad, que sabe que el primero es el compañero inseparable de la buena conducta, que la segunda no tiene otro fundamento sólido que la rectitud y las buenas costumbres; que está íntimamente convencido de que es mucho más grande, mucho más noble perdonar que vengarse; que sabe por otra parte que de esas ofensas que el mundo dice que deben vengarse con la sangre fraternal del hombre, de esas ofensas, la mayor parte son exageración de las pasiones, la mayor parte obra ficticia del amor propio, la mayor parte, fruto de la envidia, de la maledicencia, de las pasiones del mundo que hace creer fingidamente una ofensa que, bien examinada, redúcese á muy poco ó á nada. Todo eso lo sabe el hombre; sin embargo, vedlo enagenado, fuera de sí, inquieto, medio loco, nubla su razón, endurecido su corazón, olvidándolo todo: á Dios, á su patria, á su familia, á sus amigos, arrojando de sí, como un fantasma aterrador, el aspecto de la eternidad. Vedlo caminando con una serenidad terrible y espantosa, mientras que en el fondo de su alma lo corroe el remordimiento y lo espanta; todo tremebundo rinde adoración al mundo para que no se diga de él que no lo hace; vedlo caminar con

esa imperturbable serenidad que Satanás infunde á sus adoradores ¿Adonde? A, presentar su corazón herido ya por el remordimiento, despedazado por las inquietudes, despavorido ante los abismos de la eternidad donde vá á entrar quizá dentro de un momento, á la espada que lo derribará, le arrancará la vida y lo sepultará en el infierno. ¿Porqué todo ésto, gran Dios? ¡Ah! Para que la aprobación mentirosa de un mundo corrompido venga á servir de único sudario á ese abominable cadáver, despojo del crimen y sobre el cual pesa ya la eterna maldición de la justicia; porque cuando el hombre después de haberlo sacrificado todo, después de haberse inmolado al mundo, encuéntrase ya abandonado de Dios á quien tiene vergüenza, oscurecido por las tinieblas de una conciencia insensible, ausentes de su alma todos los consuelos divinos en castigo de la perseverancia con que siempre los rechazó, es despreciado del mundo á quien ha escandalizado con sus excesos, y que reprueba en secreto y en público todos sus extravíos: las disipaciones del juego, los excesos de los placeres, el abandono sin freno á todo género de licencias. Todo este conjunto de ruinas se amontonan inevitablemente cuando el pecador cae en esta desgraciada situación; y contemplando el miserable naufragio de su honra, de su dignidad, de su alma, de su corazón, cuando no se atreve á levantar los ojos al cielo temeroso de que un rayo terrible, lo hiera, ni tampoco á inclinarla á la tierra que parece vá á abrirsele con sus llamas y tragarlo vivo en sus entrañas, temiendo además la censuras de su mala conducta, y á concentrarse dentro de sí porque se encuentra con la más repugnante escena: con el corazón endurecido, con una conciencia insensible, ¡Ah!, en estos desgraciados momentos, una contradicción de la vida, un golpe de la fortuna viene á visitar su corazón, sin religión, sin Dios, sin fe, sin con-

ciencia, sin esperanza, lleno de remordimientos y temores, ó mas bien, sin remordimiento, sin temor para obedecer á los encontrados impulsos de mil pasiones diferentes. Entónces, se le aparece esa filosofía incrédula que lo ha seducido y le dice con una sonrisa infame: "Tú única esperanza es el sepulcro, no te valdrá, ni el Dios del cielo, ni el de la tierra" ¡No hay remedio! Entónces, tomando en una mano el puñal y en la otra el veneno le dice: "escoge", y el infeliz, el desgraciado hombre, enloquecido de furor, desgarrando su corazón con el puñal ó corroe sus entrañas con el veneno

A estos desgraciados términos conduce, mis hermanos, esa funesta pasión. Yo bien sé que no son comunes éstos ejemplos, pero he debido presentaros el último lance de la vida del hombre, cuando se abandona, cuando se echa voluntariamente en brazos de este maldito respeto humano, que apartándolo de Dios y haciéndolo servidor del mundo, no le produce sino infortunios, desgracias é infelicidad eterna, y algunas veces, para espanto de los hombres y para testimonio de la justicia de Dios, una muerte ignominiosa, la reprobación, la eterna reprobación de la justicia de Dios.

Basta, pues, considerar los daños y las desgracias irreparables, en verdad, que causa en el corazón del hombre, el respeto humano, para que nos apartemos de él, para que sepamos pisarlo altivamente y enorgullecernos de nuestra fe, de nuestra religión, de nuestro Dios. Pero, mis hermanos, aunque no fuera así, aunque la infidelidad y la desgracia no fueran sus compañeras inseparables, aunque realmente estuviera sembrado de flores el camino de las pasiones, aunque en las tiendas de los pecadores se comiera en abundancia el pan sazonado de la felicidad y se embriagara el hombre con el vino de los más deleito-

sos placeres y pudiera dormir á la sombra del árbol de la dicha, y todo fuera para él bienandanza y ventura, es el caso de exclamar en presencia del mundo: ¡Ah! Yo no quiero habitar en las tiendas de los pe- cadores, ni en sus tabernáculos. Antes al contrario, como el Apóstol Pablo, salgamos, levantada la frente, altiva la mirada, la noble cabeza puesta ente- ramente en el cielo que es nuestra patria! ¡Salgamos del campo del mundo, llevando la bandera de Cristo Crucificado, llevando sus improperios que son la única fuente de los verdaderos placeres! Vengan en buena hora todos los sábios del mundo con sus pala- pras dulcísimas y suavísimas: mi corazón, inmensa é infi- nitamente ambicioso quiere una gloria eterna, infinita, que exceda en esplendor á todas las glorias del mundo y de los siglos. Yo quiero, por que mi corazón es infi- nitamente ambicioso, la gloria de poseer la patria cele- stial: no quiero comer mi pan, á la sombra de los sau- ces de la ciudad de Babilonia. Los pregoneros de Jesu- cristo son la verdadera gloria del cristianismo; porque la gloria de este mundo perecerá con él; y como quiero que mi gloria sea imperecedera, no quiero, nó, ser envuel- to entre las ruinas de este mundo miserable; quiero que mi nombre escrito esté en el libro de la vida y que lo repitan los siglos, alabando á Dios; eso es lo que am- biciono, y porque ambiciono tanto, quiero las humi- llaciones, las afrentas de Jesucristo, á fin de que no diga de mí: lo "negaré delante de mi Padre que está en los cielos", sino que al contrario, deje caer de sus benditas manos, sobre mi cabeza la corona de la in- mortalidad, cumpliendo la promesa que hizo el Após- tol S. Juan: "al vencedor en buena lid yo le conce- deré el que venga á comer en el convite de la inmor- talidad el pan de la vida eterna".



## XIX

### El respeto humano (tercer aspecto)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral en la Misa ferial del 8 de marzo de 1876.

*Qui me negaverit coram homi- nibus, negabitur coram Angelis Dei.*

*Al que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también de- lante de los ángeles de Dios.*

S. Lucas, c. XII, v. 9.

**P**ARA comprender los tristes efectos y los funestos estragos que el respeto humano causa en la Iglesia de N. S. J. C. no basta, mis hermanos, haber subido al cielo para contemplar allí á la magestad divina audaz- mente ultrajada por la debilidad del hombre, ni haber penetrado en el fondo de la conciencia cristiana ame- drentada por ese vano espectro del respeto humano; es menester, además, contemplar de cerca las heridas pro- fundas que causa á la religión, los irreparables daños que produce á la moral pública; es necesario compren- der la pavorosa profundidad del abismo que cava al pie de las sociedades cristianas, amenazando sepultar- las irremisiblemente en él

La religión de N. S. J. C., divinamente estableci- da en el mundo para procurar la mayor gloria de Dios

sos placeres y pudiera dormir á la sombra del árbol de la dicha, y todo fuera para él bienandanza y ventura, es el caso de exclamar en presencia del mundo: ¡Ah! Yo no quiero habitar en las tiendas de los pe- cadores, ni en sus tabernáculos. Antes al contrario, como el Apóstol Pablo, salgamos, levantada la frente, altiva la mirada, la noble cabeza puesta ente- ramente en el cielo que es nuestra patria! ¡Salgamos del campo del mundo, llevando la bandera de Cristo Crucificado, llevando sus improperios que son la única fuente de los verdaderos placeres! Vengan en buena hora todos los sábios del mundo con sus pala- pras dulcísimas y suavísimas: mi corazón, inmensa é infi- nitamente ambicioso quiere una gloria eterna, infinita, que exceda en esplendor á todas las glorias del mundo y de los siglos. Yo quiero, por que mi corazón es infini- tamente ambicioso, la gloria de poseer la patria celes- tial: no quiero comer mi pan, á la sombra de los sau- ces de la ciudad de Babilonia. Los pregoneros de Jesu- cristo son la verdadera gloria del cristianismo; porque la gloria de este mundo perecerá con él; y como quiero que mi gloria sea imperecedera, no quiero, nó, ser envuel- to entre las ruinas de este mundo miserable; quiero que mi nombre escrito esté en el libro de la vida y que lo repitan los siglos, alabando á Dios; eso es lo que am- biciono, y porque ambiciono tanto, quiero las humi- llaciones, las afrentas de Jesucristo, á fin de que no diga de mí: lo "negaré delante de mi Padre que está en los cielos", sino que al contrario, deje caer de sus benditas manos, sobre mi cabeza la corona de la in- mortalidad, cumpliendo la promesa que hizo el Após- tol S. Juan: "al vencedor en buena lid yo le conce- deré el que venga á comer en el convite de la inmor- talidad el pan de la vida eterna".



## XIX

### El respeto humano (tercer aspecto)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral en la Misa ferial del 8 de marzo de 1876.

*Qui me negaverit coram homi- nibus, negabitur coram Angelis Dei.*

*Al que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también de- lante de los ángeles de Dios.*

S. Lucas, c. XII, v. 9.

**P**ARA comprender los tristes efectos y los funestos estragos que el respeto humano causa en la Iglesia de N. S. J. C. no basta, mis hermanos, haber subido al cielo para contemplar allí á la magestad divina audaz- mente ultrajada por la debilidad del hombre, ni haber penetrado en el fondo de la conciencia cristiana ame- drentada por ese vano espectro del respeto humano; es menester, además, contemplar de cerca las heridas pro- fundas que causa á la religión, los irreparables daños que produce á la moral pública; es necesario compren- der la pavorosa profundidad del abismo que cava al pie de las sociedades cristianas, amenazando sepultar- las irremisiblemente en él

La religión de N. S. J. C., divinamente estableci- da en el mundo para procurar la mayor gloria de Dios

y la santificación de la humanidad, es una religión activa, visible, exterior, que debe encaminar al hombre, no únicamente por la influencia de sus divinas máximas, por la austeridad de su moral sublime, por la belleza de su armónico conjunto, sino, también, hablando á su sentidos, elevándolos hasta las alturas divinas, por medio de sus pompas augustas, de su admirable Liturgia; derramando en las almas la gracia del Espíritu Santo por medio de los Sacramentos, conservando en los espíritus las divinas impresiones de la gracia por el ministerio de la predicación, por la pompa exterior del culto, por la magnificencia verdaderamente divina con que esta reina del cielo descendida á la tierra encamina á las almas hasta las regiones de su verdadera patria.

El respeto humano trastorna el verdadero carácter de la religión, infiriéndole así el mas funesto y el más terrible de los daños, por que hace de la misma religión de Jesucristo una religión inepta para glorificar á Dios. Compañera del hombre ha de acompañarlo desde la cuna hasta el sepulcro, abriéndole por entre los infinitos senderos del mundo, el recto que conduce á la vida eterna, bendiciendo sus caminos y ordenando siempre su conducta ajustada á sus divinos mandamientos. El respeto humano, estableciendo una barrera insuperable en su corazón, hace casi imposible su conversión á Dios, la santificación de su alma, su honrado andar por los caminos de la virtud y de la justicia. Por último, siendo desterrada de la sociedad, proscrita del hogar, ahuyentada de la vida pública y social, la religión, que ha resistido siempre el movimiento del mundo tiene que refugiarse en el santuario, para mostrar sus heridas, para atraer con sus encantos, para santificar con sus gracias á las pocas almas que vienen á buscarla, en el escondido santuario donde vive oculta con el Dios que la ha fundado.

¡Oh Religión Santa! ¡Religión augusta! ¡Religión

divina! ¡Religión de mis mayores! Religión de mi Patria! Religión natural de la humanidad! ¡Por cuantas vicisitudes has pasado en el mundo, desde que como prenda de misericordia y de amor te fundó Jesucristo sobre la tierra! Contemplando tu eterna belleza, exclamó David arrebatado de admiración: *frecuentemente me han combatido mis enemigos, desde que me hallaba en la cuna; mas no han podido conmigo* ¡Sí, Religión santa! Los siglos han pasado sin hacerte el menor daño, rozando apenas tu cabellera virginal y sin ajar siquiera, tu imperial vestidura. No naufragaste ¡no! en ese mar de sangre que brotó de las venas de tus hijos, al furor de los tiranos de los primeros siglos; ni las herejías que amenazaban destrozar tu seno purísimo te causaron el mas leve daño; antes, separadas como ramas mustias del árbol frondoso de la cruz, presentan hoy el triste espectáculo de la disolución y la anarquía; pasaste también por las temidas tempestades de la edad media entre el pontificado y el imperio; y aun cuando á veces en el fragor de la tempestad las olas te subían á los cielos, y las tenaces luchas parecían ocultar la divina barca en que tu bogabas; luego al pasar la tormenta podían verse los desgraciados náufragos bogando tranquilos á tí, y señalando con tu dedo divino el puerto de la patria. ¿Será acaso ¡oh religión santa! que te estaba reservado para estos últimos tiempos, después de haber salvado del furor de la espada, de los tiranos, de los cismas y de las herejías, el sucumbir á los golpes del respeto humano? ¿De esa pasión criminal, que tantas victimas hace hoy en el mundo cristiano? ¡Ah, mis hermanos! Vamos á contar estas heridas, á llorar sobre ellas, á dolernos de la parte que tengamos en este desprestigio de la religión, obra exclusiva de la punible debilidad que engendra en las almas el respeto humano.

Pedid á Dios los auxilios de la gracia por la intercesión de la bienaventurada Virgen María.

Es esencial á la religión, su carácter exterior lo exige y el Evangelio impone como principal obligación de la piedad cristiana, la profesión pública de la fe de N. S. J. C. Ni la gracia del Espíritu Santo, ni la sabiduría del cielo, ni la propagación del Evangelio, ni ninguno de los restauradores de las ruinas causadas por el pecado en el hombre, dejan de tener, si bien se observa, un carácter exterior y visible. Si es verdad que debemos levantar nuestro corazón á Dios y orar en su presencia en espíritu, como lo enseña el Evangelio, lo es también que han de levantarse templos que publiquen con la magnificencia de su estructura la gloria del Dios á quien se consagran; en donde se congreguen los fieles para orar en común, según la enseñanza del Salvador. Si bien es cierto que los divinos efectos de la gracia son invariables, como ella misma, que no es otra cosa que un soplo del Espíritu Santo, según lo enseña el mismo Nuestro Señor, también lo es, que el perpetuo canal de estas gracias son los sacramentos, signos visibles, exteriores, símbolos místicos de la gracia invisible que representan. Si es verdad que el fundador divino de la religión la gobierna invisiblemente desde la altura del trono en que está sentado á la diestra de su Padre, asistiéndola perpetuamente sin permitir que sea ultrajada de sus enemigos y consintiendo con ellos, solo para hacer más refulgente y brillante su victoria; también lo es, que ha constituido para su gobierno visible, una autoridad cuyo asiento se encuentra en la Cátedra de Roma y que desciende como una vivificadora corriente hasta los últimos grados de la gerarquía sacerdotal. De manera que todo en esta sociedad divina es exterior y visible; el culto, los sacramentos, la autoridad, la predicación de la divina palabra, las instituciones todas, que al mismo tiempo que simbolizan los maravillosos efectos de la redención, son indispensables para difundirlas en el mundo cristiano. Pues esta ad-

mirable y sapientísima estructura de la religión es debilitada, profundamente herida por esta criminal pasión del respeto humano; en ella tienen su origen esas pretendidas máximas que el mundo propaga con tanto ardor y que tienen hoy tanto concepto: "*que para adorar a Dios no hay necesidad de asistir á los templos y de congregarse en común; que Dios está en el cielo y que todo lo sonda viendo lo profundo del corazón; que la oración que parte del alma se levanta en alas de la fe y la esperanza y es acogida misericordiosamente por Dios.*" Con estas máximas, pretende el mundo proscribir el culto externo, las ceremonias de la religión y ese magestuoso conjunto de ritos, de ceremonias, de homenaje exterior, verdaderamente instituidos por la Iglesia, conteniendo y aplicando el espíritu de N. S. J. C. y que, según la enseñanza del Santo Concilio de Trento, nadie menosprecia sin grave ultraje á la majestad de Dios. De aquí ese desdén sacrilego de las santas leyes de la Iglesia, de su sabia disciplina, de las más antiguas tradiciones del cristianismo, para ser suplantadas por las tradiciones del mundo, por los usos del mundo. En otro tiempo, podía señalar la piedad llorosa y consternada á aquellos que no participaban del banquete eucarístico, que no se acercaban á la piscina sagrada de la penitencia, que no cumplían el santo precepto de la abstinencia y del ayuno ¡Oh! ¡Con cuánta razón debe estar de duelo la religión católica! ¡Cómo llorarían los ángeles del cielo que adoran á Dios en el eterno santuario en que habita! ¡Cómo llorarían si pudieran brotar lágrimas de sus ojos, viendo este decaimiento de las costumbres cristianas, este menosprecio de los más venerables preceptos de la religión!

Si bien se observa, mis hermanos, una gran parte de estos voluntarios infractores de las santas leyes de

la Iglesia, no tienen otro móvil para su conducta que el respeto humano. ¿Qué dirán mis amigos? ¿Qué dirán mis compañeros de tertulia? ¿Qué se hablará de mí en la sociedad, si se me ve acercarme á los sacramentos, visitar á Jesucristo en el templo, cumplir las leyes de la abstinencia y del ayuno y, por ser fiel observador de la ley de Dios, chocar con las costumbres, con los usos que este mundo impone? ¿Qué dirá? No dirá sino lo que dice siempre, para eterna vergüenza é infamia suya, dice: que los fieles servidores de Jesucristo, los que cumplen su ley santa, los que no violan sus juramentos, los que no traicionan su fe, son jesuitas, son fanáticos y están engañados por los sacerdotes. ¡Verdadera esterilidad de sus censuras, que no encuentra sino nombres vanos, que nada valen y nada significan, para opacar la virtud!

Esta religión así debilitada por el espíritu del mundo, es inepta en cuanto cabe para glorificar á Dios, puesto que el respeto humano tiende á arrebatarse su carácter exterior y visible que es justamente el signo de su exteriorización en el mundo. No es menos á propósito para santificar á las almas, porque en la religión santa que profesamos crea el respeto humano una fortaleza insuperable para él. Yo se, mis hermanos, y alabáis á Dios por ello, que para su misericordia no hay resistencia invencible en el corazón humano, su gracia eternamente bondadosa, sabe triunfar en el momento oportuno, en el que ha escogido su inefable sabiduría, para vencer las más tenaces obstinaciones del corazón humano, y si no lo creyérais, aun cuando lo enseña la divina fe que profesamos, testificaríanlo multitud de ejemplos de la moral evangélica, con lenguas de alabanza y adoración. El enemigo de la Iglesia, el furioso perseguidor de Cristo, convertido en manso cordero, en prigionero del Evangelio, Agustín convertido y apartado á los impulsos de la gracia, de los vicios y de lo

pasatiempos del mundo hasta ser constituido en centinela y baluarte de la religión, en apologista del catolicismo, gran santo y eminente doctor de la Iglesia católica.

Pero si todas las pasiones humanas oponen cual más, cual menos, resistencia á las sollicitaciones divinas de la gracia, paréceme que ninguna las opone en tanto grado, en tanto número, tan invencibles, como esta pasión del respeto humano; porque, en fin, la religión influye sobre el hombre por los medios visibles con que cuenta, que son aquellos mismos de que se vale la amorosa misericordia de Dios para derramar su gracia; las otras pasiones, la ambición, la sensualidad, la envidia, la venganza no apartan al hombre de la gracia; entenebrece su corazón por esos densos vapores que se levantan de los abismos de la conciencia, debilitada su voluntad, endurecida ya por el hábito del crimen, inquieta, turbada su conciencia, algo más diré, silenciosa ya por haberse embotado en ella el aguijón de los remordimientos, todavía si las luces divinas de la religión brillan en el fondo oscuro de esa razón entenebrece, un rayo de su luz puede advertir al pecador el abismo á donde se precipita momento por momento. Si alguno de los suaves llamamientos de la misericordia convida á ese pecador deteniéndolo en la carrera de su corrupción, lo convida con la suavidad, con la paz, con el regalo, con la dicha que se disfruta en los tabernáculos de Sion; enjuga sus ojos que brotan lágrimas de desconsuelo y de dolor; alienta su corazón; le muestra el ángel de su esperanza que le facilite el camino apartándole las espinas y los abrojos. ¡Ah! El pecador ante esa visión celestial, puede sentirse divinamente vencido, llagado, herido; y si acaso la obstinación ha tomado asiento en su alma, la religión puede amenazarlo con sus castigos, puede aterrarlo con los fulgurantes rayos de la justicia divina, puede

decirle deteniéndolo en el camino de sus vicios: “*hay un Dios, una muerte inevitable que te ha de sorprender, á donde caminas.*” Piensa un momento, y la sorpresa misma de la amenaza y lo incierto del porvenir, realmente pueden hacerle volver sobre si mismo; una mirada acongojada y bondadosa le basta para curar los desastres causados por el pecado en su alma, abrazarse de la cruz de Jesucristo por la austeridad cristiana y ser en lo sucesivo su verdadero discípulo, ciudadano del cielo y heredero de su gloria. Pero, ¿qué hará la religión para convertir á las almas dominadas por el respeto humano? ¡Ah! Yo no sé! En vano brillarán sus luces celestiales, porque ese cristiano las conoce y las menosprecia; sabe que hay un Dios á quien debe servir y amar sobre todas las cosas, que debe fidelidad á las promesas que hizo en las fuentes regeneradoras del bautismo, está convencido de que la religión no sólo cuenta en su favor la santidad de su moral, sino también con el sufragio de la ciencia y de la verdadera civilización, siente en su corazón las esperanzas de su inmortalidad, ¿qué cosa nueva tiene, pues, que decirle la religión? ¿qué nuevas luces brillarán en el fondo de su alma? ¿Lo atraerá acaso con sus consuelos, con sus dulzuras? ¡Ah, mis hermanos! El pecador seducido por el respeto humano ha pecado contra su conciencia, contra sus atractivos, contra sus afecciones, contra las luces de su razón, contra los movimientos de su corazón, ¡Es un desgraciado que lo inmola todo ante esa divinidad frívola, en cuyos altares quema el incienso que no se atreve á quemar en los altares del cristianismo! No pueden tampoco influir en él las terribles amenazas de la religión. ¡Ah! Muchas veces han resonado en el fondo de su alma, como en otro tiempo la poderosa voz de Jehová, anunciándole su ley santa entre truenos y relámpagos; pero él se ha acostumbrado á ensordecerse.

Decidle todos los terrores de la religión, todas

las amenazas del Evangelio y ¿sabéis lo que hace, mis hermanos? Yo no invento nada de esto, lo que hago es recoger la observación y presentarla en conjunto á vuestra meditación. Como tiene fe, como ha nacido en la religión, como la ha comido como el pan cotidiano, como la ha bebido como el agua y como la ha respirado como el aire, ¿qué es lo que hace? ¡Huir de ella! Por eso el sistema de sus desgraciados partidarios es huir de los templos, de los sacramentos, de todas las ceremonias del culto; huyendo, deja de sentir el divino aguijón con que Dios punza á las almas, y entonces ya está más dispuesto para secundar al mundo en sus irrisiones, en sus burlas, en sus mofas, en sus sacrilegios.

Por último ¿quién ha ahuyentado del hogar doméstico á esta pacífica reina que dominaba en él derramando en su seno la paz, la dulzura, el consuelo, la verdadera felicidad, santificando y bendiciendo las fiestas solemnes de la familia cuando el nuevo fruto de un matrimonio santo venía á alegrarla, cuando el movimiento natural del tiempo, traía para la familia el feliz recuerdo del nacimiento del padre ó de la madre ó de los hijos, cuando algún fausto suceso venía á acrecentar el patrimonio, uniéndose así todos los corazones en un único sentimiento de adoración y de acción de gracias al Dios dador de todo bien? ¿Quién ha ahuyentado así á la religión del seno del hogar? ¡Ah! Lo reconoceréis conmigo, mis hermanos: el respeto humano. Y aquí no puedo menos que deplorar la criminal cordescendencia de los jefes de las familias, de los padres y de las madres á quienes Dios ha constituido augustos depositarios de esta institución primitiva de la humanidad, la familia, constitución sagrada en que tiene raiz y principio toda la humanidad y de donde derivan todos los bienes y todos los males que han de ser el patrimonio del porvenir. Porque ¿á

quiénes sino á ellos se debe la introducción de las costumbres paganas en pleno reinado de N. S. J. C?

Está abolida la oración en común, y la recitación de las preces antes y después del alimento cotidiano. ¿Dónde están los signos de piedad y de fe que adornaban en otro tiempo, como signo de honor y de gloria los muros, las habitaciones todas del hogar cristiano? ¿Qué se han hecho todas estas prácticas? ¿Quién las ha destruido? El respeto humano, mis hermanos. Porque se ha tenido la debilidad de abrir las puertas de los hogares cristianos á hombres maldecidos, á quienes la religión culpa de sus desgracias; porque se ha hecho de la religión una religión solitaria, mientras que N. S. J. C. quiso hacer de ella la religión social de la humanidad! Y si del hogar pasamos á la sociedad ¡Oh! ¡Qué ruinas, mis hermanos! ¡Qué escándalo! ¡Qué abominación! La sociedad moderna respecto de la religión parece un árido desierto. La ha expulsado una conspiración infame movida siempre por ese demonio del respeto humano; la ha arrojado audazmente de las constituciones de los pueblos, de las sociedades públicas, del gobierno, de los municipios, de la vida exterior; la han reducido á vivir triste, llorando su abandono y la perversidad de sus hijos que la han obligado á refugiarse en el fondo de sus templos y hasta allí, la persigue el mundo que quisiera aniquilarla, si esto le fuera posible. Esta conspiración general la secunda admirablemente multitud de cristianos víctimas del respeto humano. Porque ¿pudieran tanto las leyes, los gobiernos, los municipios, los parlamentos, las instituciones todas, pudieran tanto contra la religión, diré más, pudieran algo contra la religión, si los católicos no la abandonaran cobarde y miserablemente? Creo que no, mis hermanos. Si confesaran su fe delante de los hombres como lo manda Nuestro Señor Jesucristo, si levantada la frente y altiva la mirada dijeran como los discípulos

de Jesucristo: "Yo me llamo cristiano, me apellido católico," si llevaran con honor y con gloria la bandera de Nuestro Señor, si no se avergonzaran de su nombre en presencia de los hombres, si para cumplir los santos preceptos de la religión, no se ocultaran entre las tinieblas, como hacían los primeros discípulos por miedo de los judíos, si frecuentaran los templos, si recibieran los sacramentos, si salieran al frente presentando sus pechos desnudos, siempre que la religión tiene que reprender alguno de los daños de los gobiernos ó de las leyes; si todo esto se hiciera, ahora no se vería la religión santa de N. S. J. C. desierta y de duelo. Pero, porque hacen todo lo contrario, movidos por el respeto humano; porque si reciben los sacramentos lo hacen á escondidas; porque si oran buscan el más oculto rincón; guardan la piedad en el fondo de su alma y no saben publicarla arrogantes y de frente; por eso sufre la religión los certeros y envenenados tiros de la impiedad, por la complicidad del silencio, complicidad de esa política bastarda creada por el liberalismo moderno, que consiste en sacrificar siempre, los más sagrados deberes que la religión impone á las culpables tiranías de este mundo. He ahí lo que nos tiene perdidos; he ahí la raíz del malestar social; he ahí por qué en todos los corazones hay un secreto por el cual no caminamos por los senderos de la virtud.

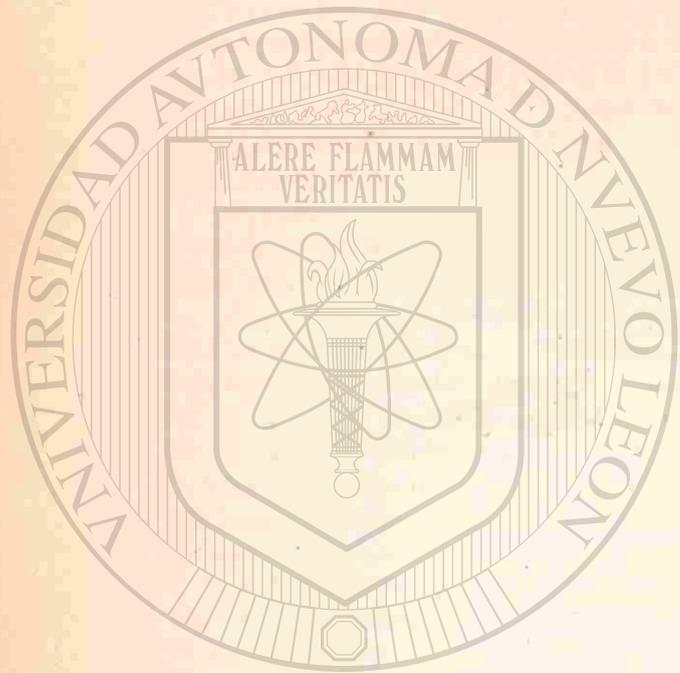
¡Lloremos, mis hermanos, los extravíos pasados! No nos avergonzemos de una religión que goza en todo momento del elogio que hizo el Espíritu Santo de los Apóstoles diciendo que iban alegres, contentos, satisfechos á presentarse ante el senado de Jerusalén, sufriendo contumelias y burlas por el nombre de Jesucristo. Sobre todo volvamos los ojos hácia ese divino y adorable Señor, hácia ese Sol radiante del mundo, que ha fundado su religión para que sea obedecida, reverenciada, acatada, venerada y servida por los hom-

bres, por la sociedad, por los imperios. De El ha escrito el Espíritu Santo que es el Rey de los reyes y Señor de los señores, y la religión santa que ha fundado en la tierra tiene por necesidad natural de las cosas su asiento de honor en el consejo supremo del trono de los reyes, al lado del gobierno; ella es la única inspiradora permanente de la justicia, ella la que muestra siempre el sendero recto de felicidad á los hombres, á las naciones y á los pueblos.

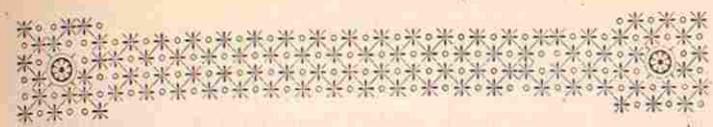
¡Sí, Redentor adorable! Las heridas que el respeto humano impone á la religión son en verdad las más sangrientas; y á mí me parece ver á esta religión divina presentarse ante tu divino tribunal mostrándote esas heridas sangrientas y diciéndote: "*lo que no me han hecho los príncipes enemigos, lo que no me han hecho las herejías, lo que no me han hecho las revoluciones que han agitado el mundo y cambiado su faz, me lo han hecho el respeto humano, la cobardía de mis hijos.*" ¡Ah Señor! "Porque esas llagas me las han hecho en la casa de mis propios hijos, en mi propia familia, en el seno de los míos, *me han causado estas heridas semejantes á las tuyas, que fuiste el oprobio de los hombres y que ya no tenías figura de hombre.*" ¡Ah Señor! parece que para expiar estas apostasías del respeto humano, estas infidelidades, estas traiciones, estas cobardías de tales hijos, para expiarlas parece que permitiste ser signo de oprobio ante los judíos. ¡Cómo te pusieron, Señor! Asentado en un banco, cubierto con una púrpura irrisoria, ceñida tu cabeza con una corona de espinas y en la mano una caña, que representaba el cetro de tu reino; y así hecho objeto de burlas y escarnio, pasaban junto de tí y te escupían en el rostro para decirte luego con un criminal sarcasmo: "*Cristo adivina quién te hirió.*"

¡Oh dolor, mis hermanos! ¿No es esto lo que hacen los cristianos con Jesucristo? Obra pues, Señor, el gran

milagro de la conversión de estos pecadores, con aquella oración sublime de tu misericordia: *¡Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen!*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### La lectura de malos libros

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la misa ferial del 10 de marzo de 1876.

*Qui dixerunt: Linguam nostram magni habemus; labia nostra á nobis sunt. ¿Quis noster Dominus est?*

*Los cuales dijeron: nos engrandeceremos con nuestras lenguas; nos pertenecen nuestros labios. ¿Quién es Nuestro Señor? David, salmo 11. v. 5)*

**H**e ahí, mis hermanos, el grandioso monumento de la soberbia humana. Engraido el hombre con su hermosura, deslumbrado con el brillo refulgente de esa luz divina encendida por Dios en el fondo de su corazón, contemplando la fuerza de su poder, por el cual lo constituyó Dios Rey y Señor de la creación, ha pretendido levantar el edificio gigantesco que enseñe á las generaciones y á los siglos, de cuánto es capaz el hombre, cuán grandes son las obras de sus manos, y poder con mejor éxito que los antiguos genios de la humanidad, levantar una nueva torre, cuya cumbre se pierda en las alturas del cielo. Para efectuar esta loca y magna empresa, ha independizado el hombre su ra-

zón y su espíritu del saludable yugo de la fe, ha quebrantado audazmente todos los sagrados vínculos que ligaban su conciencia á las sagradas leyes de su autor, ha pretendido rehacer por completo todo el edificio del orden social y moral, ha creado una organización nueva para la sociedad, un nuevo código para la moral, nuevos principios para la política. Vanagloriándose en su obra, exclama insensatamente: "Nos hemos engrandecido con nuestras lenguas, proclamando la libertad de pensar y de hablar. ¡Ah! Dejemos á Dios que goce en su eterna soledad de su inefable dicha, en el santuario del cielo; dejémosle allí rodeado de esplendor y gloria en ese trono que los siglos no pueden conmovér y manejen nosotros á nuestro gusto las cosas de la tierra; prescindamos de él por completo y no le obliguemos á mezclarse en los miserables asuntos del planeta en que habitamos."

La razón humana, mis hermanos, ha llegado, en efecto, á construir una civilización completa. Yo no necesito decirlo: ante vosotros está, la tenéis á la vista; vivís en ella, respiráis en su atmósfera, os cerca su espíritu por todas partes. Y para propagar las máximas, el espíritu, las tendencias de este gran sistema naturalista, cuya esencia consiste en eliminar por completo el elemento sobrenatural, en cimentar, dirigir y perfeccionar las sociedades humanas, en afirmar como principio fundamental de toda política humana, que el elemento de la religión es enteramente extraño á las cosas del mundo y á la organización de la sociedad; como medio de propagación, repito, de este vasto sistema de naturalismo que todo lo absorbe y todo lo comprende: la familia, la sociedad, los gobiernos, el municipio, todas las instituciones humanas, y que pretende introducirse en el seno mismo de la Iglesia; para esta propagación, cuenta con el ministerio de la prensa que por una admirable combinación, lleva el pensamiento á los cua-

tro ángulos del mundo con la rapidez del relámpago, que comunica al mismo tiempo las ideas, que inflama rápidamente los sentimientos, que todo lo conmueve, todo lo inquieta y todo lo turba, siendo manejada con discreción, con habilidad, con artificio, mediando el tiempo, las ocasiones, las oportunidades, para producir sus efectos.

He aquí el segundo de los medios de que os hablé al principio, que emplea el mundo agitado por el respeto humano para arrancar los discípulos á Jesucristo, para sembrar la ruína en el dominio de la Iglesia, para perturbar las conciencias, para derramar el veneno del error en los entendimientos, para corromper los corazones, en una palabra, para producir esa especie de desolación universal á que está condenado el mundo en la época presente. Funestos efectos de los malos libros que, como una peste asoladora, han invadido el mundo, hace ya un siglo, mis hermanos, obra exclusiva de la enfermedad fatal del hombre, de su perversa y corrompida voluntad y que difunden admirablemente el veneno de que están saturadas sus páginas, pervirtiéndolo todo, deshojando impiamente las flores de la inocencia, convirtiendo á tantas y tantos jóvenes en la edad de la risueña y florida carrera de la juventud, en espantable monstruo de abominación y de impiedad.

Cuento, mis hermanos, con vuestro apoyo, con el estímulo de vuestra atención, con el favor de vuestra simpatía, con el auxilio de vuestras oraciones á Dios, á fin de tener todo el valor necesario para arrancar á esta arrogante civilización moderna, el manto esplendoroso con que está cubierta, para desnudarla de él y presentaros en su horrible deformidad, el abominable y corrompido esqueleto lleno de putrefacción y de inmundicia. Así contemplaréis en su asquerosa realidad las innumerables llagas que corrompen la sociedad, las sondaréis conmigo, porque en la profundidad de esas

llagas nauseabundas, se encuentra toda la abominación que puede destilar el genio del mal en la sangre, en la vida misma de la sociedad y de los pueblos.

Tanto cuanto puede interesaros este asunto, mis hermanos, otro tanto debéis estimularos á pedir á Dios, gracia para vosotros y para mí, á fin de que yo lo trate con provecho para vuestras almas, procurando siempre la mayor gloria de Dios. Imploramos, pues, su auxilio invocando á Maria.

¿Qué fuego devorador es este, tan activo, que es poderoso á consumir en sus llamas la existencia misma del espíritu? ¿Tan penetrante que puede calcinar los fundamentos mismos de la sociedad, que puede consumir hasta las más profundas raíces del árbol de la ciencia? ¿Tan rápido que se extiende causando vértigos al espectador, por todos los cuatro ángulos del mundo, de oriente á occidente, del septentrión al mediodía, talando las ciudades y los pueblos, devorando todas las antiguas obras de los siglos, todas las antiguas obras de la humanidad? ¿Tan consistente que nada parece capaz de extinguirlo; antes al contrario todos los medios empleados por los gobiernos, por las instituciones de los pueblos para detener sus progresos, parece que no sirven sino para avivar su voraz incendio? ¿Qué fuego es este? Según el curso que lleva, la rapidez con que se propaga, la actividad con que consume el abrazador calor de sus llamas: todo dice que muy en breve quedará convertido el mundo, mis hermanos, en un inmenso montón de escombros, sobre los cuales el ángel de la destrucción pueda decir á las futuras generaciones: "Aquí fué la civilización cristiana." Este fuego ha sido admirablemente descrito por el Espíritu Santo, en la epístola del apóstol Santiago. ¿Cuál es el foco de donde parten estas voraces llamas? Es la prensa impía y corruptora, son los malos libros, es ese torren-

te inmenso formado de los infinitos raudales que parten de toda su máquina, movida por el infierno y que va engrosando suavemente sus aguas hasta convertirse en un mar inmenso de iniquidad y de corrupción: "la lengua, la palabra del hombre, es fuego que consume, que destroza". Y el genio inquieto de la revolución recorre por el mundo libremente y sin trabas, coronada su frente de infernales víboras, llevando en las manos la tea de la discordia. ¿No lo véis levantarse audazmente contra la autoridad, sembrar la desunión en el seno de los pueblos, introducir al demonio de la discordia en el campo mismo de la Iglesia, pretendiendo con su tea incendiaria derribar el altar y el templo para reinar sobre sus ruinas? ¿quién lo impele por el mundo? El infierno; soplando á este genio inquieto, le comunica á las más veloces que el viento para difundir en todas partes ese espíritu de revolución, que forma el carácter principal de nuestro siglo.

¿Qué se ha hecho la inocencia de la niñez y de la juventud? ¿Dónde están esas perfumadas flores de su virtud que formaban el encanto y el regocijo de la Iglesia, la admiración de los ángeles y las delicias de Dios y engalanaban los jardines de la inmaculada esposa de Jesucristo? ¿Qué se hicieron? ¿No es verdad que aún antes de desarrollarse la razón está ya marchita esa flor de la virginidad del alma, que no es sino el aliento purísimo de Dios? ¿No es verdad que todos lloran con lágrimas, y lágrimas de sangre, sobre la corrupción de la moral pública, sobre esa especie de precocidad funesta que distingue tanto á los hijos de este siglo? ¿Quién ha podido introducir, así, tan temprano, el veneno en esos corazones infantiles? ¿Quién ha podido llevar allí al ángel del mal para que ultraje impiamente, todavía en la mañana de la vida, esas delicadas flores del pudor y de la inocencia? Los malos libros. Y luego la extraña multiplicación de este mal, su rapidez espantosa

por el mundo, la facilidad con que se introduce en todas partes, en la casa de los ricos y de los pobres; los variados engaños con que los hijos del mal propagan este veneno mortífero, el desinterés con que multitud de sociedades, inspiradas por el demonio los distribuyera gratis para el uso del pueblo. Todo este conjunto, ¿no constituye lo que el apóstol llamaba: "La lengua representa el conjunto universal de toda malicia y de toda iniquidad?"

Si consideramos en su conjunto el orden social ¿no es verdad, mis hermanos, que se encuentra amenazado, algo más, herido ya de muerte? ¿No es verdad que resuenan ya en los aires lúgubres acentos acerca del porvenir del mundo? ¿No es cierto que los enemigos mismos de la religión se encuentran aterrados en presencia de las funestas consecuencias de su doctrina y de sus promesas? ¿No es cierto que la impiedad amenaza ya destruir por completo todo el edificio social? ¡Ah! La lengua todo lo perverte, todo lo corrompe y lo mata.

En la imposibilidad de abarcar en un solo discurso tan vasto asunto, sólo trataremos de los funestos efectos de los malos libros sobre las costumbres públicas y privadas. Efectos tanto más perniciosos, cuanto que la lectura de malos libros, ofrece elementos de corrupción que no tiene ninguno de los otros medios de propagación del mal, inventados por el demonio en el mundo.

Y en primer lugar, este elemento de corrupción es obra del talento, del arte, de la industria del hombre. Obra de largas vigiliadas consumidas en escogitar la mejor manera de atraer, de encantar, de seducir al lector. Los otros medios de corrupción que emplea el mundo son fugaces, frívolos por su propia naturaleza, fruto de la sorpresa, de la ocasión, de la oportunidad. Este de los malos libros es obra de la meditación, de una refinada malicia puesta al servicio de la inteligencia. Y

aquí precisamente es donde se descubre toda la abominable perversidad de esta invención; por que ¿se puede contemplar algo más malo que ver la inteligencia del hombre, esa luz de su espíritu, ese reflejo de la mirada de Dios, esa chispa desprendida, por decirlo así, de la razón eterna, para alumbrar las tinieblas del error? ¡Que dolor verla puesta al servicio de la corrupción, esclava de las pasiones, prestando el concurso de su luz, que sólo debiera servir para disipar las tinieblas del error, á la obra del mal, á la maldita obra de la corrupción, que envenena todas las fuentes de la moral! ¡Ah! Abominable malicia, en verdad solo propia de esos abismos infernales, donde los espíritus del mal viven quemándose en su desesperación, discutiendo la mejor manera de pervertir y corromper al hombre! ¡Ved sino lo que pasa en ese desgraciado joven inocente aún, que no ha comido todavía el fruto envenenado del árbol de la ciencia, que se ha nutrido únicamente con los sabrosos y regalados frutos del árbol de la vida! La seductora serpiente se le ha aparecido, como en el primer día de la creación á nuestros primeros padres; lo ha embriagado, su canto lo ha embelesado, ha vuelto sus ojos y al punto ha sentido el estímulo de la curiosidad. Ve, le dice: dentro de estas páginas se encuentra el tesoro de la divinidad, el secreto de la dicha: tu espíritu anhelante, lleno de vida, de amor á la verdad, quiere estrechar la felicidad, quiere arrojarse en sus brazos y buscar un porvenir dichoso que forme su delicia: aquí tienes el secreto de ese problema magnífico que tu soñabas en los venturosos delirios de tu juventud! El joven incauto cree y allí está su perdición: olvida por un momento el mandamiento de su Dios, cuando lo sacó de la nada, mandamiento expreso en el cual se le ordena que no comerá del fruto del árbol prohibido; olvida por un momento las recomendaciones de sus padres, las tiernas

y cariñosas palabras de su madre, las enseñanzas de sus maestros, las leyes santas de la Iglesia, como que no siente los estímulos de su conciencia, que le advierte que va á rifar el tesoro preciosísimo de su inocencia y de su candor. Lo turban las palabras de la serpiente; si será verdad dice, si solamente como una amenaza para obedecer sus preceptos me diría Dios al sacarme de los abismos de la nada: "Mira, todo te está permitido, yo sembraré de flores el camino de tu vida, yo seré el ángel tutelar que te proteja todos los días de tu vida, me tendrás á tu lado, beberás el agua limpia y fresca que brota de estas fuentes sólo no comerás del fruto del árbol prohibido." Si será verdad que se ha de cumplir en mí la terrible sentencia, "porque moriréis de muerte irremisiblemente moriréis" ¿Pero la serpiente lo atrae, lo seduce, lo halaga ¡Ah, mis hermanos! Ya se encamina el pobre joven llevando oculto como un tesoro robado, ese libro que va á hacer la maldita causa de su corrupción, como si temiera los ojos de los extraños. Una especie de secreto pavor lo consume: por una parte, siente la indefinible ansiedad de devorar esas páginas; por otra, su inocencia se alarma, su corazón se agita, una especie de vago presentimiento de la muerte visita su alma y pretende alejarla de sí; quisiera sustraerse á las miradas de su propia conciencia, quisiera leer sin tener el sentimiento de lo que lee, quisiera hablar con la serpiente, escuchar sus coloquios, pero no se atreve porque su deformidad lo espanta ¿Qué hace pues? Se oculta, se esconde, luego abre ese libro precursor de la muerte, comienza á leer, recorre avidamente sus páginas que destilan de cada una de sus letras el veneno mortífero de la corrupción, y á medida que le presta más atención un funesto interés se despierta en el fondo de su alma. Después de haber devorado unas cuantas páginas, comienza á sentir la fiebre, y entonces nadie ni nada puede

contenerlo. Ya está sembrada la semilla, ya siente que circula por sus venas el veneno que está bebiendo, su imaginación delirante se siente poseída del mal. Y entre tanto pasan las horas y las horas, y el joven desgraciado no ha dejado su tarea, llega el cansancio, llega la noche, en la cual debiera interrumpir esa ocupación maldecida; pero el sueño ha huído de sus ojos, junto con la inocencia que no volverá más. Y no halla reposo ni descanso hasta que en larga y triste vigilia, acaba de devorar el libro funesto que ha de producirle su condenación! ¡Oh infortunado joven! ¿Qué se ha hecho la conciencia, el pudor, la dignidad, rica herencia de tu educación cristiana? ¡Ah! Cómo quisiera, mis hermanos, que pudierais asistir á esa lucha interior entre la inocencia y el espíritu del mal, disputándose un corazón, una alma que han pertenecido á Dios, á la virtud, á la justicia y que dentro de un momento van á ser presa de la corrupción. Como quisiera yo que la sabiduría de Dios transparentase ese momento de incertidumbre terrible, en que no sabe el alma si se decidirá por la causa de la virtud, que ha sido el encanto de su niñez y la más preciada joya de su vida; ó si se echará en los brazos de ese genio maléfico que lo encanta para perderlo! ¡Lucha verdaderamente terrible! Por un lado, oye las sollicitaciones de Dios, de su ángel bueno; por un lado los recuerdos de las delicias de la piedad y la inocencia; por un lado, las horas de felicidad pasadas en los juegos infantiles y en los entretenimientos honestos; por el otro, los fantasmas, las ilusiones que lo halagan, que lo seducen, que lo atraen produciéndole una especie de sonambulismo moral, en el cual siente que se va entenebreciendo su corazón, que se va ofuscando su conciencia con una especie de sueño moral, para no ver ya los esplendores de la virtud, para no oír las voces amables y dulcísimas de su Dios! Así se cumple en él esta profecía: "que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen y sólo palpan tinieblas."

¿Cómo no han de padecer miserable é irremediable naufragio la virtud, el pudor, la inocencia, el decoro; todas las virtudes, cómo no han de padecer miserable é inevitable naufragio, cuando en esas malditas páginas ¿sabéis lo que ha leído? Pues ha leído que el deber es una invención humana, que la conciencia es un fantasma, que el sacerdocio pretende engañar á los ignorantes, que la felicidad consiste en la satisfacción de los placeres, que donde está el placer allí está el verdadero deber y la única dicha del hombre, que todos los medios empleados para alcanzar las riquezas son legítimos, que la fortuna es la gran divinidad á la cual deben adorar los hombres, que el éxito y el triunfo sancionan todas las empresas, y son la única regla para juzgar de lo bueno y de lo malo, que cuanto el hombre haga, si lo conduce á la satisfacción natural de sus apetitos, está de antemano legitimado, porque deben seguirse las inclinaciones todas de la propia naturaleza. He allí en lo que consiste la verdad y la virtud, he allí lo que á todos arrastra, mis hermanos. ¿Qué puede quedar en su corazón después de tan abominable lectura? El autor ha tenido cuidado de enseñarle que no haga caso de las voces de su conciencia, que mire al rededor de sí y vea como sonríe la diosa de la fortuna á los que caminan por sus senderos, que contemple como están elevados sobre el pedestal de los más grandes honores, hombres que la sociedad hubiera rechazado de su seno, que vea como realmente en la distribución de los favores y empleos del mundo, no se tiene en cuenta esas preocupaciones de la virtud y del vicio, sino que distribuye el mundo sus empleos según los grados de la riqueza y de la dignidad, que por tanto para vivir alegres en este mundo, término único de la vida humana, no hay más que dejar á un lado las preocupaciones de la niñez, los sofismas de la religión, los engaños del sacerdocio y buscar ávidamente por

todos los medios posibles, riquezas para gozar de ellas, satisfaciendo ansiosamente todas las necesidades humanas, entregándose con absoluta libertad á todos los placeres, antes que los deshoje la mano empolvada del tiempo. Ya está pues dispuesto, con mano trémula al principio, pero firme y segura después, el audaz jóven, á beber la copa que le ha presentado el mundo en ese libro infame, lleno de veneno y de corrupción. Sólo le faltaba la última prueba y ya lo tenéis convertido en libre pensador. Desde hoy se burlará de la religión, llamará á los sacramentos fábulas, invenciones, mitologías sacerdotales. Perseguirá de muerte, y de una manera que causa espanto, perseguirá de muerte, con una especie de furor satánico, el sacramento regenerador de las almas; buscará como una ave de rapiña ansiosa de devorar, buscará por doquiera víctimas en qué saciar el furor de sus pasiones. Experto en el arte funesto de corromper, las engañará, las seducirá, cautelosamente, refinadamente, con una malicia propia del infierno; á sabiendas de que va á manchar una alma en su corrupción, de que va á ultrajar su inocencia, de que va á pisar impíamente las delicadas flores que han brotado en ese jardín misterioso del alma, bajo el soplo bendito de Dios, y con una especie alegría maldita, se gozará en la muerte de sus incautas víctimas.

No contento con haber disipado como el pródigo todas las riquezas de su tesoro, el tesoro de su herencia, su inocencia, todas las flores de su alma; no contento con haberlo sacrificado todo, para que sea presa del mundo, para saciar la voracidad del mundo, se empeñará en ser su propagandista, su secuaz. Buscará afiliados para esa empresa de corrupción. Envenenará á la juventud con los malos libros; y entonces empleará dinero, industrias, artificios, recompensas, amenazas, para difundir ese veneno que lo ha corrompido á él, que lo ha muerto. Presa del funesto deseo

de comunicar el contagio, las llamas que lo incendian, los odios que lo devoran, quisiera ver el mundo entero convertido en una sola víctima y saciar en esa víctima sus pasiones; entonces derrama libros por todas partes, sorprende el hogar, burla la vigilancia de los padres, introduce furtivamente esos libros, los recomienda, los aplaude, hace su elogio en palabras encantadoras, se hace ofrecer de una manera solemne que serán leídos, reclama, exige el cumplimiento, investiga y pregunta todos los días, cuantas páginas han devorado; y luego que se ha consumido ese libro, busca otro y mil más para propagarlo y difundirlo. Y no contento con eso el desgraciado joven, ebrio ya, enfurado ya, sin conciencia y sin honor, habiendo dado muerte á los estímulos últimos de su corazón, habiéndose agotado por completo toda esperanza de vida, sin Dios y sin ley, desesperado, embotado, cansado del placer porque lo ha agotado, fastidiado de todo; porque sus ojos, sus oídos, sus sentidos todos, se han paseado por todos los jardines de la vida, han gozado de todos los placeres y ha llegado la hora del tedio y del fastidio; pero devorado siempre por el fuego de sus pasiones y no hallando como satisfacerlas, entonces lo que quiere es inflamar el mundo con sus incendios, y se afilia á alguna de esas sociedades tenebrosas, y pronuncia alguno de esas abominables juramentos, como de perseguir á la virtud, el culto de Dios, si fuera posible extinguirlo del mundo. ¡Juramentos de ateísmo que estremecen al cielo y producen una infernal carcajada en los abismos!

¡Ah! Ya está pues perdido sin remedio. Tal es, mis hermanos, el cuadro, aunque muy mal trazado, de los funestos efectos causados por la lectura de los malos libros. Ya no os extrañaréis, de la decadencia de la moral pública, de que hayan huído por completo de las costumbres sociales, todas

esas muestras de inocencia, que formaban el encanto de la juventud y que hacían su felicidad; ya no extrañaréis de niños y niñas que no han concluido su educación primaria y que por la lectura de esas abominables novelas que leen y que nadie se atreve á nombrar se corrompen lastimosamente.

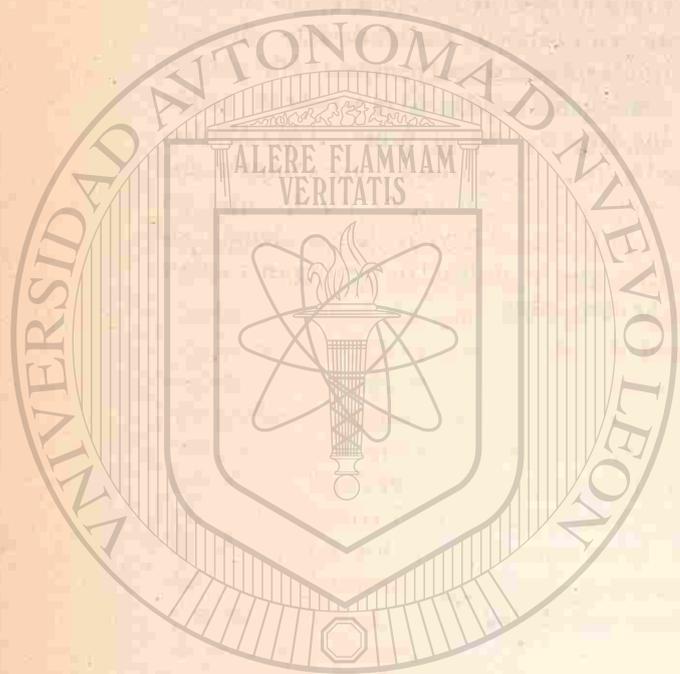
Yo no puedo terminar este discurso sin conjuraros, en nombre de Dios creador de las almas, sustentador de ellas, que las mantiene con el aliento divino de su boca, que ha encendido en ellas la luz de su mirada, que se recrea contemplando esa maravillosa obra de sus manos, que convida á los ángeles para que le rindan acción de gracias en señal de alabanza por haber creado esto preciosísima imagen de su perfección. ¡Sin padres y madres de familia. En nombre de ese Dios creador de las almas, inspirador de la inocencia, premiador de la virtud, renumerador único de la justicia, yo os conjuro. ¡Ah! Querría tener ahora, no la vana elocuencia del hombre, sino la celestial y divina elocuencia que el Espíritu Santo sabe inspirar á sus oráculos, para enternecer vuestro corazón, ablandar vuestro entendimiento, y haceros prometer en presencia del Dios vivo, postrados allí, ante la cruz de la redención, haceros prometer una solicitud, un empeño verdaderamente digno de la santidad de la conciencia, de la gloria de Dios, acerca del porvenir de vuestros hijos, haceros prometer esa vigilancia extrema, para que los malos libros no caigan en poder de los tiernos frutos de vuestro cariño y amor. ¡Ah! ¡Quién me diera lágrimas abundantes para llorar sobre la ruina de tantas almas! ¡Quién me diera lengua de santo para condenar los funestos estragos de esa propaganda de los malos libros! ¡Ah! ¡Cómo pudiera yo penetrar en el corazón de cada uno de los padres y madres de familia, abrazarme de ese corazón y pedirles de rodillas á sus pies, que apartasen á sus hijos de este funesto y terrible nau-

fragio! ¡En vano lloraréis, padres y madres de familia, sobre la temprana corrupción de vuestros hijos! Acordáos que no habéis sabido cerrar herméticamente las puertas á esos mercaderes de la iniquidad, á esos heraldos del infierno! ¡Niños de pocos años que han leído ya las más abominables producciones del ingenio humano pervertido por la corrupción!

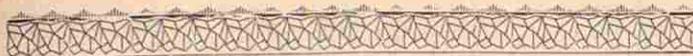
¡Oh Señor! Tú que nos has dicho que por la conversión de un pecador, los ángeles se alegran ¿cómo no nos has dicho, la pena que te causa la ruina de la inocencia, el naufragio del candor? ¡Ah! Para qué nos lo habías de decir, cuando tu divina boca nos lo ha enseñado: acordáos de que la niñez y la juventud han sido la niña de los ojos de Nuestro Señor; acordáos de la tierna escena que nos dice el Evangelio, que extendiendo su divina mano acariciaba las cabecitas de los niños, como si quisiera dispensarles su ternura, y reprendía á sus discípulos, que impedían el que se acercasen á Nuestro Señor diciéndoles: “dejad á los niños que vengan á mi, pues de ellos es el reino de los cielos”, y luego amenazaba con su justicia, con los rayos de su cólera, á cualquiera que escandalizara á uno de esos pequeñuelos.

¡Ah! Por el amor que tenéis á nuestra Patria, salvad á la inocencia expuesta; salvadnos, Señor, porque la santidad se ha hecho rara en este siglo, á causa de la eliminación de la virtud entre los hijos de los hombres ¡Que tu diestra omnipotente confunda la iniquidad de esa lluvia de mentiras! ¡Sí, Señor! Salvadnos de esta generación impía de filósofos incrédulos, que amenazan destruir el mundo, sumergiéndolo en un abismo de corrupción; pero sobre todo, Señor, libértadnos de las garras de este enemigo de tu nombre, de la gloria de tu reino en la tierra, hazlo así por la gloria de tí mismo, por la honra de la iglesia, y más que todo por amor á la inocencia, impíamente, barba-

ramente, salvajemente sacrificada por esos devoradores de lo más precioso, de lo más estimado, de lo más santo que hay en la tierra, la inocencia, el candor de la juventud; y que al contrario esas lenguas infantiles, solo se empleen en alabarte, en bendecirte, en cantar tus glorias, antes de que se corrompan ¡Oh! ¡Cómo quisiera poder condensar aquí todo el terror de todos los santos, de los ángeles, de la inmaculada Madre, para poderte pedir que, antes que se corrompan, las llenes de los auxilios de tu gracia, á fin de que no sean demonios en la tierra, el horror de los demás; sino ángeles del cielo, que te alaben, te bendigan y sean felices por toda la eternidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



XXI

## EL PECADO

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
misa ferial del 15 de marzo de 1876

*Dixit insipiens in corde suo:  
Non est Deus.  
Dijo el impío en el fondo de su  
corazón. á fin de pecar libremente:  
No hay Dios.  
Ps. XIII, v. 1.*

No le basta al mundo, mis hermanos, oscurecer la razón del hombre por medio de la lectura de tantos libros perversos y debilitar su voluntad amedrentándola con el fantasma del respeto humano, que insensiblemente lo aparta de Dios, levantando entre este ser adorable y su corazón un insondable abismo; todavía queda un asilo en el espíritu del pecador donde se refugia la religión que huye de su entendimiento y de su voluntad, donde resuena la palabra de Dios de tiempo en tiempo, donde se sienten las suaves impresiones de la gracia; ese sagrado asilo es la conciencia, santuario invisible é inviolable en el que el Dios de la justicia y de la paz asienta su trono, desde el cual emprende constantemente la conquista de ese corazón rebelde, ya con las dulces insinuaciones de su misericordia, ya con las terribles amenazas de su justicia; santuario oculto en lo más

profundo de su seno, inexorable quizá á los mismos que el pecado pretende seducir; más no lo será, mis hermanos, á la satánica industria con que el mundo pretende llegar, y llega en verdad, á ese sagrado tabernáculo para arrancar del espíritu del pecador las últimas esperanzas de conversión y de salud, para conducirlo seguramente hasta la sima insondable en donde perdido ya, exclame como un insensato embriagado de furor: *Dijo el impío en su corazón, para entregarse libremente á la corriente de sus pasiones, no hay temor de Dios.*

— ¡Oh gran Dios! ¡A qué situación debía llegar el hombre, apartado de los caminos de la rectitud y de la justicia! ¡A qué espantoso estado puede llegar una criatura racional, que debía pasar por este mundo, como un peregrino que se encamina á la eternidad! ¿Quién pudo arrancar así de esta hechura de tus manos tu imagen adorable? ¿Cómo pudieron borrarse en el alma del hombre los últimos rayos de esa adorable fisonomía que formaba la delicia de los cielos y el encanto de los ángeles? Funesto y terrible resultado, mis hermanos, de la tranquilidad de la conciencia en el pecado, de la paz del alma entre las prevaricaciones de la ley santa de Dios, de la calma profunda de la conciencia, que no cede ya ni á los truenos del Sinai, ni á la voz tierna y amante del pastor que convida al redil á la oveja extraviada. Y sin embargo, tal es la suprema realidad que el mundo convida á sus adeptos, repitiéndoles, como en otros tiempo, las palabras de Satán al Hijo de Dios vivo: *Yo te daré riquezas, honores, placeres, días serenos y tranquilos, vida dichosa y feliz, con la única condición de que te humilles y me adores.*

Mas, ¿por qué grados vá el hombre á este término fatal? ¿Cuáles son los pasos que lo conducen á este abismo de perdición? Materia es esta que vamos á estudiar hoy, mis hermanos, para acabar de comprender con la

meditación de este terrible efecto, de este resultado espantable, para acabar de comprender, repito, cuán grande es la desgracia, cuán triste el desertar de las banderas de Jesucristo, cuán amargo, como decía el Profeta Jeremías, abandonar al Señor Dios de Israel. Así acabaremos de entender cuán profundos males son los que produce en el alma ese respeto humano tan considerado en el día de hoy, esos libros de perdición que andan en todas las manos, que son leídos por todos los ojos, que son propagados con la más admirable rapidez.

Si yo logro, mis hermanos, infundiros un santo horror á estos libros de perdición, arrancaros la promesa solemne, en presencia de Dios, de ser más cautos para no aceptar de manos de cualquiera, del primero que os lo ofrezca, esos focos de corrupción, seré verdaderamente feliz, porque nada hay tan digno de las lágrimas del sacerdote, como el naufragio de la inocencia, como la ruina de ese edificio levantado por la gracia santificante en el corazón del hombre, que es verdadera y propiamente el tabernáculo del Espíritu Santo, la morada de su gloria.

Pedid pues á Dios los auxilios necesarios por la intercesión de María.

Si el mundo, mis hermanos, no procurara, por todos los medios que están á su alcance, embriagar al pecador en una falsa felicidad para introducirlo en la vía de la perdición, para impedir toda entrada en su alma á las sollicitaciones de Dios, para hacerle creer que realmente ha conseguido la paz y la tranquilidad, la dicha que tanto apetecía, para adormecerlo completamente en brazos de una felicidad insensata, hasta que despierte en el abismo de su perdición; si el mundo no procurara cegar así los ojos del pecador con tanta sollicitud y empeño, cumpliríase no solamente en realidad, sino también en apariencia, la sentencia del

Espíritu Santo: *No hay paz para el pecador ni para el impio.* Nó, replica el mundo, yo fabricaré una paz particular, una felicidad especial que será la recompensa que otorgue á los pecadores que me sirven; no será la paz de la virtud, ni la dulce y serena tranquilidad de la conciencia del hombre; pero será, es cierto, la paz de los sepulcros, la soledad de los desiertos, la calma de un mar tranquilo en cuyos abismos se agita la tempestad. Tranquilidad, calma engañosa, mis hermanos, que no tiene más objeto que entretener al pecador, durante los fugaces días de su vida mortal, para hacerle sentir inesperadamente y por sorpresa el terror de los juicios divinos. Pero esta transformación desgraciada del alma no se opera en un instante, mis hermanos; es demasiado viva la luz gracia en el corazón, demasiado suaves sus impresiones, muy profundas las raíces del árbol de la vida, para que todo esto se haga en un momento. Comienza el pecador por la ignorancia culpable de sus deberes, de la ley santa de Dios, de los preceptos venerables de la Iglesia, de las obligaciones particulares de su propio estado; en vano la Iglesia lo convida frecuentemente, al volver cada año sus solemnidades santas, á conmemorar los tristes y sagrados recuerdos de la pasión y de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo; en vano, con solicitud maternal, procura que acudan á escuchar de sus ministros la explicación de la ley santa de Dios. Ha dicho el Profeta de estos desgraciados: *No quisieron entender á fin de no obrar el bien.* Distraídos en sus ocupaciones, en sus asuntos, en sus diversiones, en sus placeres, corren los días, los meses y los años, y el pecador no se acuerda que hay un Dios que lo ha de juzgar, una eternidad, una muerte inevitable que ha de sorprenderlo; en nada de esto piensa. Sabe muy bien que, si quiere ser instruido en todos sus deberes, le sobran ministros de Dios, consejeros de paz y de salud que lo instruyan caritativamente, que le

muestren, como en otro tiempo el legislador Moisés á los israelitas, la senda que conduce á la vida y la otra que conduce á la muerte, que lo guíen por la primera y lo aparten de la segunda, que defiendan sus pies para que no tropiecen en los escollos del camino: todo esto lo sabe; pero de nada huye tanto como de los ministros de Jesucristo, de todo lo que sea recordarle sus deberes; quizá escucha algunas veces á esos consejeros por cortesía, por complacencia; pero muy pronto manifiesta que no es tiempo de ocuparse de eso, que tratará de estudiar todos sus deberes, que entre tanto lo preocupan, lo agobian una multitud de asuntos y que no es la oportunidad de ocuparse de aquellas cosas. Primer engaño, mis hermanos, primer grado de esa funesta perdición, primera piedra puesta por el enemigo de la salvación para levantar en el corazón del pecador el edificio en que ha de habitar eternamente. Ignorancia culpable de sus deberes, temeraria voluntad de permanecer en ellos, indiferencia completa para aprenderlos, repugnancia real manifestada de mil maneras, aunque encubiertas siempre con mil pretextos, para negarse á todos los que caritativamente lo instruyan.

Pero hay deberes que Dios ha impreso en el fondo del corazón: los fundamentos de la ley, los principios eternos de la justicia, los cimientos sobre los cuales reposa el mundo moral, esos principios eternos de la razón divina que Dios mismo no puede alterar, porque no son otra cosa que su revelación en el seno de las almas; nada de esto se puede borrar, ni destruir, ni debilitar siquiera en el fondo del espíritu; esa es la luz de la mirada de Dios encendida ahí perpetuamente para alumbrar al hombre y decirle lo que es bueno y lo que es malo, lo que es justo y lo que es injusto.

Todos estos deberes lo importunan también, porque el rencoroso siente en el fondo de su alma la voz de Dios

que promulga esta ley: *Ama á tu prójimo: no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí; nada hay tan noble ni tan grande como perdonar, nada hay tan indigno como estar asechando con los instintos de una fiera, al enemigo, buscando, la ocasión en que está descuidado, inadvertido para herirlo, para ensañarse con él, para arruinarlo, para salirle al encuentro y refrescar entonces la memoria de una ofensa envejecida ya por el tiempo.*

La ley de Dios escrita en el fondo de nuestro corazón y promulgada ahí constantemente por la misma voz de Dios, dice que hay límite que no es dado al hombre traspasar, que el bien ageno es sagrado, que la reputación del prójimo es inviolable, que el lecho nupcial está defendido por un ángel que Dios ha puesto allí para que nadie se atreva á profanarlo. Pero todos estos preceptos de la ley natural chocan también, porque si es fácil enriquecerse con el bien ageno, cuanto importuna el mandamiento divino que dice: *No hurtarás.* Si se emplea la envidia, ó el espíritu de venganza, ó el apetito de engrandecimiento de cualquiera manera ó por cualquier medio indigno para arruinar al prójimo, para herirlo á mansalva, cuánto importuna el mandamiento de Dios que dice: *No matarás la honra del prójimo, no levantarás falso testimonio.*

¿Qué hace, pues, el hombre, no pudiendo huir de su corazón, ni de su conciencia, ni escuchar esa voz de Dios, ni apagar esa luz del cielo, ni cerrar los ojos para no verla? ¿Qué hace? Entonces proscribela ley, la elude con mil diversos pretextos, entonces se presenta á su vista su propia dignidad ultrajada, su honra vilipendiada, su nombre mancillado, el decoro de su familia arrastrado por el fango; la dignidad propia, su dignidad en el mundo tristemente comprometida si no se repara. Y se dice á sí propio, que es lícito cuidar

de la propia reputación, cumpliendo u no de los principales deberes y que el mismo Espíritu Santo le recomienda diciéndole: *Ten mucho cuidado de tu buen nombre.* Para disimular sus pasiones injustas contra la propiedad agena, ya que no puede evitar el precepto de Dios que le dice: *No hurtarás,* ¿qué hace el hombre? Fundándose en los principios materialistas de una economía mal entendida y peor aplicada llama á todo eso: comercio, ardidés legítimos sancionados por la costumbre, por el ejemplo de los que están colocados en principal lugar en el mundo, industria sancionada yá y que todos practican para obtener ganancias de esas que no corresponden al capital impuesto; pero que entre tanto, por un convenio tácito de las pasiones se sanciona, porque conviene á todos, porque es el arte de engrandecerse, porque la riqueza es un ídolo ante el cual rinden adoración todos, porque sin el brillo que este ídolo comunica á sus servidores, no es posible pasarla en el mundo, no teniendo siquiera una posición mediana y una reputación modelo. De esta manera, contra las prescripciones literales de la ley divina, contra los mandatos tan claros y tan sencillos del decálogo impresos en el fondo de nuestro corazón, busca el pecador estos diferentes medios, estas artes para eludir su cumplimiento, para burlar su eficacia. No puede negarlos; pero busca como disculparse siempre, diciendo que en el caso actual no le comprenden, que la ley no puede ser entendida rigurosamente, y que si es verdad que en sí misma no tiene excepción, las tiene y muchísimas, cuando se crean en la práctica diversos conflictos entre unos deberes y otros. Pero hay prevaricaciones claras de la ley divina, infracciones evidentes que no pueden disculparse de ninguna manera, porque ni la razón, ni las pasiones aciertan á descubrir ni el más leve pretexto para cohonestar ningún interés, sino es el de la propia malicia del cora-

zón en esa infracción de la ley divina; entonces se presenta el mundo con el conjunto de sus máximas, de sus doctrinas, de sus preceptos, de sus ceremonias, de sus costumbres, de sus prácticas y el pecador, que no tiene disculpa ninguna en el fondo de su conciencia, para esa infracción y violación audaz de la ley santa del Señor, acógese entonces á la debilidad de su corazón y en presencia de este conjunto de diversas dificultades que le pone el mundo, entrégase rendido á su funesto imperio.

De esta suerte es como las diferentes prácticas de la religión, los ejercicios de la piedad cristiana, los más minuciosos y detallados preceptos de la Iglesia, el ejercicio del culto divino en la administración de los sacramentos para llevar una vida cristiana, en todos sus actos, en todos sus instantes, en todas sus escenas, contando siempre con el ejemplo divino, así es, como, repito, se pierde todo esto, como naufraga ante las consideraciones del mundo. Ya se ha introducido en nuestras costumbres, ya no es posible luchar contra las exigencias del mundo, nos rodea por todas partes, respiramos en su atmósfera. ¿De quién es la culpa si desgraciadamente, ya no es la regla de las costumbres, si ya no reina en las familias, en las reuniones públicas, en las conversaciones, ni en ninguno de los actos el espíritu de Dios? Encontramos el mundo así, dice el pecador, así es preciso tomarlo. Pero, permitiéndolo así Dios para confundir su malicia y desconcertar la perfidia de ese corazón corrompido, no queda ahí su desgracia; pasa á la perdición, porque hay violaciones de la ley de Dios, infracciones de sus preceptos, pecados, en una palabra, que no solamente no tienen excusa para la conciencia, ni disculpa en el fondo del corazón; sino que tienen de antemano, antes que el anatema de Dios, el anatema de la propia conciencia del pecador, que el mundo reprueba, que entrega sin piedad á la maldición de sus anatemas, que cubre

de oprobio, prometiendo poner en ellos un sello de infamia eterna; parece como que se levantara el mundo mismo y delatase al pecador para presentarle un tesoro de iniquidad y atraer sobre la cabeza culpable del prevaricador todas las amenazas del cielo.

¿Qué hace, pues, el pecador empeñado ya en ese camino funesto? ¿Qué hace? Después de haber conseguido huir de las voces de su conciencia, ensordecen sus oídos, embargar con el sueño los ojos de su alma para que nada vea de la audacia de sus sacrílegos violaciones ¿qué hace entonces? ¡Ah! Busca como aturdirse, huye, después de haber huido de Dios, de si mismo, de la sociedad de los demás, es decir, de la sociedad sencilla, respetuosa en quien de alguna manera se reflejan las nociones del honor, de la virtud; huye de esas sociedades honestas de las gentes sencillas, busca el ruido, el bullicio, dentro de los cuales se ensordezca, se entenebresca más y más, no vea, ni oiga, ni sienta y pueda beber entonces, apurar en la copa envenenada hasta las últimas heces su corrupción, y exclamar ¡En dónde está Dios! heme aquí dichoso, tranquilo, feliz ¿Dónde está el Dios del cielo? ¿Dónde está la conciencia y la razón y la dignidad y el honor y el decoro? Solo sé que tengo por Dios á mis pasiones, á los intereses de ellas, me abrazo con ellas, con ellas quiero vivir y con ellas morir. Por eso notaréis, mis hermanos, que es muy común entre los mundanos, expresar frecuentemente el horror que les inspira la soledad, el apartamiento, el silencio, la tranquilidad. Una hora no puede estar solo el pecador en esta desgraciada vida; parece que las furias infernales brotando bajo el poder de un conjunto infernal, de las paredes del aposento en que se encuentra, lo cercaran para atacarlo, para morderlo, para despedazarlo; huye de la soledad, de los lugares desiertos; si el sueño se ausenta de sus párpados, no puede soportar el insomnio, ni la sole-

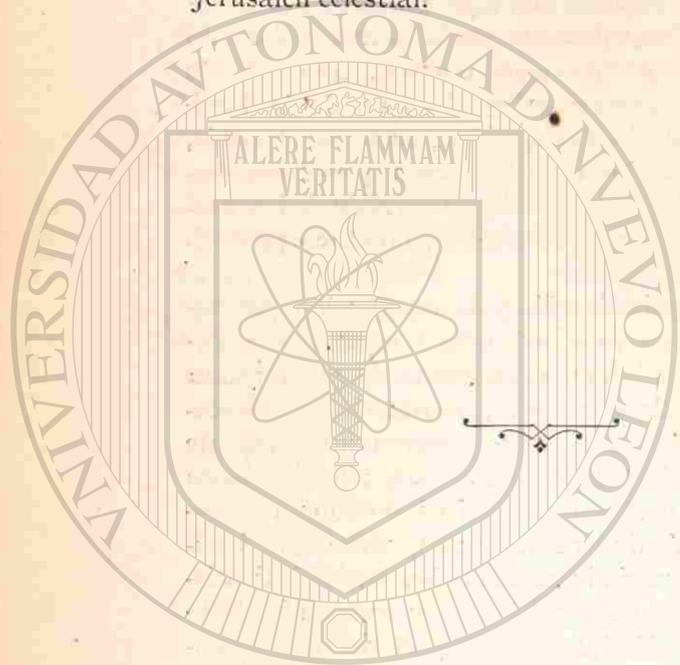
dad de la vigilia; y si pasa tranquilas esas horas es levantándose á buscar una ocupación que lo distraiga, que lo disipe. Y es que en el apartamiento del mundo, suele visitarlo Dios, aunque esté embotada su conciencia, aunque esté adormecido; la misericordia divina tiene preparados en sus inagotables tesoros de amor y de ternura, agujones punzantes para esos pecadores, luces brillantísimas para esos entendimientos entenebrecidos. Y el pecador lo que hace para huir de Dios con seguridad, es no estar nunca solo consigo mismo.

Tanto hace, mis hermanos, hasta que lo consigue; y aquí quisiera tener la inspiración de los antiguos profetas de Israel para pintar sabiamente la desolación de una alma á quien ha abandonado Dios. Porque realmente lo consigue el pecador: apaga todas las luces de su conciencia, acalla todos los movimientos de su corazón, debilita y extingue todos los sentimientos de su alma. Y ese Dios desconocido, despreciado, mil veces ultrajado, despedido ignominiosamente del corazón del pecador, cuya entrada ha cerrado violentamente, con la más tierna gratitud visitalo á cada paso, á cada momento, no solamente con dulzura y con bondad, sino también con su cólera, con sus furoros; cuando todo esto ha sido en vano, ese gran Dios, se sienta en el camino por donde ha de pasar el pecador, fatigado, del camino que sus divinos pies han recorrido siguiendo á esa loca y extraviada oveja; cuando ya no tiene voz con que llamarla, cuando su corazón para solicitarla se sientecansado y abandona á ese pecador á su perdición y á su ruina, entónces se corona el triunfo del mundo. ¡Ya está levantado el edificio en que habitará para siempre el genio del mal! ¡Ya el ángel de la muerte bate sus fúnebres alas sobre ese corazón mil veces disputado por la misericordia y la justicia de Dios! ¡Ya se ha sellado para siempre la repro-

bación de esa desgraciada alma y una loza más pesada que la que cubría el sepulcro de Lázaro, cubre ya la tumba de esa conciencia, en la cual no se oye una sola voz, ni se mueve siquiera una paja, porque en la desolación de la tumba, apenas se puede percibir el sordo murmullo de los gusanos, que corroen, consumiendo sucesivamente esa presa que ha abandonado la justicia divina! Es esta la tranquilidad, la calma terrible, la recompensa que el mundo dá á esos pecadores obstinados; y al mismo tiempo el más terrible de los castigos con que Dios puede afligir á los hombres prevaricadores!

¡Oh Dios de misericordia y de amor! ¿Con qué negarás tus gracias y tu misericordia á esos desgraciados pecadores? ¡Oh! Ahora comprendo á que término tan funesto han llegado esas prevaricaciones reiteradas del respeto humano, esa constante apostasía de los cristianos; ¡Oh Padre de las almas, redentor suyo que las has comprado con el precio infinito de tu sangre! ¡Ah Señor! Verdaderamente comprendo que el pecador en ese desgraciado estado te ha hecho á ti mismo, víctima de los furoros del mundo; no le ha bastado sacrificar su eternidad, su honor, la gloria de su nombre las promesas de su bautismo, las esperanzas de su inmortalidad, tu evangelio santo, el honor de tu Iglesia; no le ha bastado inmolarlo todo ante el ídolo del mundo, sino que á sabiendas te ha arrancado de ahí para arrojarte ante ídolos abominables del mundo, haciendo callar tu divina boca en el fondo de su conciencia: ¡Haz Señor un gran milagro! ¡Sí! porque no podrás negar que tu sangre preciosísima fué derramada por ellos, tu cruz expuesta está á la vista del mundo, para que todos los pecadores tengan confianza, en tus indecibles encantos, ó quizá en el fúnebre aparato de tus terribles amenazas; quién sabe Señor, si con esa última gracia,

caerán postrados en tierra, se abrazarán de tus divinos pies, llevarán una vida austera, y morirán en el ósculo de la paz del Señor y habitarán contigo en la Jerusalén celestial!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## XXII

### La penitencia cristiana

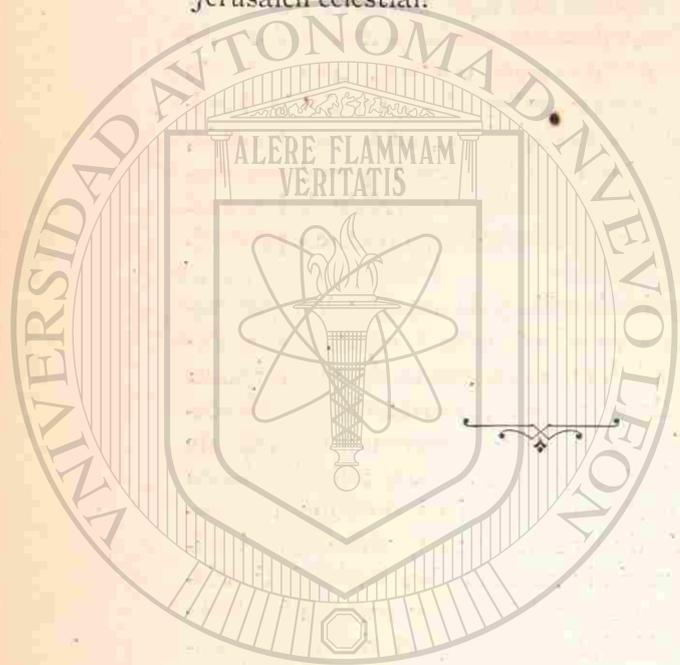
Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral,  
en la misa ferial del 17 de marzo de 1876.

*Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.  
Si no hicieris penitencia, todos pereceréis.  
S. Lucas, c. XIII, v. 3.*

**E**L ministerio de la palabra evangélica, mis hermanos, no ha sido armado de la vengadora espada de la justicia de Dios, para herir en vano á los pecadores. Hay en los inmensos tesoros de la religión un consejo de misericordia y de amor de aquel Padre celestial, que según la eterna y sublime palabra de la Escritura, no hiere sino para sanar, porque las heridas que abre, son para derramar en ellas, el bálsamo del perdón, del consuelo y de la dulzura.

No debo yo dejar, pues, cerrada la puerta á los prevaricadores de la ley santa del Señor; y después de haberos conturbado y affigido, pintandoos los tristes horrores, la espantosa desolación que produce en el alma el pecado, la corrupcion del espíritu del mundo, esa infiltración del veneno de sus máximas, que llega, simu-

caerán postrados en tierra, se abrazarán de tus divinos pies, llevarán una vida austera, y morirán en el ósculo de la paz del Señor y habitarán contigo en la Jerusalén celestial!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## XXII

### La penitencia cristiana

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral,  
en la misa ferial del 17 de marzo de 1876.

*Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.  
Si no hicieris penitencia, todos pereceréis.  
S. Lucas, c. XIII, v. 3.*

**E**L ministerio de la palabra evangélica, mis hermanos, no ha sido armado de la vengadora espada de la justicia de Dios, para herir en vano á los pecadores. Hay en los inmensos tesoros de la religión un consejo de misericordia y de amor de aquel Padre celestial, que según la eterna y sublime palabra de la Escritura, no hiere sino para sanar, porque las heridas que abre, son para derramar en ellas, el bálsamo del perdón, del consuelo y de la dulzura.

No debo yo dejar, pues, cerrada la puerta á los prevaricadores de la ley santa del Señor; y después de haberos conturbado y affigido, pintandoos los tristes horrores, la espantosa desolación que produce en el alma el pecado, la corrupcion del espíritu del mundo, esa infiltración del veneno de sus máximas, que llega, simu-

lando de alguna manera el poder mismo de la palabra de Dios, según la enérgica frase de S. Pablo, hasta la división del alma y del espíritu; no debo, repito, dejar cerrada la puerta á la esperanza en la misericordia y en el amor de nuestro buen Dios. Esta puerta de salud, esta segunda tabla, como la llama el concilio de Trento, después del naufragio, esta única esperanza de salud y de remedio, es la penitencia cristiana ¡Cómo no predicarla, mis hermanos, cuando en todas las páginas de los libros sagrados, los escritores santos apenas hacen otra cosa, que anunciar á los hombres la necesidad de la penitencia, para conseguir la salud eterna, que ponderar con las más vivas imágenes, con las más patéticas pinturas, la necesidad de circuncidar el corazón y la carne para ser verdaderos miembros del cuerpo de Jesucristo crucificado, para tener entrada en el reino de los cielos, siendo semejantes á Él, cabeza y jefe de los predestinados! El mismo Salvador del mundo que trajo á la tierra la buena nueva de su celestial doctrina, que recorrió primero el camino de la salud y de la perfección para que todos siguieran sus benditas huellas, se abrazó de la penitencia desde el primer instante de su vida mortal, y tan estrictamente, que quiso nacer en un pesebre que servía de albergue á las bestias, vivir en la condición más baja y exhalar su bendita y purísima alma, en el doloroso leño de una cruz. Y el ángel del testamento nuevo que debía preparar los caminos del Señor, anunciando á la Judea que estaba cerca el prometido á los primitivos padres, el deseado de los patriarcas, la alegría de Israel, la verdadera felicidad del mundo, el Redentor prometido ¿que otra cosa hacía sino aterrar los desiertos de la Palestina predicando la penitencia de los pecados? A diferencia de Juan Bautista, nosotros los predicadores de la ley de gracia, tenemos que anunciar la necesidad de la penitencia cristiana, no en un desierto, como el Precursor

de Jesucristo, sino en medio de un mundo, que tiene terror á la austeridad cristiana, en el seno de concurrencísimas sociedades, donde el sensualismo ha levantado cátedras al placer, donde con vanos pretextos se han infringido no solamente las antiguas é invariables tradiciones de la Iglesia, sino también el espíritu mismo del Evangelio.

Juan Bautista, entre las rocas y las arenas del desierto, haciendo oír su poderosa voz, atrae á los pueblos circunvecinos, les pondera la gravedad de sus culpas, les muestra cerca al que debía venir á purificarlos con su preciosísima sangre; y los judíos, dice el Evangelio, se convertían oyendo la palabra de Juan Bautista. Desgraciadamente, en el seno mismo de las sociedades cristianas, ha desaparecido ya ese espíritu de religión, ese espíritu de fe que, agitando vivamente el alma por la gravedad del pecado, la adorable é infinita majestad de un Dios ofendido, la incertidumbre de la muerte y de los juicios de Dios, lo terrible de las penas del infierno, conturbaba el corazón, lo hacía derramar abundantes lágrimas por los pecados, formar propósitos eficaces y abrazarse de la gracia del Señor. Sin embargo, es preciso abandonar toda ilusión, mis hermanos: jamás proscibirá la santa veracidad del Evangelio, ni el espíritu, ni las costumbres, ni el triunfo del mundo por esplendoroso que sea, por grande que parezca, á pesar del descrédito en que estas funestas máximas tienen á las máximas y el espíritu del Evangelio. Es cierto y de eterna verdad, que quien no se conforma á la imagen de Cristo crucificado, no entrará en el reino de los cielos; que quien ha perdido la estola de la inocencia, pereciendo desgraciadamente, no puede recuperarla, sino emblanqueciéndola en la sangre del Cordero, como decía el Apóstol S. Juan, porque todos los que han naufragado, una vez, en el mar borrascoso de las pasiones humanas, no tienen otra tabla de sa-

lud que la tabla de la penitencia cristiana; que si la misericordia de Dios es infinita, deseosa siempre de perdonar al pecador, no perdonará nunca, como dice David, sino al corazón verdaderamente contrito y humillado, y que esta ley de la expiación, ley eterna, inmediato fundamento del orden moral, esta ley de la expiación, ha de cumplirla el hombre, quiéralo ó no: ó abrazándose de la penitencia meritoria en la vida presente, ó satisfaciendo en la eternidad ¡Inevitable y terrible disyuntiva, mis hermanos, ó la penitencia cristiana ó la satisfacción en la eternidad! A vosotros y á mí, toca escoger entre los caminos de expiación: ó regar nuestro lecho cada día con lágrimas para anegar en ese llanto de nuestros ojos y de nuestro corazón, todas las prevericaciones de la vida pasada y aprender á ser humildes, con los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo, ó prepararnos para caer bajo la vengadora espada de Dios en ese lugar de tinieblas y de horror, fabricado por Dios, para castigar á los prevaricadores hijos del hombre.

Mas esta penitencia cristiana no consiste en las apariencias de un dolor que no parta del fondo del corazón, que no se extienda á la universalidad de nuestros pecados, que no llegue hasta las intimidades de la conciencia para establecer en ella el reinado de Jesucristo. Por eso dice el evangelista San Lucas: "al árbol se le conocerá por sus frutos." Debéis, pues, hacer frutos dignos de penitencia, es decir, que vuestra penitencia produzca frutos de vida eterna, que no sea estéril, superficial, incompleta; sino una penitencia vigorosa, completa, constante, entera, universal, tal y como se desprende de la enseñanza constante de los santos, tal y como lo proclama el santo concilio de Trento, tal y como lo han enseñado todos los Padres, tal y como lo exige nuestra madre, la Iglesia santa.

Aprendamos, pues, hoy, mis hermanos, aprendamos

hoy, una vez más, si lo hemos olvidado, en qué consiste la verdadera penitencia cristiana, estudiemos al pie de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, rey de los penitentes, los verdaderos caracteres de la penitencia, á fin de resolver abrazaros de ella y morir con ella, pues las glorias, el placer, la felicidad, están reservadas; según la adorable economía de la redención, para una vida mejor, habiendo querido Dios, en su inefable providencia, que sólo gustemos en este mundo la desolación y la amargura.

Pedid, pues, á Dios los auxilios necesarios de la divina gracia para tratar de un punto tan importante para la moral cristiana; pedid para vosotros la gracia preparatoria, que disponga vuestro corazón á hacer penitencia de vuestros pecados; pedid para mí la unción necesaria del Espíritu Santo para predicar, con el celo de los primeros predicadores del Evangelio, esta penitencia, sin la cual no hay salvación; pedid estas gracias por la intercesión de la Virgen María.

Y en primer lugar, mis hermanos, nuestra penitencia debe ser inmediata y pronta. Dios la reclama así, la gravedad de nuestros pecados nos está gritando que hagamos inmediata penitencia de ellos; la misma incertidumbre de la muerte parece que hablara en el fondo de nuestra conciencia diciendo: ¿hasta cuando ha de esperar la misericordia de tu buen Dios? Pronta ha sido la penitencia de los santos; abrid el Evangelio, mis hermanos, para consuelo vuestro; pero también para que se difunda en vuestro corazón, un secreto temor de diferir la penitencia cristiana. De muchos pecadores habla el Evangelio á quienes convirtió nuestro Señor Jesucristo; mas de ninguno cuenta que difiriese el momento de su penitencia, después de haberlo llamado la misericordiosa voz del Salvador. ¿Qué tardó la Magdalena, en conocer los extravíos de su vida, en levantar su corazón herido de dolor hasta el trono de la mis-

ricordia y de la gracia, en abrazarse de amor y de dolor á los pies de Jesucristo, derramar abundantes lágrimas, enjugarlos con sus cabellos é imprimir en ellos ósculos de arrepentimiento y de amor? Apenas le dirigió el Señor una de esas dulces miradas de amante Pastor, que busca á la oveja extraviada, Magdalena se siente repentinamente cambiada, no difiere un instante su conversión, rompe todos los vínculos de sus pecados, que quien sabe cuantos serían, cuán variados, rodeados de cuantas circunstancias agravantes, quien puede saberlo, pues sólo nos dice el Evangelio, que era una famosa pecadora; que tenía mala fama en Jerusalén. Esto basta para comprender cuales y cuan grandes serían las dificultades que el demonio le suscitaría. Fue pronta é inmediatamente la conversión del Apóstol Pedro, que tuvo la debilidad de negar á Jesucristo, sólo una vez, mis hermanos, mientras que nosotros lo hemos negado tantas; sólo una vez, cuando Jesucristo no había resucitado, ni había confirmado su celestial doctrina, con los esplendores de su gloria, ni millones de mártires la habían sellado con su sangre, cuando la profunda teología del sacrificio de la cruz, era todavía un impenetrable misterio para las voluntades débiles de los Apóstoles; mientras que nosotros, después que el Evangelio ha triunfado del paganismo, cuando la cruz de Jesucristo es signo de honor y de gloria, lo hemos negado y lo estamos negando mil veces. A Pedro lo miró el Señor; y el Evangelio lo dice: "no hizo más que verlo" ¡Ah! ¡Cuanto más ha hecho para convertirnos á nosotros! No solamente nos ha hablado palabras de vida eterna, en el fondo mismo de nuestro corazón nos ha convidado mil veces al perdón, proponiéndonos las transacciones más favorables, resignándose él á perderlo todo, con tal de ganar nuestra alma. Lo mira el Señor, y con solo haberlo mirado se acuerda Pedro de que le había dicho: "tu me negarás en esta no-

che antes que el gallo cante la tercera vez"; y la gracia y la penitencia y la misericordia de Dios y la confesión de su pecado fue obra de un momento; al punto se aparta de la ocasión de su pecado; huye del desgraciado teatro de su prevaricación; se esconde para llorar en la soledad, en presencia de su Dios, á solas con su conciencia, su pecado; no vuelve á poner los pies en ese lugar que había visto su caída, sino que oculto, separado del tráfico de los hombres, lloró amargamente, ahogando en sus lágrimas la debilidad de su caída. Así se han convertido siempre, mis hermanos, los grandes pecadores. Entre otros, jamás olvidaremos la gran pecadora de Samaría, que fue vencida al fin por las más sabias industrias de esa misericordia que se acomoda á las circunstancias, al tiempo y hasta á las pasiones de los hombres, para atraerlos al recto sendero de la virtud y de la justicia. Mas no femos en esto; porque la rareza de estos ejemplos es más á propósito para hacernos temblar, mientras que el infinito número de pecadores que veneramos en nuestros altares, convertidos ya en santos por la gracia de Dios, pero que no han resistido á ella, que en el primer momento de su vocación han sido dóciles, debe inspirarnos gran confianza, pero al mismo tiempo hacernos solícitos para convertirnos prontamente á Dios nuestro Señor. No lo dejemos, mis hermanos, no lo dejemos! De tantas condiciones como requiere la penitencia verdadera, en primer lugar debe ser pronta. Tal vez dirá alguno, mañana lo haré, sí, mañana lo haré. Parece-me, que el hombre no medita seriamente en estas verdades; porque ¿acaso es cosa de poca monta el castigo que la justicia divina reserva á los pecados de los hombres? Las vengadoras llamas del infierno, tinieblas horrosas, sempiterno rechinar de dientes, gusano roedor de la desesperación, que morderá eternamente la conciencia del réprobo, pan de maldición,

agua de blasfemia que será su aliento, profanación horrible, maldición eterna de la justicia de Dios, lucha constante de las más encontradas pasiones en el corazón del réprobo, ¿todo esto, es tan poca cosa, mis hermanos, para que el hombre que siente cargada su conciencia con el pecado mortal, difiera un solo momento la penitencia? Estamos viendo constantemente caer los árboles más robustos, más lozanos y más floridos, heridos por la justicia divina, y á las gentes que se preguntan asombradas, ¡ah! ¿cómo ha muerto? Lleno estaba de salud, lleno de vida, quien lo hubiera podido pensar! Ayer no más traté con él, y cuan fuera de su pensamiento estaría este instante fatal, ¡Ah!, mis hermanos, y ¿quién nos garantiza que no nos estaría reservada una suerte igual? Con cuanta razón contemplando este terrible porvenir, exclamaba S. Pablo: “¡Ah que cosa tan terrible, capaz de infundir pavor en el más esforzado corazón, y hasta en la médula de vuestros huesos, es caer en las manos del Dios vivo!” Después que Dios nos está esperando tanto tiempo ¡Ah! Si descubriera ahora el velo que encubre nuestras conciencias, para que nos contempláramos todos recíprocamente, pudiéramos leer esa triste historia de las luchas de nuestro corazón y de su bendita gracia, pudiéramos contar todos y cada uno de nosotros, cuantos días, cuantos años há que estamos aplazando temerariamente nuestra conversión, que estamos confiando sacrílegamente en su bondad, para ofenderlo más impunemente! ¡Oh Señor! ¡Qué horror! ¡Cuánta perfidia! ¡Cuánta soberbia! ¡Cuántos sacrilegios! ¡Cuántas osadas profanaciones de tu sangre! ¡Cuántos desafíos insensatos de tu misericordia! Con todo, yo no sé que admirar más, si su dulce paciencia, si su amorosa misericordia, si esa magnimidad sólo propia de su divino corazón, ó nuestra perfidia, nuestra ingratitude, nuestra insensata tenacidad en perseverar en el camino

del mal, estando sin embargo en los bordes del abismo.

La penitencia debe ser pronta, de hoy mismo, del momento presente. ¡Ay de aquel que la difiera!

Si la penitencia debe ser pronta, debe ser también rigurosa. Volved atrás los ojos, mis hermanos, y contemplad esos días famosos, cuando la predicación del Evangelio exitaba el furor de las persecuciones, cuando el triunfador y venturoso prestigio del paganismo hacía casi imposible la propagación de la semilla de la piedad cristiana, ó á lo menos á la plena luz del medio día, cuando los discípulos de Jesucristo se veían obligados, á ocultarse, en el fondo de la tierra para adorar á Dios. Volved los ojos hacia esos primitivos y famosos días de la Iglesia naciente ¡Oh! ¿Dónde se encontraban ojos impuros que no hubieran derramado abundantes lágrimas para expiar los pecados cometidos? ¿Donde se encontraban cuerpos dados á la sensualidad y molición que no se hubieran destrozado sin piedad, hasta humedecer la carne con su sangre y completar, según el mandamiento del Apostol, lo que faltaba de la pasión de Jesucristo en ellos? ¿Donde se encontraban penitentes convertidos á Dios que no hubieran abrazado con entusiasmo y ardor las severas y austeras prácticas con que la Iglesia castigaba, en esos primeros siglos, los pecados públicos, á fin de ejemplarizar al mundo, á fin de purificarlo por la penitencia, á fin de presentar en los altares de Cristo crucificado, victimas inmoladas, no solamente por el amor interior de los corazones, sino también por la sagrada espada de la mortificación? Yo sé, mis hermanos, que por muy sabias razones, muy graves y muy buenas, la Iglesia, inspirada siempre por el Espíritu Santo, ha modificado la severidad de su disciplina, adaptándola á las circunstancias del tiempo y á las múltiples vicitudes porque ha pa-

sado el mundo; pero las industrias de su caridad no pueden disminuir un punto de la santa severidad del Evangelio. Y aquí solo tendré que invitaros á que, dirigiendo vuestra mirada al fondo de vuestro corazón, reparéis las ofensas que habéis hecho á la majestad de Dios y comparéis vuestros pecados, su número, su gravedad, sus circunstancias agravantes; comparéis, recíproco, con la vida muelle, regalada, tranquila que en nada se parece, en verdad, á la vida de los santos, siendo jueces vosotros mismos, de si la justicia divina, que halla mancha en los ángeles del cielo, que pesa en a balanza con equidad justísima, hasta los menores pensamientos, se dará por satisfecha, con unas cuantas oraciones mal dichas, con la recepción de los sacramentos sin fervor y sin piedad, con comuniones hechas sin recogimiento.

.....

.....

¡Qué digo yo por la austeridad cristiana! Cuando el nombre mismo de la penitencia parece que está borrado de las mentes y de las conciencias de los cristianos! ¡Cuando tienen horror á la suavísima forma con que la Iglesia ha establecido guardar el precepto del ayuno cuadregesimal! Me parece que vuestra sentencia, la que vosotros mismos pronunciéis, no os será favorable; sin embargo, caminamos á pasos agigantados hácia la muerte, nos acercamos al término de esta vida miserable, vamos con la rapidez de un torrente á sepultarnos en los abismos del sepulcro, con nuestros méritos y nuestras pasiones, nuestras virtudes y nuestros vicios, con nuestra penitencia, nuestras lágrimas, nuestros gemidos, nuestra molice, nuestra voluptuosidad; vamos á presentarnos al tribunal de un Dios que se negó, por amor al hombre, todo placer, toda comodidad, todo regalo; que nació en un pesebre, que vivió en la oscuridad y el retiro, bajo la dura

ley del trabajo y que escogió para morir el sangriento y doloroso leño de la cruz!

¡Penitencia rigurosa, pues, mis hermanos! Todo lo hemos empleado para el pecado: hemos empleado nuestro entendimiento en instruirnos en el maldecido arte de pecar, hemos ejercitado nuestra voluntad con mil insensatos y criminales deseos, hemos ejercitado nuestra memoria en arrancar de los abismos del olvido nuestros pecados pasados para entregarnos con el recuerdo á otros nuevos, hemos empleado nuestra imaginación y todas las potencias y facultades del espíritu, de la manera más perseverante, en quebrantar la santa ley del Señor, hemos empleado nuestro pensamiento, nuestra voluntad, todos los resortes, en fin, de nuestra conciencia.

¡Ah! Hemos empleado nuestro cuerpo, haciéndole servir á la iniquidad, valiéndonos de todos sus miembros, de nuestra vista, de nuestro oído, de nuestro tacto; de todos los miembros y sentidos del cuerpo, para ofender á Dios, haciéndolos servir, no de instrumentos de su gloria, sino de instrumentos de placer. Nos enseña el Apóstol San Pablo que ya que hemos tenido la desgracia de hacer servir las facultades de nuestra alma y los miembros de nuestro cuerpo para el pecado los hagamos servir á nuestra penitencia, es decir: que nuestra penitencia hiera nuestro espíritu, matando en él todas las pasiones: la soberbia, raíz y principio de toda iniquidad; la ambición que nos hace soñar tan vanos delirios de engrandecimiento; el apetito desordenado del placer, que cambia el lastimoso estado de la vida humana, convirtiéndola en una escena de goces, cuando no es, en verdad, según lo ha establecido Dios, sino un valle de lágrimas. Que la penitencia cristiana fortifique, pues, nuestro corazón arrancando de él esas raíces de todas las pasiones sembradas en su más oculto seno, que hiera nuestro corazón desprendiéndolo de todas las cosas de la vida y poniéndolo solamente en el cielo y en las

cosas espirituales; que fortifique nuestra memoria vedando constantemente todo recuerdo que no sea á propósito para alabar y engrandecer al Señor; que debilite nuestra carne de pecado, fuente de corrupción, que no solamente es el semillero de la muerte sino también de la muerte espiritual del alma y que cerrando nuestros ojos, los cubra con el velo de la modestia y que penetrando en nuestros oídos los cierre y los abra sólo á los cánticos de alabanza á Dios y que llegando á nuestra lengua, la enmudezca para que no hable nunca palabra de pecado como lo recomienda el Apóstol; que luego recorra todos los miembros de nuestros cuerpo y los castigue y los hiera para que se parezca en algo al adorable cuerpo de Jesucristo y sea una copia de esa imagen del Salvador crucificado, en el cual no hay una parte sana, sino que todo está llagado, ensangrentado, presentándose al mundo y los siglos como el verdadero tipo de penitencia cristiana.

Por último, mis hermanos, si nuestra penitencia debe ser pronta, rigurosa, debe ser también universal, quiere decir, que se extienda á la universalidad de los pecados, que no deje revivir en el corazón ninguno, que no deje prendida en el alma ninguna raíz, que mate con igual eficacia á la espantable fiera que nos ha tenido en sus garras y al reptil, que parece despreciable, pero que insensiblemente va derramando el veneno en el fondo del corazón; que lo destruya todo, que lo arrase todo, de manera que quede el alma como un campo limpio de toda maleza; entonces puede venir el sembrador divino y depositar la semilla de su palabra y el riego de su gracia, en señal de su misericordia, para que produzca esos frutos dignos de penitencia de que habla el Espíritu Santo y que son: la modestia, la mansedumbre, la humildad, la obediencia, la caridad, la castidad, la paz, el espíritu de mortificación, el desprendimiento de las

cosas del mundo. Ese gran conjunto es fruto exclusivo, fruto único de la gracia. Penitencia universal pues, mis hermanos. ¡Ah! Queridas pasiones de la juventud! ¡Recuerdos amables, seducciones amorosas, afecciones íntimas del corazón que resisten á todos los golpes de la fortuna y hasta á los de la justicia divina; entretenimientos frívolos á los cuales se apega tanto nuestra pobre alma; pasiones inveteradas que nadie ha podido arrancar del fondo de nuestro corazón; pasiones desgraciadas que parece que retoñan á medida que son más contrariadas; pasiones culpables que se esconden en lo más íntimo del alma cuando las visita la misericordia de Dios, como para escapar de sus influencias y luego que pasa esa visita, vuelven á aparecer en ella como por encanto! ¡Todas ellas, mis hermanos, que desaparezcan, que sean muertas por la penitencia cristiana! Penitencia universal que no deje en pie ninguno de esos profanos idolillos ante los cuales se ha postrado nuestro corazón, para que sobre sus ruinas se levante la imagen del verdadero Dios, grabada con caracteres de oro en el fondo de nuestra alma y á esa imagen rinda nuestro corazón el homenaje y el culto condignos.

Hagamos pues, mis hermanos, penitencia pronta, dolorosa, completa, universal, que todo lo inmole en aras del dolor, para que reine únicamente Cristo Crucificado.

Yo no puedo terminar sin proponer á este divino Señor como el modelo de la penitencia, de la verdadera penitencia, de la penitencia que fructifica para la vida eterna. El, inocente, santo, imagen perfecta de la inefable santidad de su Padre adornado con el esplendor de su gloria, de su verdad, El, preséntase ante el terrible tribunal del Padre Eterno, cuando se deliberaba sobre la suerte del linaje humano y le dice: *“Ah! Padre celestial, las víctimas de los hombres no pueden ser propicias*

para ti; víctimas manchadas ofrecidas por manos culpables, no pueden aplacar tu divina justicia, heme aquí á mi inocente, justo, eterno, inmutable, yó seré víctima proporcionada á tu adorable majestad; dame un cuerpo, Señor, en el cual pueda yo sufrir la dura ley de la expiación, que satisfaga tu irritada justicia; dame un cuerpo en el cual puedas ejercitar implacablemente tu justicia hasta que se sacie tu furor, hasta que se colme la medida de tu cólera y entonces puedas mirar propicio al género humano rescatado ya de la culpa; dame pues una alma con ese cuerpo en el cual habitará mi divinidad y que ya no dejaré nunca; entraré al mundo, conversaré con los hombres, les ponderaré tus misericordias, procuraré cumplir mi divina misión, fundaré el reino de Dios en el mundo, estableceré la nueva sociedad de los creyentes, encaminaré á los hombres por el camino de la virtud y por último me entregaré al furor de sus pasiones."

Jesucristo vino al mundo, nació pobre en el establo de Belén, vivió abrazado de la mortificación y al fin de su vida, en los últimos instantes de su existencia, como testamento de su amor, nos dejó el ejemplo de su pasión y su muerte.

En la penitencia de Jesucristo están los caracteres de la verdadera penitencia; y en primer lugar ¡oh amable Jesús! cuán pronta fué tu inmolación, cuán voluntaria, cuán universal, cuán espontánea! Apenas el Padre celestial le anunció que era llegada la hora del martirio cruento, que era llegado el momento de su inmolación, cuando, venciendo las repugnancias, el horror de los sarcasmos y de los oprobios, venciendo todo en ese terrible instante, en que compró al mundo con el precio infinito de su sangre, dijo: "Si es voluntad de mi Padre que beba este cáliz, bébolo hasta sus heces."

.....  
 .....

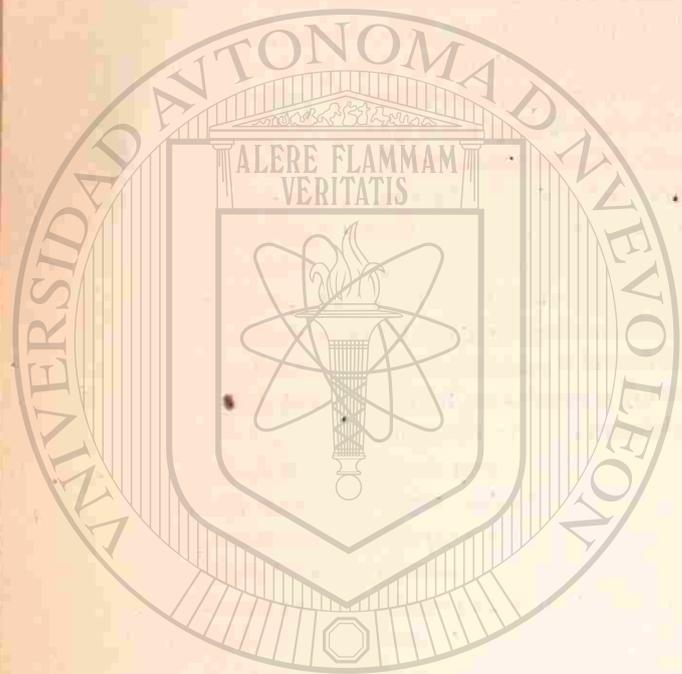
¡Ah! Quién puede contar este dolor, quién puede adivinar sus horrores. ¡Ah! esto será siempre un misterio para el mundo! Los Padres y los Santos nos dicen que en el día del juicio, revelará Dios algo de los misterios, de los dolores, de la desolación de esa alma y de ese cuerpo, en la noche memorable de su pasión y de su muerte. Lo que el Evangelio cuenta basta y ha bastado para poblar los desiertos, y para armar de instrumentos de penitencia á los santos.

Registrad minuciosamente cada una de las potencias de Jesucristo: su memoria, su entendimiento y su voluntad, cada uno de los miembros de su adorable cuerpo y no encontraréis, una sola facultad, un solo miembro que no se encuentre sujeto á la terrible ley de la penitencia. Si es su memoria está atormentada constantemente con el recuerdo de la ingratitude de los hombres, de la debilidad de sus discipulos.

Penitencia pues, completa, mis hermanos, hizo Jesucristo, pero no de sus pecados, sino de todos los nuestros; ené están castigados nuestra soberbia, nuestra avaricia, nuestra sensualidad, todos los pecados de pensamiento y de deseo, todos los pecados de las generaciones y de los siglos.

.....  
 .....  
 ¡Oh amable! ¡oh buen Jesús! Infundid en nuestros corazones el espíritu de penitencia, porque ¿qué será de nosotros si no nos convertimos en verdaderos penitentes? De todos modos Señor prometemos ser verdaderos penitentes ya que hemos sido grandes pecadores, queremos abrazarnos de la cruz de la mortificación, á fin de resucitar contigo, como lo prometiste por tu Apóstol San Pablo, en la gloria verdadera de la inmortalidad del cielo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXIII

### La Iglesia (sus dolores y tristezas)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la Misa ferial del 22 de marzo de 1786.

*Surge, illuminare Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.*

*Levántate, Jerusalén; corónate de nuevos esplendores; porque ha venido sobre tí la luz y la gloria del Señor.*

*Isaías, c. LX. v. 1.*

**A**VERGONZADOS los hombres de Jesucristo, relegada su celestial doctrina al olvido y al desprecio de lo que se llama hoy, la ciencia orgullosa de este siglo, empeñados los gobiernos humanos, por la más inconcebible ceguedad, la más insensata locura, en constituir y organizar la sociedad, fuera de las bases católicas; hecha universal, por un conjunto de causas más ó menos reconocidas, más ó menos evidentes, la apostasia de todas las naciones y de todos los gobiernos del mundo católico; empeñada también la providencia de Dios por sus misteriosos é insondables designios, que siempre se enderezan á su gloria y á la salvación de los elegidos, en permitir que el éxito, el triunfo, la victoria, coronen siempre las audaces ambiciones del espíritu del mal, sus insolentes provocaciones; que la Iglesia católica, abandonada, acosada por todos los gobiernos del mun-

do moderno, se vea en situación parecida á la que contempló en Jerusalén el antiguo profeta de sus infortunios; se vea solitaria, abandonada, ella, que veía en su hogar á todas las naciones cultas, que tomó asiento en los consejos de los reyes, que dirigió la política de los pueblos, que recibió los homenajes que á porfía venían á tributarle los más grandes y poderosos monarcas de Europa; que se vea, repito, solitaria, abandonada, despreciada, también burlada miserablemente; porque apenas le resta, mis hermanos, el lastimoso privilegio de ser hoy el objeto único de todos los odios, de todas las provocaciones, de todas las amenazas, de todos los desprecios que parten de los centros tenebrosos del error y de la iniquidad. ¿Cómo puede ser que la antigua y populosa ciudad de Jerusalén, donde se congregaban todas las tribus para presentar el homenaje de su adoración á Jesucristo, se encuentre hoy desierta y en abandono? ¿Quién ha podido hacer tributaria á esta reina de los pueblos y de las naciones? ¿Cómo se explica que, después de haber dominado al mundo, se encuentre ahora en la más absoluta postración y en el más completo abandono? ¿La reina, la señora de los pueblos es hoy tributaria? ¿Qué se han hecho las antiguas profecías tan consoladoras para el corazón de los nuevos creyentes y que pintaban el reino inmortal de la esposa de Jesucristo? ¿Dónde está esa ciudad levantada sobre las más altas colinas, en donde debían congregarse todos los miembros de Israel? ¿Dónde está ese reino formado por todas las razas, por todas las tribus, por todas las gentes, en el cual, abandonando y dejando sus divisiones, sus rencillas, sus discordias, debían congregarse todos al pie de la cruz de Jesucristo para adorarlo como á Rey de reyes y Señor de los querubines? ¿Dónde están esas magnificencias de las promesas divinas que aseguraban á la Iglesia su inmortalidad, la victoria perpetua sobre sus enemigos? ¿Dónde está esa

herencia grandiosa de todas las naciones y de todos los pueblos, que el Padre Eterno dió á Nuestro Señor Jesucristo, y que este cedió como el legado preciosísimo de su testamento de amor, á la santa é inmaculada esposa que escogió desde la eternidad? Estas magníficas y brillantes promesas se resumen, mis hermanos, en que para ella no tendrá linderos el espacio, ni límites el tiempo, puesto que en la magnífica heredad del Señor habían de congregarse todos los pueblos y todas las naciones del mundo.

En las apariencias, tantas glorias, tantas magnificencias, tan extraordinarias grandezas, han llegado á su término. No podemos ocultar, mis hermanos, que el espíritu anticristiano gobierna el mundo; reina, más ó menos en todos los pueblos; ha penetrado por una infiltración profunda en las costumbres; se ha adueñado del poder temporal; tiene á su disposición la fuerza del número, la misma fuerza material; cuenta con ese extraordinario prestigio que dá á todas las cosas el éxito. Vense tristes, llenos de amargura los católicos, los creyentes, como durante el mismo cautiverio de Babilonia, en la época del pueblo rey; no tienen donde volver los ojos, porque las últimas esperanzas de salud en el orden humano y temporal han desaparecido, y la impiedad puede levantarse sobre la Iglesia, perseguida en todas partes, escarnecida, burlada, llena de oprobios, como durante la tenebrosa noche de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; puede levantarse orgullosa para reprochar la magnificencia de sus empresas inmortales y decirle con toda la insolencia que acostumbra ¿y ahora, donde está tu Dios? Sin embargo, mis hermanos, nada más engañoso que estas apariencias. Lejos estoy de hacerme ilusiones sobre las tristezas de la época presente; demasiado las conozco y en la amargura de mi corazón de sacerdote, las lloro en presencia de los altares de Dios. Sé que

la defección se multiplica. que la impiedad crece siempre. que el loco empeño de apartar á la sociedad de los caminos divinos, es hoy más tenaz que nunca, que los pueblos, ó mejor dicho, sus gobiernos insensibles á todos los consejos de la prudencia, al poder de las más pavorosas catástrofes, á las lecciones de los pasados siglos, á los abismos que ven abiertos á sus plantas, en cada uno de los momentos de su existencia, pasan la vida divirtiéndose; como si no tuvieran en sus manos la suerte de la sociedad, solo se ocupan en inventar incesantes sistemas, en aplicarlos, y aunque por un designio sapientísimo de Dios, aunque una constante experiencia está acreditando su vanidad, sus contradicciones, los funestos efectos que engendran, siempre, constantemente, por una inconcebible ceguedad, se les ve perseverantes en el camino de su perdición; admitiéndolo todo por absurdo, por contradictorio, por monstruoso que sea, antes de que Jesucristo, reine sobre el mundo. Y sin embargo de todo esto, la fe nos enseña que la Iglesia católica triunfará ciertamente de esta coalición de todas las fuerzas humanas contra ella; que la virtud traída por Jesucristo al mundo y enseñada por el ministerio de la Iglesia, conserva su exclusivo y glorioso privilegio de libertar á las almas; que á la vista de innumerables y terribles catástrofes conocerán los gobiernos que solo en ella se encuentra el secreto de la moral pública, y que los católicos tenemos en ella la más completa esperanza de triunfo. Pero ¿no hay en la misma situación actual del mundo y de la Iglesia razón que funde la esperanza de este completo triunfo? ¿En el orden mismo con que la Providencia gobierna las sociedades no hay esperanza alguna de salvación y de salud? Todo lo contrario! Y tal será el asunto que ocupará vuestra atención hoy y en los próximos días que restan de la presente cuaresma. Estudiaremos los caracteres de la época actual; veremos,

primeramente, que aunque llena de dolores y tristezas, por su misma situación, por el mismo estado de alarma y de pavor, que nos manifiesta: por ese mismo carácter de incertidumbre que la caracteriza; por el abandono en que se encuentra la Iglesia católica; por la conspiración y concierto de sus enemigos, contra ella; en una palabra, por el conjunto de siniestros caracteres que designan á la época actual, ella es un presajio de un brillante y esplendoroso triunfo, porque nada hay en la época presente que no esté precisamente, determinadamente anunciado por Nuestro Señor Jesucristo, por los Profetas, por los Apóstoles; y luego fijándonos en la misma situación del mundo, sacaremos de ella luz y argumentos bastantes para sentir la proximidad del triunfo, y concluir, mis hermanos, por saludar esa victoria inmortal de la Iglesia, sintiendo desde ahora mismo los primeros albores de su triunfo, las primeras iluminaciones del Sol de su victoria. Aproxímase ya la hora de su redención, la hora de su salud; de la redención de esta opresión del genio del mal; de la salud de esta enfermedad que lleva ya un siglo de lucha cruel y de muerte.

Pidámos pues, la gracia del Espíritu Santo por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, reina de los ángeles y con cuya divina planta humilló su soberbia al enemigo infernal.

A mi no me estraña, mis hermanos, que la incredulidad orgullosa, entone ya himnos de victoria y de triunfo, propagando la decisiva, irremediable y completa desolación de la Iglesia. Esos himnos resuenan en todas partes: en las asambleas públicas, en la prensa, en las tribunas parlamentarias y populares: todos de comun acuerdo, de concierto, á porfía proclaman que ha pasado la hora del Catolicismo; que en la presente época de la humanidad, á lo más pueden agradecerse sus antiguos servicios; que alguna vez pudo ser útil, cuando la razón humana no había llegado á la

plenitud de su independencia, á su luz meridiana, para echar los cimientos de la civilización; para enseñar al hombre, apartándolo de las tinieblas de la barbarie, los sublimes principios de la grandeza de un Dios creador y regenerador del mundo; para establecer en vez de los códigos crueles del paganismo, la ley de la caridad, el dulcísimo lazo que uniendo con vínculos de oro, suavizando las costumbres, realzando la dignidad, hacen soportable la vida ante la durísima opresión de la autoridad y constituyen á las familias y sociedades sobre la base del respeto mutuo de todos los derechos, del cumplimiento por conciencia de todos los deberes. Pero pasaron esos tiempos, y hoy bastante adelantada la ciencia, ilustrada la razón, sintiendo dentro de sí, fuerza, luz suficiente para construir, gobernar las sociedades humanas y llevarlas á un porvenir de gloria y de ventura, dice á la Iglesia lo que en otro tiempo dijeron los prevaricadores de Israel: "Apártate de nosotros, quedarás como un recuerdo, como un inmenso objeto de curiosidad y hasta digno de admiración; los siglos futuros, al pasar por el mundo, se dignarán dirigirte una mirada de admiración, viendo en tí á la antigua tutora del género humano, á la antigua maestra de las naciones" Lo dicen y lo hacen, mis hermanos; porque la ambición de un naturalismo universal y completo es el caracter esencial de la época presente; suprimir lo sobrenatural á toda costa, suprimirlo del gobierno, de la escuela, del trono, suprimirlo de todas las instituciones humanas: he aquí el verdadero término, el verdadero fin, el objetivo de todas las cuestiones que agitan al mundo, de todos los libros que se escriben, de toda esta agitación febril del mundo moderno. Pues todo esto, de la manera más detallada y más perfecta, ha sido anunciado por las Escrituras santas, lo cual al lado de la profunda tristeza que imprime en el corazón católico, engendra también la seguridad y la convicción del triunfo de la

vanidad de estos funestos ensayos, de que una vez más las orgullosas olas que levantan la razón del hombre contra la roca inmutable de la Iglesia, se estrellarán contra ella. Por las Escrituras santas, á fin de que no se escandalizaran los creyentes, decía Jesucristo á sus discípulos, para que no desconfiasen de sus promesas, para que no se conturbase su fe, para que en medio del universal ruido producido por tantas voces de triunfo que partirían de los centros del mal, viendo la humillación, el abandono, el decaimiento de la Iglesia, no se inquietase su espíritu, tuvo cuidado, ya El mismo con su enseñanza, ya por medio de sus apóstoles, de anunciar cuantas vicisitudes habian de pasar sobre su Esposa santa. Mirad, les decía, con admirable sencillez y sublime lenguaje: "el discípulo no ha de ser superior á su maestro; á mí muy pronto este pueblo que me aclama me escarnecerá; los sacerdotes dirán falsos testimonios contra mí; los pueblos y las autoridades civiles se concertarán y hasta firmarán paz, unión, concordia, habiendo sido antes enemigos entre sí, para conspirar contra mí, para procurar mi muerte y mi ruina; vosotros mismos, discípulos míos, me abandonaréis; acordaos, pues, os lo digo desde ahora, grabad estas palabras en vuestro corazón; no será el discípulo superior al maestro; todos sin excepción alguna, padecerán por mi nombre, por mi causa, por mi gloria, por mi doctrina; os llevarán á los tribunales; os levantarán falsos testimonios; os calumniarán; pondrán sobre vosotros manos violentas; seréis ludibrio y oprobio de las gentes. Mas que esto todavía, y el Salvador cuidaba de repetir siempre á sus discípulos: Os lo digo para que cuando suceda, os acordéis de que ya os lo dije. Todavía sufriréis más de parte de los hombres; pondrán de manifiesto é inventarán sistemas para probar al mundo que esas persecuciones contra vuestra persona, contra vuestra doctrina, contra vuestras enseñanzas,

contra vuestras costumbres, contra todo lo que sois y representáis en el mundo, es en obsequio de la religión, para dar gloria al Dios del cielo; y cuanto más se encarnice la persecución, los hombres dirán con voz más alta y arrogante que su objeto es purificar á la religión, dar verdadera gloria á Dios, combatiendo la superstición, las funestas influencias, las adulteraciones criminales que el Papado, los Pontífices y los sacerdotes han hecho. Me parece, mis hermanos, que esta no es profecía sino historia, y sin embargo, no he hecho más que repetir las palabras de Nuestro Señor Jesucristo. “Viendo, dice el Evangelista S. Juan en su admirable libro del Apocalipsis, el triunfo anticipado de la Iglesia se levantará una voz, figurará el mal de Satanás, príncipe de las tinieblas, monstruo de horror que para vengar en su corazón el odio contra Dios y su Iglesia, levantará él la voz y seducirá á todas las gentes: ningún pueblo ninguna raza, ninguna nación escapará de su funesta influencia”. Los engañará con una seducción profunda que cambiará sus entendimientos, que aterrorizará su corazón, que cambiará las nociones del bien y del mal, de manera que se levantará—gritan los apóstoles S. Pedro, S. Pablo, S. Judas,—“una raza dominadora de hombres perversos, sin conciencia, viciosos, llenos de ambición y de codicia, crueles, sanguinarios”, y estos hombres que dominarán al mundo, no respetarán la santidad del juramento, desorganizarán la familia, relajando los vínculos de la obediencia que la naturaleza misma ha establecido entre los hijos y los padres; se ensañarán contra la justicia, como si fuera un crimen, la quitarán el dominio de lo más santo, de las tradiciones más santas de la antigüedad; se levantarán sobre toda autoridad, divina y humana; quebrantarán no solo el yugo de todas las leyes, sino que despreciarán toda dominación que no sea la de sus brutales pasiones. ¿No es esta la razón, mis hermanos, de la triste situación

del mundo? “Este dragón, continúa el Evangelista S. Juan, dará su poder universal, al error, al mal, que el Santo Apóstol personifica en una abominable bestia, á la vez que el dragón lo vió representado por una gran prostituta. Y esta abominable y espantosa bestia, llevaba sobre sí á la imagen de la prostitución, de la corrupción, á la nauseabunda imagen del placer en su más asquerosa manifestación de embrutecimiento; y en la frente de esta prostituta que cabalgaba sobre la bestia, vi escrita esta palabra: Misterio. Y salió la bestia por el mundo y la malévola influencia de su prestigio, de sus rugidos, de su furor, atrajo á la multitud en pos de ella; y el dragón le dió una voz gigantesca para dominar el mundo, voz de mentita, y no hubo falsedad, ni error, ni calumnia, ni blasfemia que no vomitase de su boca infernal.”

Parece, mis hermanos, que el Apóstol hubiera visto esa multitud de periódicos, de escritos, que llenan el mundo, propagando el error, la mentira, la blasfemia. Decidme, ¿qué no han dicho, qué no han escrito, qué no han inventado contra la Iglesia, contra su doctrina, contra sus instituciones, contra sus sacerdotes? Infatigables en la desenfrenada tarea de mentir y de calumniar sólo el demonio, padre de la mentira, puede inspirarles ese valor para rendirle un culto tan perseverante. ¿No los veis mentir, calumniar, siempre repetir las mismas mentiras, las mismas calumnias y gloriarse en seguida de su perseverancia en este arte de engañar y de perder? ¿No los veis felicitándose de que han de resistirse á creer que aquello es calumnia, y especulando sobre esa resistencia, especulando sobre ese fondo de rectitud de la conciencia humana, envenenándola á mansalva, hiriendo sin piedad las más sagradas personas y corrompiendo así las costumbres públicas? Sí: esa es la voz dominadora que oyó San Juan, que salía de la boca de la bestia, pronunciando la

mentira y la blasfemia. Pero á lo menos, el mundo horrorizado de tan espantable furor, ¿se aterrará viendo sus estragos, se convertirá hacia el dulcísimo Cordero, que es el único y formidable enemigo de esa bestia abominable que siembra la desolación en los campos por donde pasa? ¿Cerrará sus ojos para no ver su espantable figura y sus oídos para no escuchar esas voces de abominación y de blasfemia? ¡Ah! No, mis hermanos. Y vió el Apóstol que toda la tierra, como preocupada, como embriagada, como si hubiera un paréntesis general en las leyes de la rectitud, del sentido común, de la moral, seguía y adoraba á la bestia. Nada hay, en la presente época de la historia de la Iglesia, que de alguna manera no pague su tributo, no doble la rodilla ante ella, no le rinda un homenaje. Sabéis que no exajero, sabéis cuánto influjo tienen hoy en el mundo las teorías de las condescendencias, de los acomodamientos entre el bien y el mal; vosotros sabéis que los mejores entre nosotros cuando más se atreven á presentar estas doctrinas, á defender esta teoría; que es preciso que de una vez quede afirmada la paz, quede asegurada alguna de sus desgraciadas conquistas. Toda la tierra, pues, seguía admirando á la bestia y no solo admirándola, sino alabándola; porque el Apóstol oyó que de todas partes, partían voces que decían: “¡Oh! ¿Quién es semejante á la bestia? ¿Quién puede pelear con ella?”

¡Ah! Dios omnipotente! ¿Cómo es posible que tan horrible blasfemia arrojada de las tenebrosas bocas del infierno se escuche en el mundo? Los siglos pasados, las generaciones pasadas, la humanidad entera había escuchado siempre la voz de tus profetas, la voz de tus apóstoles, la voz de tus ángeles, la voz de los elementos todos de la creación, que uniéndose en admirable concierto clamaban: “¿Quién como Dios! ¿Quién puede cantar su gloria, ni sus alabanzas, ni ponderar su mi-

sericordia!” Este grito vencedor fué pronunciado por el arcángel San Miguel contra el espíritu del mal y sus secuaces, cuando cayeron precipitados en el abismo. Esta ha reservado á nuestra época el oír á los pueblos exclamar: “¿Quién semejante á la bestia!” Así lo oímos en verdad. ¿De qué se ocupan hoy todas las lenguas sino de cantar los prodigios de esta civilización moderna cubierta con un manto de pedrería y de joyas, que seduce con el prestigio de su mirada, que engaña con su fascinadora palabra, pero que deja en pos de sí pobreza, desgracia y muerte? Y de todas partes, partían voces que decían: “¿Qué hay semejante á esta civilización, engendro de la razón indiferente de Dios, de la moral, del Evangelio y de la Iglesia? ¿Qué hay semejante á la bestia?”

Y se gloriaban, dice el Apóstol, de que quién sería el osado, el temerario, el atrevido, el necio que intentara pelear con ella. Cuenta con la opinión pública, con la prensa, con los gobiernos, con los ejércitos permanentes, con todas las pasiones humanas: todos los intereses le están coligados en su favor. En todas las cuestiones, en todas sin excepción están los hombres, discordes, entre sí; pero para proteger á la bestia, hay unión, hay paz; de manera que las contumelias, las discordias, las divisiones de los partidos, los intereses de la política, el choque de las pasiones humanas, de la ambición, de la codicia, todo desaparece. Pelear con la bestia, que tiene en su favor todas las fuerzas humanas, no es posible; desde que no es posible, no digo vencerla, pero ni luchar con ella, abandónese por completo á su enemigo, al Cordero inmaculado, al Príncipe del mundo. Y aquí está el verdadero secreto y la explicación única de esa cobardía de los mejores católicos ¿Quién puede pelear con la bestia? Lo dicen candorosamente, lo dicen sin disfraz. No es posible luchar contra este torrente inmenso, que muy en breve ahogará al mundo entero; no es posible oponer dique

á este torrente que desde una gran altura se precipita sobre el mundo: todo es contra nosotros. ¡Con qué elementos contamos! Por nosotros, está Dios, está la virtud, está el bien; Dios ama la verdad, que es la luz de sus ojos, y el bien que es el tesoro de su corazón. La verdad es que para cubrir su indolencia, su apatía y cierta especie de complicidad secreta de sus pasiones, para encubrir á sus propios ojos toda la perfidia de su cobardía, dicen que nada se puede hacer, que la apostasía se extiende, el mal se hace á cada momento más intenso, y muy pronto como en la época de Noé, sólo veremos el diluvio universal y el arca divina de la Iglesia, flotando sobre las altas, encrespadas olas con unos pocos elegidos.

Apostasía general, mis hermanos, que el mismo apóstol San Juan nos describe admirablemente. Hablando de los instrumentos de la infernal bestia en su tránsito por el mundo, exclama "que todos llevan el signo de la bestia: unos en la mano derecha, otros en la frente." Aquí vuelvo á repetir lo que decía al principio, que parecía que el santo apóstol historiaba la época presente, mas bien que ser esta una profecía. ¿Quién no lleva el signo de la bestia? Lo llevan en la mano derecha todos los que cooperan á la impiedad, todos los que hacen el pecado, todos los que coadyuvan á este triunfo de la incredulidad por la complicidad de sus pasiones, estos llevan el signo de la bestia en la mano derecha; y lo llevan en la frente, todos los que ponen al servicio del mal, su inteligencia, su razón, esa inteligencia y esa razón que Dios les dió para practicar el bien. Todos, pues, llevan el signo de la bestia: unos en la mano derecha, otros en la frente.

¿Triunfará, definitivamente este mal de la apostasía? ¿La bestia después de asolar el mundo y de espantarlo con sus rugidos y de llevar en pos de sí á todas las naciones, coronará definitivamente

su victoria? ¿Devorará al Cordero inmolado desde el principio del mundo? Buscáralo por todas partes; cuanto menos lo encuentre más se enardecerá su furor, pues cuando lo devore, cuando lo mate, en la embriaguez de su triunfo, paseará loco de soberbia sobre las humeantes ruinas del mundo y cantará la victoria. ¡Ah! Vuelve al abismo, bestia infernal, conducida por el poder del dragón que te ha traído á la tierra. El mismo evangelista San Juan canta el triunfo del Cordero en lucha, cuerpo á cuerpo, con la bestia. Sí: se acercan los momentos de la lucha terrible y definitiva, en la cual atónitas las generaciones presentes verán á la debilidad del Cordero triunfando de la fuerza de la fiera, á la mansedumbre del Cordero triunfando de la soberbia del dragón, al silencio del Cordero triunfando de las voces de exterminio de la bestia, á todas las virtudes del Cordero triunfando de todos los esplendores del vicio, representando en esa inmensa bestia, sobre la cual cabalga la prostitución, seduciendo á todas las gentes y embriagándolas con el veneno de sus pesares.

Sí: pasaron, dice el apóstol, "cuarenta y dos meses, tiempo que fué dado á la bestia para establecer su reinado en el mundo, y luego pregunté por ella; un ángel del Señor vino á decirme: Juan, la bestia ha sido sepultada en el abismo, ha corrido la suerte que inevitablemente ha de tocar al mal; del abismo salió, para el abismo ha vuelto, á consumirse en desesperada rabia, sintiendo sobre su monstruosa cabeza el delicado pie de la Virgen, que la ha arrojado ahí para que no salga más." ¿De quién es la victoria? preguntó el evangelista San Juan: del Cordero, respondió el ángel. Entonces inmediatamente, se oyeron brotar dulces cánticos de todas partes en loor del Cordero; y los veinticuatro ancianos de Israel, y los ángeles que rodean el trono de Jehová, y las vírgenes que lo escoltan, y todos los moradores de Jerusalén; y en la tierra, también, de todas las

lenguas y de todas las razas, en vez de las voces de odio, de furor y de venganza, regalaron mis oídos con cánticos de alabanza en loor del Cordero; y ví los esplendores de la nueva Jerusalén, bañada de nuevo en el sol de la verdad. Ya no ví á la bestia, ni al dragón, ni á ninguno de los insectos que formaban su corte; y sobre Jerusalén embriagada con los placeres de Dios, reinaba pacíficamente Jehová por medio del Cordero inmolado desde el principio del mundo. Y decían todos alabando y bendiciendo á Dios: ¡Gloria, bendición, alabanza al que ha sido siempre desde el principio del mundo, el primogénito de vivos y muertos, al que es principio y fin de todas las cosas! Y de las alturas del cielo se oyó un cántico universal de entusiasmo que decía: ¡Amén, así sea, gloria y honor al que vive por los siglos de los siglos!



## XXIV

### La Iglesia (sus luchas)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la misa ferial del 24 de marzo de 1876

*Portae inferi non praevalent adversus eam.*

*Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

*San Mateo, c. XVI, v. 18.*

LA ley fundamental del catolicismo, mis hermanos, que ha presidido siempre á sus inmortales destinos, que la adorable sabiduría de Dios ha escrito en su cuna y en el prodigioso desarrollo de su historia, al través de los siglos, es la ley del abatimiento y de la humildad. Ley suprema é inquebrantable, según la cual el germen de la verdadera gloria se encuentra en la humillación; el principio de la fortaleza en la debilidad; el secreto del engrandecimiento en el infortunio; la verdadera fuente de los tesoros y de las riquezas en la pobreza y el principio de las más grandes y gloriosas empresas en el espíritu de sacrificio, que todo lo abandona, que todo lo renuncia, que desecha todos los medios humanos para poner únicamente la confianza del corazón en el brazo del Excelso. Ley admirable, que es como el fundamento de todos los designios divinos, puesto que se la encuentra en todas las obras de Dios,

lenguas y de todas las razas, en vez de las voces de odio, de furor y de venganza, regalaron mis oídos con cánticos de alabanza en loor del Cordero; y ví los esplendores de la nueva Jerusalén, bañada de nuevo en el sol de la verdad. Ya no ví á la bestia, ni al dragón, ni á ninguno de los insectos que formaban su corte; y sobre Jerusalén embriagada con los placeres de Dios, reinaba pacíficamente Jehová por medio del Cordero inmolado desde el principio del mundo. Y decían todos alabando y bendiciendo á Dios: ¡Gloria, bendición, alabanza al que ha sido siempre desde el principio del mundo, el primogénito de vivos y muertos, al que es principio y fin de todas las cosas! Y de las alturas del cielo se oyó un cántico universal de entusiasmo que decía: ¡Amén, así sea, gloria y honor al que vive por los siglos de los siglos!



## XXIV

### La Iglesia (sus luchas)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la misa ferial del 24 de marzo de 1876

*Portae inferi non praevalent adversus eam.*

*Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

*San Mateo, c. XVI, v. 18.*

LA ley fundamental del catolicismo, mis hermanos, que ha presidido siempre á sus inmortales destinos, que la adorable sabiduría de Dios ha escrito en su cuna y en el prodigioso desarrollo de su historia, al través de los siglos, es la ley del abatimiento y de la humildad. Ley suprema é inquebrantable, según la cual el germen de la verdadera gloria se encuentra en la humillación; el principio de la fortaleza en la debilidad; el secreto del engrandecimiento en el infortunio; la verdadera fuente de los tesoros y de las riquezas en la pobreza y el principio de las más grandes y gloriosas empresas en el espíritu de sacrificio, que todo lo abandona, que todo lo renuncia, que desecha todos los medios humanos para poner únicamente la confianza del corazón en el brazo del Excelso. Ley admirable, que es como el fundamento de todos los designios divinos, puesto que se la encuentra en todas las obras de Dios,

tanto de la naturaleza como de la gracia; ley universal, impresa con caracteres indelebles en todos los monumentos que la sabiduría divina ha levantado á la gloria del Altísimo; ley escrita en todas las páginas de la Escritura Santa: "la fortaleza se perfecciona en la debilidad; cuando estoy más debil entonces me siento más poderoso". Por el olvido de estos principios fundamentales es muy frecuente, mis hermanos, caer en graves errores acerca de la situación actual y del porvenir del reino de Nuestro Señor Jesucristo en este mundo, viéndose abandonada á la Esposa del Cordero immaculado, sintiendo el ruido de voces y armas enemigas que circunvalan por todas partes este fuerte armado de Dios, como lo llama el Evangelio, construído por su omnipotencia sobre los más altos montes; oyendo las voces de júbilo con que los enemigos celebran la victoria, viendo abandonada de todos á la Iglesia santa de Jesucristo; sintiendo y palpando la esterilidad de todos los esfuerzos humanos para restaurar en el mundo el reinado de los principios católicos; no me negaréis que un secreto desfallecimiento invade los espíritus y, sin darse cuenta de ello, como que asoma una profunda desconfianza, en lo más íntimo del alma, respecto del porvenir de la Iglesia. Parece realmente, ó que hubiera llegado la hora fatal de los últimos tiempos ó que espesas tinieblas envolviesen para las mentes cristianas los designios de Dios acerca del género humano, en los momentos actuales. Y sin embargo tales inquietudes, tales temores, tal alarma fruto son exclusivamente de no meditar acerca de la naturaleza de la vida militante de la Iglesia en el mundo, acerca del valor de las divinas promesas, acerca de los medios que la providencia ha empleado siempre en la larga historia de la Iglesia Católica, para sacarla triunfante de sus enemigos, en una palabra, mis hermanos, del olvido de la ley fundamental del cristianismo, que consiste siempre,

de una manera inquebrantable, en que Dios escoje lo más debil para confundir á lo más fuerte, se sirve de lo que no es para confundir á lo que es, levanta del polvo, de la nada, de la muerte, levanta los más poderosos elementos para confundir toda la soberbia y toda la fuerza del hombre; olvido que procede de la demasiada confianza en los elementos humanos y muy poca en el Dios que la ha fundado y la sacará victoriosa de sus enemigos. He ahí la explicación de las alarmas que más ó menos reinan en todos los espíritus. De tal manera pues, que aunque la situación presente de la Iglesia, no estuviera previamente descrita en las sagradas páginas y por tal motivo no fuera más bien que un principio de desconfianza, un fundamento de alegría, pareceme, mis hermanos, que la misma situación actual, que la misma conspiración de todos sus enemigos para aniquilarla y destruirla, si les fuera posible, que las mismas incertidumbres de sus hijos, que todo ese pavoroso conjunto de la situación actual, es en sí mismo un principio de esperanza para el hombre; y si no bastara á convenceros de ello el espíritu de la economía admirable del cristianismo, según el cual jamás gozó la Iglesia más de sus gloriosos triunfos que en los días de sus más grandes humillaciones, si no viérais, repito, el cumplimiento fiel de esta ley por la cual del abatimiento nace la alegría, de la debilidad de los elementos humanos la fuerza divina y sobrenatural de la gloria, podemos alentar nuestra fe y hasta ensayar un cántico de victoria, registrando los gloriosos desenlaces que en su inmortal Historia han tenido todos sus empresas. Vámonos pues á registrar esas gloriosas batallas, á contemplar el espectáculo más digno de la reflexión de los sabios, esto es, las grandiosas y colosales luchas entre la Iglesia y la multitud de enemigos que el infierno ha sus-

citado siempre contra ella, desde el instante mismo en que nació de la llaga del costado de Cristo hasta el momento presente en que nos encontramos. Pedid á Dios la inspiración que necesito para tratar dignamente tan gran asunto; pedido por la intercesión de la Inmaculada Virgen María que ha sido siempre el escudo de los defensores de la Iglesia contra sus enemigos. *Ave Maria.*

La Iglesia no ha de vencer á sus enemigos, mis hermanos, ni por el poder de los ejércitos, ni por el prestigio de las prosperidades temporales, ni por el brillo seductor de las riquezas, ni por el esplendor de su dominación temporal en el mundo; error grave sería pensar que estos son los elementos de su victoria. No negaré yo, en verdad, que la admirable providencia que la gobierna, que la creó, que la libra siempre de sus enemigos y corona de victoria su inmortal cabeza, puede servirse de estos medios para preparar los caminos del triunfo, ya que su oculta y misteriosa influencia sobre los designios de la humanidad, por un secreto siempre adorable de su providencia, hállase encubierto con las empresas humanas, con el levantamiento ó caída de los imperios, con el engrandecimiento ó debilidad de las naciones, á fin de que su gloria, la gloria de su nombre sea siempre el secreto de los que lo aman, la admiración de los que lo conocen. El mundo pérfido é ingrato continúa obstinadamente en su ceguera sobre la intervención directa de Dios en los asuntos del hombre, sobre el encaminamiento de todos al único y supremo fin de completar el número de los elegidos. La Iglesia ha de vencer, mis hermanos, con los medios que ha vencido siempre, medios enteramente espirituales, que guardan relación con su divina misión en el mundo, medios que yo reduciré: á la proclamación de la verdad íntegra, en presencia de todas las audaces negaciones de la razón independiente; á la afirmación de lo sobrenatu-

ral, sin arredrarse por la osadía del materialismo; al ejercicio austero de las virtudes cristianas, en presencia de este materialismo grosero que, como devastador torrente, amenaza sepultar al mundo actual en sus cenegosas aguas; finalmente, á la práctica asidua de la oración constante que elevan al cielo manos suplicantes, contra todos los levantamientos de la soberbia humana, que dice por todos sus órganos, que el mundo no necesita de Dios.

Volved atrás los ojos, asistid conmigo al nacimiento del Cristianismo, contemplad la persecución suscitada en el primer momento de su vida militante en el mundo por todos los poderes de la tierra coligados contra él. En efecto, la sinagoga triunfó de Jesucristo; el Justo cayó bajo el poder de su cólera; la persecución urdida en las tinieblas de las conciliábulos de los fariseos, de los sacerdotes, de los escribas, estalló en el momento señalado y envolvió en su corriente al santo, al inocente, al justo; la calumnia oprimió su adorable cabeza; ninguna voz se levantó para defenderlo; la obra de los enemigos fué coronada con el más esplendoroso triunfo. Excedió y con mucho, ese gran triunfo á la previsión de los enemigos de Cristo, quienes jamás pensaron que á todo ese cortejo imponente de maravillas, de prodigios, de adhesión que rodeaban al Cristianismo naciente, había de suceder la apostasía más completa, la cobardía más infame, la dispersión más absoluta y que ni una voz se levantara en su defensa, ni el Dios del cielo manifestara de alguna manera, que la causa de ese hombre cobardemente sacrificado era su causa. Excedió] pues, el triunfo á su previsión: Jesucristo fué abandonado y calumniado; sus amigos lo dejaron y lo renegaron; su fama vióse arruinada, su doctrina desacreditada, su nombre lleno de oprobios, escarnecido, blasfemado,

puesto como testigo el cielo mismo de la injusticia de su causa, de la abolición de su doctrina. Sucumbió Cristo y al punto la sinagoga cantó victoria; nada se habla en Jerusalén de la nueva doctrina; los discípulos se escondieron en un apartado lugar para sustraerse, no solamente á las enemistades y murmuraciones públicas, sino también á las miradas de todos; si alguna vez se hablaba de Jesucristo en la ciudad deicida, era para renovar las blasfemias del Calvario; el estado esplendoroso de su resurrección no aparecía revestido de autenticidad alguna. Decían que el cuerpo había sido sustraído, porque habían sido sobornados los guardias; nadie hablaba ni se ocupaba ya de esa especie de delirio fugitivo. Sin embargo, pasan cincuenta días y del fondo de esa tumba en donde parecía sepultada con su autor la religión naciente, brotan rayos de luz; entre tanto, se multiplican los templos verdaderos; pescadores de Galilea salen á las plazas públicas á predicar al Crucificado en el Calvario; se espanta la sinagoga en presencia de tan inesperada, de tan contradictoria, por decirlo así, de tan absurda maravilla. Todos se preguntan unos á otros ¿qué es lo que pasa? ¿Qué especie de divino prestigio tiene esta doctrina destruída ya, desacreditada ya, que puede levantarse de nuevo? El resultado es, mis hermanos, que los apóstoles predicán á Jesucristo; atestiguan su resurrección; hablando una sola lengua, son entendidos por todas las razas y por todos los peregrinos que habían acudido á Jerusalén de las regiones circunvecinas; los prodigios brotan bajo el poder de su diestra; son curados los enfermos, resucitados los muertos, vuelto el movimiento á los paralíticos y los apóstoles pueden proclamar el nombre de Jesucristo Crucificado y al punto, lo que no había sucedido con el Salvador, la muchedumbre se convierte, la sinagoga se estremece, pierde el juicio no acierta

con la resolución que deben adoptar para contrariar la nueva tormenta que amenaza sepultarla, y no pasó un año, sin que al frente del Calvario, en la montaña que fué teatro de las agonías y muerte de Jesús, en una cima gloriosa se levantara el primer templo cristiano, donde sus propios enemigos, sus propios verdugos fueron á adorar de hinojos á Cristo Crucificado, mientras que la sinagoga perdida, sin base, sin apoyo, sin luz, sin guía, rodeada de tinieblas por todas partes, no hallando como descifrar las Escrituras santas, encontrando que un ángel del Señor mantenía cerrados los libros para ella, porque había sido traidora á su misión, la sinagoga, repito, entra en el período de sus agonías, comienza la dispersión del pueblo y pocos años más tarde, los ángeles del cielo mensajeros de la justicia divina, esparcen por la ciudad desde el hombre hasta los animales la muerte y la destrucción; cae en escombros el grandioso templo, las águilas romanas baten sus poderosas alas sobre la ciudad cambiada en un montón de ruinas, y cuyos restos vandejando á Jerusalén convertida en un cementerio en donde sacian su hambre los cuervos, y desde entonces van errantes los judíos por el mundo, proclamando que Dios se complace en perder siempre la prudencia de los prudentes.

Después de que una inmensa desgracia presida á la cuna del cristianismo, la desgracia de que muriera su fundador, cuando aún no se había desarrollado siquiera su doctrina, ni se había plantificado, ni se habían echado los cimientos al inmortal edificio de la Iglesia, nuevas desgracias la persiguen, nuevos enemigos la cercan. Tierna aún la Iglesia Católica, cuando comenzaba á dar signos de su fecundidad admirable, que canta en el antiguo testamento Isaías, anunciando la esterilidad de la sinagoga y prometiendo á las generaciones venideras la fecun-

didad siempre nueva y siempre eterna de la hija del Salvador ¡oh! cuántos y qué formidables enemigos se levantan en el imperio romano; porque habéis de saber, mis hermanos, que esos doce pecadores de la Iglesia, ignorantes, oscuros hijos del pueblo, sin ciencia, sin riqueza, sin poder, sin autoridad, sin prestigio, sin elementos humanos de ninguna especie, han emprendido la insensata, loca, temeraria empresa, de conquistar para Jesucristo el imperio de los romanos, cuando sus victoriosas águilas recorrían coronadas de victoria por todos los horizontes, cuando toda cabeza se humillaba bajo el yugo de Roma, cuando toda filosofía se inspiraba en su escuela, cuando la religión tenía altares en sus templos, cuando el paganismo, en fin, con la fuerza del número, con el prestigio de las riquezas, con el valor de sus ejércitos invencibles, con la adhesión profunda de sus pueblos, con el culto de todas sus pasiones, con todo este conjunto de circunstancias hacía del Imperio el más temible y poderoso enemigo contra el que pudiera luchar el hombre y cualquiera institución humana; pero los apóstoles lánzase solos sin recursos de ninguna especie, á conquistar los pueblos y las naciones paganas. Naturalmente, á su tenacidad, á su obstinación, corresponde ese estallido de tedio, de guerra, de persecución, que jamás comprenderá suficientemente la razón humana, porque es preciso, tener la escrutadora mirada de Dios, que registra hasta los abismos del corazón para saber y entender de cuántas maquinaciones, de cuántas intrigas, de cuántos ardidese capaz el corazón del hombre inflamado por el odio, movido por ese sentimiento humano, que apaga todas las luces de la razón y que destroza, casi por completo, la imagen divina en la conciencia humana. Pero lo que sabemos, mis hermanos, basta y sobra para comprender la terrible guerra movida por el enemigo poderoso de la Iglesia naciente. Discurriendo humanamente

¿qué medio había más adecuado, más natural, más certero para destruir la nueva religión que oponer doctrina á doctrina, enseñanza á enseñanza, recompensa á recompensa, amenazas á amenazas? Aquella ni tenía la eficacia ni era propia de esa generación cruel que gozaba con los espectáculos de las luchas de las fieras y de los hombres, que mantenía en la más abyecta esclavitud al hombre y que había borrado las leyes de la divinidad haciéndolas consistir únicamente en el poder, en el éxito, en los placeres; pero echaron por el camino más corto que era matar á los pontífices, atormentar á los obispos, algo más, para eterna confusión suya, para imperecedero baldón del paganismo, apoderarse de mujeres, niños, jóvenes, ancianos, sin respeto ni al brillo de su cuna, ni al honor de sus precedentes, ni á la debilidad de su sexo, ni á la magestad de sus personas, herirlos implacablemente; no sólo condenarlos á muerte, sino ejercitar en ellos como una sangrienta fiera, el artificio de los tormentos, las prolijidades de la crueldad, las satánicas industrias que el demonio en toda su rabia y odio puede sugerir para experimentar la sensibilidad de esas víctimas, que sustentaba el poder de Dios, que confesaban á Jesucristo en los tormentos, que no manchaban su nombre y que después de completar esa carrera de victoria que nuestro Señor había determinado en sus altos designios, exhalaban como blancas palomas sus purísimas almas, para cantar al Rey de la virginidad las alabanzas y los himnos inmortales de las vírgenes.

Tres siglos duró esa persecución que no ha vuelto á repetirse más en la historia de la Iglesia; tres siglos en que corrió á torrentes la sangre cristiana; tres siglos en que verdaderas tinieblas envolvieron la cuna del cristianismo; tres siglos que terminaron por la más grande victoria, según el sentir de esos tiempos, del paganismo sobre la religión naciente. Al fin

dijeron los filósofos á los grandes de su época: "hemos agotado la paciencia de los cristianos, hemos arrancado las últimas semillas de este árbol de maldición, al fin no resuenan ya las alabanzas del ajusticiado del Calvario, al fin ninguna nube oscurece ya el horizonte de nuestra gloria, al fin podemos levantar en la esfera de nuestra historia un monumento inmortal que anuncie á las venideras generaciones el más grande triunfo de las águilas romanas, el triunfo del paganismo sobre la religión naciente. Sí: coronemos, se decían, á los inmortales Diocleciano y Maximiano, levantémosles en el centro mismo de Roma un monumento en el que esté escrita esta única y gloriosa inscripción "por haber borrado de la tierra el nombre del Cristianismo".

¡Oh gran Dios! ¿Será cierto que la Iglesia nacida en tu Costado divino, sustentada con el pan de tu palabra, alimentada en la fe de tus promesas, dirigida siempre por tu soberana asistencia, desde el momento mismo en que la dejaste militando bajo la bandera de los Romanos, sucumbió acaso bajo la espada de los mismos? ¡Nó! En ese momento de insolente triunfo de los enemigos, vino Constantino; el signo de la redención rodeado de esplendor brilló en el cielo. Un ángel le anunció que era la prenda de paz, de prosperidad verdadera, de ventura para el porvenir y el único signo de salvación y de vida. Constantino al punto comprendió que Dios había unido singularmente su Iglesia al Imperio, y que la cuna de la civilización cristiana debía ser mecida por sus manos. Conviértese al cristianismo; y la soberbia humana no vió, no llegó á ver, mis hermanos, ese monumento que como otra torre de Babel debía publicar la obra de la iniquidad; antes al contrario, el bronce de las estatuas, las apoteosis del mal sirvieron para fundir las estatuas de los apóstoles y de los mártires; y un siglo más

tarde ¿quién lo habría creído? Roma pagana, la metrópoli del imperio, la reina del mundo, el teatro de los placeres, el templo de todas las divinidades del mal, era Roma cristiana donde se asentaba para siempre la inmortal cátedra del pontificado, su solio era venerado con amor por los peregrinos del mundo, y nacía para no morir nunca la civilización cristiana creada por los pontífices, fundada por ellos, salvada por ellos, en este naufragio en que las embravecidas olas de la impiedad y libertinaje, han amenazado sumergirla tantas veces.

Saludad la aurora de ese triunfo, porque hoy nos hemos limitado á fundar, comparándolo con el pasado, sólidas esperanzas para el porvenir. Pero al fin no os dejaré sin preluir siquiera ese triunfo, porque, mis hermanos, al fin de todo ¿qué es lo que pueden estos enemigos coaligados? ¿Cuáles son estos enemigos? Penetremos en el fondo de las cosas, penetremos en la sustancia misma de esta lucha gigantesca: en un lado, la mentira, el fraude, el error en su más variada y abominable forma; de otro, la verdad eterna, inmortal, coronada siempre de nuevos esplendores, que tiene promesa divina de ser inmortal, mientras que el error la tiene de muerte; porque, persuadíos, mis hermanos, el error engendra siempre la muerte y el mal sólo vive el tiempo que dura el morir, ha dicho el Espíritu Santo. ¡Sí! ¿Cuáles son las armas de los enemigos de la Iglesia? Pasiones, discordias, venganzas, el apetito desordenado de los placeres, el amor á un engrandecimiento injusto, la ambición desordenada de poderío, la codicia que quiere las riquezas para vivir holgadamente, regaladamente en el mundo. Y esta obra de las pasiones humanas que se chocan entre sí, que se disuelven en esa lucha cuyos intereses son encontrados siempre ¿cómo podrá triunfar contra la mansedumbre, contra la fortaleza, combatir contra el amor de los bienes celestiales, contra el celo apostólico

de la Iglesia de Dios? ¡Ah, imposible! Yo sé que la incredulidad se levanta orgullosa para decirnos: me pertenece el mundo, la opinión pública, la muchedumbre. ¡Oh! ¡Vanas palabras! ¡Ruido de voces que se pierden! ¿Qué es la muchedumbre? ¿Quién no la engaña? ¿Quién no la seduce? ¡Ah, mis hermanos! Desde el tiempo de Jesucristo es ya muy viejo en el mundo el argumento de la muchedumbre. Ya veis que son siempre burlados: hoy aclaman al Salvador en las calles de Jerusalén y á los tres días piden en el Preterio que sea crucificado. Y luego ha escrito el Espíritu Santo que es infinito el número de los necios; y aún cuando no fuera verdad ¡oh Dios de los escogidos! ¿acaso podría nunca la incredulidad arrancar al cielo uno sólo de sus triunfos, cuando los divinos labios han pronunciada estas palabras: "Uno sólo de tus cabellos no perecerá". Mientras que el Moisés de la ley de gracia con dulce y apacible majestad, encumbrado sobre la montaña santa, presente al mundo las tablas de la ley donde está escrita toda verdad; mientras el Pontificado cumpla su divina misión de enseñar al mundo la verdad, la verdad triunfará, porque la verdad es inmortal y el error esencialmente perecedero; y porque Dios que nos ha redimido, que nos ha santificado por las corrientes de su gracia, se digna habitar con nosotros en el tabernáculo de nuestros altares. Siendo ciertas las palabras del apóstol, no hay temor de que nos falte el pan de la palabra de vida que reparte desde las alturas del Vaticano el inmortal Pontífice, ni tampoco el pan que reparten los sacerdotes de Dios; no hay temor de que nos falten: los tendremos hasta la consumación de los siglos. Podemos vivir siempre en los tabernáculos de Sión, podemos comer siempre el pan de los fuertes, que robustece los brazos de los soldados de Cristo contra sus enemigos y vencerlos irremediabilmente; podemos alimentarnos con el pan eucarístico y cantar en el cielo,

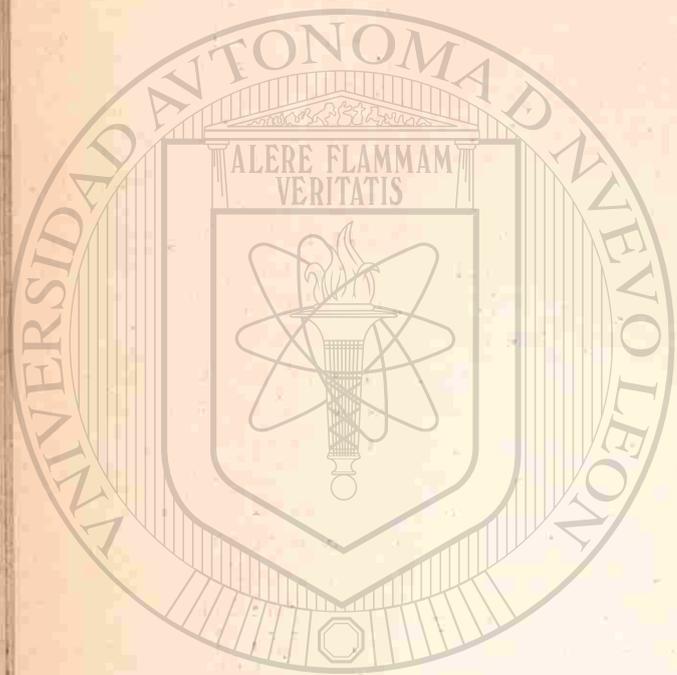
entre las alabanzas que dirigirá la Iglesia á su inmortal fundador, una alabanza que resonará en los ángulos del cielo, por esta inmortal y divina promesa. "No temais, discípulos míos, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia."

A la guerra exterior se siguió la guerra interior, porque esta divina hija del cielo no puede vivir en paz por un solo instante; ese es su caracter de militante en el mundo: no la sorprenderéis, en uno solo de los momentos de su vida sobre la tierra, descansando tranquila sobre los laureles de su victoria. Sus inmortales triunfos son el principio de las guerras. A la guerra exterior sucedió la guerra interior: las herejías y los cismas, guerra más terrible aún que la que acabó; porque en la primera á lo menos conservaba la Iglesia la integridad de sus símbolos; y si amenazaban la vida de sus hijos que eran condenados á muerte, esa disminución de los fieles no la había hecho la apostasía, sino el ángel exterminador que cortaba sus cabezas para que reinaran en el cielo. Pero ya comienzan las defecciones de la apostasía: los nestorianos, los pelagianos y ese innumerable conjunto de herejías que niegan los dogmas fundamentales de la fe, que cuentan con el favor de los príncipes del oriente y del occidente, que levantan en todas partes templos contra templos, cátedras contra cátedras. La Iglesia anatematiza á las herejías y las herejías condenan á la Iglesia; el recurso de los Concilios es inútil para devolver la calma. En esta horrible tempestad, el pontificado mismo como que se anubla en esta noche por la que plugo á la Providencia que pasara su Iglesia santa. No se sabe donde está la verdadera sumisión al pontificado; y á favor de esa incertidumbre terrible, la Iglesia lleva una vida trabajosa, mientras todas las pasiones se conjuran contra ella; los Pontífices mismos aunque ponen toda su confianza en Dios, como que nada ven entre estas espesas tinieblas, y aunque tienen la fe firmí-

síma de que no perecerá la Iglesia, esperan llenos de temor y apresuran con sus oraciones la hora en que aparezca de nuevo en el horizonte el sol de la verdad, que disipe tantas tinieblas, que derrame la luz sobre los campos de la Iglesia, que señale donde están los fieles y donde los enemigos, que alumbre con sus ardientes rayos á los herejes, á los cismáticos, á los apóstatas, sosteniendo durante varios siglos esta lucha interior, lucha en la cual se purificaron como el oro en el crisol, se establecieron, se renovaron sus tradiciones, su disciplina y floreció el espíritu cristiano, vivificó los corazones y realizó la imposición pacífica de su blando y suave cetro sobre todos los Monarcas y sobre todos los imperios que produjo el admirable consorcio del Pontificado y del Imperio, la adhesión á la doctrina evangélica de las regiones de Europa, la conversión en masa, de los pueblos y de las naciones al reinado de Jesucristo, el triunfo de la cruz mirado ya con honor, con admiración y con respeto por todos los pueblos y naciones y ese semillero casi infinito de congregaciones religiosas de órdenes monásticas, de asociaciones de enseñanza. Esas admirables instituciones santificaron el hogar cristiano, suavizaron las costumbres; y la abolición de la esclavitud y las nociones del derecho, de la obediencia, de la justicia entenebrecidos por los pasados errores, adquirieron su brillo y esplendor. Pero pasaron los siglos, se acabaron esas grandezas, se eclipsaron esas glorias, volvieron las luchas antiguas: el Imperio tiene celos del Pontificado, pretende asaltarlo, se convierte contra sus propios intereses en enemigo suyo; favorece entonces todas las libertades y altivas independencias de la razón humana y comienza ya entonces á prepararse en la sociedad europea el sistema de la Enciclopedia, y la filosofía del siglo pasado pretende ahogar en un mar de desprecios y de discordias al Catolicismo. No los temerá la Iglesia, mis hermanos; levantarás al

frente de ellos; como en otro tiempo Isaías, encontrándose poseído de divina inspiración los desafiará arrojándolos en el campo de la historia, para vencerlos en la batalla. Sí; venid, venid, pues, de los cuatro ángulos de la tierra y congregaos al rededor de la ciudad fuerte; venid y congregaos falanjes todas de la incredulidad: ateos, materialistas, panteístas, sensualistas, todos sin excepción alguna. La Iglesia les dice: congregaos y seréis vencidos. Todos vosotros juntad los encontrados intereses de vuestras pasiones, las luchas de los partidos, las divisiones de los intereses siempre en lucha, los consejos de las pasiones, los diversos campos en los cuales os habéis colocado para satisfacer los intereses de vuestro propio partido; borrad todas las divisiones, todos los vicios, cuanto os pueda separar, unios todos en líneas compactas, en ejércitos ordenados; que no haya un punto de comunicación en esas filas por donde pase el enemigo; congregaos así; compartidos y dispuestos como un ejército ordenado en batalla sereis vencidos; que no haya arma vedada para vosotros: la mentira, el fraude, la calumnia, la hipocresía, la persecución, la espada, las riquezas, el poder de los grandes, la autoridad de los gobiernos, el prestigio de una falsa ciencia; todo os será lícito, os será permitido para que ningún enemigo escape de vuestras manos. Congregad todas las herejías, que no se oculte á vuestra atención ninguno de los medios posibles; el enemigo está al descubierto, sus armas son la fe, la esperanza, la oración, he ahí las palabras que salen de las bocas de los soldados de la Iglesia de Cristo. ¡Oh Señor! Estos que ves confían en el poder de su ejército, en el poder de su autoridad, en el poder de su do minación; nosotros, Señor, no tenemos confianza sino en tí.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXV

### La Iglesia (sus triunfos)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
misa ferial de 29 de marzo de 1876.

*Domine, salva nos, perimus  
Señor, sálvanos, que perecemos  
San Mateo, cap. IX, v. 25*

Los gemidos de dolor y de angustia, que parte hoy de todos los centros de la actividad del hombre hacia un poder salvador de la sociedad, solo son comparables, mis hermanos, con los que en la historia del pueblo rey, teatro de las misericordias y de las justicias de Jehová, lanzara el Profeta, desde las riberas de Babilonia, durante su duro y prolongado cautiverio. Hoy, como en otro tiempo Jeremías, dirijese á Dios el cristiano, el católico, el hijo fiel de la Iglesia, también los que no llevan impresa en su frente la señal de la redención, ó al menos la han borrado con sus prevaricaciones, en demanda de auxilio. De todas partes, se levanta un clamor hacia arriba, hacia lo alto, en busca de una fuerza sobrenatural. El naturalismo moderno no ha logrado falsificar de tal manera las nociones del bien y del mal, extinguir hasta tal punto el sentimiento intimo de la conciencia humana, borrar de tal modo los sentimientos augustos impre-

sos por Dios en el corazón del hombre, que instintivamente no sienta el mundo la esterilidad de todos los sistemas empleados para curarlo, clamando por un remedio que no está en los dominios de los hombres y que acierte á sanar de veras los males que afligen al mundo.

Mirad, Señor, han venido los gentiles á tu heredad, á tu campo, á la casa de tu familia y de tus mayores; han manchado tu tribunal; han puesto en la punta de sus espadas los despojos de tu victoria; Jerusalén está conturbada y abatida; yacen en el polvo los instrumentos de sus antiguas alegrías; la cubre un fúebre crespón de duelo; su garganta no puede entonar ya los antiguos cánticos de triunfo. ¡Ah! nó! mis instrumentos reposan colgados en los sauces de las orillas de Babilonia y antes enmudezca mi garganta y se paralice mi mano derecha, si yo me atreviera á levantar la voz en la tierra del cautiverio. La soberbia de los enemigos de Cristo crece siempre.

Las promesas del Dios fundador de la Iglesia son en todas las partes del mundo anunciadas para salvar á la sociedad amenazada, á la Iglesia en peligro; y se vé hoy la deshecha tempestad que amenazó sumergir en el abismo á la barca que contenía á los discípulos de Jesús mientras que él dormía en la popa. A semejanza de esta tempestad es la que hoy se siente en la Iglesia y las sociedades cristianas. Nuestro Señor no despierta, nó; las voces de angustia y de dolor que parten de todos los corazones, las lágrimas que brotan de todos los ojos, la desolación de Israel, las voces de insolente triunfo de los adversarios de la Iglesia y del Pontificado, no lo despiertan, mis hermanos! Él no despertará jamás, mientras del fondo de la sociedad cristiana no parta el grito de la humildad, del arrepentimiento y del perdón; mientras la sociedad cristiana profundamente penetrada de la esterilidad de

todos los convenios humanos para salvarla, no sienta verdaderamente que no hay salvación sino en nombre de Jesucristo y le diga con la intrépida y viva fe de Pedro: "Señor, salvadnos; tu solo puedes salvarnos; porque creemos que tú tienes palabras de vida eterna; en tu nombre está la salud; fuera de tí no hay sino ruina y perdición para el mundo." Si esos gritos partieran del fondo de la sociedad, entonces se levantaría la misericordia, se cumplirían las divinas promesas y todos entonaríamos el cántico inmortal del triunfo.

Pero si bien lo observo, mis hermanos, las voces de angustia y de dolor que exhala hoy el mundo son dictadas más que por el espíritu cristiano por el egoísmo que ha embriagado las almas. Sufre la familia, sufre la sociedad, sufre el mundo. Este universal trastorno engendra los más deplorables infortunios. Sucédense en todas partes á una revolución otra revolución; la anarquía parece el estado permanente de la sociedad moderna; todo ha perdido su equilibrio: la riqueza, los poderes públicos; y en este general desconcierto sufre todo sin excepción alguna. Todos los intereses están comprometidos, todas las pasiones parece que se levantarán, pretendiendo ahogar en un mar de lágrimas y de sangre á la sociedad. Naturalmente se siente la necesidad de salud, de redención; pero por mal camino se quiere, por mal medio, suprimiendo las soluciones católicas, siempre volteando la cara á la Iglesia y al Pontificado, siempre apartándose de los senderos trazados por el guía de Dios, puesto en la Iglesia para que lo conduzca á su fin. Porque debéis de saber, mis hermanos, que en esta universal confusión hay un mensajero y ministro de Dios, representante suyo, que posee el cetro de la sabiduría, la esperanza de los siglos, la corona de la autoridad, el magisterio del mando, el cayado de la autoridad pastoral, la representación visible de la divinidad. Ese hombre augusto está

encargado por Dios de no dejar perecer al mundo sino por su culpa. Sus enseñanzas abren los caminos del porvenir feliz para la sociedad, sus actos más solemnes son la muestra viva y palpitante de la manera como Dios quiere ser el Salvador del mundo, que camina apresurado á la agonía y á la muerte.

Al saludar, pues, los triunfos de la Iglesia que ya alborean en el horizonte, al descubrir, ante esa magestuosa figura de la Iglesia católica, nuevas victorias obtenidas por el Dios fundador que nunca la dejará ser vencida de sus enemigos, yo tengo que convertir mis ojos y mi corazón hácia al inmortal Pontífice, que la admirable Providencia de Dios conserva en el mundo como una prenda de amor y de misericordia; hácia al anciano agosto que muestra al mundo las tablas de la ley, que ha escrito en ellas palabras de salud, que convida á la sociedad á salvarse, amistándose con Jesucristo; que descende desde la alta montaña en que lo ha colocado Dios para enseñar á las generaciones y los siglos la única y eterna palabra de salud, fuera de la cual todo no es sino incertidumbre, infortunio, ruina, muerte para el mundo. El mundo no se salvará, mis hermanos, sino entrando en los senderos que le abre el Pontificado.

Y al tratar de los triunfos de la Iglesia, no menos grandiosos por ser ocultos é invisibles, toca, en primer lugar, á la Bienaventurada Virgen María, á quien la esposa de Jesucristo, la inmaculada Iglesia de Dios, saluda con el victorioso nombre de conjuradora de las herejías. De tal manera es esto, que el primer acto verdaderamente grandioso y sublime del Pontificado de Pío IX, es la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María. Esa fue, y vais á verlo en el desarrollo del presente discurso, una de las más grandes victorias con que la Providencia ha coronado á la Iglesia en la época presente; porque tal definición qu

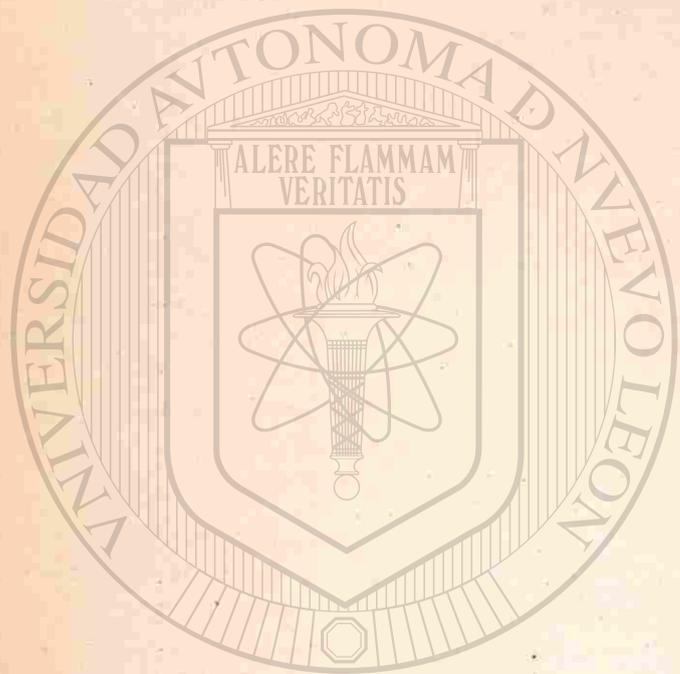
completa el desarrollo de una verdad contenida en la Escritura Santa, hiere de muerte á la herejía contemporánea que es en suma la supresión de Dios, la supresión de la gracia, la supresión del pecado, la supresión de la vida beatífica de Dios, la supresión de todo lo sobrenatural en las esferas de lo natural, en todos los órdenes de la sociedad. Convenía, pues, y era necesario que la Inmaculada Concepción de María fuera afirmada, con una afirmación suprema é incombustible, y que el Pontificado llenando su augusta misión en el mundo venciese al mundo, presentando la Inmaculada figura de María, el acabado tipo de lo sobrenatural, haciendo así estallar una nueva explosión del orden sobrenatural.

¡Si, Virgen Santa, Inmaculada María! El primer laurel de la victoria lo ha puesto á tus pies el Santo Pontífice, que te ha engrandecido tanto, que te ha encumbrado á tan inmensa altura, que te ha honrado con tan singular y único privilegio!

El mundo no pone atención en la grandiosidad de esta prerrogativa de María, porque como dice San Pablo: "El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios;" pero vosotros, mis hermanos, educados en la fe, penetrados del espíritu de Dios, veréis cuán admirable y cuán certero ha sido á la vez, este golpe del Pontificado para la herejía contemporánea.

Pidamos los auxilios del Espíritu Santo por la intercesión de la Inmaculada María. (1)

(1) Lo que sigue del manuscrito no es fácil descifrarlo. Parece sin embargo, que el orador traza, á grandes pinceladas, en el cuerpo de esta conferencia, el hecho de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el movimiento de piedad que despertó en el mundo su definición y las consecuencias que contra la herejía contemporánea se derivaron de él. (NOTA DEL EDITOR).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



XXVI

### Las humillaciones de Jesucristo

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral en la  
misa ferial el 3 de abril de 1876.

*Humiliavit semetipsum.—Se  
humilló á sí mismo.  
S. Pablo á los filipenses, c.  
II v. 8.*

**S**ÓLO Jesucristo, mis hermanos, desde las sublimes alturas de la cruz, pudo convocar á las generaciones humanas, pudo dar cita al pie de ese lecho de dolor y de infortunio, á todas las desgracias de la humanidad, para derramar sobre ellas el bálsamo suavísimo del consuelo. *Sí, venid hijos de los hombres, de todos los países y edades de la historia, venid al pie de mi cruz; contempladme expuesto á las miradas del mundo; y ved si hay un dolor semejante á mi dolor,* dice Jesucristo, tomando en sus divinos labios las palabras de Jeremías. Dolores de los hombres, infortunios de los prevaricadores hijos de Adán, desgracias de esta raza culpable y degenerada ¿qué sois en verdad? ¡Ah! Solo ligeras y leves expiaciones de grandes y abominables culpas ¡Quién puede comparar nunca los dolores del corazón humano con los que saturaban el corazón divino de Jesucristo! Los impetuosos torrentes de to-

dos los dolores humanos, cayeron desbordados sobre su cabeza divina; sobre ella misma estalló el rayo de las venganzas celestiales, en todo su terrible furor. Sí, el profeta Isaías así lo anuncia: "El eterno Padre puso sobre él todas las iniquidades del género humano" Y el mismo Nuestro Señor Jesucristo, sintiéndose agobiado más que por el peso de la cruz que llevaba al Calvario, por el de los pecados de los hombres, exclamaba, como lo oyó David: "¡Ah! los pecadores de todos los siglos, de todos los pueblos de la tierra, desde el infortunado Padre de la raza humana hasta el último hombre, que verá la luz en el último día de los tiempos, todos los pecadores han formado sobre mis espaldas el edificio inmenso que me oprime y sepultará bajo sus espantosas ruinas!"

Estas humillaciones y oprobios del Hombre Dios dispuestas por la sabiduría increada para dar á la magestad infinita de Dios la satisfacción condigna de la ofensa, debían tener, mis hermanos, en grado eminentísimo, todos los caracteres de las pasiones humanas, para que fuera completa y perfecta la expiación. Por eso las humillaciones del Salvador, fueron universales, repentinas, dolorosas, crueles, sumamente injustas, absolutamente voluntarias, porque tales son, también, los diferentes caracteres de la soberbia del hombre, que inficiona todo su espíritu, que es la raíz de ese árbol de iniquidad de que nos habla el Apóstol S. Juan. Continuemos, pues, el desarrollo de este tema sin más preámbulos, invocando antes, á la misma adorable cruz en que murió Nuestro Señor Jesucristo. Saludemosla como la única esperanza de salud, invoquemosla como que en ella extendió sus brazos misericordiosos el nuevo Adán, padre de la raza redimida! Saludemosla con amor, con sentimiento de verdadera fe y alentando en nuestro pecho la esperanza de la inmortalidad, porque si un árbol fue el principio de la caída

del género humano, cuando la infernal serpiente sedujo á Eva, anunciándole la inmortalidad, si comía el fruto prohibido, por una admirable economía de la providencia, otro árbol bendito fue el que brindó á la humanidad el fruto de salvación y de vida.

#### PUNTO ÚNICO

Ningún carácter, mis hermanos, queda más obstinadamente impreso en la malicia del corazón humano, como sus íntimas, sus secretas afecciones al pecado y al desorden. Llora el pecador sus extravíos, pide á la misericordia divina el perdón; lo alcanza generosamente; lleno de horror de si mismo toma sobre sus hombros el santo yugo de la penitencia; revistese según la sencilla frase del Apóstol "del hombre nuevo creado según Dios en espíritu de verdad y de santidad"; y sin embargo, revive de entre los escombros, de entre las cenizas de las pasiones, revive esa secreta afición del corazón, que no es sino el principio de nuevas y más terribles caídas. De aquí la gran dificultad de esas conversiones perfectas que mudan completamente la voluntad; de aquí la dificultad de esas penitencias asombrosas que parten de espíritus llenos de fe viva, de una santidad ardiente que consume en sus llamas cuanto había del hombre viejo, para que sin obstáculo, sin inconveniente, la gracia del Espíritu Santo forme al hombre nuevo á la imagen y semejanza del Jefe de los predestinados, de Cristo Jesús. Para expiar, pues, este desorden constante de las pasiones humanas, quiso Nuestro Señor Jesucristo, que las humillaciones de su pasión y de su muerte fueran crueles, dolorosas, extremadamente sensibles, que circuncidaran no solamente su carne entregada como hostia de propiciación por el pecado, sino también los más delicados sentimientos de su alma. La espada de la divina justi-

cia que el anciano Simeón anunció á María, cuando la buena Madre fué á presentar al templo al tierno niño, al fruto de sus entrañas, esa espada que vió vibrar el anciano Simeón debía penetrar hasta lo más íntimo de su corazón, debía llegar como la espada penetrante de la palabra divina hasta la división del alma y del espíritu.

Y así fué, en verdad: nuestro Señor Jesucristo aclamado por sus beneficios, honrado con las más calurosas manifestaciones de amor y de gratitud por parte de Jerusalén, había tratado de formar un pequeño rebaño, escogido entre sus escogidos, había convocado en rededor de sí una pequeña corte que lo acompañaba á todas partes, que era confidente de sus secretos, depositaria de sus esperanzas, heredera de sus promesas, legataria de su poder; á ese apostolado confió todas las potestades que su Padre le había dado desde las alturas del cielo.

Más todo cambia en la noche de su pasión: abandonado de todos, traicionado por uno de ellos, negado por el otro, colmado de oprobios y de injurias por la muchedumbre, escarnecido por los sacerdotes, renegado por los pontífices, condenado en todos los tribunales, hállase derrepente el Salvador en el más completo abandono que sea posible concebir al entendimiento humano. ¿Cuál es, cuál es, mis hermanos, el punto de apoyo en que puede reposar por un instante, su reputación, su poder, su sabiduría su santidad? No lo encontraréis. Un naufragio universal y desastroso ha aniquilado su gloria y toda la fama de su nombre y todo el prestigio de su doctrina y todo el poder de sus milagros, en el piélago inmenso de sus insondables humillaciones.

¡Ah discípulo ingrato y traidor! Tipo inmortal,— para eterna infamia tuya, —de toda traición, de toda cobardía, porque la historia no cuenta ninguna más villa-

na que la que cometiste tú. ¡Ah! ¿No te enterneció su divina mirada? ¿no te conmovió la dulzura de su voz, ni llegó hasta tu endurecido corazón la palabra sublime de su alma de Padre? Amigo, discípulo, hijo mío, ¿á qué has venido? Que un enemigo combata á su enemigo, lo comprendo, me lo explico, ¡Ah! Que los fariseos, que los sacerdotes de la Sinagoga, que los escribas, que los aduladores de César se conjuren contra él, lo comprendo y me lo explico. Su santidad pone de manifiesto sus vicios, su doctrina es la condenación perpetua de su hipocresía, también el imperio espiritual que vá á levantar y del cual formarán parte todas las naciones de la tierra vá á quebrantar todo el paganismo y á fundar en el mundo el reinado cristiano; si, comprendo que todas las potestades de la tierra, que los sacerdotes de la Sinagoga se conjuren para tratar de su ruina; ¡pero que tú, su amigo, su compañero, su discípulo, el confidente de sus secretos, el depositario de sus riquezas, heredero de su potestad; tú que has comido en su mesa donde ha partido el pan para saciar tu hambre, que con divina industria, con amoroso artificio, te ha hecho sentir que conocía la perfidia de tu corazón para ver si por un momento volvías sobre ti y te reconciliaras con tu Padre! ¡Ah! verdaderamente que esta herida llega á lo íntimo de su corazón!

¡Oh santo Apóstol Pedro!, piedra fundamental de la Iglesia santa contra la cual se estrellarán siempre todos los esfuerzos y todas las maquinaciones del infierno, piedra solidamente establecida y fundada sobre la piedra angular, Cristo Jesús, ¡ah! ¿tú eres, cobarde discípulo, el que no há mucho decías á Jesús, cuando el Salvador preguntaba á sus discípulos, que decían los hombres del hijo del hombre y unos le contestaban: Señor eres Jeremías, otros eres alguno de los profetas, otros eres Juan Bautista; tú eres, el que lleno de la inspiración del cielo le contestas, en nom-

bre del apostolado entero: Tu Señor, eres más que todos los profetas, tú eres el Hijo Unigenito del Dios vivo. ¡Ah! ¿Eres tú el que en la noche de las tinieblas y del escándalo ante la pregunta de una miserable criada exclamas: “yo no he conocido á ese hombre”? ¿Eres tú, oh Apóstol! el que decías á Jesucristo, no ha mucho: Señor tu solo y nadie más que tú, tiene palabras de vida eterna; dónde iremos, Señor, pobres y desgraciados de nosotros cuando tu solo tienes palabras de vida eterna?, ¿eres tú mismo el que ahora blasfemas, poniendo al cielo y á la tierra por testigo de que no perteneces á la familia de este criminal?

Todos los demás Apóstoles, mis hermanos, se escondieron, huyeron; Jerusalén no los vió en la terrible noche y en el cruento día de la pasión y de la muerte de Jesucristo. Ella que los había visto seguir siempre fieles al Salvador, servirlo constantemente, cumplir con admirable fidelidad sus mandatos, anunciar la buena nueva en las diferentes comarcas á donde el Salvador los enviaba; pero cuando llegó la noche de la pasión, no los vió: todos lo abandonaron, para que se cumpliera el oráculo divino: “Heriré al pastor y se dispersarán todas las ovejas del rebaño”.

Pero quedábale su santísima Madre que no se escandalizó de la pasión, que no lo negó delante de los hombres, sino que anegada en lágrimas, mudo el labio por el dolor, serena la frente, tranquila el alma, lo siguió confundida entre muchas mugeres que lloraban la suma desgracia del Salvador; María seguía acompañándolo, más que con sus pasos, con los vehementes latidos de su corazón. Llegó al Calvario para saciar su alma en las agonías de su vida, para beber con él el caliz de la amargura, para tener parte en los oprobios de su adorable Hijo y poder exclamar las palabras que el real Profeta puso en sus labios: Sí adorable hijo, los oprobios de los que te han injuriado

han caído sobre mí. Ah Mujer, Madre fuerte! ¿era preciso que asistieras al martirio de tu hijo? ¿era preciso que tomaras parte en su heróico sacrificio? ¿era preciso que contemplasen tus ojos ese adorable cuerpo llagado, descoyuntado, enflaquecido y padeciendo los horrores de la sed y los tormentos de la crucifixión? ¡Ah Madre mía! ¿Acaso contemplaste este espectáculo de dolor con esos mismos dulces ojos con que tantas veces lo miraste de niño reclinado en tu seno? ¿Cómo pudiste oír los sarcamos, las blasfemias, los sangrientos deuestos de la multitud? ¡Oh Madre! ¿Acaso con esos castísimos oídos que nunca escucharon sino las amorosas palabras de tu Hijo y de tu Dios? Cuando lo bajaron y lo reclinaron sobre tus rodillas, ¿con qué amor no imprimiríais sobre sus llagas ósculos de veneración y de ternura? ¡Si! con esos mismos dulces labios con que besaste tantas veces su frente divina, en la noche de Belén, besaste ahora el ensangrentado cadáver de tu amantísimo Hijo, el más hermoso de los hijos de los hombres.

Pero las humillaciones de Jesucristo, mis hermanos, debían ser además, públicas, solemnes, auténticas, debían presentarse ante los cielos y la tierra. ¿Sabéis por qué? Para expiar condignamente los escándalos de nuestras pasiones; porque las pasiones del corazón humano no se conforman, demasiado lo sabemos y lo sentimos, no se conforman sino con la ruina del alma, tienen una sed devoradora, que nada sacia; como que necesitan el sello del escándalo, el incentivo de la publicidad, para triunfar, para reinar; y Jesucristo no podía dejar de expiar condignamente este abominable desorden de las pasiones humanas, haciendo que sus humillaciones fueran públicas, solemnes, de manera que las viese el mundo estallar repentinas, y todos los siglos pudiesen contemplarlas y todas las generaciones humanas dar testimonio de ellas. Por eso la

pasión de Jesucristo se consumió haciendo concurrir á ella todas las circunstancias que podían hacerla más ruidosa, más pública. Y en primer lugar: no debía efectuarse en cualquiera época del año: cuando la ley de Moisés congregaba á todos los israelitas al rededor del templo de Jerusalén, cuando se celebraba la solemnidad augusta de la Pascua, la máxima solemnidad de los Hebreos, cuando llegara la época del año en que, como dice el Evangelio, se debía celebrar con toda pompa, con el concurso de las ciudades vecinas, de todas las comarcas inmediatas, el gran día de la festividad de Israel, la Pascua, el universal, el grande día de las misericordias de Jehová sobre su pueblo escogido. Entonces Jerusalén no podía contener á sus moradores: todos las hospederías estaban llenas de peregrinos de todas partes y era ocasión propicia para que todos, no solo los habitantes permanentes de la ciudad, sino todos los de las comarcas vecinas, viesen con sus ojos las humillaciones de Jesucristo, y luego fueran á publicarlas á los países de su nacimiento, y se propagasen así las humillaciones del Salvador, sus oprobios y su desgraciada muerte. Luego, cuanto hay de noble, de grande en Jerusalén concurre á la pasión de Jesucristo; y en verdad, que nada de esto era necesario para ajusticiar al reo; habían sus leyes, sus trámites establecidos, sus instancias, la manera de organizar el proceso, el tribunal que debía pronunciar la sentencia; miles de miles de reos eran condenados, ejecutadas las sentencias sin que Jerusalén tuviera noticia de ellas. Nueva, pues, extraña debía ser la manera de condenar á Jesucristo; debía pasar por todas las instancias, era preciso que lo condenase la Sinagoga como blasfemo, enemigo de Dios, usurpador del sacerdocio, israelita lleno de loca ambición, que se proponía derribar el templo para levantar sobre sus ruinas el edificio de una religión nueva. Por esto, debía pasar por el tribunal eclesiástico,

y los Sacerdotes y los Pontífices lo condenaron como blasfemo, porque se llamaba impiamente hijo de Dios, y porque era además seductor, rebelde, predicaba la subversión del imperio romano, decía que no se debía pagar tributo al César, pretendiendo redimir á Israel del óprobio de la esclavitud. Como enemigo del imperio, debía conocer en su causa el representante de Roma en la Judea, Poncio Pilato; debía, pues, pasar por el tribunal de la magistratura romana y teniendo ya en su divina frente el reato de blasfemo, debía tener también el de la rebelión. Además era un seductor que había perturbado al pueblo, agitado las muchedumbres, distraído á los ciudadanos de su trabajo, de sus faenas ordinarias, seduciéndolo para que corriese la muchedumbre en pos de su doctrina, Herodes, el impío Herodes, que reinaba entonces en Israel, siente vacilar su trono de iniquidad, porque las predicaciones de Jesucristo pueden abrir los ojos de la muchedumbre. Sin embargo de la licencia, la corrupción y la malicia de esa corte, Jesucristo com pareció ante ella; y de esta manera pasó por el tribunal de todos los jueces, compareció delante de cuanto había en Jerusalén de grande, de noble y elevado que concurrió á hacer solemne, público, auténtico el oprobio y la condenación de Jesucristo. Luego, era preciso que la muchedumbre se agolpase cerca de los tribunales que condenaban al justo para ejercer su influencia con los jueces, para impedir que la justicia tomara asiento en sus corazones, para no consentir que ninguno de ellos dejara de sentenciar á Jesucristo; por eso los escribas no descansan en esa terrible noche. Van desde el palacio de Caifás á la casa de Anás, al pretorio de Pilatos; van y vuelven arrastrando á Jesucristo en esa ignominiosa peregrinación sin dejarlo descansar durante ella; porque no cesan las injurias; las blasfemias, los sarcamos que lo hieren sin piedad, se burlan de sus prodigios, de su divina misión. Ape-

lan al tribunal de Pilatos y experimenta ¡ah!, mis hermanos, todas las crueles heridas de los dardos que vibra esa política falsa que sin dejar de tener la crueldad del enemigo, del perseguidor, oculta, sin embargo, sus garras de fiera bajo la piel de la oveja ¡Política infame! ¡Verdaderamente digna de los anatemas del cielo y de la tierra! Pilatos reconoce la inocencia de Jesucristo; pero dicen que es enemigo de César y entonces no sabe qué hacer. Duda, teme, se espanta de condenar al justo, se espanta aún más de incurrir en la indignación del imperio, aplaza el momento de pronunciar la sentencia, raciocina, discute con los enemigos del Salvador: no "encuentro causa para condenarlo, les dice, traed testigo que lo acusen, decid por fin cual es la verdad, decid en verdad porque lo condenáis; mi conciencia se levanta contra esta iniquidad, es inocente, no hallo en él motivo para condenarlo, ni siquiera para verlo como criminal." ¡Ah no! enemigo es de César, le dicen, y enemigo serás tu sino lo condenas. Y Pilatos, creyendo calmar su furor, aplacar su cólera ¡oh! ¿qué hace, mis hermanos? Lo entrega á los judíos para que lo azoten y desgarran su inocente cuerpo.

¡Oh política cobarde é infame! ¿Tú entregas la inocencia pretendiendo salvarla por una iniquidad?

¡Oh! Qué bien retratada, mis hermanos, que bien retratada está en esta conducta de Pilatos, la de los perseguidores de la Iglesia católica! ¿No los veis haciendo genuflexiones al Papa, postrándose en su presencia, llamándolo su Padre? ¿No los veis, prodigándole tantos elogios cuantos son los medios ocultos con que miran su poder y vibrando á la vez dardos que hieren su alma? ¡Ah! Esto me lastima demasiado!

Finalmente, como sucede siempre, esa política falsa, condujo al Gobernador romano á la infamia de entregar á Jesucristo á sus verdugos para que fuera crucificado. Nada consiguió, se manchó de nuevo.

Congregó al pueblo antes para presentar al Salvador ya moribundo á las enfurecidas miradas de ese populacho salvaje, diciendo: "hé aquí al hombre." ¡Ah buen Jesús! Eso faltaba para que tus humillaciones fueran bien públicas, solemnes, auténticas como lo exigía la publicidad de nuestros escándalos. Sí, era preciso que humillado, ensangrentado, colmado de oprobios fueras exhibido ante la muchedumbre: "he aquí al hombre."

¡Generaciones, edades todas de la Historia, contemplad en este momento á Jesucristo, que es el tipo de toda grandeza! Contempladlo en ese momento en que lo vió Isaías y nos dejó escrito de él: "que no tenía figura de hombre, que era el oprobio de las gentes."

¡Sí! que lo contemplen los pecadores para que derramen lágrimas de dolor, de ternura, de amor; sí: que lo contemplen los pecadores de todos los siglos para que vean su obra; que lo contemplen todos los infortunados, todos los desgraciados desde el principio del mundo, para que tengan consuelo en sus infortunios; que lo contemplen todos, hasta tú pueblo ingrato, ciudad culpable, ¡Jerusalén! contempla al heredero de tus promesas, al deseado de los antiguos padres, al hijo de David, contempla al Pontífice de la nueva alianza, del nuevo Testamento.

No se conforma Israel, mis hermanos, con contemplar á Jesús sino que, para colmo de sus humillaciones, convocó á todas las gentes, á todas las tribus, para que tuvieran parte en la humillación de Jesucristo; de manera que esas humillaciones del Salvador fueron de resonancia universal. Por eso llenos de furia exclamaban: "¡Ah! nó, que su sangre, la sangre del justo caiga no sólo sobre nuestras cabezas, sino también sobre nuestros hijos hasta la tercera y cuarta generación. ¡Ah! que caiga, queremos que caigan las maldiciones del cielo, con la sangre divina del crucificado del Calvario."

Y se ha cumplido, hermanos míos, porque la sangre de Jesucristo ha caído sobre Israel como una plaga, como el peso de una eterna maldición; y los montes, y los siglos, y los espacios y todas las generaciones de los hombres repiten siempre maldiciones sobre Israel, y el eco se oye en todos los ámbitos del cielo, y se oyen también en las profundidades del abismo maldiciones sobre Jerusalén. Ya lo véis, disperso, sin ley, sin profetas, sin Dios, sin la inteligencia de las divinas escrituras, por todas partes llevando el signo de los anatemas divinos, hasta que llegue la hora de la misericordia y en el último día de los tiempos todos experimenten, siquiera en ese día terrible, la sangre de la redención como signo de paz y de misericordia.

Finalmente, mis hermanos, los desórdenes de nuestras pasiones siempre son la obra de nuestra voluntad cualesquiera que sean los espesos velos con que se cubran; los frívolos pretextos con que excuse el hombre á sus propios ojos, la malicia de su alma; siempre en el fondo de su conciencia hay una luz inextinguible que le muestra escrita con caracteres indelebles la sentencia que dice el Señor: "tu perdición, tu ruina es tu obra, nada más que tu obra, oh Israel"; carácter abominable de nuestros extravíos, mis hermanos, de nuestra malicia, el fruto de nuestra voluntad, es decir, que quebrantamos la ley de Dios, su yugo santo, porque queremos, porque preferimos al imperio suave de su ley santa, el duro y tiránico de nuestras pasiones. Y ¿cuál manera, más adecuada de expiar este verdadero escándalo que el sacrificio espontáneo y voluntario del Calvario? ¡Ah! Nadie obliga á Jesucristo, nadie lo violenta; se ofrece, dice el Espíritu Santo, porque quiere. El de su libre voluntad se presenta al Eterno Padre. Viendo desde toda la eternidad que se perdía el humano linaje por la prevaricación del paraíso terrenal, movida su compasión, agitado su corazón por la misericordia, se

presenta el Verbo á su Padre ¡Oh mis hermanos! ¡Qué abismo de grandeza! ¡Quién pudiera contemplar la inefables magnificencias que encierra ese enigma de amor! Se presenta el Verbo á su Padre diciendo: Padre eterno, Padre celestial, los hombres han prevaricado: Nada puede aplacarte, en vano congregarán los hombres las víctimas purificadas por el fuego, elevarán á los cielos su perfume, los sacerdotes ofrecerán estas víctimas de propiciación por los pecados y tú que eres santo inmaculado que hallas mancha en tus ángeles ¿aceptarás esos sacrificios? ¡no! Los desecharás, los maldecirás, porque son ofrecidos por manos culpables, por manos teñidas en la sangre del justo, y entonces yo he resuelto presentarme ante tí. ¡Sí, Padre Eterno! consustancial conmigo. La sustancia divina no puede humillarse, no puede hacer ese sacrificio, pero hay un medio escojitado en los arcanos insondables de mi sabiduría: dame un cuerpo, envíame á la tierra en la plenitud de los tiempos, en el día de la misericordia; yo tomaré esa naturaleza culpable para que sea santificada, divinizada por mí, úneme con ella y entonces puede ser lavada con mi sangre la mancha del pecado, entonces puede subir á tu trono el perfume aromático de un sacrificio que tenga olor de suavidad, entonces tu misericordia se derramará sobre la humanidad, porque nada tendrá que reclamar tu divina justicia. Dame un cuerpo, Padre Eterno, yo voy á consumir el sacrificio agradable á tus divinos ojos por la salud del mundo. Y para que no quedara duda de este carácter verdaderamente divino del sacrificio del Salvador, ved lo que pasa en el primer momento de su pasión y en los momentos de su muerte. ¡Ah! No sea que crean los hombres que no pudo libertarse del poder de sus enemigos, no sea que piensen que alguna fuerza oculta, misteriosa lo trae al sacrificio; y para monumento impercedero de su diestra, para que

conozcan sus propios enemigos que es el Dios fuerte, en el jardín de los Olivos cae derribada por un soplo de su poder, nada más que con la palabra: "Yo soy á quien buscáis" ministros de la justicia humana, como si el cielo hubiera vibrado uno de sus rayos, la furiosa muchedumbre. Yo soy el Dios de la magestad y de la gloria: ahora levantaos, porque esta es la hora y el poder de las tinieblas, ejecutad vuestra misión. Y cuando el Salvador próximo ya á exhalar su bendita alma, entregándola en manos de su Padre, quiso dejar al mundo una prueba irrefragable de su martirio, acordaos, mis hermanos, de lo que hizo en su inefable sabiduría, convocó á los elementos de la naturaleza: al sol, la luna, las estrellas, la tierra, los espectros, la sinagoga, el santuario, el velo del templo, los despojos de la muerte que yacían sepultados en las cercanías de Jerusalem, vivos y muertos, seres animados é inanimados, ángeles del cielo y habitantes de la tierra, los representantes de la antigua ley y los de la nueva ley, es decir, todo el mundo de los seres creados visibles é invisibles, la creación material—al grito de agonía del Salvador—todo contribuyó á probar al mundo el carácter espontáneo de su sacrificio. ¡Ah! Se oscureció el Sol, manchas rojas cubrieron la luna, terremotos en la tierra, muertos que vuelven á la vida, y Jerusalem contempla los cadáveres que salen de sus tumbas, los verdugos que lo crucificaron abandonan el monte Calvario hiriéndose el pecho y exclamando: "verdaderamente era el hijo de Dios."

¡Y tú también Jerusalem que debiste honrarlo y no llevarlo á la muerte! ¡Oh! Dá tú también testimonio de la muerte del Justo! Que el velo del templo que cubrió el altar de los sacrificios se rasgue para denotar que terminaron los antiguos sacrificios y que comienza sobre sus ruinas el sacrificio del sacerdocio inmortal del Cristo Jesús.

El caracter, pues, mis hermanos, voluntario de las humillaciones de Jesucristo por haber sido universales, públicas, crueles, dolorosas, rápidas, instantáneas y voluntarias, fruto es exclusivo de su voluntad con la cual se otreció á su Eterno Padre. Estas humillaciones con todos estos caracteres han sido la expiación condigna de los caracteres abominables de las pasiones humanas de sus escándalos, de sus injusticias, de su universalidad.

¿Qué nos restará hacer, mis hermanos, que nos restará hacer después de contemplar estas humillaciones de Jesucristo? ¡Ah! Aquí siento que desfallece mi corazón, que huyen las palabras de mis labios, que enmudezco, porque siento que la causa de tales humillaciones han sido, mis hermanos, nuestros pecados. Sí: hemos renegado de Dios, doblado la rodilla ante los ídolos fabricados por nuestras manos, hemos errado el camino de la verdad, nos hemos apartado del sendero de la justicia. ¡Ah! Nuestras prevaricaciones han crucificado á nuestro Salvador, lo han elevado al Calvario lo han expuesto desnudo, llagado, ensangrentado, á las miradas del mundo! ¡Oh Padre Celestial! ¿Qué es lo que ven mis ojos? ¿Qué es lo que contempla mi mente conturbada? ¡Ah! Yo abro las Escrituras santas y veo al desgraciado Osa herido de muerte por su temeridad al acercarse al arca del testamento. Veo al rey Antioco, víctima de la divina venganza, por haber violado el santuario y los vasos sagrados. Veo al desgraciado Saul perseguido de muerte por la justicia divina, por haber quebrantado un leve precepto. ¡Ah! Padre Justo, Padre Eterno No llegan hasta el cielo estas palabras: "todas las olas del furor han pasado sobre mí, todas las amarguras de tu cólera han inundado mi alma"; y el Salvador exclama: "Padre, Padre que á nadie has abandonado, que te complaces en llamarte el Padre del huérfano, el defensor de la viuda, el cuidador del pupi-

lo, ¡ah! solo á mí me abandonas! ¿Dios mío, por qué me has abandonado?" ¡Ah! mi buen Jesús! á lo menos no te abandonaremos nosotros en ese amargo trance de tu agonía, de tu muerte! ¡Ah, mis hermanos! No lo abandonéis ¡no! Abracemos antes su cruz! Ved, mis queridos hermanos: en sus divinos pies taladrados por los pecados de los hombres, encontraremos como Magdalena el perdón; la misericordia en sus divinos ojos, en la dulce mirada de sus ojos halló Pedro la compasión, el arrepentimiento la penitencia. Dice el Evangelio: "Vió Jesús á Pedro". En su divina boca, en una palabra de sus labios que son la fuente de la sabiduría increada halló uno de los ladrones el perdón y la promesa del paraíso! En sus divinas manos, en sus benditas y adorables manos halló la muchedumbre la multiplicación de los panes para saciar su hambre. Pero yo más ambicioso que todos los pecadores del Evangelio ¡mi buen Jesús! Yo quiero penetrar en tu corazón. ¡Ah! Soy más ambicioso que Juan cuando reclinando su cabeza sobre tu pecho, aprendió la sublime teología de su admirable Evangelio. Yo quiero ir al Corazón de Jesús. A ello me alienta la invitación de David: "hijo del hombre acércate al corazón de Jesús." Yo quiero regar mi alma pecadora con la sangre y el agua que brotó de tu costado abierto por la lanza de un soldado. ¡Ah, mis hermanos! Llenos de amor, acerquemonos al pié de la cruz de Jesucristo! Protestemos una y mil veces, protestemos por el cielo y por la tierra, por la gloria de su nombre y por nuestra felicidad, no abandonar su servicio, militar siempre bajo su bandera. ¡Si! todos protestemos, mis hermanos, escondernos en su corazón, viviren su corazón, morir en su corazón para reinar con él, con el Padre y el Espíritu Santo!



XXVII

**La Pasión de Nuestro  
Señor Jesucristo**

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
misa ferial del 5 de abril de 1876.

*Humiliavit semetipsum.  
Se humilló á sí mismo.  
San Pablo á los filipenses, c.  
II. v. 8*

Yo encuentro más admirable, mis hermanos, las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables esplendores de su gloria divina; comprendo á Jesucristo transfigurado en el Tabor, instruyendo á sus discípulos asombrados; pero no puedo mirarlo sin espanto crucificado en el Calvario. Que la majestad del Excelso sea proclamada en las alturas á la faz del cielo y de tierra con un cántico, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías, por glorioso que sea para Jesucristo, era, sin embargo, debido al augusto carácter de su divina persona; pero que el Salvador de mundo, colmado de oprobios, saturado de amargura haga estremecer los cielos y la tierra con esa gran palabra cuyo sentido se pierde en las profundidades del pensamiento "Padre, Padre ¿por qué me has abandona-

lo, ¡ah! solo á mí me abandonas! ¿Dios mío, por qué me has abandonado?" ¡Ah! mi buen Jesús! á lo menos no te abandonaremos nosotros en ese amargo trance de tu agonía, de tu muerte! ¡Ah, mis hermanos! No lo abandonéis ¡no! Abracemos antes su cruz! Ved, mis queridos hermanos: en sus divinos pies taladrados por los pecados de los hombres, encontraremos como Magdalena el perdón; la misericordia en sus divinos ojos, en la dulce mirada de sus ojos halló Pedro la compasión, el arrepentimiento la penitencia. Dice el Evangelio: "Vió Jesús á Pedro". En su divina boca, en una palabra de sus labios que son la fuente de la sabiduría increada halló uno de los ladrones el perdón y la promesa del paraíso! En sus divinas manos, en sus benditas y adorables manos halló la muchedumbre la multiplicación de los panes para saciar su hambre. Pero yo más ambicioso que todos los pecadores del Evangelio ¡mi buen Jesús! Yo quiero penetrar en tu corazón. ¡Ah! Soy más ambicioso que Juan cuando reclinando su cabeza sobre tu pecho, aprendió la sublime teología de su admirable Evangelio. Yo quiero ir al Corazón de Jesús. A ello me alienta la invitación de David: "hijo del hombre acércate al corazón de Jesús." Yo quiero regar mi alma pecadora con la sangre y el agua que brotó de tu costado abierto por la lanza de un soldado. ¡Ah, mis hermanos! Llenos de amor, acerquemonos al pié de la cruz de Jesucristo! Protestemos una y mil veces, protestemos por el cielo y por la tierra, por la gloria de su nombre y por nuestra felicidad, no abandonar su servicio, militar siempre bajo su bandera. ¡Si! todos protestemos, mis hermanos, escondernos en su corazón, viviren su corazón, morir en su corazón para reinar con él, con el Padre y el Espíritu Santo!



XXVII

**La Pasión de Nuestro  
Señor Jesucristo**

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
misa ferial del 5 de abril de 1876.

*Humiliavit semetipsum.  
Se humilló á sí mismo.  
San Pablo á los filipenses, c.  
II. v. 8*

Yo encuentro más admirable, mis hermanos, las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables esplendores de su gloria divina; comprendo á Jesucristo transfigurado en el Tabor, instruyendo á sus discípulos asombrados; pero no puedo mirarlo sin espanto crucificado en el Calvario. Que la majestad del Excelso sea proclamada en las alturas á la faz del cielo y de tierra con un cántico, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías, por glorioso que sea para Jesucristo, era, sin embargo, debido al augusto carácter de su divina persona; pero que el Salvador de mundo, colmado de oprobios, saturado de amargura haga estremecer los cielos y la tierra con esa gran palabra cuyo sentido se pierde en las profundidades del pensamiento "Padre, Padre ¿por qué me has abandona-

do"? ¡Oh! lo confieso, mis hermanos, en tan insondable abismo se confunde, se pierde mi pobre razón. Y sin embargo, tal es la sublime teología que el apóstol San Pablo predica á la humanidad: que la adorable pasión y muerte del hombre Dios es la obra más acabada de la sabiduría del Padre eterno; que los oprobios, las indecibles humillaciones, el torrente de dolores que, descendiendo desde el trono en que se asentó la eterna justicia, se precipitó violentamente sobre la cabeza del justo, es el prodigio de la omnipotencia de Dios. Adorable misterio, objeto de la meditación de todos los santos, de todos los grandes Doctores y Maestros de la Iglesia, que esta madre tierna y amorosa propone á sus hijos, empapados en lágrimas sus ojos, á fin de avivar los sentimientos piadosos de su corazón; porque es preciso reconocerlo y confesarlo: ante el espectáculo de un Dios que se hace Hombre para redimir al hombre, que nace en la humillación y en la pobreza, que anduvo en los senderos difíciles de la penitencia durante treinta años, que asombró al mundo con la predicación de una doctrina celestial, que lo edificó con el espectáculo de las más raras virtudes y que presenta en seguida, como el desenlace único de una santa vida, la tragedia del Calvario, bien cabe estremecerse y confundirse, mis hermanos, no con palabras, ni con reflexiones, ni con agudezas de ingenio, sino con lágrimas ¡Sí! con lágrimas que broten de lo íntimo del alma ha de considerarse y meditar-se este divino misterio. Si algo temo hoy, mis hermanos, al ocuparme, según lo requiere la liturgia de la Iglesia y la práctica que he observado en los años pasados, al ocuparme ya de la pasión y de la muerte de Jesucristo, puesto que la voz del sacerdote no debe levantarse en este augusto tiempo, sino para recordar al mundo los inefables tesoros de un Dios redentor, si algo temo, si algo acongoja mi corazón es la aprehensión de profanar este misterio, es la idea que cruza por

mi mente de cambiar algo de su admirable y sublime sencillez, de adulterarlo de alguna manera mezclando los vanos y fívolos aderezos de la elocuencia humana á la sencilla, encantadora y divina narración del Evangelio. Me parece que presentandoos en su desnudez más absoluta, sin galas ni adornos, este espectáculo de un Hombre Dios que llora los pecados del mundo, que hace penitencia por las prevaricaciones de los hombres, que levanta los gemidos de su pecho entristecido y agobiado, hasta el trono de la misericordia y del amor, que aplaca la justicia de su Padre presentándose como hostia de propiciación, no habrá corazón que no se enternezca ni espíritu cristiano que no se sienta herido por la espada penetrante del dolor.

Primeramente, mis hermanos, para entender la palabra del Apóstol que nos presenta la pasión y la muerte de Jesucristo como el argumento de la sabiduría de Dios, debemos considerar hoy la adecuada proporción que existe entre los designios divinos, relativamente á las asombrosas humillaciones del Verbo encarnado y todos los extravíos de las pasiones humanas; no hemos de considerar á Jesucristo como lo vió el profeta Isaias, como un hombre cargado de los pecados, de las maldiciones, de los anatemas que pesaban sobre la humanidad; no hemos de ver á ese Dios eternamente bueno, perpetuamente fecundo, que engendró de su propia sustancia á su hijo adorable y lo ama con el amor infinito de que es capaz su divino corazón; sino lo hemos de ver resplandeciente de justicia, vibrando el rayo de su indignación sobre los pecados del mundo. Jesús crucificado es el argumento de la sabiduría de Dios.

¡Oh Cruz adorable! Trono único en el cual se asentó la Sabiduría vestida de nuestra carne. Último asilo del Salvador, confidente de sus secretos, tú fuiste la que recibiste las últimas palabras de su boca, los últimos latidos de su corazón, tú fuiste ¡oh Cruz! la que

conservaste su único y su último tesoro. A ti me acójo para hablar lo menos indignamente posible de este misterio de las humillaciones y de los oprobios del Verbo encarnado.

PUNTO ÚNICO

Establezcamos, mis hermanos, antes de sondear este abismo de las humillaciones de Jesucristo, establezcamos los sólidos principios de la Teología católica acerca de la reparación del humano linaje. Consistiendo esencialmente el pecado del hombre en la osada rebelión de su voluntad contra la adorable ley de su Creador, en la independencia de ese yugo saludable que le impone la ley santa de su Dios, en el quebrantamiento sacrilego de los preceptos que la sabiduría y la santidad de Dios ha grabado en el fondo mismo de su corazón, la reparación completa del pecado exigía necesariamente que la magestad divina ofendida por la naturaleza humana fuera reparada en el mismo grado en que había sido ofendida. De aquí la necesaria ineficacia de todas las reparaciones humanas; son siempre insuficientes, siempre inadecuadas para satisfacer á la divina justicia, no solo por proceder de una criatura miserable, sino también porque esa criatura estaba ya condenada á la muerte, á la ruina eterna, condigna reparación de esa ofensa.....

(1)

Entrando ya, mis hermanos, en el detalle de esas humillaciones sin nombre, vais á contemplar un espec-

(1) El orador continúa tratando de la economía de la reparación del hombre, por la Encarnación del Verbo, que debía en su adorable persona reparar todos los extravíos de las pasiones humanas. En el original apenas se entiende lo que dice.—(Nota del Editor)

táculo asombroso; vais á ver al Eterno Padre vengando en Jesucristo todos los extravíos de la soberbia humana, todos los pecados del hombre, todas las locuras de sus pasiones, todas las insensateces de su orgullo; vais á contemplarlo expiando con el poder infinito de su diestra, en la persona de su Hijo, personero de los pecados del mundo, representante de la humanidad culpable, todos los desordenes de las pasiones humanas. ¡Oh! Por eso, contemplando este día de la pasión de Jesucristo, lo llama el Profeta día de las venganzas del Señor. ¡Ah! ¿Qué tienen que ver las cataratas del cielo, que se precipitaron como un torrente sobre la tierra para ahogar á la humanidad, porque toda carne había corrompido su camino; ni el incendio de las ciudades nefandas, que nos han dejado un monumento inmortal de la justicia divina, ni todos los demás azotes de la colera del Altísimo con las humillaciones y oprobios de Jesucristo, con esos abismos de dolor en que estaba sumergido su corazón? ¿qué tienen que ver todos estos ensayos, por decirlo así, de la justicia de Dios. Para comprender la gravedad de la ofensa á la magestad de Dios, convidaré á la humanidad, á asistir conmigo en alas de la fe, á la noche terrible de la pasión de Jesucristo; ahí es donde podéis alcanzar algo del misterio de las humillaciones de Jesucristo en el día que llamaba el Profeta *día de las venganzas*, día terrible en que la justicia de Dios se descargase sobre su víctima adorable, sin medida, sin consideración. Las humillaciones de Jesús en ese día memorable tuvieron todos los caracteres que tienen las pasiones humanas para ofender á la magestad de Dios; fueron universales, do-  
lorosas, públicas, voluntarias, porque aquellos son si-  
bien lo sondeamos, si bien lo consideramos, los caracteres del pecado, los signos de la rebelión del hombre contra su criador.

En primer lugar ¿no es la soberbia la raíz de todo

pecado? Todas las pasiones humanas tienen su alcazar en esa soberbia secreta del corazón que no quiere yugo, que le dice á Dios encaránlose con él, poniéndose frente á él: "No quiero que reines, no quiero conocer la ciencia de tus caminos—" Algo más, la soberbia humana quiere sobreponerse á Dios, sustituir á la ley de Dios los caprichos de la soberbia humana, al orden divino, el orden de sus pasiones y pronunciar en cada una de sus prevaricaciones la palabra insensata del ángel caído; "subiré al cielo, pasaré mas allá de los astros del firmamento y con temeraria arrogancia le diré: yo quiero ser semejante á tí." Pues bien, para reparar esta soberbia humana tan universal, tan completa, que inficiona todos los sentimientos del corazón, todos los pensamientos del espíritu, todos los momentos del tiempo y que parece una sombra maléfica que acompaña al hombre en todos los instantes de su vida, que envenena sus buenas acciones, que emponzoña sus obras, de modo que apenas pueden verse; para espigar una soberbia tan profunda, tan universal, tan grande era preciso que la humillación de Jesucristo fuera inmensa, universal, vasta; y ¿lo fué, mis hermanos? ¡Sí! Su reputación, su fama, la gloria de su nombre, el esplendor de sus prodigios, el dominio que tenía sobre el pueblo, las alabanzas de la multitud, todo, absolutamente todo, naufragó en aquella memorable noche. Estando él joven todavía, á los doce años admirablemente asombró á Israel por su sabiduría entre los Doctores, las Escrituras Santas las interpretó, las aplicó con sin par oportunidad.

En la noche de su pasión, nada sabe, nada entiende, nada dice. A los prodigios de su sabiduría ha sucedido el mas completo silencio. Jesucristo tuvo la fama de una santidad eminente: la pregonaron los pueblos, las muchedumbres que lo seguían, los ciegos, paralíticos, leprosos; los que iban en pos de él se volvieron

lenguas, no obstante su prohibición, para anunciar á Israel que había llegado la hora de su salud, que un justo moraba en el pueblo, que el Hijo de Dios visitaba su nación y los mismos Escribas y Fariseos no podían resistir el esplendor de sus virtudes y la gloria de su santidad, y muchas veces, aunque devorados por el despecho y por la envidia, le tributaban homenajes reconociendo que era un hombre que andaba siempre en los senderos de la verdad y de la justicia. Maestro, le decían, confesamos que eres un hombre que anda siempre por el camino de la verdad. ¡Oh fama de su santidad! prestigio de su virtud, encanto de su justicia, alabanzas que le tributaban los pueblos, temor de sus enemigos ante el brillo de sus virtudes: ¡todo desaparece en la noche de su pasión! En Jerusalén no se oían otras voces sino que iba á ser condenado á muerte un impostor que había engañado tanto tiempo con prodigios del demonio á la muchedumbre, que había seducido á las gentes con el insensato proyecto de obtener el poder de los Césares de Roma, que predicaba la doctrina del escándalo ordenando que no debía pagarse el tributo al imperio, que prometía derribar el templo y la sinagoga. He aquí lo que se oye en Jerusalén, y los fariseos y todos se vuelven lenguas para propagar esta nueva dichosa de la condenación de este impostor. Jerusalén vió sus prodigios y la fama de su poder quedó escrita en monumentos inmortales. Los Evangelios los cuentan á millares. En el mundo no cabrían los libros que hubieran de escribir, contando el pormenor de los prodigios que realizó. Quien decía que era el hijo de David, el heredero de su gloria, de su cetro; quien agregaba que había venido á restablecer el antiguo esplendor del reino de Israel; quien que Dios se había dignado al fin visitar á su pueblo, que debía bendecir al que

venía en nombre del Señor, cantando el hosana de alegría; quien lo llamaba un gran profeta, el mayor de los que habían visitado á Israel; quien lo adoraba y veía en él al prometido Mesias, que debía restablecer en el mundo el suave imperio de la ley.

Naufragio terrible, mis hermanos, el de la Omnipotencia de Jesucristo en la noche espantosa de su pasión. Tú mar de Galilea y Tiberiades que aplacaste la furia de las olas, al dulce imperio de su boca. Tú que volviste á la vida escuchando la palabra omnipotente de Jesús: Lázaro sal á fuera! Desventurado hijo de la viuda de Naín, que volviste á la vida, para dar testimonio de la Omnipotencia del Salvador. Prodigios todos de Jesucristo. ¿dónde está la gloria que atesorasteis sobre su nombre? ¿Dónde están las aclamaciones que partían de los labios de la muchedumbre? ¡Ah! Ingratos hijos de Judea, ya no recordáis las veces en que, como amoroso Padre, cuando fatigado, por el cansancio y por el hambre en un desierto, teniendo por techumbre el firmamento, y por alfombra el cespel del campo, su mano divina multiplicó los panes para saciar vuestra hambre, y lo alabasteis como al enviado de Dios, y quisisteis restaurar de nuevo el reino de Israel poniendo en su mano el solio de Judea, en su frente divina la corona de David, y él, humilde, huyó de las aclamaciones para elevar al cielo la oración de propiciación por los pecados del mundo. Hoy, en el momento de su pasión, vuelve á tomar crédito en la sinagoga, en el pueblo, entre los sacerdotes. la blasfemia de que Jesucristo obraba estos prodigios en nombre del demonio; porque no presenta sino el aspecto de una debilidad suma, lo injurian, lo arrastran, lo acosan, lo calumnian, lo maldicen, lo reniegan, colman de improperios su fama, le dicen las mayores infamias; los testigos son de tal

naturaleza que se contradicen entre sí; no hay testimonio conforme, la ausencia de toda justicia es el sello que caracteriza este célebre proceso de Jesucristo; pero nada de esto me admira, nada de esto me asombra, nada pone espanto en mi corazón, porque esta es la obra de las pasiones humanas.

Si el poder de Nuestro Señor Jesucristo es irrevocable para dar testimonio de su divinidad, mira, le decían: "te adoraremos, reconoceremos tu nombre, confesaremos tu doctrina, abrazaremos tu cruz, seremos los primeros discipulos de tu Evangelio, reconoceremos la falsedad de nuestros errores y la perversidad de nuestra conducta, si haces el prodigio de bajar de la cruz" I no lo hizo, mis hermanos; y desmintiendo su antigua omnipotencia, como para que triunfe el prodigio de sus humillaciones, que es más grande que todos los prodigios de su diestra, permaneciendo en una impasibilidad admirable, en un silencio divino, dejando que corran lentas las olas de la divina justicia, que pasen implacablemente los rigores de la justicia ¡Ah, Padre mío! ¿no sabéis lo que deseo? ¿No sabéis lo que pienso? Que se cumplan las escrituras, que se acabe la satisfacción á tu adorable magestad, perdónalos, mientras que yo consumo el sacrificio que te he ofrecido por la salud de los hombres. Así respondía á los que blasfemaban en torno de su cruz.

Estas humillaciones del Salvador, mis hermanos, debían ser, además, rápidas, instantáneas, como la tempestad que, después de un día tranquilo y sereno, cuando nada parece anunciarlo al desgraciado navegante, estalla en un momento dado, violenta, intempestiva, terrible, sepultando en los abismos de la mar, la débil embarcación que cruzaba bonanciblemente sus aguas. En la mitad de la carrera de su vida, cuando Jerusalén lo aclamaba, las turbas lo seguían, las calles de la ciudad se habían empavezado para cantarle el

*Hosana*; cuando había llegado al apogeo de su grandeza, cuando el sol de su fama y de su prosperidad se encontraba en el cenit, cuando nada parecía anunciar la proximidad de un desenlace tan trágico, entonces, derrepente, sin preparación alguna, sin pretesto alguno, estalló la tempestad que lo condujo al Calvario. Ah! Pensad, mis hermanos, en el carácter gravísimo que imprime el sello profundo y terrible, á las humillaciones del Salvador y que las hizo adecuadas para los pecados de todos los hombres. Para expiar esa facilidad con que las pasiones nos hacen caer, esa prontitud con que la naturaleza humana se rebela contra Dios, con que pasa el hombre del estado de la gracia al estado del pecado, quiso la sabiduría eterna que fuera repentina, instantánea, de un momento, de manera que un día brillaran los esplendores de su gloria, resonaran en Jerusalén los cánticos de alegría: "hosanna al que viene en nombre del señor;" y dice el Evangelio que para demostrar esas pobres gentes su alegría, su júbilo, tendían en el suelo sus vestiduras, adornaban las calles de la ciudad con ramas de árboles, manifestando así, en su misma pobreza, la alegría que experimentaban en la ciudad de David. Pues bien, á los tres días precisamente, oíanse en la ciudad los gritos de crucifixión; y los muros de Jerusalén, las bóvedas del templo, todos los ecos del monte de la Judea y la Palestina repetían "crucifiquenlo, crucifiquenlo, que caiga su sangre sobre nosotros."

Terrible lección, mis hermanos, de lo que valen el sufragio de la muchedumbre y el elogio de los pueblos, terrible lección que nos enseña á no fundar la reputación sólida sino sobre la base de la justicia, y que enseña á la vez que la opinión pública, el sufragio de la muchedumbre, el elogio de los pueblos es inconsecuente, frívolo, falaz; ahí tenéis el ejemplo de Jesucristo,

aclamado hoy con frenesí y crucificado á los tres días con saña implacable, en el suplicio más infame.

El tiempo no basta, mis hermanos, para que yo continúe sondeando este abismo y complete así la proporción que la sabiduría divina supo establecer entre las humillaciones del Salvador y los desórdenes del pecador.

Consagremos los últimos instantes á postearnos al pie de la cruz de Jesucristo, única esperanza del cristiano, símbolo de la redención, signo del triunfo contra todas las potestades del mal ¡Ah! mis hermanos ¡La cruz es el último asilo del cristiano. Pronto llegará el día terrible de nuestra muerte, más pronto de lo que pensamos; á la puerta está el divino juez, para pedirnos cuenta de nuestra vida; próximo el día, en que hemos de abandonar al mundo, sus ilusiones y sus vanidades, su gloria y sus encantos, para entrar en la eternidad, para presentarnos al tribunal de nuestro juez, tribunal incorruptible, justísimo, donde no hay acepción de personas, á rendir cuenta de la administración de nuestro tesoro, á presentar al Padre de familia las ganancias que hemos conseguido negociando con los tesoros que nos dió su infinita bondad. En ese momento terrible de la muerte ¿que os queda, mis hermanos? Hay que dejar las riquezas, el fantasma de los honores se disipa como un vapor, los placeres y sus encantos sólo dejan en ese momento la cruel amargura de haberlos gozado contra la ley santa de Dios. ¿Qué queda pues? Familia, amigos, relaciones, todo hay que abandonarlo ¡Ah! Cuando nuestra agonía se aproxime, cuando llegue por fin el instante supremo de despedirnos del mundo nada más nos queda que la cruz de Jesucristo! ¡Sí! El sacerdote nos la presentará, la aplicará á nuestros labios y haremos un esfuerzo para imprimir en ella un ósculo de amor. Nuestros ojos cerrados ya por la muerte se entreabrían

ran, quizá por última vez, para contemplar la adorable imagen de Jesucristo crucificado, y en nuestros oídos sordos ya para los ruidos del mundo, se dejará escuchar la voz del sacerdote, que nos ponderará la misericordia y el amor del Dios redentor ¡Ah! La cruz en que murió Jesús será nuestro único consuelo, nuestra única esperanza, nuestro único asilo, en ese momento supremo de la vida ¡Ah! Que nos sea familiar, que sea desde hoy nuestra amiga, nuestra compañera, nuestra consejera, nuestro guía, nuestra esperanza! ¡Abraçemonos de la cruz en que murió Jesucristo, abraçemonos de este signo de nuestra redención, ya que nada mas que á ella tendremos en la hora de la muerte. Sí, y cuando nuestra alma se desprenda del cuerpo para comparecer ante el tribunal de Dios, colocarán la cruz sobre nuestro pecho inerte para denotar que están ahí los restos de un cristiano; esa será nuestra única pompa funeraria: una cruz que brillará sobre nuestro pecho ¡Ah mis hermanos! Quiera Dios que el último latido de nuestro corazón y la última palabra y el último sentimiento sean para esa cruz bendita porque, no olvidemos las palabras del Apostol: *El que muere conmigo reinará conmigo.*



XXVIII

**San Félix de Valois**

Compendio de un panegirico predicado en la Iglesia de  
Trinitarias el 20 de noviembre del año de 1876

*Venit in me spiritus sapientiae:  
et praeposui illam regnis et sedi-  
bus, et divitias nihil esse duxi in  
comparatione illius.*

*Sap. c. VII, vs. 7 y 8.*

EXORDIO

LA Iglesia es un reino. Las órdenes religiosas forman su manto real. Entre éstas, descuella la Orden de Trinitarios, por la especialidad de su fin y su consagración á la Santísima Trinidad. Despréndese de aquí las virtudes en que debe florecer y el panegirico del santo que brilló en ellas.

PUREZA

Deja la corte. Se hace sacerdote. Huye á la soledad. Familiaridad con los ángeles, viaje á Roma, revelación al Papa, revelación de su muerte. Aparición de la Virgen.

ran, quizá por última vez, para contemplar la adorable imagen de Jesucristo crucificado, y en nuestros oídos sordos ya para los ruidos del mundo, se dejará escuchar la voz del sacerdote, que nos ponderará la misericordia y el amor del Dios redentor ¡Ah! La cruz en que murió Jesús será nuestro único consuelo, nuestra única esperanza, nuestro único asilo, en ese momento supremo de la vida ¡Ah! Que nos sea familiar, que sea desde hoy nuestra amiga, nuestra compañera, nuestra consejera, nuestro guía, nuestra esperanza! ¡Abraçemonos de la cruz en que murió Jesucristo, abraçemonos de este signo de nuestra redención, ya que nada mas que á ella tendremos en la hora de la muerte. Sí, y cuando nuestra alma se desprenda del cuerpo para comparecer ante el tribunal de Dios, colocarán la cruz sobre nuestro pecho inerte para denotar que están ahí los restos de un cristiano; esa será nuestra única pompa funeraria: una cruz que brillará sobre nuestro pecho ¡Ah mis hermanos! Quiera Dios que el último latido de nuestro corazón y la última palabra y el último sentimiento sean para esa cruz bendita porque, no olvidemos las palabras del Apostol: *El que muere conmigo reinará conmigo.*



## XXVIII

### San Félix de Valois

Compendio de un panegirico predicado en la Iglesia de  
Trinitarias el 20 de noviembre del año de 1876

*Venit in me spiritus sapientiae:  
et praeposui illam regnis et sedi-  
bus, et divitias nihil esse duxi in  
comparatione illius.*

*Sap. c. VII, vs. 7 y 8.*

#### EXORDIO

LA Iglesia es un reino. Las órdenes religiosas forman su manto real. Entre éstas, descuella la Orden de Trinitarios, por la especialidad de su fin y su consagración á la Santísima Trinidad. Despréndese de aquí las virtudes en que debe florecer y el panegirico del santo que brilló en ellas.

#### PUREZA

Deja la corte. Se hace sacerdote. Huye á la soledad. Familiaridad con los ángeles, viaje á Roma, revelación al Papa, revelación de su muerte. Aparición de la Virgen.

PENITENCIA

Horror del desierto. Hambre y sed. Camina media legua para beber en una fuente. Cadenas, cilicios, disciplinas, sueño sobre la tierra. Viajes penosísimos. Deseo del martirio.

CARIDAD

Muy niño daba monedas á los pobres. Se privaba de los mejores alimentos para los niños pobres. Ya joven, se despojó muchas veces de sus vestidos para vestir al desnudo. Impetró de su tío el conde Teobaldo la vida de un reo, prediciendo que sería un santo. Encuentro con san Juan de Mata. Aparición del ciervo. San Juan de Mata, Superior. Se llama Ministro. Muerte de Celestino III. Elección de Inocencio III. Aparición al Papa. Vestidura el día de la Purificación. Vuelta á Ciervo frío. Vida religiosa. Muerte.



XXIX

**Dolores de la Santísima Virgen**

Compendio de un sermón de Tres horas predicado en la iglesia de las Descalzas el Viernes llamado de Dolores del año de 1879

*Oprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.*

*Salmo 68, v. 10.*

INTRODUCCIÓN

Todo es misterio. El misterio del dolor. ¿Qué es la vida? Breve descripción de los diferentes estados. Salomón. El libro de Job. Quejas del hombre contra la persecución y tribulaciones del justo. El crucifijo lo explica todo. Disipa las sombras, penetra los misterios, descifra los enigmas, es centro de todo, faro de la historia. Explica también á María. Es un mundo de gracia. El jardín de sus dolores. Descripción de sus bellezas. La ley de la encarnación es ley de padecimiento. Los inocentes, los apóstoles, los justos: *Quos prescivit*. Un río de sangre baña á la Iglesia mezclada con la sangre de Jesús: *Fluminis impetus, Omnes qui pie*. María no podía

escapar á esta ley; la medida de sus dolores es la alteza de su santidad y de la maternidad divina. María es un astro. Período de su órbita. Comparación del Sol y de la Luna. Los dolores de María son un mar. Llevemos nuestra barca por este mar; sus tempestades son interiores, sus brisas suaves, sus aromas deliciosos, su cielo espléndido. Por este mar, llegaremos al puerto. Saludo á la Cruz. *Ave spes.*

PRIMER DOLOR

Ultimos écos del canto de los ángeles, de la adoración de los pastores y de los reyes. Descripción del viaje á Jerusalén. Ofrenda del niño. Apóstrofe á Simeón. El cántico *Nunc dimittis*, voz del peregrino, himno del viajero, aspiración al cielo, último cántico de la Iglesia, antes del juicio final. Palabras de Simeón que constituyen este primer dolor. Visión terrible de la pasión. Belén, Nazaret y el Calvario. Este dolor comprende cinco: 1º Ofrecer á su hijo para la muerte. 2º Su advenimiento será señal de grandes persecuciones. 3º Muchos se perderán por El. 4º Por su causa serán arruinados Jerusalén y el pueblo. 5º Por la misma razón, se verá más profanada que nunca la gloria de Dios Padre.

*Fruto de este dolor*

Resignación á la voluntad de Dios. Profecías sobre la gloria de Jesucristo. Apariencias contradictorias. Las Madres cristianas deben consagrar sus hijos á Dios.

SEGUNDO DOLOR

Descripción de Jerusalén, durante la degollación de los inocentes. Lamentos de las madres é inmolación de los niños. Furia de Herodes. Contraste entre la belleza

de Jesucristo y la persecución movida contra él. Descripción del viaje por el desierto. Recuerdos de la peregrinación del pueblo de Dios. La nube, la columna de fuego, el agua de la roca, las tablas de la ley, el mar rojo. El cántico de la libertad. La morada en Egipto. Soledad, destierro, pan amargo y agua desabrida. Impresiones de pavor en el viaje.

*Fruto de este dolor*

No debemos negarnos á sufrir lo que Dios quiere. De muchos modos pudo evitar Dios á María estos dolores. Siempre nos quejamos, porque no evita los nuestros. Deberes de los padres para con sus hijos, defendiéndolos de la persecución del mundo.

TERCER DOLOR

A diferencia del primero y segundo, este dolor lo causa el mismo Jesucristo. Viaje á Jerusalén á celebrar la pascua. Empleo del tiempo: visitar el templo, á los pobres y á los enfermos. Cómo se notó y porqué sucedió la pérdida de Jesús. Inquisiciones inútiles. Tristezas y dolores de esta terrible noche, mayores que todos los dolores. Comparación de los primogénitos de Egipto, del martirio de los inocentes, del sitio y ruína de Jerusalén. Conjeturas sobre la desaparición de Jesucristo. ¿Habrà vuelto al seno de su Padre? ¿Habrà caído en manos de Arqueláo? ¿Habràse encaminado al desierto, para vivir como Juan? Jesús se ha quedado en Jerusalén, para enseñar á los doctores, para hacer la vida de un mendigo, para hacer obras de caridad. Diligencias de María para buscar á Jesús. Preguntas que hace y señales que le dan. Encuentra á Jesús en el templo. Este dolor constituye la pasión de María.

*Fruto de este dolor*

Desgracia de perder á Jesucristo. Los pecadores deben buscarlo. Diversos modos de perderlo. Se le encuentra en el templo.

CUARTO DOLOR

Vida de Nazaret. Resumen de la infancia y adolescencia de Jesús. Nuevo aspecto de su vida. Enumeración de los principales actos de su vida pública. Encantos de María. La vocación de los apóstoles, la influencia sobre las muchedumbres, la conversión de los pecadores, la curación de los enfermos, el dominio de la naturaleza, la confusión de sus enemigos. Ya había muerto san José. María llega á Betania el jueves santo. Asiste en espíritu á las agonías del Huerto. Ora por Judas. Asiste á los tormentos en casa de Anás y Caifás. Asiste á la flagelación; los balidos del Cordero. *Ecce homo*. Cómo hubiera defendido María á Jesús, ante los tribunales. Descripción de la procesión fúnebre al Calvario. Encuentro con Jesús. El Salvador hace esfuerzos para mirarla. Les impiden abrazarse.

*Fruto de este dolor*

Llevar la cruz con Jesús. Las mujeres piadosas. Las religiosas deben consolar á Jesucristo.

QUINTO DOLOR

María al pie de la Cruz! Espectáculo digno del cielo y de la tierra. Eva, Sara, Rebeca, Judit, Ester. Descripción de la crucifixión. La extensión sobre la Cruz, los golpes del martillo, el levantamiento de la Cruz. Temblor de tierra, rajaduras de las rocas, cataratas en el mar, se desgarran el velo, sonaron las trompetas del

templo, tinieblas de eclipse, huida de los animales, silencio de las aves, horror del pueblo. La túnica de Jesús, tejida por Marfa. Inscripción de la Cruz. Lectura y comentarios de la inscripción hechos por María. Su oración por los ladrones. Segunda hora de la crucifixión. Soledad del Calvario. Mujer, he ahí á tu Hijo. Contraste entre la Anunciación y el ser constituida Madre de los pecadores. Apóstrofe á María. Todo está consumado: la ley y los profetas, la justicia de Dios, la ingratitud de los hombres. Cambio de las últimas miradas entre la Madre y el Hijo. Muerte de Jesús. Vuelven el Sol, las aves y la brisa. María sin su hijo. Silencio. Adoración.....

SEXTO DOLOR

Apóstrofe á las madres que han visto morir á sus hijos. La tarde, despedida de la muchedumbre. Jesús baja al limbo. La lanzada del costado. No le rompieron los huesos. Contraste entre la fiesta de Jerusalén y la escena última del Calvario. José y Nicodemus vienen al Calvario. Descripción del descendimiento. Entrega á María de los instrumentos de la pasión. Entrega del cuerpo de Jesús. Vuelve á María como el pródigo. Papel de Juan y de Magdalena. Cuidados de María con el cuerpo de Jesús.

*Fruto de este dolor*

Visita al Santísimo Sacramento. Comuni3n. Horror al sacrilegio. Comuni3n frecuente. Convite á la Eucaristía.

SÉTIMO DOLOR

La noche del Calvario. La procesión fúnebre al se-

pulcro. Su silencio, pompa y majestad. La primera procesión del Corpus. Aspecto de Jerusalén y de sus moradores. El sepulcro. Cuidados de María, al sepultar á Jesús. La última despedida. Vuelta al Calvario. Regreso á Jerusalén. Pensamientos de María. Recorre de nuevo el *Viacrucis*, de la última á la primera estación. Descansa en la morada de Juan.

*Fruto de este dolor*

Santidad del ministerio sacerdotal.

Acto de contrición.

Oración por los pecadores obstinados. Argumentos de misericordia y de justicia. La oración de María triunfa. *Recordare quod steterim in conspectu tuo ut loquerer pro eis bonum et averterem indignationem tuam ab eis.*

XXX

### La Inmaculada Concepción

Panegirico predicado en la Catedral, en el solemne octavario celebrado el año de 1880.

*Ipsa conteret caput tuum.  
Ella quebrantará tu cabeza.  
Génesis cap. III, v. 15*

Ilmo Señor: (1)  
Venerable Capítulo  
Señores:

Entre los sucesos cumplidos por la Divina Providencia, durante el glorioso reinado de Pío IX, ninguno me parece más grande, en sí mismo, y trascendental, en sus consecuencias, como la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

Quizá, señores, pasa por vuestra mente, para debilitar su asentimiento á esta idea el grandioso espectáculo del Concilio Vaticano, interrumpido, hoy, por la Revolución, pero que madura, en el recogimiento y el

(1) El Ilmo y Rmo. Sr. Dr. D. Francisco Orueta y Castrillón, Arzobispo de Lima.

pulcro. Su silencio, pompa y majestad. La primera procesión del Corpus. Aspecto de Jerusalén y de sus moradores. El sepulcro. Cuidados de María, al sepultar á Jesús. La última despedida. Vuelta al Calvario. Regreso á Jerusalén. Pensamientos de María. Recorre de nuevo el *Viacrucis*, de la última á la primera estación. Descansa en la morada de Juan.

*Fruto de este dolor*

Santidad del ministerio sacerdotal.

Acto de contrición.

Oración por los pecadores obstinados. Argumentos de misericordia y de justicia. La oración de María triunfa. *Recordare quod steterim in conspectu tuo ut loquerer pro eis bonum et averterem indignationem tuam ab eis.*

XXX

### La Inmaculada Concepción

Panegírico predicado en la Catedral, en el solemne octavario celebrado el año de 1880.

*Ipsa conteret caput tuum.  
Ella quebrantará tu cabeza.  
Génesis cap. III, v. 15*

Ilmo Señor: (1)  
Venerable Capítulo  
Señores:

Entre los sucesos cumplidos por la Divina Providencia, durante el glorioso reinado de Pío IX, ninguno me parece más grande, en sí mismo, y trascendental, en sus consecuencias, como la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

Quizá, señores, pasa por vuestra mente, para debilitar su asentimiento á esta idea el grandioso espectáculo del Concilio Vaticano, interrumpido, hoy, por la Revolución, pero que madura, en el recogimiento y el

(1) El Ilmo y Rmo. Sr. Dr. D. Francisco Orueta y Castrillón, Arzobispo de Lima.

estudio, los más sazonados frutos, en provecho de la Sociedad y de la Iglesia.

Vista miope y razón menguada tendría, quien intentase apocar siquiera la extraordinaria magnitud de un hecho, que ha conmovido al mundo, poniendo miedo en el corazón de los reyes, sembrando alarmas en las academias científicas, siendo tema obligado de la tribuna y de la prensa y haciendo estallar las más furiosas pasiones, en los antros de la demagogia.

Pero, corta mirada y entendimiento estrecho demostraría, también, quien no viese, en la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el germen bendito, cuyo desarrollo natural ó histórico, en el tiempo y hora señalados, debía ser la celebración de la augusta Asamblea.

Y esto, señores, porque la definición y proclamación del Dogma, á causa de ser la suprema afirmación del supernaturalismo y de la autoridad doctrinal del Pontificado, ponía de manifiesto la posibilidad, oportunidad y utilidad de un Concilio, que diese al enemigo la última batalla, después que la Iglesia lo había vencido en el primer combate, y puesto á los pies de la Inmaculada Virgen los laureles de su triunfo. *Ipsa contret caput tuum.*

Doble victoria, alcanzada por la Iglesia, el 8 de Diciembre de 1854: la una sobre el racionalismo, alzando, gallarda y noblemente, el estandarte de lo sobrenatural, en presencia de sus más osadas y universales negaciones; y la otra sobre el regalismo, estableciendo la soberana autoridad de la Santa Sede, en los momentos mismos de contemplar el mundo la más vasta y concertada conspiración de los poderes civiles contra la Cátedra apostólica.

Siento, señores, que la justa consideración de no abusar de vuestra benevolencia me obligue á concretar-

me en el primer punto, que servirá de objeto al presente discurso y á vuestra piadosa atención.

Gózate ¡oh Virgen Madre! de haber dado muerte á la herejía en todo el universo; y dignate recibir, el día de hoy, el filial homenaje de mi veneración y de mi amor. AVE MARÍA.

#### PUNTO ÚNICO

La completa rebeldía de la razón humana contra todo el orden sobrenatural es, señores, el carácter distintivo de la presente época.

Ved, si nó, lo que pasa, en todas las esferas de la actividad humana.

Acometida la loca empresa de relegar á Dios al inaccesible santuario de su gloria; á Dios, señores!, cuya majestad llena las alturas del cielo, las profundidades del abismo y las extremidades del mar, el blanco quedó planteado para la razón humana el pavoroso problema de llenar el inmenso vacío que dejaba Dios, al retirarse del hombre, según lo pidió su insensato orgullo: *Recede á nobis.*

Para resolverlo, ha puesto por base la negación de todo orden sobrenatural, que tenga un organismo visible en la sociedad; ocupándose en seguida de sustituir, con creaciones suyas, todas las partes que iba demoliendo del viejo edificio. Ha destruido, señores, pero no ha edificado nada; porque, al acento de su palabra, no han venido la verdad, el bien y la felicidad, sino el error, el mal y el más profundo malestar.

En el orden religioso, ha negado la religión, para establecer la indiferencia religiosa;

En el orden social, ha destruido la autoridad y la obediencia y puesto, en su lugar, el despotismo y la servidumbre;

En el orden político, ha destruido la supremacía de la justicia, para reemplazarla, con la estúpida soberanía de la fuerza y del número;

En el orden eclesiástico, ha negado la independencia de la Iglesia y sostenido la omnipotencia del Estado;

En el orden doméstico, ha entristecido al ángel del hogar, proscribiendo el matrimonio cristiano y fundando el concubinato legal;

En el orden científico, ha reemplazado la fecunda unidad de la ciencia con la infinita variedad de los más opuestos sistemas;

En el orden económico, por no escuchar las inspiraciones de la caridad, ha creado la tiranía del capital, la explotación del trabajo, la sublevación de los obreros y los horrores del pauperismo;

En el orden experimental, ha negado todos los milagros de Dios y admitido, al punto, todos los prodigios del diablo.

Así se explica, señores, porque han visitado á los pueblos las más terribles catástrofes; porque atormentan á los espíritus las más viva inquietudes; y por que fermentan, en el seno de las modernas sociedades, las más espantosas conjuraciones contra la Religión, la autoridad, la propiedad y la familia; porque falta Dios, señores; y cuando no nos ilumina su divina luz, ni penetra en nuestro oído su celestial palabra, ni nos llena el corazón su suavísima gracia, sólo hallamos en nuestro camino tinieblas palpables, voces de espanto y angustias de muerte.

¡Apagad el Sol, señores!, y proponed producir, sin su calor y sin su luz, todos los fenómenos del movimiento y de la vida!

Mas necia pretensión es, todavía, la de apagar el eterno Sol del cielo de las almas, sin que estas se enfermen, languidezcan y mueran.

En este vano empeño de fundar todas las instituciones, fuera de todo orden sobrenatural, se encuentra

también la verdadera causa de ese íntimo y radical antagonismo que existe entre el Pontificado y todas las obras del espíritu moderno.

Unico representante el Papa de lo sobrenatural, en el mundo, su propio instinto hace comprender al racionalismo que ese es su grande y verdadero enemigo. Por eso, lo ha hecho el privilegiado objeto de sus odios, de sus ataques y de sus furores; pero, el Pontificado ha vencido, señores, porque esos odios han dilatado las entrañas de su caridad; esos ataques han fortalecido su espíritu, en esta lucha gigantezca; esos furores han movido su compasión sobre las locuras del espíritu humano; y, sintiéndose padre y médico de la humanidad caída, ha subido, como Moisés, á la montaña santa, para tratar con Dios de la salud de su pueblo; la inspiración ha iluminado su frente; las escrituras le han mostrado sus oráculos; la tradición, sus enseñanzas; el orbe cristiano, sus aspiraciones; el episcopado, sus votos; el cielo, sus misericordias; el infierno, sus alarmas; y viendo que había llegado el momento oportuno de que brillase, con los esplendores de la fe, la inmortal victoria de la mujer contra la serpiente infernal, que fué decretada en los eternos consejos y revelada al hombre, como prenda de su restauración, después de la primera culpa; lleno del Espíritu Santo, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo y de los bienaventurados apóstoles, Pedro y Pablo, y para gloria de la Santísima Trinidad, honra de la madre de Dios y exaltación de la santa fe católica, definió, pronunció y declaró, con su autoridad infalible, que la doctrina que enseña que la bienaventurada Virgen María fué preservada de toda mancha de pecado original, en el primer instante de su concepción, es revelada por Dios y debe ser creída firme y contantemente por todos.

Así ha defendido el Pontificado, señores, el orden sobrenatural contra los generales asaltos del racionalismo.

lismo, presentando á la veneración del mundo á la mujer por excelencia, vestida del Sol, coronada de estrellas y que tiene á la luna por escabel de sus pies, como el tipo más perfecto de lo sobrenatural, en quien se reunen admirablemente todos los dones de la naturaleza y todas las magnificencias de la gracia,

¡Triunfaste, una vez más, oh Virgen poderosa, del antiguo enemigo del género humano! Tu enemistad irreconciliable con él, prevista por Dios, para que fueras digna Madre del Verbo encarnado; revelada al hombre, como el fundamento de su reparación; proclamada por el ángel, cuando tomó carne en tu seno el Hijo del Altísimo; ha sido sellada, en nuestros días, con el irrevocable sello de la fe, para gloria tuya, consuelo nuestro y eterna confusión del príncipe de las tinieblas.

Y así es, en verdad, señores; porque, si María ha sido concebida, sin la mancha del primer pecado, es forzoso admitir la transmisión de la culpa original y el dogma consolador de la redención, bases firmísimas sobre las cuales reposa todo el mundo sobrenatural, según la admirable economía de su creación y la más admirable aún, de su restauración.

Por esto, señores, el dogma de la Concepción Inmaculada de María ha comunicado mayor solidez á todo el edificio cristiano; nuevo vigor á todas las verdades católicas y demostrado á la razón humana que la compacta unidad de la doctrina revelada es eterna, invencible, inexpugnable, última palabra de la ciencia y clave universal de todas las cosas.

Y este golpe, que ha recibido el racionalismo, desde las alturas del Vaticano, ha sido, señores, certero y mortal.

Así lo prueba la extraordinaria profusión de las misericordias del cielo y el enconado furor con que se han redoblado los ataques en las líneas enemigas, pudiendo

decirse que la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María, fué la señal de una renovación maravillosa del supernaturalismo en el mundo y de los más desesperados esfuerzos de la incredulidad contra el Señor y contra su Cristo.

Y en efecto, señores, ¡cuántas bellezas y cuántos tesoros ha ostentado la Iglesia, ante los ojos atónitos del mundo!

Hemos visto, señores, dilatado el reino de Jesucristo en las regiones del Oriente; multiplicados los fieles en todos los países que le arrancó el Protestantismo al gremio de la Iglesia; renovadas y florecientes las instituciones monásticas; unido el episcopado con su cabeza visible, como jamás se vió en la historia del Catolicismo; sustentada la Santa Sede por la caridad del mundo; prolongados maravillosamente los largos días del anciano pontífice; exaltados sus privilegios, en el más grande de los Concilios ecuménicos; visitado nuestro suelo por muy frecuentes apariciones de la Virgen Santísima; repetidos, cada día, los más insignes milagros; llenos de innumerables peregrinos, los más célebres santuarios; proclamada la fe con noble libertad, en las más ilustres asambleas parlamentarias y científicas; en una palabra, señores, asistimos á una general invasión de lo sobrenatural, que se presenta y se muestra con tanto más grande esplendor cuanto es más tenaz en negarlo el racionalista y el incrédulo.

¡Bendito sea Dios, señores, que ha ostentado así los prodigios de su diestra!

Pero, ¡cuán horribles cosas, también, no han visto nuestros ojos!

Hemos visto profanada la ciudad santa y cautivo á su Pontífice; dispersas en las plazas las piedras del Santuario; manchado el pueblo cristiano con la sangre de sus sacerdotes; perseguida la Iglesia en todas las naciones; alimentados sus pastores con el pan de la

limosna ó con el pan del desterrado; negada audazmente la divinidad de Jesucristo; demolidos por el hacha revolucionaria los templos del Dios vivo; convertidas en escuela de impiedad y de blasfemia la prensa y la tribuna, y, más que todo esto, impasibles á las potestades de la tierra, ante los insolentes triunfos de la iniquidad.

¡Bendito sea Dios, señores, que ha permitido estas ardientes explosiones del espíritu del mal, para demostrar al mundo la completa esterilidad de sus esfuerzos!

¡Bendita seas tú, también, oh madre de Dios y madre nuestra, porque el dogma de tu Inmaculada Concepción ha puesto en tus manos las palmas de una esclarecida victoria sobre el racionalismo, doblemente atestiguada por el torrente de bendición es que ha descendido del cielo sobre la tierra y por los silbidos de rabia de la serpiente infernal, al sentir quebrantada, de nuevo, por tu delicado pie, su horrible cabeza. *Ipsa conteret caput tuum.*

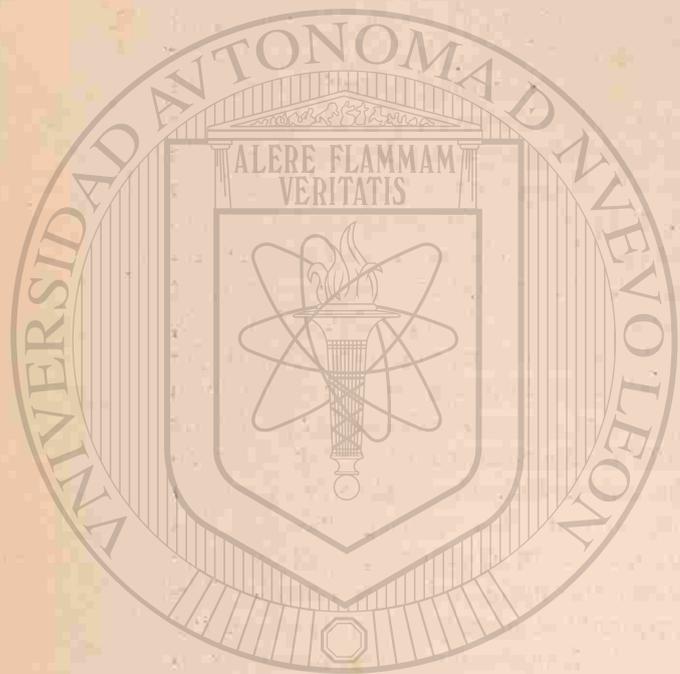
Pero, aun nos resta que ver, señores, el triunfo del Pontificado sobre la Revolución. La soberbia de los que odian al Señor crece siempre; pero crecen también las humildes oraciones de todos los fieles. Ya el Papa ha recibido de manos de María la corona de la infalibilidad, como una recompensa visible de haber puesto un nuevo brillante en su diadema imperial; como si correspondiese, en la sapientísima economía del divino Fundador de la Iglesia, la integridad de la inocencia de María, Madre suya, á la integridad de la fe de Pedro, representante suyo; de tal manera que ambas divinas prerogativas, la exención de toda culpa en la Madre de Jesucristo, y la exención de todo error en su Vicario sobre la tierra, obtuviesen su pleno desarrollo en un mismo período histórico de la vida de la Iglesia.

Oremos y esperemos, estretanto, señores; pues llegará seguramente el día de la victoria, cuando llenen

su respectiva medida los gemidos del justo y las iniquidades del impío.

Entonces, el Soberano Pontífice, á la cabeza de la sagrada milicia y reinando en paz sobre su pueblo, al ver humillados á sus enemigos, exhalará su alma, como David, en la presencia del Señor y dirá: “He esperado largamente, contra toda esperanza, y lleno de resignación en la palabra del Señor; y al fin ha vuelto hacia mí sus divinos ojos” *Expectans expectavi Dominum et intendit mihi.* “Ha oído mis ruegos y me ha sacado del lago de miseria y del cieno inmundado en que me tenían mis enemigos”. *Et exaudivit preces meas, et eduxit me de lacu miseriae et de luto feci.* “Y asentó, de nuevo, mis pies sobre la piedra angular, Cristo Jesus; y dirigió y enderezó mis pasos por el camino de su ley”. *Et statuit supra petram pedes meos: et direxit gressus meos.* “Por eso cantará al Señor el nuevo cántico que me ha enseñado”. *Et innisit in os meum canticum novum, carmen Deo nostro.* “Viendo los hombres mi triunfo, temerán al Señor su Dios; y esperarán en él, viendo coronada mi esperanza”. *Videbunt multi, et timebunt: et sperabunt in Domino.* “Y dirán: bienaventurado el varón, cuya esperanza es el nombre del Señor, y que no volvió los ojos á vanidades y necedades engañosas.” *Beatus vir cujus est Nomen Domini spes ejus: et non respexit in vanitates et insanas falsas.* “¡Gloria á tí, Señor, que has obrado tantas maravillas y que no tienes semejante en tus pensamientos!” *Multa feciste tu Domine Deus meus, mirabilia tua et, cogitationibus tuis non est qui similis sit tibi.* ®

Cantaremos, señores, este himno de triunfo, sobre la tierra, al pie de los altares de María, ensayando así nuestras voces para entonar, después, el cántico eterno de la Jerusalén celestial. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXX

### Vida de Jesucristo

Cuaresma predicada en la Iglesia Catedral de Lima el  
año de 1881.

MIÉRCOLES 2 DE MARZO.

*Expectación de J.C.*

*Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum et hunc crucifixum. Ep. ad Cor. II, 2.*

EXORDIO

Toda ciencia se encuentra en Jesucristo.—Es el centro del universo.—La piedra angular de la creación.—La explicación de la historia, *Christus heri, hodie et in saecula*.—En conocerlo consiste, además, la salvación eterna, *Haec est vita aeterna ut cognoscant*.—Por eso, el mundo lo ha esperado tan largo tiempo.—Cuadro de la figura grandiosa de Jesucristo, saliendo de su Padre y volviendo á Él, *Exultavit ut gigas ad currendam viam*. Plan de los sermones: 1º Expectación de Jesucristo.—2º Belén.—3º Nazaret.—4º Enseñanza.—5º Milagros.—

6º Profecías.—7º El Huerto y el Calvario, gloria de su Padre.—8º Prueba de su Omnipotencia.—9º de su Sabiduría.—10º de su Amor.—11º Triunfo de Jesucristo.—12º Perpetuidad de la Iglesia.—La expectación de Jesucristo manifestada: 1º Por las figuras del antiguo testamento.—2º por las profecías.—Invocación al Salvador.—Invitación á los oyentes.—Salutación.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS PRIMERA PARTE

Promesa á Adán.—Un pueblo para conservarla.—Una tribu en ese pueblo.—Figuras de Jesucristo.—Isaac, Jesucristo inmolado por la justicia de su Padre.—José, Jesucristo entregado por la Sinagoga.—Moisés, Jesucristo salvado de la muerte de los inocentes.—Jonás, Jesucristo muerto y resucitado.—David, Salomón, Daniel.

SEGUNDA PARTE

Cuadro completo de las profecías que anuncian el origen, nacimiento, adoración de los magos, huida á Egipto, vida de Nazaret, al Precursor Juan, sus milagros, sus humillaciones, sus desfallecimientos, la conjuración de los Príncipes y sacerdotes contra Él, sus agonías en el huerto, la traición de Judas, el precio de su venta, el destino del dinero, la desesperación de Judas, la condenación de Jesucristo, su crucifixión en medio de dos ladrones, la hiel y vinagre, la división de sus vestidos, la perforación de sus manos y sus pies, su título de Rey, el abandono de su Padre, la gloria de su sepulcro.—Invocación final á Jesucristo.—Lo que los Patriarcas desearon, nosotros lo hemos visto.—Reproche al mundo que se avergüenza de Jesucristo.—Gloria de ser cristiano.

VIERNES 4 DE MARZO.

*Nacimiento de Jesucristo*

EXORDIO

Advenimiento correspondiente á tan grandiosa expectación.—Ofrecimiento del Verbo para curar á la humanidad, *Ego veniam et curabo eum*.—Nueva hostia, en vez de los sacrificios judaicos.—Clamores y gemidos de la tierra deseando á Jesucristo.—*O Sapientia*, para enseñar.—*O Dux domus Israel*, para redimirnos.—*O Radix Jesse*, para libertarnos.—*O Clavis David* para sacarnos del cautiverio.—*O Oriens*.—para iluminarnos.—*O Rex gentium*, para salvarnos.—*O Emmanuel*, para recompensarnos.—El nacimiento de Jesucristo corresponde á un Dios: 1º Por las maravillas de su concepción.—2º Por las circunstancias extraordinarias que lo acompañaron.

PRIMERA PARTE

Época histórica del nacimiento de Jesucristo.—Diverso modo cómo la incredulidad y la Iglesia refieren este suceso.—La Anunciación.—La virginidad de María.—Cuadro de los beneficios de la virginidad.—Belén.

SEGUNDA PARTE

Cántico de los Ángeles.—Adoración de los pastores.—Adoración de los magos.—Cántico de Simeón.—Persecución de Herodes.—Belén y Roma.—Invocación al Niño Jesús.—Conclusión.

MIÉRCOLES 9 DE MARZO.

*Vida oculta de Jesucristo en Nazaret*

EXORDIO

Descripción de la santa casa de Loreto.—Misterios realizados en ella.—No debe imitarse el silencio de las Escrituras.—Invitación á penetrar en la casa de Nazaret.—La vida oculta tiene por objeto: 1º restaurar la dignidad del trabajo.—2º santificarlo.

PRIMERA PARTE

Ideas del paganismo acerca del trabajo.—El ejemplo de Jesucristo lo ha levantado á la dignidad de su origen divino, cifrada en que perfecciona la obra de Dios, expía el pecado y preserva de la corrupción.—Invocación á Jesús obrero y á los obreros.—En él está la solución de este gran problema.

SEGUNDA PARTE

Descripción de las maravillas de la industria.—Las llagas y deformidades morales que encubre, cuando no es cristiana.—La religión ha santificado el trabajo: 1º haciendo de él una virtud;—2º elevándolo á voto religioso.—Descripción de los órdenes monásticos de trabajadores.—Reprobación de las doctrinas comunistas y socialistas.—La ley del Domingo.—Conclusión: haced cristianos á los obreros, y está resuelta la cuestión social.

VIERNES 11 DE MARZO.

*Doctrina de Jesucristo*

EXORDIO

Jesucristo templo vivo de la divinidad.—Su formación.—Su dedicación.—Entremos en él meditando su vida pública.—Comencemos por su doctrina.—Ella prueba su divinidad: 1º por su perfección intrínseca; y 2º por la manera como Jesucristo la enseña.

PRIMERA PARTE

Defectos de las doctrinas humanas: son incompletas, mezcladas de error y contradictorias.—Como Pilatos, la humanidad quería saber lo que era la verdad, *Quid est veritas*.—La doctrina de Jesucristo es completa, porque resuelve todas las cuestiones; es verdadera, porque procede de Dios y por lo mismo es una.—Comparación con el Sol.

SEGUNDA PARTE

Debilidad é ineficacia de la palabra humana.—Artificios de que se vale para persuadir y conmover.—La palabra de Jesucristo es divina: por la fuerza de sus afirmaciones, por la rectitud absoluta de su enseñanza, por la fecundidad asombrosa de su comunicación.—Podemos concluir: Nunca nadie habló como tú.

MIÉRCOLES 16 DE MARZO

*Los milagros de Jesucristo*

EXORDIO

Dominio del nuevo Adán sobre la creación.—Cuadro de los milagros de Jesucristo.—Prueban su divini-

dad: 1º por su excelencia,—2º por la manera como los realiza, y 3º por el fin con que los practica.

PRIMERA PARTE

La excelencia de los milagros de Jesucristo consiste en su universalidad, variedad y permanencia.—Ni los prestigios del demonio, ni los milagros de los santos han tenido estas cualidades.

SEGUNDA PARTE

Jesucristo ha hecho milagros por su propia virtud—sin acudir á un poder extraño—con una simple palabra—á la distancia.—con un simple tocamiento de su vestido.—Cuadro de estos milagros.

TERCERA PARTE

Jesucristo no tiene en sus milagros otro fin que el amor.—Se niega á practicar milagros de terror.—Los que hace están destinados á convertir á las almas.—Otros son símbolos de los misterios de su amor.—Resumen y conclusión.

VIERNES 18 DE MARZO.

*Las profecías de Jesucristo*

EXORDIO

El corazón del hombre es insondable.—Lo es igualmente el porvenir.—El conocimiento perfecto de una y otra cosa corresponde á Dios.—Jesucristo lo tuvo y ésta es una prueba de su divinidad.

PRIMERA PARTE

Jesucristo conoció el interior del hombre: 1º sus pensamientos, como lo prueba su reprensión á los apóstoles que disputaban sobre su excelencia y su increpación á los fariseos, con motivo de haberlo murmurado interiormente el fariseo que lo convidó, por que no se lavaba las manos.—2º sus designios, como lo prueba la profecía de la traición de Judas.—3º las disposiciones secretas de la voluntad, como lo prueba la vocación de los apóstoles y el rechazo del escriba que quería seguirlo.—4º los actos libres futuros de la misma, como lo prueban las profecías de la negación de San Pedro y de la dispersión de los apóstoles.—5º las intenciones ocultas, como lo prueba el caso del tributo al César.—6º los hechos ocultos, como lo manifiesta el ejemplo de la Samaritana.

SEGUNDA PARTE

Jesucristo conoció el porvenir, como lo demuestran: 1º las profecías de su pasión.—2º las profecías de la ruina de Jerusalem y dispersión del pueblo.—3º las profecías sobre la universal predicación del Evangelio—4º las profecías sobre la perpetuidad de la Iglesia.—5º las profecías sobre la persecución de sus discípulos y sobre las herejías—Conclusión.

MIÉRCOLES 23 DE MARZO.

*La Pasión de Jesucristo*

EXORDIO

El martirio prueba de la verdad y del amor.—Breve numeración de los caracteres de Jesucristo.—Le falta-

ba el martirio.—Lo acepta para probar su divinidad.—La prueba, además, por la maravillosa manera con que se realizó su pasión: 1º sin los defectos que amen-  
guan el heroísmo de las inmolaciones humanas, y 2º con el acompañamiento de virtudes divinas, manifestadas en sus palabras y en su silencio.

PRIMERA PARTE

Jesucristo, en su pasión—ni se abate—ni se enaltece ni pondera su inocencia—ni reprocha á sus jueces.—Cotejo del Salvador con los héroes de la antigüedad y con los héroes cristianos.

SEGUNDA PARTE

Las palabras de Jesucristo en su pasión revelan las más divinas virtudes.—Olvido de las injurias y tierna caridad, en el dulce reproche dirigido á Judas.—Interés por sus discípulos, en el encargo que hace á los soldados en su favor.—Celo por la verdad en el momento más comprometido, declarando á Caifás que es verdadero Dios.—Dulzura en la reprensión, en las palabras dirigidas á Caifás.—Gran elevación de espíritu en la respuesta que dió á Pilatos que le preguntaba sobre su reinado.—Completa abnegación de sí mismo y compasión de los demás, en la respuesta que dió á las mujeres que lo seguían.—Así no sufren ni los hombres, ni los santos.—Invocación de Jesucristo, subiendo al Calvario.

VIERNES 25 DE MARZO

*Las humillaciones de Jesucristo en su Pasión*

EXORDIO

El Evangelio es un cielo que publica la gloria de Je-

sucristo.—Lo mismo que sus palabras, sus humillaciones prueban su divinidad.—Desgracias humanas.—Job, Jerusalén, el Paraíso perdido, el Infierno incomparablemente inferiores á la de Jesucristo.—La humillación del Salvador ha sido la más completa, la más violenta, la más pública y la más injusta.

PRIMERA PARTE

Humillación de Jesucristo la más completa.—Pierde la reputación de su ciencia, por su actitud durante su pasión.—Pierde la reputación de su virtud, por las imputaciones de seductor y blasfemo, que triunfan en el pueblo.—Pierde la reputación de su poder, por su debilidad voluntaria y las provocaciones que recibe para ejercitar su poder

SEGUNDA PARTE

Humillación de Jesucristo, la más rápida.—En un día se arruina por completo.—Recuerdo de los homenajes que recibió de todos.—Su deshonra no fué gradual, sino repentina.

TERCERA PARTE

Humillación de Jesucristo, la más pública.—Fué condenado por la Sinagoga, por la Magistratura romana y por la corte de Herodes.—Fué juzgado según todas las leyes.—Fué reprobado por los Escribas, los Fariseos, los Doctores y el pueblo.

CUARTA PARTE

Humillación de Jesucristo, la más injusta.—Lo condenó la envidia y falso celo de la Sinagoga.—La política cobarde de Pilatos.—La política burlona y sarcástica de Herodes.—El odio del pueblo.—Conclusión.

MIÉRCOLES 30 DE MARZO

*Desfallecimiento de Jesucristo*

EXORDIO

Interior del alma de Jesucristo.—Gruta de Getsemani.—Causa de los desfallecimientos de Jesús.—Los principales fueron una grande aflicción y una grande tristeza

PRIMERA PARTE

Aflicción de Jesucristo.—No fue por su pasión y muerte. Fue por los pecados de los hombres.—Comparación de su santidad con los delitos humanos.—Cuadro de los diferentes pecados.

SEGUNDA PARTE

Tristeza de Jesucristo.—La causó el espectáculo de la esterilidad de su pasión.—Persecuciones de la Iglesia. Los mártires.—Cismas.—Herejías.—Conclusión.

VIERNES 1º DE ABRIL

*Desfallecimiento de Jesucristo.—Su silencio.—El abandono de su Padre*

EXORDIO

Estas dos circunstancias están claramente indicadas en la Escritura. *Sicut agnus.....obmutescet. Oblatus est,.....et non aperuit. Tamquam surdus non audiebam. Factus sum sicut homo non audiens et non habens in ore suo redargutione. Quem tu percussisti persecuti sunt. Qui juxta me eram de longe steterunt*

*Quaesivi qui simul contristaretur et non tuit.*—Este silencio y este abandono prueban la divinidad de Jesucristo, por la fuerza que revelan y el ejemplo que dan.

PRIMERA PARTE

El silencio de Jesucristo prueba su divinidad: 1º porque es el cumplimiento de las profecías; 2º por la heroica paciencia que revela; 3º porque es un milagro mayor que el de probar su inocencia y salvarse de sus enemigos; 4º por el ejemplo que da.—Invocación á los patriarcas para que contemplen el día de la pasión.

SEGUNDA PARTE

Súplica al Padre eterno para que proteja al Salvador.—Motivos para ello.—Los pensamientos humanos no son como los de Dios.—Jesucristo con la forma del pecado no podía ser objeto de la complacencia de su Padre.—Ejemplo para las almas abandonadas.—Conclusión.

MIÉRCOLES 6 DE ABRIL

*Jesucristo Juez*

EXORDIO

Sólo Dios es juez del hombre.—Anticipación del juicio final en la pasión de Jesucristo. Se prueba: 1º por las señales exteriores del juicio; 2º por el título de Rey que se da á Jesucristo; 3º por la reprobación del mundo y de su doctrina; 4º por la predestinación y la reprobación.

PRIMERA PARTE

En la pasión del Salvador, como en el juicio final

apareció el signo del Hijo del hombre.—Terremoto.—Eclipse de Sol y de Luna.—Resurrección de los muertos.

SEGUNDA PARTE

Jesucristo en el juicio final es llamado Rey.—Asimismo es llamado en la Cruz.—Negativa de Pilatos á cambiar la inscripción.—Con este nombre fue llamado en su pasión.—*Deus regnavit a ligno.*

TERCERA PARTE

Las tres concupiscencias del mundo condenadas por la Cruz.—La soberbia: *humiliavit semetipsum.*—La ambición: *obediens usque ad mortem.*—La sensualidad: *mortem autem crucis.*—Recapitulación de los anatemas del Salvador.

CUARTA PARTE

Jesucristo en su pasión ejerció la suprema función de Juez.—Absolvió á Pedro.—Predestinó á Dimas.—Perdonó al centurión.—Condenó á Judas.—Al malladrón.—Afectos y conclusión.

VIERNES 8 DE ABRIL

*Influencia perpetua de Jesucristo.*

EXORDIO

La muerte lo arruina todo.—Ni el talento, ni la grandeza, ni la gloria escapan á su acción.—Un muerto inspira la compasión y luego el olvido.—Sólo Jesucristo ha crecido en influencia después de su muerte, lo cual prueba su divinidad.—Así lo demuestran los mártires, los penitentes, los afligidos, los pecadores, los impíos.

PRIMERA PARTE

Cuadro del martirio.—Jesucristo ha engendrado mártires de toda edad, de todo sexo, de toda condición.—Han muerto por adorar á Jesucristo.

SEGUNDA PARTE

La pasión de la penitencia.—La penitencia, la inocencia y la virginidad.—Descripción de la vida religiosa.—Vida eremítica.

TERCERA PARTE

El dolor.—Su misión en la tierra.—La Cruz, único consuelo de los que sufren.

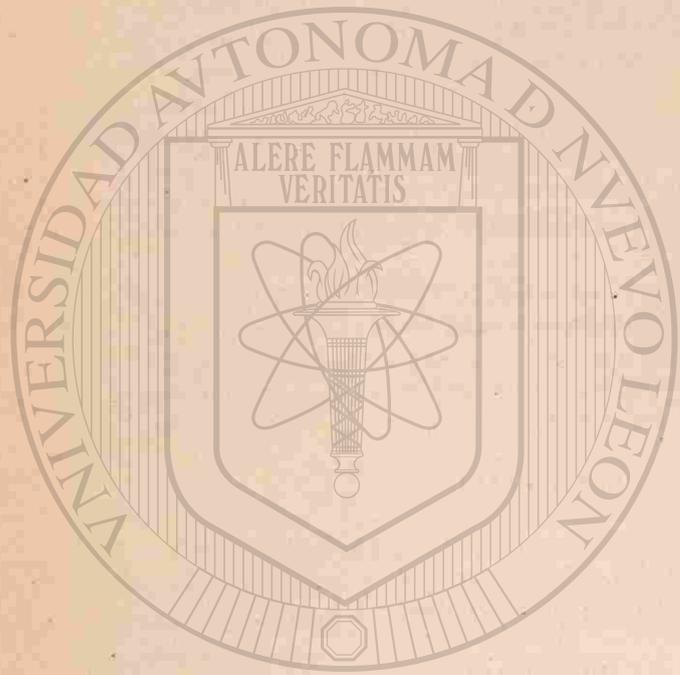
CUARTA PARTE

El pecado.—Su perdón.—Jesucristo crucificado, único refugio de pecadores.—Respuesta de los pecadores á la incredulidad, la del ciego de nacimiento á los judíos.

QUINTA PARTE

Persecución á Jesucristo.—Encarnizamiento contra os crucifijos.—Las cámaras francesas.—Este odio implacable de la impiedad prueba la divinidad de Jesucristo.—Convite á Jesús á buscar un asilo en nuestros corazones contra la impiedad.—Conclusión.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXXI

### Glorias de María

Sermón de la conclusión del mes de María, predicado en Belén, el 31 de mayo de 1881

*Fecit mihi magna qui potens est*

*Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso.*

*S. Lucas c. I, v. 49.*

EXORDIO

**L**A visión del Apocalipsis.—Se ha realizado en la historia de la Iglesia.—Diversos grados de la grandeza de María.—Invocación á la Virgen. *Omnis gloria filiae regis ab intus*. La verdadera grandeza de María consiste: 1º en que su virtud es el único origen de su grandeza; 2º en preferir siempre su virtud á sus honores; y 3º en hacer servir toda su gloria para la perfección de su virtud.

PRIMER PUNTO

La maternidad divina sólo podía corresponder á la más eminente santidad.—Cuadro de las virtudes cristia-

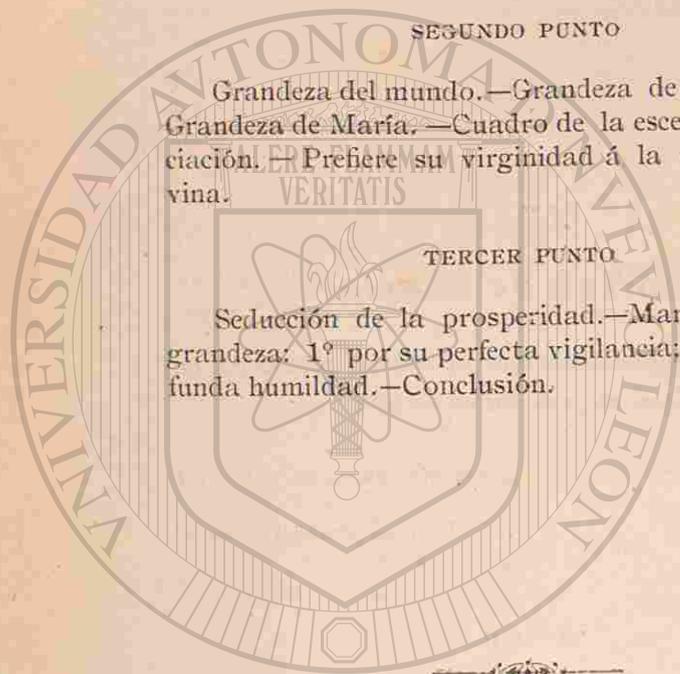
nias.—En el cuadro común de la santidad, no cabe la figura de María.—La santidad de los justos es penosa, frágil y limitada.—La santidad de María es libre, constante y universal.—Cuadro de sus virtudes.

SEGUNDO PUNTO

Grandeza del mundo.—Grandeza de los santos.—Grandeza de María.—Cuadro de la escena de la Anunciación.—Prefiere su virginidad á la maternidad divina.

TERCER PUNTO

Seducción de la prosperidad.—María santifica su grandeza: 1º por su perfecta vigilancia; 2º por su profunda humildad.—Conclusión.



XXXII

**La comunión frecuente**

Sermón pronunciado en la Iglesia Catedral el viernes de la Infraoctava de Corpus, 17 de junio de 1881

*Iste est panis quem Dominus dedit vobis ad vescendum.*

*Este es el pan que os dió el Señor para comer.*

*Exodo, cap. 16, v. 15.*

EXORDIO

**E**L maná figura de la Eucaristía.—Siendo la Eucaristía pan, debe recibirse con frecuencia.—El uso de recibir la comunión cotidianamente es conforme á la doctrina y práctica de la Iglesia.—A la doctrina, como se prueba por la enseñanza de Jesucristo y los Apóstoles, del Concilio de Trento, del Catecismo romano y de los Sumos Pontífices.—A la práctica, porque, desde la primitiva Iglesia, ha sido admitido el uso de comulgar diariamente.—A la utilidad de los fieles.

CUERPO DEL DISCURSO

Palabras del Salvador. *Ego sum panis. Caro mea*

*vere est cibus. Compelle intrare. Quomodo huc intras ti non habens vestem nuptialem.*—Práctica apostólica.—S. Lucas: *erant perseverantes in orationibus et communicatione fractionis panis. Cum convenissemus ad fragendum panem.*—Objeción sacada de la piedad de los primeros siglos y de la impiedad presente.—Error en esta materia.—La humanidad es siempre la misma: *Nihil novum sub sole.*—Lo que es, ha sido y será.—Una de las debilidades humanas es creer que la época presente es peor que las anteriores.—Cuadro de las malas costumbres en los primeros siglos. San Pablo reprende la incontinencia: *fornicatio.....qualis nec inter gentes.*—La avaricia: *omnes.....quae sua sunt, non quae Iesu Christi* La soberbia: *non obedire veritati.*—La ignorancia: *neque si Spiritus Sanctus est audivimus.*—En el segundo siglo, se queja Tertuliano de que los cristianos fabricaban ídolos para los paganos y de los excesos de lujo profano y vanidad de las mujeres.—En el tercer siglo, S. Cipriano se quejaba amargamente de los excesos á que se entregaban los confesores de la fe y las vírgenes consagradas á Dios.—Libro de lapsis. Y en el libro *De duplici mysterio*, exclama: *Temulentia adeo communi..... ut propemodum non habeatur pro crimine.*—Utilidad de la comunión frecuente, y aun cotidiana.—Doctrina de Santo Tomás.—Palabras de Suárez.—Conclusión y exhortando á la comunión frecuente.



XXXIII

## La infalibilidad del Papa

Sermón pronunciado en la Catedral de Lima, en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, el 29 de junio de 1881

*Tu es Petrus, et super hanc Petram, aedificabo Ecclesiam meam.  
Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.  
S. Mateo, c. 16, v. 18.*

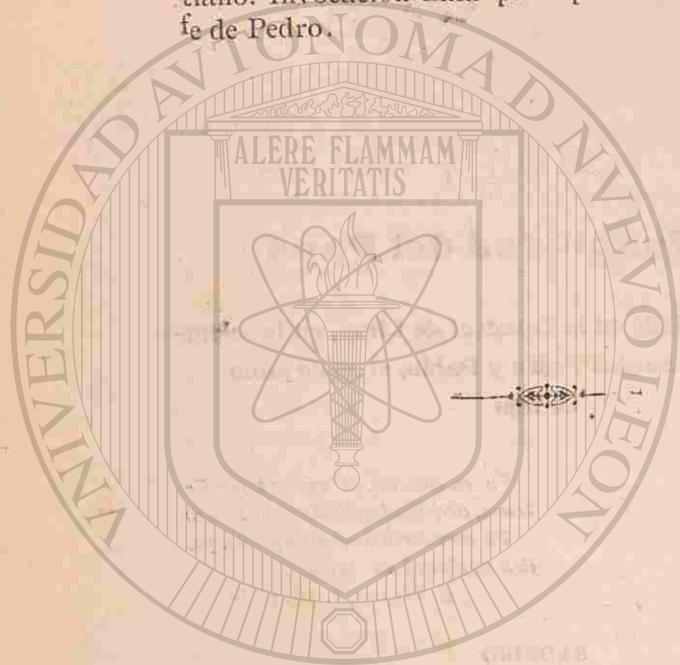
EXORDIO

La infalibilidad doctrinal es uno de los privilegios de Pedro. La integridad de la verdad exige una autoridad infalible. El objeto del discurso es explicar y probar la infalibilidad pontificia. Se honra al Apóstol, exaltando sus prerrogativas.

CUERPO DEL SERMÓN

En qué consiste la infalibilidad. No debe confundirse, ni con la ciencia, ni con la inspiración, ni con la virtud. Objetos á que se extiende y condiciones á que está su-

jeta. Mala fe de los impíos, en lo relativo á este dogma. Sus pruebas. De la Escritura, de la tradición y de la razón. Sin él, vendría por tierra todo el edificio cristiano. Invocación final para permanecer siempre en la fe de Pedro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIV

**Jesucristo cordero de Dios**

Sermón predicado en la iglesia del monasterio de la Trinidad, en la Comunión general con que terminó el mes del Sagrado Corazón de Jesús, el domingo 3 de julio de 1881

*Ecce agnus Dei.*

*He aquí el cordero de Dios.*

*S. Joan, c. I, v. 36.*

EXORDIO

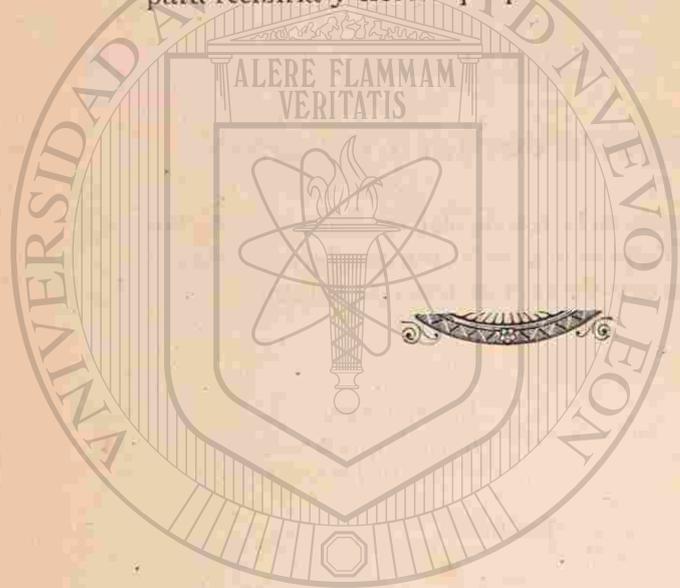
**V**ARIEDAD de títulos dados al Salvador por la Escritura. El sacerdote lo llama, al presentarlo al pueblo: *cordero de Dios*. Jesucristo es, en la Eucaristía, verdadera víctima. Es hostia y alimento. Dos puntos del discurso.

PRIMER PUNTO

El sacrificio eucarístico es el mismo del Calvario. Nace de la misma caridad y produce los mismos efectos. Deberes que nos impone. Sentimientos que debe exitar en nuestro corazón.

SEGUNDO PUNTO

Jesucristo es verdadera comida. Quiere darse á nosotros. Utilidad de la comunión frecuente. Disposiciones para recibirla y efectos que produce. Invocación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXXVI

**El Matrimonio cristiano**

Alocución pronunciada en el matrimonio y bendición nupcial del señor Carlos Prevost con la señorita Teresa Orbegoso, en la mañana del 6 de agosto de 1881

Señoras, Señores:

Puras y conmovedoras son siempre las ceremonias de la Religión. La que acabáis de presenciar, es una de las más augustas de la Iglesia católica. Para apreciarla en todo su valor, es necesario remontar los siglos de la decadencia humana y trasladarse en espíritu al Edén.

Era el día sexto de la creación.

Dios Padre había irradiado en los ojos de Adán la divina luz de su semblante (1), para que pudiera mirar, entender y nombrar todas las cosas. Pero la creación estaba muda para el hombre. Interrogaba al universo, y no le respondía. Los montes y los valles del Paraíso le devolvían fríos é inertes los ecos de su voz. La hermosura de la naturaleza encantaba su vista y la música de las aves regalaba su oído; pero ni una ni otra in-

(1) Salmo IV, v. 7.

terpretaban la infinita poesía de su alma, ni decían nada á su enamorado corazón. Y era, señores, porque el hombre estaba sólo. Una nube de tristeza envolvía esa alma solitaria, entre la alegre y bulliciosa algazara de la creación entera. Dios tuvo pena de la soledad de Adán (1); y para completar en él la divina imagen de sus perfecciones (2), como lo creó inteligente, quiso hacerlo fecundo. Entonces, por el admirable procedimiento que todos conocéis, hizo un ángel con formas humanas que fuera para el hombre luz de su mirada y encanto de su corazón (3). Se me figura, señores, que el momento más dichoso de la existencia terrenal de Adán fue aquel en que al despertar de su misterioso sueño (4), se encontró en presencia de la celeste aparición de la belleza humana; y oyó la voz de Dios, que le decía: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven en la tierra". De estas poderosas palabras brotaron, señores, mil creaciones magníficas, que enriquecen el mundo con reproducción portentosa y variedad infinita. Entonces fue instituido el matrimonio, nació la familia, comenzó la historia, tuvieron principio las naciones, y el hombre fue Rey: rey de sí mismo, por la libertad y la obediencia; rey de la naturaleza, dulcemente sujeta al cetro de su imperio; rey de la industria, cuyas prodigiosas maravillas veía aprisionadas en el hueco de su mano; rey de las artes, que nacían todas, como encantadoras gracias, de su amor á Dios y de su amor á la mujer.

No quiero turbar, señores, la plácida alegría de estas nupcias con referir, ahora, la deplorable catástrofe,

(1) Génesis, c. II, v. 18.

(2) Génesis, c. I, v. 26.

(3) Génesis, c. II, vs. 22, 23, 24 y 24.

(4) Génesis, c. II, v. 21.

que emponzoñó para siempre las cristalinas corrientes de la felicidad humana; ni refrescar en vuestra memoria el doloroso recuerdo de las degradaciones, sin número y sin nombre, que profanaron el alma, ultrajaron la belleza y escarnecieron el pudor del ángel caído del Paraíso; ni deciros cómo se vió, por largos siglos, despedazado en el suelo su cetro de Reina, y arrojada en el lodo su corona de Madre.

Yo prefiero, señores, corriendo un velo de compasivo olvido sobre tantas ruínas y tantos infortunios, presentar á vuestra vista el encantador espectáculo de la mujer restaurada por el cristianismo; de María, señores, tipo divino é inmortal, del cual nacieron nuevamente, con esplendores inefables, la santidad de la Virgen, el amor de la Esposa y la dignidad de la Madre. En el culto de María, la Virgen Madre del Hombre Dios, comenzaron los rendidos obsequios, las delicadas atenciones, la exquisita cortesía y el religioso respeto con que es tratada la mujer, en los siglos cristianos. Entonces, tuvo principio una civilización, tan espiritual como elevada, en que la mujer subyugó al hombre con las únicas armas de su abnegación y de su amor; y el hombre puso á sus plantas, como trofeos de victoria, las obras de su ingenio, las hazañas de su valor y las conquistas de su espada. Desde aquel momento, fecundada la tierra por las aguas de la Redención, empezaron á aparecer en el mundo las ilustres heroínas, que fueron honra de su siglo y admiración de la posteridad. No necesito nombrarlas, señores. Las lenguas de la fama y los broncees inmortales las muestran, sin cesar, á las nuevas generaciones, que no olvidarán nunca que la gobernación de los pueblos, el arte de la guerra y la perfección de la virtud tuvieron representación tan sublime como Isabel la católica, Juana de Arco y Rosa de Lima.

Señoras: herederas de tantas glorias, vivid orgullosas de la nobleza que ha alcanzado vuestro sexo, en e<sup>l</sup>

seno de la Iglesia. Habéis escalado valerosamente las alturas del sacrificio; no descendáis de ellas, porque, desde allí, reináis pacíficamente sobre los talentos, sobre las grandezas y también ¿porqué no decirlo? sobre las pasiones del hombre. La Religión, con sus divinas manos, ha ceñido vuestras frentes con esta diadema imperial. Vuestra gratitud al Dios Redentor debe ser proporcionada á la dignidad altísima de que os ha revestido.

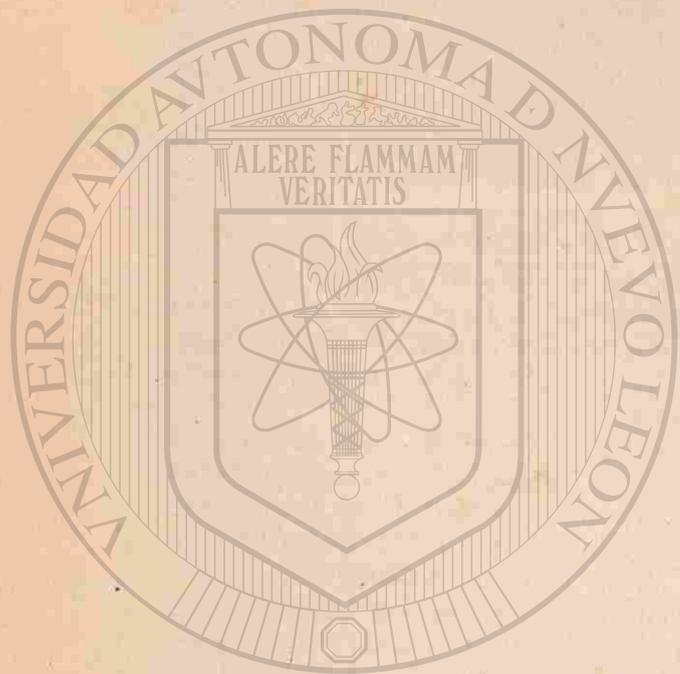
Por esta razón, yo inclino, señores, mi frente sacerdotal, ante la suprema grandeza de la mujer cristiana, que pasa por el mundo, haciendo el bien. ¿No la véis, señores? Si es virgen, elevando hasta Dios el perfume de su oración, ó inclinada amorosamente hacia la cuna del niño abandonado, ó sobre el lecho del moribundo, para enseñar al uno el camino de la vida y mostrar al otro el camino del cielo; si es esposa, reinando en su hogar, coronada de gracias, y difundiendo en el corazón de su esposo la dicha y el contento; y si es madre, derramando á torrentes, sin agotarlo nunca, el tesoro de su ternura en el alma de su hijo, ejercitando ese sacerdocio augusto de la maternidad, sólo inferior al sacerdocio eterno de Jesucristo, y formando, paciente y amorosamente sobre sus rodillas, el carácter y el corazón de un hombre, que será quizás un día, árbitro soberano de los destinos de un pueblo. En el regazo de doña Blanca, fue educada el alma de S. Luis; y cuando Dios quiere dotar al mundo de estos hombres, nunca le faltan aquellas madres.

Por todo lo dicho, comprenderéis, señores, cuan legítima es la emoción que se apodera del sacerdote, al bendecir un matrimonio cristiano: tierna y casta unión del hombre y la mujer, para pasar juntos por las tempestades de la vida, formar una familia y ligar sus almas, con vínculo indisoluble y perpetuo. Y si contemplo esta unión elevada á las luminosas regiones de la gra-

cia, enaltecida á la dignidad de sacramento, representando el mutuo amor de Jesucristo y de su Iglesia y enlazando, con amorosa lazada y apretado nudo, los corazones de los esposos y el corazón de los hijos; y veo descender del cielo un ángel de pureza para cubrir con sus alas el tálamo nupcial, ¡ah!, señores, palidecen á mis ojos el matrimonio del Edén y los pastoriles enlaces de la antigua ley; y necesito ascender á muy elevadas alturas para descubrir al tipo del matrimonio cristiano; necesito entrar respetuosamente á la humilde casa de Nazaret, para adorar en Jesús, María y José el ejemplar divino del matrimonio y la familia.

De esta fuente parte, oh jóvenes esposos, la gracia santificadora que acabáis de recibir, para abrazar vuestro nuevo estado, protegidos por las bendiciones de Dios y de la Iglesia.

Sed fieles á esta gracia, y estad ciertos de que el Sol de la felicidad no tendrá ocaso en vuestro hogar. Váis á emprender juntos esta gran jornada de la vida; sed, pues, el uno para el otro, apoyo, alivio y consuelo. Mantened ilesas, ó mejor, dad nuevo lustre, con vuestras virtudes, á las honrosas tradiciones de vuestras familias. Que numerosa posteridad circunde y alegre vuestra mesa. Envejeced juntos, pero sin que la nieve de los años apague nunca la amorosa llama de vuestros corazones; y cuando hayáis de dormir el sueño de la paz, que sea breve vuestra despedida en el tiempo para que os déis, en la Patria, el abrazo eterno de la inmortalidad.



XXXVI

### La Asunción de la Virgen

Panegírico pronunciado el 15 de agosto de 1881 en la iglesia del monasterio de la Trinidad

*Quae est ista quae ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?*

*¿Quién es esta que se levanta del desierto, colmada de delicias y apoyada sobre su amado?*

*Cántico, VIII. 5.*

EXORDIO

Saludo de los ángeles á María. Justo motivo de gozo en la Iglesia militante. Explicación del texto. División del discurso. Conducta de Jesús respecto de María, en el misterio de su Asunción. Gloria de María en el cielo.

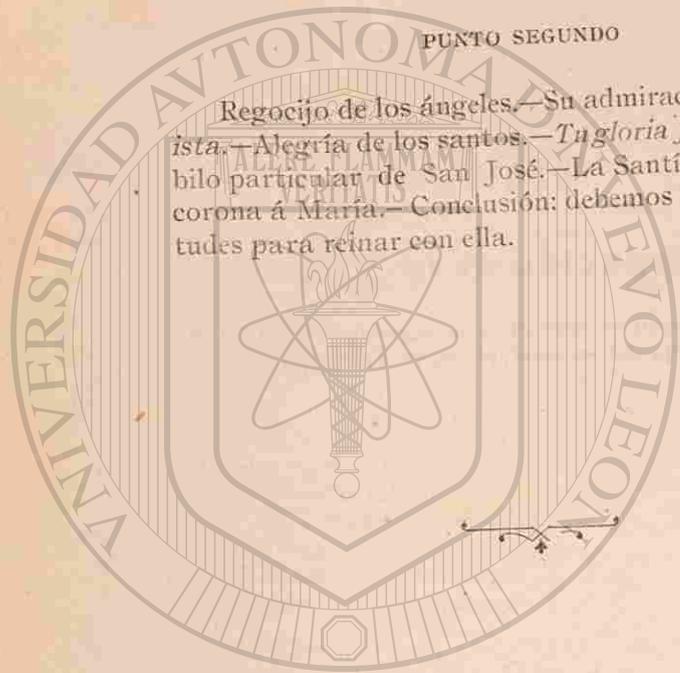
PUNTO PRIMERO

Pompa con que fue transportada á Jerusalén el arca de la alianza. De aquí se puede inferir la magnificencia con que sería levantada hasta el cielo el arca de la

nueva alianza. Imágenes de la Escritura, para significar la glorificación de María.

PUNTO SEGUNDO

Regocijo de los ángeles.—Su admiración.—*Quae est ista.*—Alegria de los santos.—*In gloria Jerusalem.*—Júbilo particular de San José.—La Santísima Trinidad corona á María.— Conclusión: debemos imitar sus virtudes para reinar con ella.



XXXVII

**El respeto humano**

Sermones predicados en la Iglesia del monasterio de las Descalzas, durante el novenario de Santa Rosa, que comenzó el 21 de agosto de 1881.

*Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego coram Patre meo, qui in coelis est. San Mateo. 10, 33.*

PRIMER SERMÓN

EXORDIO

Aplicación de esta sentencia á la época de la vida mortal de Jesucristo y á la presente.—Descripción del respeto humano.—Razón de la preferencia dada á este tema.—Invocación á Santa Rosa.—Plan general.

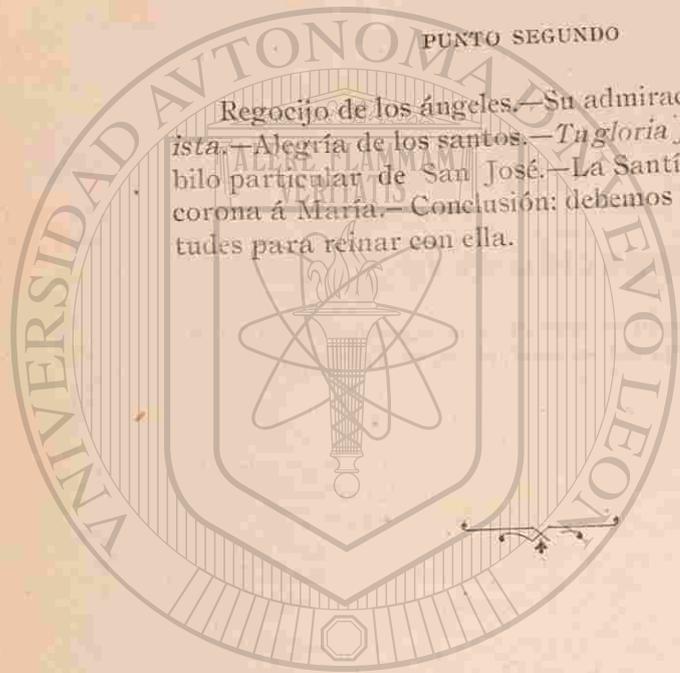
PUNTO ÚNICO

La primera injuria que el respeto humano hace á la Religión es triunfar de su fuerza por los más débiles medios.—¿Qué promete? alabanzas tan falsas como vanas.—¿Qué es el mundo? Un fantasma imaginario, que

nueva alianza. Imágenes de la Escritura, para significar la glorificación de María.

PUNTO SEGUNDO

Regocijo de los ángeles.—Su admiración.—*Quae est ista.*—Alegria de los santos.—*In gloria Jerusalem.*—Júbilo particular de San José.—La Santísima Trinidad corona á María.— Conclusión: debemos imitar sus virtudes para reinar con ella.



XXXVII

**El respeto humano**

Sermones predicados en la Iglesia del monasterio de las Descalzas, durante el novenario de Santa Rosa, que comenzó el 21 de agosto de 1881.

*Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego coram Patre meo, qui in coelis est. San Mateo. 10, 33.*

PRIMER SERMÓN

EXORDIO

Aplicación de esta sentencia á la época de la vida mortal de Jesucristo y á la presente.—Descripción del respeto humano.—Razón de la preferencia dada á este tema.—Invocación á Santa Rosa.—Plan general.

PUNTO ÚNICO

La primera injuria que el respeto humano hace á la Religión es triunfar de su fuerza por los más débiles medios.—¿Qué promete? alabanzas tan falsas como vanas.—¿Qué es el mundo? Un fantasma imaginario, que

crece, temiéndolo, y desaparece, despreciándolo.—Como San Pablo, no se debe temer el juicio de los hombres.—Humillación que impone el respeto humano.—El sacrificio de la propia conciencia, de la propia dignidad, del pensamiento.—Humillación tanto más culpable cuanto que se triunfa del respeto humano, en obsequio de las pasiones.—Contraste entre los cristianos vencedores de las persecuciones paganas y los cristianos víctimas del respeto humano.—Apóstrofe á Santa Rosa.—Conclusión.

## SEGUNDO SERMÓN

### EXORDIO

La Religión triunfó de la sabiduría pagana.—El respeto humano triunfa de la sabiduría de la Religión.—Locura de este procedimiento.

### PUNTO ÚNICO

El respeto humano nos hace temer lo que hay de más despreciable en el mundo.—La ignorancia y la corrupción.—El respeto humano nos hace temer una censura imaginaria de parte del mundo.—En el fondo, el mundo condena todos los vicios.—Alaba todas las virtudes.—En ninguno de los estados de la vida, concede sus sufragios al vicio.—El respeto humano nos condena á lo mismo que queremos evitar: la burla y el desprecio del mundo.—El esclavo del respeto humano no sirve, ni á Dios, ni al mundo.—Cuadro del cristiano en este lamentable estado.—Conclusión.

## TERCER SERMÓN

### EXORDIO

Si la Religión no fuera divina por sus dogmas y por

su moral, lo fuera por los consuelos y dulzuras que produce.—Cuadro de estos consuelos.—Amarguras del servicio del mundo.

### PUNTO ÚNICO

Cuadro de los halagos que brindan las pasiones.—Los pecados cometidos en obsequio del mundo no tienen atractivo.—Tienen de particular que se cometen contra todos los atractivos de la ley, de la educación, de la conciencia.—Los pecados por respeto humano no participan del furor é impetuosidad de las pasiones.—Son pecados que se cometen fría y deliberadamente.—Cuadro final de la espantosa y estéril penitencia del mundano.—Conclusión.

## CUARTO SERMÓN

### EXORDIO

Figuras de la Escritura respecto de la Iglesia.—Todas ellas prueban que debe ser visible, externa, pública.—Profecía de Isaías sobre la gloria del reinado de Jesucristo, por medio de su Iglesia.—Salutación.

### PUNTO ÚNICO

El respeto humano impide, en cuanto está de su parte, la gloria de Dios.—Encerrando el culto en el fondo del corazón, defrauda á Dios gran parte de la gloria que le es debida.—Por eso, la fe sin obras es muerta.—Ejemplo del anciano Eleazar que, por no disimular su religión, sufrió el martirio.—Las mentiras de la nueva ley.—Excesos de la impiedad, por la cobardía del respeto humano.—Diversos ejemplos.—Contraste entre las

deserciones del martirio y las deserciones del respeto humano.—Aniversario de la muerte de Santa Rosa.

### QUINTO SERMÓN

#### EXORDIO

Grandes caídas de que nos habla la Historia.— Adán.—Aarón.—Salomón.—Herodes—Pilatos.— Todos fueron víctimas del respeto humano.—Por qué esta pasión facilita la comisión de todo pecado y estorba la práctica de todo bien.

#### PUNTO ÚNICO

El hombre víctima del respeto humano no tiene, por sí mismo, ni principios, ni ideas, ni sentimientos, ni vicios, ni virtudes.—Es una nube, que agita todo viento.—Es una caña que se dobla al menor soplo.—En la sociedad de los libertinos, será libertino.—Entre los impíos, será impío.—Entre los jugadores, será jugador, y así en todas las pasiones.—Cuadro del duelo.—El respeto humano impide todo bien.—La práctica del bien requiere energía, y esta pasión es la que más debilita el corazón humano.—Contraste entre la conversión de S. Pablo y de S. Agustín.—Inutilidad de las luces de la gracia.—Esterilidad del tedio que causan las pasiones.—Las amenazas divinas son también inútiles.—Muerte desastrosa de tales pecadores.

### SEXTO SERMÓN

#### EXORDIO

Efectos del respeto humano.—La paz en el pecado.—

Dios anticipará en este mundo el abandono y desconocimiento completo del pecador.—Puesto que el pecador se endurece contra Dios, Dios se endurecerá contra él.

#### PUNTO ÚNICO

La paz en el pecado es criminalmente preparada por el pecador—Por su ignorancia voluntaria de la ley.—*Recede a nobis.*—Por el disimulo de las malas acciones.—Por la falsificación y perversión de la conciencia.—Por la fuga de sí mismo.—La soledad y el silencio le importunan.—Cuando no los puede evitar, ahoga la fe.—Y para que Dios no lo convierta, se empeña en ofenderlo.—Su único deseo es que no reine en su corazón.—Industrias y ardides del pecador para consumir su separación de Dios.

### SÉTIMO SERMÓN

#### EXORDIO

Triste misión del sacerdote, al tener que llorar la profanación de los templos.—Es una de las principales consecuencias del respeto humano.—Plan: es un pecado de impiedad.—Es una apostasía.—Es un escándalo.—Es una seducción.

#### PUNTO ÚNICO

¿Qué es un templo?—Templo del cielo.—Templos de la tierra.—Templo de la primitiva Iglesia.—Templo de los misioneros.—Profanaciones interiores del Santuario.—Contraste entre la pobreza de los templos y el lujo de las casas.—Murmuración por la riqueza del culto.—Espíritu del mundo en los templos.—Seducción que

se ejerce en los templos.—Templo de Santa Rosa.—Queja por el estado en que se encuentra.

### OCTAVO SERMÓN

#### EXORDIO

Súplica de Salomón en la dedicación del templo.—Este es el lugar de los beneficios divinos.—Doble profanación de los templos: son inútiles para quienes no los visitan; son dañosos para quienes los visitan mal.

#### PUNTO ÚNICO

Los justos, los pecadores, los débiles, los obstinados, los tristes y afligidos hayan en el templo lo que necesitan.—No acudiendo á él, se ve el hombre privado de todos estos bienes.—Castigos de la Justicia Divina á los profanadores de los templos.—Ejemplos.—Conclusión.

### NOVENO SERMÓN

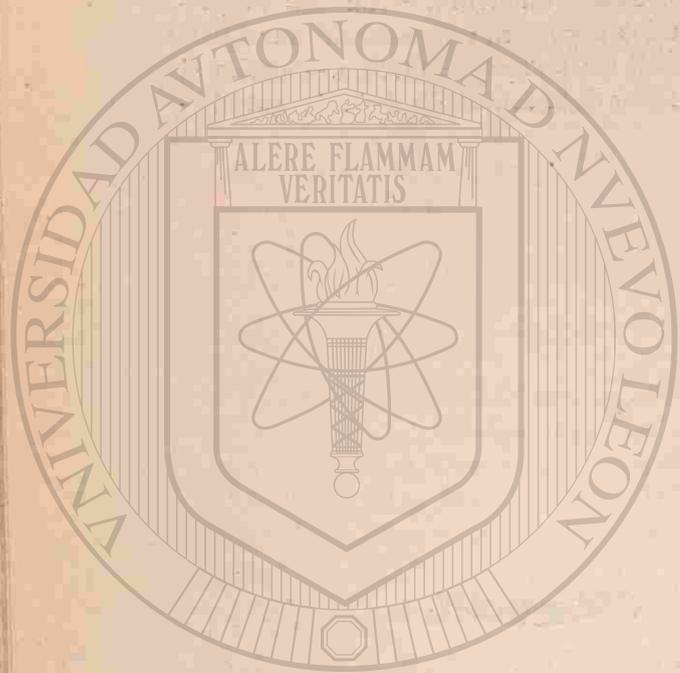
#### EXORDIO

Los malos libros.—Fuego devorador que amenaza consumir al mundo.—Su multiplicidad.—Sus ultrajes á Dios, á la moral, á la sociedad.—Son corruptores de las costumbres.

#### PUNTO ÚNICO

Los malos libros corrompen, porque son seductores y agradables; porque, no siendo contenidos por el pudor, pueden llevar la corrupción hasta sus últimos lí-

mites.—Porque se les lee sin vergüenza, por todo el tiempo que se quiere.—Cuadro de los malos libros: novelas, cuadros de costumbres, libros de confesiones, libros de moral, libros de educación.—Remedio: la persecución de los malos libros; una asociación para destruirlos.—Deberes de los padres de familia.—Súplica á Santa Rosa en favor de la inocencia de la juventud.—Conclusión.



XXXVIII

**El desposorio de Santa Rosa y la  
comunión eucarística**

Panegírico pronunciado en el Monasterio de las Descalzas  
el 30 de agosto de 1881.

*Sponsabo te mihi in sempiternum.  
Tú serás mi esposa para siempre. Oseas, II, 19.*

EXORDIO

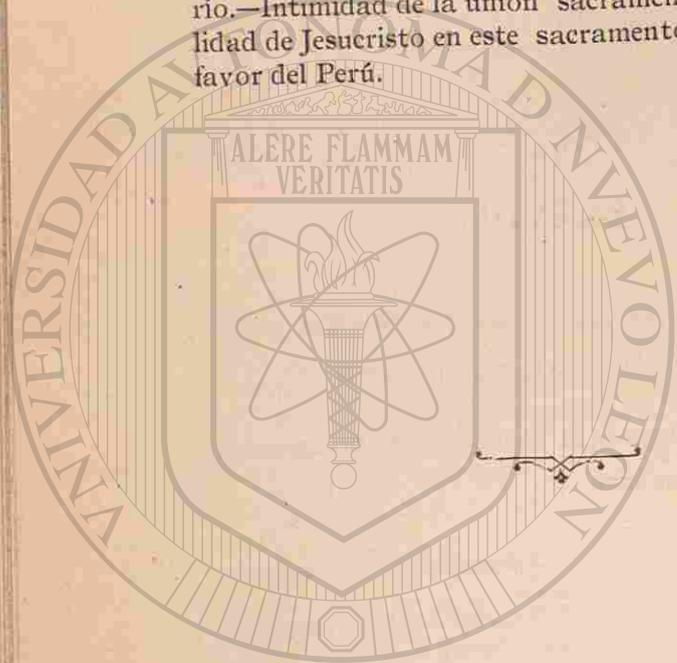
Situación del Perú, por efecto de la guerra.—Por este motivo, se ha limitado al interior de los templos el culto de Santa Rosa.—El principal rasgo de su vida fué su desposorio.—La comunión eucarística es un verdadero desposorio con Jesucristo.—Salutación.

PRIMER PUNTO

Cuadro del desposorio de Santa Rosa.—Es su más acabado panegírico y la prueba de su eminente santidad.—Descripción de las virtudes de Santa Rosa.

SEGUNDO PUNTO

La comunión eucarística es un verdadero desposorio.—Intimidad de la unión sacramental.—Amor y fidelidad de Jesucristo en este sacramento.—Invocación en favor del Perú.



XXXIX

**Nuestra Señora de Lourdes**

Sermón panegírico pronunciado en la Iglesia de Santo Tomas, el domingo 13 de noviembre de 1881.

*Confiteor tibi, Pater, Domine  
coeli et terrae. quia abscondisti  
haec a sapientibus et prudentibus  
et revelasti ea parvulis. — S. Ma-  
teo. cap. XI, v. 25.*

Ilmo. y Rmo. Señor (1)

Señores:

EXORDIO

Los sentimientos del texto engendrados por el espectáculo de lo sobrenatural.—Desconcierto de la incredulidad por sus manifestaciones.—Sus objeciones, sus cóleras, su ironía, prueban que se siente profundamente herida.—No se trata de hechos remotos sino de hechos contemporáneos: *La Salette, Lourdes, Pontmain*:<sup>®</sup>

(1) El Ilmo. y Rmo. señor doctor don Manuel A. Bandini, Obispo titular de Antipatro.

*abscondisti a sapientibus.*—Las manifestaciones sobrenaturales hechas al candor y á la inocencia.—Plan divino.—Brilla en todo el cristianismo.—San Pablo lo proclama: *Contemptibilia mundi elegit Deus—Revelasti ea parvulis.*—Invocación.—Ave María.

PRIMER PUNTO

Tres afirmaciones de la incredulidad: sólo existe lo sensible; la ciencia todo lo explica; el cristianismo ha pasado su tiempo.—Triple victoria alcanzada por lo sobrenatural: contra el primer error, por las apariciones de María; contra el segundo, por los milagros tan numerosos y tan evidentes; contra el tercero, por la excitación de la fe y de la piedad.—Basílica de Lourdes.—Peregrinaciones.—Fiestas.—La asociación de Lima.

SEGUNDO PUNTO

*Et revelasti ea parvulis.*—La infancia en el plan divino.—Samuel escogido por Dios para reprender á He. lí.—David destinado á matar á Goliath.—Predilección de Jesucristo por los niños.—Alabanzas de los niños en Jerusalén.—Ordenes religiosas en favor suyo.—Las apariciones del presente siglo.—Cumplimiento del vaticinio del profeta Rey: *Ex ore infantium et lactentium*, etc.—Enseñanza á las madres de familia.—Excitación á la devoción á María.—Conclusión.



XXXX

La fe de San Pedro

Sermón predicado en la Catedral el 29 de Junio de 1882, festividad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo.

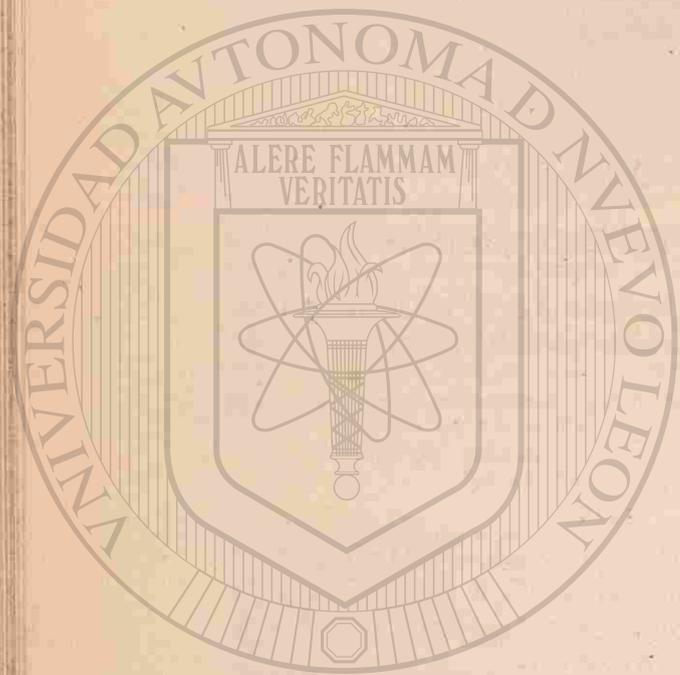
*Respondens Simon, dixit tu es  
Christus filius Dei vivi  
S. Mat. cap. CXVI.*

EXORDIO

S. Pedro fué el primero en confesar la Divinidad de Jesucristo—La recompensa de ésta fe fue la concesión del primado—Esta fe del Apostol condena nuestra infidelidad—Invocación—Ave María.

PUNTO ÚNICO

La fe de S. Pedro fué viva: *Tu es Christus*—Condena nuestra tibieza—La fe de S. Pedro fué generosa: *Ecce nos reliquimus omnia*—Condena nuestro apego á las cosas del mundo—Fué llena de confianza: *Domine jube me venire ad te super aquas*—La nuestra esta llena de injuriosa desconfianza en la Providencia—La fe de S. Pedro fue humilde y amante: *Domine verba vitae aeternae habes*—La nuestra está infecta por nuestro orgullo, que nos hace padecer escándalo de la Cruz de Jesucristo. Conclusión: *Adauge nobis fidem.*



XXXXI

### El templo católico

Discurso pronunciado en la Iglesia de los SS. Corazones,  
en la ceremonia de su inauguración el 21 de Junio  
de 1886.

*Elegi enim, et sanctificavi locum  
istum, ut..... permaneant oculi  
mei, et cor meum ibi cunctis die-  
bus.*

*Lib. II de los Paralipómenos,  
cap. VII, v. 16.*

Exmo Señor: (1)

Señores:

El Universo es un magnífico Templo, en cuyo vasto recinto cantan millares de voces la gloria de su Autor.

El himno matinal de las aves, la graciosa sonrisa de las flores, el triste balido de las ovejas, la inquieta alegría de los corceles, el dulce gemido de la paloma en el nido de sus amores, el espantoso rugido de las fieras, el suave murmullo de los arroyos, la bulliciosa al-

(1) S. E. el Presidente de la República, D. Andrés A. Cáceres.

gazara de las casadas, la poderosa vos de los huracanes y la aterradora tempestad, que agita y tormenta las profundidades del Océano, como si fuera un gigante embravecido por la cólera, forman, señores, un armonioso concierto de alabanzas al Señor de cuanto existe.

El hombre es el Pontífice augusto de este culto universal. En la tienda viajera del desierto ó en la rústica cabaña del pastor; en el fondo del valle ó en la cumbre de la montaña, eleva al Cielo sus manos suplicantes, recoge en su espíritu los ecos de todos los cánticos del Universo, y arrancando del harpa misteriosa de su corazón las más sublimes notas de amor y gratitud, exclama, en nombre y representación de la Creación entera, ¡A ti solo Señor, se debe todo honor y toda gloria!

Así fué, señores, en la edad primitiva del mundo; hasta que plugo á Dios escoger un pueblo, para hacerlo depositario de sus promesas, teatro de sus misericordias y objeto predilecto de su corazón.

En el seno de ese pueblo, se alzó, señores, el primer templo á la gloria de Jehová; y fué el rey pacífico, el rey sabio, el rey grande quien lo dedicó al culto de la Divinidad.

Sobre las ruinas de este templo, mil veces profanado, se levantaron, en todos los ámbitos del mundo, los templos cristianos, que fueron, al principio, las catacumbas de Roma, asilo de la oración y cuna del martirio; las casas de los cristianos, convertidas por la piedad en santuarios; y por último, cuando la cruz victoriosa brilló, radiante de gloria, en la corona del Imperio, las inmensas basílicas y catedrales, honor de la civilización cristiana, himno de piedra cantado por las artes á la majestad del Altísimo y monumento inmortal de la dominación de la Iglesia sobre el mundo.

A inaugurar un templo cristiano habéis venido hoy, Excmo Señor, Noble conducta y digno ejemplo del

Jefe de una Nación, que es católica, antes que todo y sobre todo. Yo os felicito, por ello, Excmo. Señor, porque nunca son más grandes los que mandan que cuando se anonadan, ante la única y soberana grandeza de Dios. Os lo agradezco, también, en nombre de la Religión, porque vuestra presencia, en esta solemnidad augusta, es la justa recompensa de los nobles esfuerzos y valiosos sacrificios de una Congregación ilustre, igualmente meritoria de la Sociedad y de la Iglesia, que ha convertido la antigua iglesia de la Recoleta, santificada con las lágrimas y las penitencias de un Santo, en el actual templo de los Sagrados Corazones.

Modestos obreros, dirigidos por un hábil y generoso arquitecto, que habéis construido este grandioso edificio; abnegados cristianos, que habéis contribuido con vuestras limosnas; miembros de la prensa, que habéis estimulado y aplaudido los progresos de esta obra, tan religiosa, como patriótica; Señoras y Caballeros distinguidos, que realizáis, con vuestra asistencia, esta alegre fiesta de la Religión; pueblo entero de Lima, que después de llorar sobre las calcinadas ruinas de este templo, has acompañado su restauración con tus aspiraciones y tus plegarias, y participas, hoy, vestido de gala, de las primicias de su gloria; vosotros todos, y en primer término la Beneficencia de Lima y el Supremo Gobierno, cuantos habéis cooperado á la realización de esta santa obra, alabad á Dios por sus misericordias; y uniendo vuestras voces á la voz celestial que parte del Trono del Cordero, exclamad: "He aquí el tabernáculo de la Divinidad; aquí habitará el Señor, en medio de los hombres; ellos seran su pueblo y él será su Dios".

Y aquí tenéis, señores, indicado ya todo el plan de este discurso. Los templos cristianos son el arca santa de la nueva ley, en que el hombre ofrece sus sacrificios y Dios pronuncia sus oráculos, brotando de este íntimo

comercio la inmensa germinación de todas las virtudes, son el santuario de la oración; la escuela del Cristianismo; el taller divino en que se purifican, labran y pulen las almas para ser colocados, como piedras vivas, en el templo inmortal de la eterna gloria.

¡María Inmaculada! Trono augusto de la Sabiduría; templo vivo del Verbo encarnado, recibe mi humilde y fervorosa plegaria—Ave María

Cuando Salomón, fiel á las promesas de David y cumpliendo la voluntad del Señor, edificó el templo de Jerusalén y quiso dedicarlo al Dios de sus padres, desplegó, señores, todo el aparato de una magnificencia real.

Hasta entonces, no había alumbrado el Sol una ceremonia tan augusta. Imaginaos, señores, el brillante cortejo en el que ocupan su respectivo lugar los levitas, los sacerdotes y los pontífices, con sus ricas vestiduras de oro, plata y piedras preciosas; los jefes de las tribus y los magistrados del pueblo; los capitanes y los guerreros de Israel coronados por la victoria y al rey Salomón, rodeado de su corte y aclamado por esa inmensa posteridad de Abrahán, ébria de entusiasmo; imaginaos la magnificencia de este espectáculo, sin rival en la historia, en el momento en que la regia y triunfal comitiva invadió el recinto del inmenso edificio, y se exhaló de los incensarios el humo del incienso y de los vasos de oro el aroma de los perfumes; y regó la tierra la sangre de las víctimas y resonaron en la montaña y en los valles los cánticos de júbilo y los armoniosos conciertos de millares de instrumentos; y descendió del cielo un fuego purificador, que iluminó el templo y consumió los holocaustos; y la magestad del Señor llenó las sagradas bóvedas; y el Rey, de pie en

medio del atrio despojado de la diadema real, ofreció sacrificios al Señor; el cual le dijo: “He oído tu oración: cuando brille fulgurante y terrible sobre las ingratitudes de este pueblo la espada de mi justicia, desarmaré mi cólera, si dirige hacia mí sus plegarias, en este lugar santo, porque lo he elegido y santificado para que permanezcan en él para siempre las miradas de mis ojos y los afectos de mi corazón”

¡Ah! señores: toda esta pompa, toda esta gloria, toda esta grandeza desaparecieron, para siempre, cuando cesaron las hostias y los sacrificios; cuando se extinguió el sacerdocio entre las ruinas de su templo; cuando el pueblo rey perdió sus reyes y fué esclavo, se dispersó por el mundo y fué el ludibrio de las gentes; sólo ha quedado viva la promesa de Dios, que tiene su cabal cumplimiento en los templos cristianos, en que el hombre ora, Dios lo escucha y se engendra la santidad por la acción combinada de la oración y de la gracia.

Todo lugar es de oración, pero los templos lo son en particular—En ellos, se hace la oración en común—Oráculo del Salvador.—Ejemplo de Jonás—Ejemplos de Josué, de S. Pedro y de S. Juan, de la Iglesia primitiva en favor de S. Pedro, de los apóstoles en el Cenáculo—Sobre todos estos ejemplos está el de J. C.—Abandonaba el retiro de su casa para ir al Templo—Dejó á sus padres, por estar en el templo—Todos los días iba al templo—Sus grandes milagros los hizo en templo—Por qué esta eficacia de la oración en el templo—Por la ley de la solidaridad—Ignorancia de la incredulidad—Ventajas de la oración común—Gemidos de los justos—Castos suspiros de las vírgenes—

Lágrimas de los penitentes—Unión de oraciones del soberano y del pueblo, del sacerdote y del laico, del pecador y del justo, en que el fuerte lleva al débil, el poderoso al necesitado —Ejemplo de actualidad.

En el templo, Dios nos habla y nos instruye, de todas maneras—Pila de agua bendita—Señal de la Cruz—Cátedra sagrada—Tribunal de la penitencia—Altar Santo—Tabernáculo—Misa eucarística—Reliquias de los Santos—Viacrucis—Sol de la Eucaristía que ilumina á todo hombre que viene á este mundo—Non est qui se abscondat á calore ejus—

Lugar de santificación, por la asistencia de los ángeles y la intercesión de los santos—Ángeles de los patriarcas—Ángeles del templo—Ángeles de Belén—Intercesión de la Virgen—De los Santos—Se concluye con la visión de San Juan en el Apocalipsis.



## XXXVII

### La santidad del matrimonio

Alocución pronunciada con motivo del matrimonio de don Augusto Olavegoya con doña Elisa Kruger, celebrado en el templo de Belén, el 27 de enero de 1887. (1)

Señores:

Sólo el Cristianismo ha comprendido y exaltado la santidad del Matrimonio.

Fuera de esta Religión divina, hallaréis, siempre y en todas partes, la poligamia, el divorcio y el repudio; la degradación de la mujer y la esclavitud del niño; pero en su fecundo seno, germinan y se desarrollan la dignidad de la esposa, el respeto debido á la niñez y la

(1) El Secretario de la Real Academia Española escribió á Monseñor Tovar, con motivo de esta preciosa Alocución y de la Oración fúnebre por los mártires de la guerra, que damos más adelante, la siguiente hermosísima carta:

Monseñor Manuel Tovar:

Mi muy respetable y estimado compañero y señor: de los varios ejemplares de dos oraciones de U. que me ha enviado nuestro queridísimo amigo el señor D. Ricardo Palma están ya algunos en poder

santidad del tálamo nupcial, cuya entrada, como la del Paraíso, guarda el ángel de la castidad. A la manera de esforzado atleta, la Iglesia ha luchado, sin tregua y sin fatiga, contra todos los errores opuestos á la primitiva y venerable institución del matrimonio, desde la nefanda herejía, que lo ha negado ó maldecido, hasta la moderna herejía, que un resto de pudor legal, llama Matrimonio civil, y cuyo verdadero nombre, ni puedo ni debo yo decir, en este templo y en esta solemnidad.

Ha luchado, también, contra todas las pasiones: contra las más bajas y contra las más altas. Centinela armado del hogar, ha repetido siempre á todas las concupiscencias, lo mismo á las de la barbarie que á las de la civilización, la inmortal palabra de Juan Bautista al rey Herodes: *Non tibi licet*, no te es lícito; y la ha dicho, señores, vibrando el rayo de sus anatemas sobre los más encumbrados monarcas y perdiendo un reino, por no transigir, ni un punto, con la movilidad é inconstancia del corazón humano.

De una y otra lucha tenéis monumentos imperecede-

de las personas á quienes venían destinados y los demás serán oportunamente distribuidos, entre las que aún no han regresado á Madrid de sus expediciones veraniegas.

Por los que á mí se ha servido U. dedicarme le doy muy expresivas gracias; y al par me complazco en tributarle humilde pero muy cordial parabién. Es U. un orador tan conciso como elocuente, y tan legante como enérgico. ¡Qué hermosa frase: “la augusta debilidad del niño”, y cuántas hay de singular belleza en una y otra oración!

Poderse llamar compañero de hombres como U., alegra á veces, y á veces llena de confusión á su afmo. y respetuoso servidor

q. s. m. b.

Manuel Tamayo y Baus.

Madrid, 28 de agosto de 1887.

(NOTA DEL EDITOR).

ros en la sabiduría de sus leyes y en el rigor de sus censuras.

Y ha hecho bien, señores, en pelear tan sangrienta y reñida batalla; porque el matrimonio es la fuente misteriosa de las generaciones humanas; sus puras y cristalinas corrientes, infiltradas en las venas de la humanidad, engendran las familias; y con sus aguas vivificadoras se sustentan y crecen la Iglesia y el Estado, á la manera de dos majestuosos árboles, que entrelazan sus ramas para convidar al peregrino la apetecida sombra y el suspirado descanso.

¡Qué hermoso cuadro, señores, el de la familia cristiana! Allí todo es puro, todo es noble, todo es grande; la autoridad del Padre, la ternura de la madre, la augusta debilidad del niño. El padre es Rey: su cetro y su corona son los únicos que no ha deshonrado la Revolución; y ante la serena magestad de este príncipe, se inclinan reverentes las más altivas cabezas. El padre es sacerdote: por su ministerio, están ligadas á Dios las familias y los pueblos, por que es el primer anillo de la cadena de oro que une la tierra con el cielo. El padre es magistrado: al influjo de su palabra, florece la paz, huye la discordia y sonríe alegre la felicidad: en el tribunal de esta magistratura, se abrazan siempre cordialmente la caridad y la justicia.

De la madre cristiana, ¿quién puede decir todo lo que es, la grandeza que atesora y los beneficios que esparce? Es la mujer fuerte de la Escritura, la perla escondida del Evangelio, la heroína del sacrificio, la fuente desbordada de todas las ternuras; es una reina coronada por la modestia, es el ángel tutelar de su casa y de su campo; y es más que todo esto, señores, por ser la imagen visible y el instrumento palpable de aquella suave y amorosa Providencia de Dios, que dá galana vestidura á los valles, blanca cabellera á las montañas, calor al Sol y aguas profundas á la Mar.

En cuanto al niño, miradlo, señores, en su más abrigada y deliciosa cuna, en los brazos ó sobre las rodillas de su madre. ¡Qué escena tan encantadora y tan divina se presenta á nuestra vista, al contemplar á la inocencia protegida por el amor y á la debilidad sostenida por la abnegación! El oído humano no puede escuchar el inefable coloquio de miradas y de sonrisas, que se cambian recíprocamente el hijo y la madre; hay allí una corriente de felicidad y de vida, que los baña con sus ondas y los embriaga con sus perfumes, y todo un mundo de virginal poesía, digna de ser cantada por los ángeles. La paloma de la inocencia, que no halla donde poner un pie, en el diluvio de este mundo, encuentra un asilo en la cuna del niño, que es el arca misteriosa de la vida, preñada de esperanzas.

Todas estas grandes y santas cosas defiende y protege la Religión, al afirmar, con la infalible autoridad de su magisterio supremo, la unidad, la indisolubilidad y la inviolabilidad del matrimonio; al ennoblecer la unión de los esposos, mostrándola como el signo adecuado de la divina unión de Jesucristo con su Iglesia; al enseñar, por último, que el contrato matrimonial es inseparable de la dignidad y del honor del sacramento.

Al mismo tiempo que la Iglesia predica estas doctrinas sobre la excelencia del matrimonio cristiano, mantiene siempre en alto, el gloriosísimo estandarte de la virginidad y del celibato eclesiástico, expuesto á todos los vientos de la tentación y de la gracia; y no se contradice por ello, como pretende creerlo el sensualismo moderno. ¡Cómo, señores! ¿No llenan acaso una inmensa necesidad social esas pacíficas legiones de la virginidad, que peregrinan por el mundo, buscando al enfermo para curarlo, al triste para consolarlo, al ignorante para instruirlo, al criminal para regenerarlo, y que abrazan con amor á la deshonra misma, para traerla arrepentida y llorosa á los pies de Jesucristo?

¿No os parece bien, señores, que, entre este mundo prevaricador y la justicia irritada de su Dios, se interpongan ángeles de paz, que, con labios puros y manos virginales, murmuren y eleven al cielo la plegaria del perdón?...Y, en cuanto al sacerdocio real de N. S. J. C., yo apelo, señores, á vuestras conciencias y al profundo sentido moral de vuestras almas, y os pregunto: si no debe ser virginal el corazón que recibe las íntimas confidencias del dolor y del pecado; sino no deben ser puras las manos que derraman sobre el hombre las bendiciones del Altísimo; sino no deben ser santos los labios que guardan y dispensan la sabiduría del cielo? Yo se que os domina, señores, una impresión poderosa, que desbarata todos los sofismas y es superior á todas las demostraciones; es el sentimiento íntimo de la conciencia humana, que tributa á la virginidad el homenaje profundo de su admiración y su respeto.

La Iglesia tiene, señores, la incomparable gloria de sostener en el mundo estas dos grandes y nobilísimas causas: la del matrimonio y la de la virginidad, que se apoyan y protegen mutuamente, porque son las dos grandiosas columnas, que sustentan el inmenso edificio de la civilización cristiana.

En la primera de estas dos santas milicias, habéis querido alistaros, tú, querida hija, y tú, amado esposo. Habéis venido á poner al cielo por testigo de vuestro amor; á decir á la Iglesia y á la sociedad que os dáis el uno al otro, para vivir esta y santamente en matrimonio; y á pedir á la Religión sus bendiciones y sus gracias, para que sea inviolable vuestra unión, feliz y numerosa vuestra descendencia y sin eclipse y sin caso el sol de vuestra dicha.

Tales son vuestros deseos y tales son también los votos más ardientes de mi corazón.

Quiero para ti, oh esposo, la noble y honrosa felicidad del trabajo; que tu esposa sea como frondosa

vid que dilate sus ramas en todos los muros de tu casa; que tus hijos, como los verdes renuevos del olivo, llenen y alegren la mesa de tu hogar.

Quiero para ti, oh esposa, la dulzura de Raquel, la prudencia de Rebeca, la fidelidad de Sara, el suave yugo del amor y de la paz, que imprima en todas tus acciones la gravedad del pudor y la discreción de la sabiduría.

Quiero para ambos que sea perpetuo el vínculo de vuestro amor; que veáis juntos á los hijos de vuestros hijos; que una corona de amigos circunde siempre vuestra mesa; y que un ángel del Señor, como en otro tiempo á Sara y á Tobías, guíe vuestros pasos, consuele vuestras penas y no se aparte de vuestro lado hasta que ilumine vuestras frentes con una gloria inmortal.



XLIII

**San Alfonso María de Ligorio**

Panegírico pronunciado en la Iglesia de los PP. Redentoristas de la ciudad de Lima, el Domingo 7 de Agosto de 1887, en que se celebró el primer centenario de su preciosa muerte.

*Iste erat lucerna ardens et lucens*  
*Ev. S. Juan, cap. 5, v. 35.*

Excmo Señor (1)

Señores:

Cuando S. Francisco de Jerónimo, teniendo entre sus brazos al niño Alfonso de Ligorio, anunció á sus ilustres padres que llegaría á la más extrema ancianidad, que sería elevado á la dignidad episcopal y que haría grandes cosas por la gloria de Jesucristo, estuvo muy lejos, sin duda, de abarcar, en su mirada profética, el inmenso cuadro de una vida, que irradiaría sobre la Iglesia vivísimos esplendores de sabiduría celestial y de las más heroicas virtudes.

(1) El Excmo Monseñor Benjamín Cavichioni, Delegado Apostólico.

vid que dilate sus ramas en todos los muros de tu casa; que tus hijos, como los verdes renuevos del olivo, llenen y alegren la mesa de tu hogar.

Quiero para ti, oh esposa, la dulzura de Raquel, la prudencia de Rebeca, la fidelidad de Sara, el suave yugo del amor y de la paz, que imprima en todas tus acciones la gravedad del pudor y la discreción de la sabiduría.

Quiero para ambos que sea perpetuo el vínculo de vuestro amor; que veáis juntos á los hijos de vuestros hijos; que una corona de amigos circunde siempre vuestra mesa; y que un ángel del Señor, como en otro tiempo á Sara y á Tobías, guíe vuestros pasos, consuele vuestras penas y no se aparte de vuestro lado hasta que ilumine vuestras frentes con una gloria inmortal.



XLIII

### San Alfonso María de Ligorio

Panegírico pronunciado en la Iglesia de los PP. Redentoristas de la ciudad de Lima, el Domingo 7 de Agosto de 1887, en que se celebró el primer centenario de su preciosa muerte.

*Iste erat lucerna ardens et lucens*  
*Ev. S. Juan, cap. 5, v. 35.*

Excmo Señor (1)

Señores:

Cuando S. Francisco de Jerónimo, teniendo entre sus brazos al niño Alfonso de Ligorio, anunció á sus ilustres padres que llegaría á la más extrema ancianidad, que sería elevado á la dignidad episcopal y que haría grandes cosas por la gloria de Jesucristo, estuvo muy lejos, sin duda, de abarcar, en su mirada profética, el inmenso cuadro de una vida, que irradiaría sobre la Iglesia vivísimos esplendores de sabiduría celestial y de las más heroicas virtudes.

(1) El Excmo Monseñor Benjamín Cavichioni, Delegado Apostólico.

Agitada la Europa por el espíritu de rebelión que sopló sobre ella la Reforma y llevando en sus entrañas el germen emponzoñado, que debía producir más tarde la osada negación de los derechos de Dios y la sacrilega proclamación de la soberanía del hombre, son indecibles los innúmeros errores, que serpeaban por todas partes, los vicios que manchaban la sociedad, las discordias que dividían á las familias, las disensiones que turbaban los imperios; y, sobre todos estos males, los lúgubres vaticinios del Filosofismo incrédulo, que anunciaba la próxima ruina de la Iglesia católica, mortalmente herida por los rayos olímpicos de la nueva ciencia.

Tal era, señores, la fisonomía social y religiosa del siglo XVIII; y tal fué el turbado escenario, en que se alzó la grandiosa figura de S. Alfonso María de Liguorio, suscitado por la Providencia para combatir los errores de la Reforma y prevenir los males de la incredulidad; para consolar á la Religión, restaurando las ruinas acumuladas por la primera y preparándola á resistir los embates de la segunda, con una nueva y poderosa germinación de las virtudes apostólicas. Centinela armado de Israel, fué su pluma espada de fuego con que hirió y dispersó á los enemigos de Dios y conservó incólume el arca santa de las verdades reveladas y de la más pura Moral; ilustre capitán de una milicia sagrada, peleó las batallas del Señor, extendió el reinado del Evangelio y conquistó innumerables almas, que abrazaron gozosas el suave yugo de Jesucristo.

Bajo este doble aspecto, voy á presentarlo, señores, á vuestro corazón agradecido; y no me culpéis de que olvide y calle el angelical candor de su niñez; las palmas que ganó en los certámenes literarios y en las defensas del foro; su noble victoria contra los más queridos afectos de la carne y de la sangre, para consagrar-

se enteramente á Dios; la generosa renuncia de sus derechos de primogenitura; las gloriosas primicias de su sacerdocio; las horribles persecuciones que afrontó, con la tranquila serenidad del justo; los fecundos trabajos de su episcopado y las aflicciones y amarguras que acibararon su alma y acrisolaron su virtud en los últimos años; no me culpéis, señores, porque no basta mi pobre ingenio para encomiar hechos tan grandes, ni caben en un ceñido discurso las alabanzas que corresponden á tan encumbrado merecimiento. ¿Qué puedo hacer, entonces, sino escojer, entre tantas maravillas, las más sorprendentes, y omitir, en el elogio de este hombre extraordinario, una multitud de hechos memorables, que bastarían para inmortalizarlo?

Por esto, señores, aplicando á nuestro héroe las palabras con que la Escritura designa á Juan Bautista, el Precursor de Jesucristo, os lo mostraré como luciente antorcha, encendida por la Providencia, en el firmamento de la gracia, para inflamar á las almas en el fuego de su celo é iluminarlas con la luz de su doctrina: *Ille erat lucerna ardens et lucens.*

¡Oh! gran Dios, que os complacéis en honrar á vuestros santos y en que juntemos sus alabanzas con las vuestras, elevad mis pensamientos y mis palabras á la altura del asunto que voy á tratar, á fin de que todos admiremos la liberalidad de vuestros dones en el héroe cristiano, que has enriquecido con ellos. *Ave María.*

#### INTRODUCCIÓN

Si la memoria de los santos es perpetua y siempre fresca y floreciente, lo es mucho más la de aquellos que han esculpido su glorioso nombre en monumentos inmortales, donde pueden leerlo y venerarlo las futuras generaciones. A esta especie pertenecen la Congregación de misioneros fundada por nuestro santo y sus admi-

rables escritos, frutos de su ardiente caridad y de su vasto saber, Cien años han pasado sobre su sepulcro; pero sus obras, que publican su gloria, son imperecederas, porque sus misioneros se han extendido por todo el orbe, llevando á todas partes el buen olor de Jesucristo, y porque sus libros contienen el maná celestial de la más pura y sólida doctrina.

Prestadme oído atento, señores, para contemplar conmigo virtudes y prodigios, que son la gloria y el consuelo de la Religión.

Es muy grato y honroso para mí ofrecer el homenaje de mi veneración á este santo Pontífice, admirado en todo el universo por la brillantez de su ingenio, por la firmeza de su caracter, por la profundidad de su saber; y querido entre todos los santos por la ternura de su caridad y por la suave y penetrante unción de sus palabras y de sus escritos. Tengo, además, la dicha de alabar á Alfonso, en el primer aniversario centenario de su glorioso tránsito, en el seno de su propia familia, y en presencia de un pueblo fervoroso, que ha cooperado entusiasta á la mayor pompa de esta solemnidad.

I

Feliz mil veces la ciudad de Nápoles, donde vió la luz primera el hermoso niño, que debía reparar tantos males y hacer florecer la Religión y todas las virtudes, que le sirven de glorioso cortejo. Los años de su infancia y de su adolescencia se deslizaron alegres y tranquilos, como las cristalinas aguas de un manso arroyo, en el hogar paterno, en la asiduidad y aprovechamiento de los estudios, en la frecuencia de la oración y de los sacramentos. Su tierna piedad, la pureza sin mancha de sus costumbres, la solidez y la penetración de su espíritu, el candor de su alma, su amor ardiente por la casa

del Señor y un celo prematuro por su gloria, revelaban los secretos designios de la Providencia sobre él y hacían entrever, bajo la toga del magistrado, al futuro Pastor de la Iglesia.

Elevado al sacerdocio, después de haber desdeñado los más ventajosos y honoríficos enlaces y de haber vencido, con la más encantadora humildad, la obstinada resistencia de su padre, fué consumado en ciencia y en virtud. Ardía, como un nuevo Moisés, en deseos de salvar á su pueblo y de volar al socorro de tantas almas abandonadas. Nápoles, su patria, que fué enbalsamada, con el suavísimo perfume de las virtudes, de su juventud y que se trasformó en un santuario, por el ardiente celo del nuevo sacerdote, no fué, sin embargo, el principal teatro de su apostolado. De los campos, de los desiertos, de las chozas, partían gritos lastimeros, que, como dardos penetrantes, herían su compasivo corazón: eran los gemidos de almas hambrientas, que pedían pan y no hallaban quién se los diera. Torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos, considerando el extravío de los pecadores; *exitus aquarum deduxerunt oculi mei quia non custodierunt legem tuam*; un desmayo mortal, semejante al divino desmayo de Jesucristo, invadió su noble alma, viendo el abandono culpable que hacen los hombres de las aguas vivificadoras de la gracia, para encenagarse en la corrupción de sus pasiones: *defectio tenuit me pro peccatoribus dereliquentibus legem tuam*. Entonces, con luz superior y divino impulso, y guiado por el consejo de almas santas y de su director espiritual, resolvió generosamente abandonar el aire de su patria y las dulzuras de su casa, para seguir el ejemplo del divino Redentor, predicando el Evangelio en los pueblos y en las campiñas á los pobres más necesitados y abandonados. Sin dilación alguna, vuela, al punto, en alas de su caridad; y, asociándose algunos celosos sacerdotes, recorre las al-

deas y los campos, exhortando á los pecadores á aplacar la justicia divina, á entrar en el fondo de sus conciencias, á reparar los años de sus extravíos, en la amargura de su alma, á descubrir sus llagas más secretas al médico que debe curarlas. ¡Oh eficacia de la palabra de los santos! Donde resuena su voz, los corazones se quebrantan, llenan el aire los gemidos y los suspiros, corren en abundancia las lágrimas de la penitencia y pueblos enteros vienen á arrojarse á sus pies, hiriéndose el pecho y confesando sus iniquidades. No se oyó por todas partes, sino la noticia de conversiones asombrosas, de enemistades extinguidas y de injusticias reparadas. Parece que el Príncipe de este mundo es arrojado de su imperio: *Princeps hujus mundi ejicitus foras*; porque, en vez de la maledicencia y la blasfemias, no se escuchan sino piadosos cánticos y palabras de bendición. Todas las edades, todas las condiciones, todos los sexos participaron del beneficio de estas predicaciones portentosas, que Alfonso y sus compañeros, insaciables en el trabajo, multiplicaban siempre, sin cansarse jamás.

Tales fueron, señores, el origen y los primeros frutos de la Congregación del Santísimo Redentor, que Alfonso sembró, como el grano de mostaza de Evangelio, en la pequeña ciudad de Scala; que creció y se dilató en breve por todo el reino de Nápoles y los Estados Pontificios; que recibió la bendición y los aplausos de Benedicto XIV; y que es hoy árbol gigantezco, que ha extendido sus ramas, en todas las comarcas de la tierra, convidando sombra y descanso á innumerables pecadores del inmenso rebaño de Jesucristo.

Contempla á tus hijos, ¡oh! venerado Pontífice, desde el trono de luz y de gloria, en que estás asentado; míralos dispersos, de un confín al otro del Universo: son los jornaleros del padre de familias, que rompen con el arado de la predicación la tierra endurecida del

corazón humano, para que reciba las aguas de la gracia y dé copiosos frutos con que enriquecer los graneros de Jesucristo. Muchos de ellos, rendidos por las fatigas del apostolado, han volado ya á compartir contigo las dichas eternas; y el más ilustre de todos, el continuador de tu grandiosa empresa, va á recibir en breve el honor de los altares.

Que una Filosofía incrédula venga á decirnos, ahora, que las congregaciones religiosas son inútiles á la sociedad. Tú sabes y sientes ¡oh pueblo cristiano! que esa es una inícuca mentira. Tú sabes y sientes que eres feliz, cuando Dios, en su misericordia, se digna darte buenos sacerdotes. Porque ellos son, señores, los regeneradores de la moral pública, los modelos de todas las virtudes, los instrumentos de todo bien y como el fermento saludable, que santifica toda la masa social. Y ¿quiénes otros sino los embajadores del cielo podrían pacificar la tierra, curar los corazones ulcerados, extinguir los odios, devolver la conciencia al impío, la probidad al hombre injusto y hacer entrar en su cauce el torrente desbordado de las pasiones humanas? La Historia lo dice, señores: en la hora suprema de la agonía de las sociedades, somos nosotros, es la Iglesia, con sus manos virginales, la que viene á curar las sangrientas heridas de las naciones extraviadas. Por eso, cuando el Señor irritado quiere ejercer, al fin, contra una generación corrompida, sus grandes venganzas le quita los buenos sacerdotes ó le dá sacerdotes que se le parezcan: *sicut populus sic sacerdos* que sean los cómplices ó los mudos testigos de sus crímenes. Entonces, señores, no hay remedio para los pueblos. ¡Oh! Dios del Perú! libra á mi Patria de esta inmensa desgracia. Comprendiéndolo así nuestro santo, no cesó nunca, á instancias del Cardenal arzobispo y de los demás Prelados del reino de Nápoles, de dar conferencias y ejercicios al clero. En esas reuniones santas, se bebía el

celo ardiente por la casa de Dios, el amor á la sana doctrina, la adhesión á las reglas y máximas de la Iglesia, la consagración sin límites á los trabajos y á las fatigas del apostolado. Allí se depuró la elocuencia de la cátedra, dejando los frívolos ornamentos por los discursos sólidos, y venciendo la simplicidad evangélica al arte de los retóricos; allí tomó la predicación una forma augusta y un carácter grave, tocante y persuasivo. Alfonso fué, de esta manera, como el Padre de una nueva generación de sacerdotes, que fueron á encender, por todas partes, el fuego que Jesucristo vino á prender sobre la tierra. Salieron de su escuela una multitud de oradores sagrados, de directores de conciencia, de pastores de almas, de sabios y de obispos, que todo lo renovaron, devolviendo á la Iglesia el esplendor de sus mejores días. *Ille erat lucerna ardens.*

Después de haber admirado su celo, vamos á ocuparnos brevemente de su incomparable sabiduría.

## II

Los ministros del Evangelio no son únicamente la sal, que debe preservar á los hombres de la corrupción del pecado; *vos estis sal terrae*; son, además, dice el Salvador, la luz del mundo: *vos estis lux mundi*, que debe ser vista por todos y alumbrar á todos, como si fuera una ciudad edificada sobre la cumbre de una montaña y una antorcha, no escondida, sino puesta en alto, para iluminarlo todo. Alfonso cumplió, en sumo grado, esta nobilísima misión. Sabía que los labios del sacerdote deben ser los depositarios de la ciencia, para derramarla, en seguida, sobre el pueblo. Por esto, no cesó nunca de leer y de escribir. Sería prolijo enumerar sus escritos, y muy difícil hacer de ellos la apreciación con-

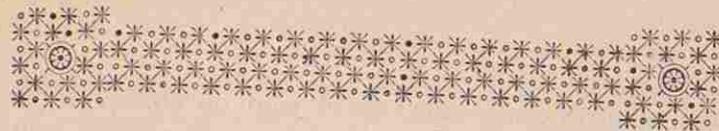
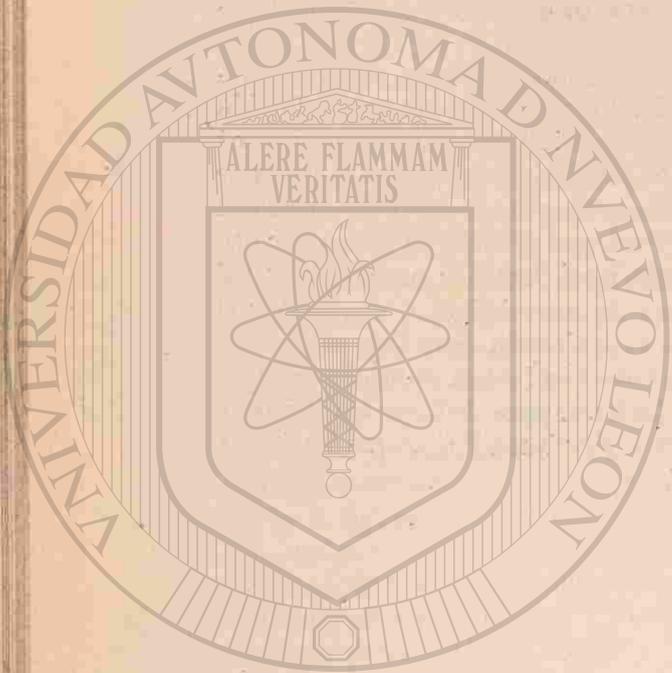
veniente. Pero, no es posible olvidar su teología moral, el grandioso monumento de su sabiduría, que inmortalizará su nombre hasta las más remotas edades. Dos contrapuestas escuelas se disputaban la dirección y gobierno de la conciencia humana: el rigorismo, que estrechaba los caminos de la salud, agravaba el yugo del Señor y arrancaba la esperanza del corazón de los pecadores; y el laxismo, que lisonjeaba las pasiones, aflojaba el justo freno de la naturaleza corrompida y ofendía, con una vana confianza, á la misericordia de Dios. La verdad, como la virtud, se encontraba, en el justo medio. Sobre este axioma fundamental, edificó Alfonso su grandioso sistema del Probabilismo, que, sin relajar nada de la justa severidad del Evangelio, confirmó, en la práctica, la verdad de esta sentencia de Jesús: *Mi yugo es suave y mi carga ligera*. El Jansenismo, esa lepra del Santuario, que ocultaba su deformidad, bajo las apariencias de una austeridad exterior, fué herido de muerte y huyó avergonzado de las escuelas, de los púlpitos y, sobre todo, del tribunal de la Penitencia, convertido por aquella secta en suplicio de las almas, contra la voluntad del Redentor, que lo instituyó, para que fuera el asilo siempre abierto del consuelo y del perdón. Así fué restituída á la ley moral la augusta majestad de su Autor: cuando ella impera claramente, todos deben obedecer, sin que sea lícito á nadie ni exagerar, ni disminuir sus preceptos; pero, cuando ella calla, ó es dudosa, no se puede imitar á los fariseos, á quienes reprendió Jesucristo, porque imponían á la debilidad del hombre un peso abrumador. Sólo Dios sabe, señores, cuantas almas ha salvado S. Alfonso, con su sistema de moral, extraído, con pacientísimo estudio, de las cristalinas fuentes de la tradición católica. No es, por tanto, de extrañar que la autorizada voz de los Pontífices y de los sabios de su tiempo ahogase, con sus aplausos, la destemplada gritería de

unos pocos impugnadores, que no cosecharon otro fruto que poner de relieve la prodigiosa humildad de nuestro Santo. Fué tan rápida la popularidad de su obra que Alfonso vió diez ediciones de ella, durante su vida. Escribió otros muchísimos libros, para defender y confirmar las verdades de la Fe, para la instrucción y reforma del clero, para vindicar los derechos de la Santa Sede y para exitar y cultivar la piedad de los fieles. Así derramó Alfonso sobre el mundo el rocío de la sabiduría, *tanquam imbres*; dejando una memoria eterna y un nombre bendito: *Non recedet memoria*; y mereció la admiración de la posteridad y las alabanzas de la Iglesia..... *Sapientiam ejus*. Así ha sucedido, en efecto, señores. Después de haber sido encomiado por los Pontífices Pío VII y Gregorio XVI, que le decretó los honores de la Santidad, se levantó un clamor universal en el orbe católico, que pedía á la Santa Sede para nuestro Santo, el título y las prerrogativas de Doctor de la Iglesia. Ilustres miembros del Sagrado Colegio, casi todos los obispos del mundo, los superiores generales de las órdenes religiosas, insignes academias Universidades y Capítulos Catedrales y varones de eminente saber, de toda especie y condición, instaron, con súplicas reverentes, al Sumo Pontífice para que adornase, con esta preciosa piedra, la corona de S. Alfonso; y, por un designio Providencial, fué Pío IX, el Pontífice de la Inmaculada Concepción, quien declaró Doctor de la Iglesia universal á este siervo devotísimo de María, á este hijo predilecto suyo, á quien iluminó en la vida, con la luz de su semblante, y consoló en la muerte, con su suavísima aparición: *Ille erat lucerna lucens*.

En resumen, señores: son tan grandes y preciosos los beneficios dispensados por Alfonso á la sociedad y á la Religión que me parece oír un clamor universal, que lo saluda y lo bendice con las palabras que Lamech

dirigió á Noé: *iste consolabitur nos ab operibus et laboribus manuum nostrarum, terra cui maledixit Dominus*: Tú nos has consolado de todos los daños y males con que la Justicia de Dios castigó nuestras ofensas.

A la manera del Sol, señores, que, en su magestuoso girar por el espacio, difunde por todas partes la vida y la luz, así nuestro Santo vivificó con su celo é ilustró con su enseñanza á la generación que tuvo la dicha de poseerlo: y con la misma magestad que el Sol oculta su ardiente disco en el Poniente, teniendo de púrpura y oro los horizontes que deja, para iluminar otros nuevos, así Alfonso, lleno de días y de merecimiento, ungido por el dolor é inmolado por la penitencia, se reclina sobre el lecho del sepulcro, dejando á la Iglesia militante la luminosa estela de sus ejemplos, para brillar con eternas claridades, en la Iglesia triunfante. *Fulgebunt justi sicut Sol in conspectu Dei*.



XLIV

**San Pedro Claver.**

Panegírico pronunciado en la iglesia de San Pedro, el 26 de Junio de 1888, primer día del Triduo, consagrado á honrar la memoria de los tres Santos de la Compañía de Jesús, últimamente canonizados por León XIII.

*Prætio empti estis, nolite fieri servi hominem.*

Ep. I de San Pablo á los Corintios, C. VII v. 23.

Rescatados habéis sido á gran costa; no querráis haceros esclavos de los hombrs.

Tal es, señores, el glorioso programa de la civilización cristiana. ®

La Iglesia católica, encargada de realizarlo en el mundo, no ha cesado de proponerlo á las generaciones humanas de todas las razas y de todos los tiempos, repitiéndoles las enérgicas palabras de' Apóstol: "habéis sido redimidos con el precio de una sangre

divina; no inclinéis más bajo el yugo oprobioso de la servidumbre, vuestras altivas frentes coronadas por la libertad. (1)''

Este grito de guerra, lanzado por el cristianismo, á la faz del paganismo triunfante, estremeció, desde sus cimientos, el gigantesco edificio de la civilización antigua y gastó todos los resortes de la inmensa maquinaria del despotismo, que hacía gemir, en implacables círculos de hierro, todas las libertades humanas.

Fué la Iglesia, señores, quien, arrancando al niño de la tiranía brutal de una paternidad sin entrañas, le restituyó la plenitud de sus derechos y lo confió, como un depósito sagrado, á la familia y á la sociedad; fue ella, la que, purificando á la mujer de las profanaciones, sin número y sin nombre, que deshonraban su alma y ultrajaban su belleza, intimó al hombre que la amase, como á la dulce compañera de sus alegrías y de sus infortunios; que respetara el candor virginal de su pureza y que protegiera, con noble hidalguía, su encantadora debilidad; fue ella, la que visitó amorosamente el humilde tugurio del esclavo y limó, con heroica paciencia, sus cadenas seculares.

Esta última gloria de la Iglesia es la que quiero proclamar, hoy, en alta voz, señores, sin temor alguno á las osadas negaciones é injuriosas invectivas de una filantropía ingrata y desleal, que atribuye á la Religión el patrocinio de la esclavitud y pretende cubrir su propia desnudez con el manto regio del Catolicismo: usurpación y mentira, que huirán avergonzadas ante la luz del Evangelio y los esplendores de la Historia.

Ya conocéis, señores, el tema de este discurso: la Iglesia ha sido la libertadora de los esclavos; á ella se

(1) S. Pablo, en el lugar citado.

debe la abolición de la esclavitud, joya preciosa con que se engalana y atavía la civilización moderna.

Paréceme, señores, que este noble asunto, á la par que muy digno de cautivar vuestra ilustrada atención, corresponde admirablemente á esta clásica solemnidad, consagrada á honrar la bendecida memoria del ilustre apóstol de los negros esclavos; de S. Pedro Claver, glorioso Patrón de la República de Colombia, de esta Patria de mil héroes, que respira, al fin, el ambiente embalsamado de la libertad cristiana y puede celebrar, con inusitada pompa, la exaltación á los altares del humilde jesuíta, que evangelizó su suelo.

Debo demostrar, pues, que la Iglesia ha combatido y extinguido la esclavitud, con la doble influencia de su doctrina y de sus ejemplos, siendo un vivo argumento de esta verdad la admirable vida de S. Pedro Claver.

Pedid á Dios, señores, que nos ilumine y fortifique en el camino, que vamos á emprender, hasta llegar á la gloriosa sima, en que se abrazan y confunden el Espíritu de Dios y la verdadera libertad. *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas* (1).

Invoquemos, con el mismo fin, á María, Madre de Dios y Coredentora del género humano.—*Ave gratia plena.*

I

El cetro de la dominación sobre las almas no corresponde, señores, ni al precario imperio de la fuerza, ni á la seductora fascinación de la belleza, ni al brillo fugaz de la gloria humana. Sólo la verdad tiene el irresistible poder de subyugar á los espíritus y de re-

(1) Ep. II de S. Pablo á los Corint. Cap. 3 v. 17.

tenerlos, en suave y dichoso cautiverio. Sabíalo bien el divino Fundador del Cristianismo, cuando anunció al mundo que la verdad lo libraría de todos los males (1) *Veritas liberabit vos*; y cuando impuso á su Iglesia la nobilísima obligación de predicarla, siempre, en todo lugar y á todas las naciones. *Praedicate Evangelium omni creaturae* (2).

¡Vosotros conocéis, señores, la incansable constancia, el renovado ardor y el glorioso heroísmo con que el Apostolado católico ha cumplido esta divina misión, desde el memorable día en que salió del Cenáculo, bautizado por el fuego del Espíritu Santo. Desde entonces hasta ahora, ha predicado á los judíos y á los paganos, á los ignorantes y á los sabios, á los plebeyos y á los nobles, á los civilizados y á los bárbaros, á los Reyes y á los pueblos; en todas las lenguas y en todas las comarcas de la tierra, sellando mil veces la palabra de sus labios con la sangre de su corazón. *In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terra verba eorum* (3).

Oíd, una vez más, señores, esta admirable predicción: *Omnes vos fratres estis* (4). Todos los hombres somos hermanos. Hijos de un Padre común, que nos trasmitió su sangre envenenada por la culpa, peregrinamos juntos en este destierro, sostenidos por las inmortales promesas del Dios misericordioso, á quien tenemos todos el derecho de llamar: Padre nuestro, que estás en los cielos. *Pater noster, qui est in caelis*, (5). Ningún hombre es, por naturaleza, superior á otro hombre; de manera que toda autoridad

(1) Ev. de S. Juan, Cap. VIII, v. 32.

(2) Ev. de S. Marcos, C. XVI, v. 15.

(3) Ep. de S. Pablo á los romanos, Cap. X, v. 13.

(4) Ev. de S. Mateo, Cap. XIII, v. 8.

(5) Ev. de S. Mateo, Cap. VI, v. 9.

viene de Dios (1), en cuyo nombre, mandan los padres, gobiernan los príncipes, administran justicia los magistrados y dan leyes los legisladores (2). A causa de esta representación divina, el ejercicio de la autoridad es un ministerio sagrado, en bien de los demás (3). A los que mandan se debe obediencia (4), porque en sus frentes se refleja la Majestad adorable de Dios; pero los que obedecen han de ser tratados como hijos queridos, pues uno sólo es el Señor de todos, en cuyo severo tribunal no hay acepción de personas (5). No os llaméis maestros ó señores unos de otros, porque uno solo es nuestro Maestro y Señor (6), el cual, sin embargo, no ha venido á ser servido sino á servir (7). Si hay, pues, alguno entre vosotros que quiera ser mayor que los demás, sea el servidor de todos (8).

Esta enseñanza descendió de las alturas celestiales, como un rayo vengador, que hirió de muerte al cesarismo pagano; y como un bálsamo de consuelo, que llevó la esperanza y la promesa de libertad al corazón de todos los esclavos: del niño esclavo, de la mujer esclava, del doméstico esclavo, del pueblo esclavo. Al fin, señores, la doctrina de la fraternidad cristiana, vigorosamente infiltrada en las venas y en las entrañas de la sociedad por la predicación del Evangelio, hizo caer rotas en mil pedazos, de las nobles manos del hombre, todas las cadenas de la esclavitud.

(1) Ep. de S. Pablo á los romanos, Cap. XIII, v. 1.

(2) Libro de los Proverbios, Cap. VIII, v. 16.

(3) Ep. de S. Pablo á los romanos, Cap. XIII, v. 4.

(4) Ep. de S. Pablo á los hebreos, C. XIII, v. 17.

(5) Ep. de S. Pablo á Efesios, Cap. VI, v. 9.

(6) Ev. de S. San Mateo, Cap. XXIII, v. 8.

(7) Ev. de S. Mateo, Cap. XX, v. 28.

(8) Ev. de S. Mateo, Cap. XX, v. 26.

Se reprocha á la Iglesia la lentitud con que procedió para combatir y extirpar la gangrena social de la esclavitud, olvidando ó fingiendo olvidar que su ministerio era de paz y no de sangre; que no podía estimular la rebelión, sin comprometer el principio de autoridad; que los hábitos seculares de la servidumbre se fundaban en los principios de la filosofía pagana; que la falsa teoría de la superioridad nativa y esencial de unos hombres sobre otros era enseñada por los más ilustres sabios, como Aristóteles, Sócrates y Platón; y estaba, además, sostenida por la riqueza y las pasiones de los nobles y por las leyes y el poder militar del Imperio (1).

Dadas estas condiciones, las saludables máximas de la caridad evangélica no podían, caer sobre el Paganismo como un torrente devastador, que, precipitándose impetuoso, desde la altura de una montaña descuajase los árboles, arrasara los campos é inundara las ciudades; sino como una benéfica lluvia, que refrescase la abrasada atmósfera, cubriera la tierra de un manto de verdura y penetrara suavemente en su fecundo seno, para subir, después, convertida en sávia vivificadora, por mil canales misteriosos, y producir, á su debido tiempo, hermosas flores y sazonados frutos.

Estos frutos, fueron señores, las sabias y prudentes leyes, con que la Iglesia mitigó gradualmente la condición de los esclavos.

Impuso penas rigurosas á los que dieran la muerte ó maltrataran siquiera á los esclavos (2); cubrió con

(1) Algunas de estas razones son igualmente aplicables á las naciones cristianas, donde, por tanto tiempo, ha subsistido la esclavitud.

(2) Concilio Eliberitano del siglo IV—Concilio de Epaona del siglo VI.

la inviolable majestad de sus templos á los infelices siervos que se asilaban dentro de sus muros (1); defendió con energía á los libertos para que no se les volviera á imponer el yugo de la esclavitud (2); derramó generosamente sus ingentes tesoros en el rescate de los esclavos, sin excluir las alhajas de las Iglesias y los vasos sagrados (3); hirió con sus anatemas á todos los que atentaron contra la libertad personal del hombre (4); y, por último, señores, abrió las puertas del santuario, invitó á los esclavos redimidos por su celo á que subieran las gradas del altar santo, ungió sus manos, los cubrió con vestiduras de gloria y los presentó á los pueblos, con la dignidad y los honores del sacerdocio cristiano. (5).

Hizo más, señores: reprobó y prohibió, con la mas santa indignación, el tráfico de los hombres, bajo todas las formas inventadas por la crueldad de la codicia.

Estamos en una época turbada, señores; pero, cuando la posteridad recuerde la abolición de la esclavitud como una de las glorias de la civilización moderna, entonará himnos de agradecimiento al Pontificado romano: á Pio II y Paulo III, á Urbano VIII y á Benedicto XIV, á Pío VII y á Gregorio XVI, que han

(1) Concilio de Epaona ya citado.—Concilio VI de Orleans del siglo VI.

(2) Concilio Matisconense del siglo VI.—Concilio VI de París, del siglo VII—Concilio Toledano III del siglo VI—Concilio Toledano 4o del siglo VII—Concilio Agateno, del siglo VI.

(3) Concilio Matisconense II del siglo VI—Concilio de Roma, del siglo VII—Doctrina enseñada por S. Ambrosio, S. Cipriano y San Gregorio Magno.

(4) Concilio II de Dijon del siglo VI—Concilio de Reims del siglo VII.

(5) Concilio romano, del siglo VI—Concilio Emeritense, del siglo VII—Concilio nono de Toledo del siglo VII—Concilio IV de Toledo.

alzado su voz para condenar el infame negocio de la compra y venta del hombre por el hombre [1].

Señores: yo saludo con respeto á los representantes de las grandes naciones de Europa, que firmaron, en Londres, el famoso tratado contra el tráfico de los negros; pero, permitidme, igualmente, que tribute el homenaje de una entusiasta admiración á los ilustres obispos ingleses, que reunidos en concilio, en la misma ciudad de Londres, siete siglos antes, prohibieron el abominable tráfico de hombres, que se hacía en Inglaterra [2]. No había llegado el tiempo, señores, en que Isabel reina y Papisa de Inglaterra, favoreciera la esclavitud, en las costas africanas; y en que los más valerosos marinos protestantes mancharan sus insignias con el tráfico de esclavos en España y sus colonias [3]. Mas remota estaba todavía la época en que los revolucionarios franceses arrojaron á la faz del mundo la sangrienta ironía de los derechos del hombre y decapitaron á los reyes, á los nobles y á los sacerdotes, para establecer la igualdad, entre todos los hombres.

Corramos un velo sobre estas páginas de sangre y de vergüenza, y reconozcamos que la Iglesia se ha adelantado siempre á las nobles conquistas del espíritu humano; y ha abierto con invencible paciencia fáciles caminos á todos los progresos legítimos de la humanidad.

¡Gloria á la doctrina, que ha devuelto al hombre la dignidad sublime y la libertad santa de los hijos de Dios!

[1] Letras apostólicas de Pío II, en 1482; de Paulo III en 1573; de Urbano 8º, en 1633; de Benedicto 14 en 1741; de Pío 7º, y Gregorio 16, en el presente siglo.

[2] Concilio de Londres, del siglo 12.

[3] Hawkins, Drake, Cavendish.

## II

La Iglesia, señores, á imitación del divino Maestro, ha enaltecido y dado eficacia á su enseñanza, con los más admirables ejemplos. [1].

Poseída y atormentada por la sublime pasión del amor á los hombres, la habéis visto humillar la frente soberbia de los poderosos del mundo, ante los desheredados de la fortuna; ablandar la dureza egoísta del corazón humano, para hacerlo sensible á las lágrimas y á los dolores del pobre; abrir suntuosos palacios donde fueran honradas y consoladas la enfermedad y la pobreza; mecer en sus brazos y estrechar contra su corazón á los inocentes huérfanos que dejan abandonados la muerte, la miseria ó el crimen; buscar á los viajeros y peregrinos, en caminos extraviados ó entre nieves eternas, para ofrecerles hospitalidad; tocar con sus manos virginales, todas las llagas del corazón humano y derramar, por fin, torrentes de beneficios, de su seno maternal, en el abismo de todas las miserias.

Pero nada es todo esto, señores, en comparación de todo lo que ha hecho, para consolar y enaltecer á los infelices esclavos. Sus riquezas, sus honores, sus amenazas, sus lágrimas, sus indulgencias, el sudor de los misioneros y la sangre de sus venas: todo lo ha prodigado para hacer triunfar en el mundo la santa causa de la libertad humana.

Escuchad, señores, el hermoso testimonio de amor y de ternura, con que inauguró S. Pablo esta brillante carrera de abnegación y sacrificio. Escribe á Filemón, intercediendo por un esclavo desertor, y le dice: "Te ruego por mi hijo Onésimo, á quien he ganado

(1) Actas de los Apóstoles, Cap. I. v. 1,

para Cristo en las prisiones.....Recíbelo como á mis entrañas..... no ya como á siervo, sino como á mí mismo.....si te ha hecho algun daño ó te debe algo, yo respondo de todo".

La Iglesia continuó siempre esta noble protección á los siervos y escaló, intrépida, las alturas del heroísmo, en alas de una caridad sin límites. Contempladla, señores, aplicada á esta grandiosa obra.

Gervasio y Protasio, hijos de mártires, dieron su patrimonio á los pobres y la libertad á todos los esclavos de su casa, entregando en seguida sus cuerpos á los azotes y á la segur del verdugo [1]. Paulino, Obispo de Nola, es alabado por S. Agustín, por haber empleado todos sus caudales en la redención de los cautivos y haberse entregado, él mismo, en servidumbre á los bárbaros, para rescatar al hijo esclavo de una infeliz viuda (2). El joven Eligio gastó sus riquezas en comprar á los esclavos que llegaban á Francia, los llevaba á París, los presentaba al Rey y los declaraba libres. El Concilio de Armach, en Irlanda, en el siglo XII, concedió la libertad á todos los esclavos ingleses; y muchos otros Concilios dispusieron que se gastasen los bienes de las Iglesias en la redención de los siervos y que los obispos les dieran cartas de recomendación, en que constase la fecha y el precio de sus rescates, á fin de prevenir su libertad de nuevos atentados (3). Pedro Nolasco, Ramón Nonato, Simón de Rojas y otros mil se entregaron voluntariamente en cautiverio, para redimir á sus hermanos, y sufrieron alegres, las vejaciones y tormentos de amos crueles é implacables. Este generoso heroísmo fué

(1) Breviario romano, lecciones de San Gervasio y Protasio.

(2) Id. Lecciones de San Paulino.

(3) Concilio de Lyon, del siglo 7o.

materia de un voto obligatorio de las Ordenes religiosas consagradas á la redención de los cautivos. Hay muchos apóstoles de la libertad, que no darán un vaso de agua, ni se inclinarán á mirar siquiera, á un infeliz esclavo. Pero los misioneros del Evangelio han ido á buscarlos, como el avaro busca el tesoro perdido, para qué ¿señores? para besar sus cadenas, curar sus llagas, dulcificar su servidumbre, consolar sus infortunios, abogar por su causa, santificar sus almas y enviarlas al cielo á respirar la felicidad de los bienaventurados, en una gloria inmortal.

Ved, señores, á un ilustre joven, que besa, por última vez, el suelo querido de su patria, renuncia á los afectos mas legítimos de su corazón, desafía impávido las tempestades del Océano, arrostra la insalubridad del clima, y va á buscar á tres mil leguas de distancia la única gloria de consolar y de servir á millares de negros esclavos, considerados como la vil escoria del género humano; vedlo y contempladlo, señores; é inclinaos, con respeto, ante esta radiosa figura de la caridad, ante Pedro Claver, que recibe hoy el culto de los Santos.

Pasemos en silencio, señores, la nobleza de su cuna, las virtudes de su infancia, su entrada á la Compañía de Jesús, sus progresos en las ciencias, en los colegios de Mayorca y de Santa Fe de Bogotá, para admirarlo, en el teatro de su apostolado, en la ciudad de Cartagena, cerca de sus queridos negros, que llegaban, á millares, de las costas del Africa.

El tráfico de estos desgraciados hacíase, entonces, en grande escala, de manera que llegaban como doce mil cada año, á quella ciudad del Atlántico, para distribuirse después al continente americano. Los buques que los conducían eran cloacas flotantes, en que yacían confundidos los enfermos y los sanos, hambrientos y desnudos todos, con las almas llagadas por el

odio, y los cuerpos nauseabundos y heridos por la miseria y por el látigo.

Informábase cuidadosamente nuestro Santo acerca de la llegada de estas naves; y, al saberla, iba humildemente de puerta en puerta, pidiendo limosna, para procurarles alimento, vestidos, medicinas y otros regalos con que agasajar á los negros, al mismo tiempo que allegaba en el puerto, carros, camillas y acémilas para conducir á los enfermos y más necesitados. Su presencia á bordo producía en aquellos desgraciados, las más dulces y tiernas emociones. A todos los abrazaba como un cariñoso padre; daba de comer á los hambrientos, vestía á los desnudos, curaba á los enfermos, acariciaba á los niños; y, primero, con signos, luego por medio de intérpretes, que pagaba con sus limosnas, y al fin con sus propias lenguas, que aprendió, con grandísimo esfuerzo, los consolaba á todos y les prometía socorrerlos y servirlos, en todas sus necesidades. El mismo desembarcaba á los más enfermos y fatigados, llevándolos sobre sus hombros. Instalados los negros en sus aposentos, reuníalos Claver, se postraba de rodillas delante de ellos, mostrándoles su Crucifijo, y, con lágrimas en los ojos, les decía que este era el Dios misericordioso, que estaba pobre, desnudo y llegado como ellos, por salvarlos, y que les prometía una gran recompensa, si sufrían con resignación los trabajos y penalidades. En seguida, les enseñaba á santiguarse, repetía con ellos la doctrina cristiana, hasta que todos la aprendieran, preparándolos á recibir el santo bautismo. Así catequizó á cuatrocientos mil negros, en los cuarenta años de su apostolado. Para avalorar debidamente el mérito de tan gloriosa empresa, hay que fijarse en que la ignorancia y superstición de los esclavos, las enfermedades de que adolecían, los repugnantes vicios á que se entregaban, la melancólica desesperación que

dominaba sus almas y los duros trabajos y malos tratamientos que los abrumaban oponían obstáculos casi insuperables á la misión de nuestro santo. Pero la caridad de Claver todo lo vencía, señores, y se hace todo para todos, para ganarlos á todos [1]. Predicaba y confesaba constantemente, curaba á los enfermos, cuyas llagas lavaba él mismo, besándolas muchas veces; auxiliaba á los moribundos, como un angel del cielo, que les mostraba el camino del Paraíso; apaciguaba las discordias, aplacaba la cólera de los amos, y era, á la vez, párroco, maestro, médico y juez de la numerosa colonia de esclavos esparcida en un territorio de muchas leguas.

Así cumplió, señores, nuestro Santo el voto que hizo de consagrarse por completo, al servicio espiritual y corporal de los negros. Unió este voto á los de su profesión religiosa lo escribió; y firmó en seguida: *Pedro Claver siervo de los negros esclavos, para siempre*. Sí, para siempre, señores, porque murió rodeado de sus negros, en la misma ciudad de Cartagena, y voló al cielo á recibir la inmarcesible corona de su Apostolado.

La América ha cosechado los frutos de la predicación de los ejemplos y de las misiones del sacerdocio católico. Los esclavos transfigurados por la Religión fueron sucesivamente objeto de la compasión, del respeto y del cariño de sus amos. Formaron familias honorables, ligadas á las familias de sus señores, mas que por los odiosos vínculos del dominio, por los suaves y nobles de la gratitud y la lealtad; viéndose en ocasiones, el admirable espectáculo de que antiguos siervos de casas opulentas, decaídas por la injuria de los tiempos, diesen pan á sus dueños, con su trabajo voluntario.

(1) Ep. 1.<sup>a</sup> á los Corintios, Cap. 9, v. 22.

La esclavitud no era, pues, sino un nombre y una sombra, sobre todo, en las grandes ciudades, cuando llegó la hora de los políticos y de los legisladores. Libre Dios, señores, de disminuir su mérito, ni de empañar sus glorias; pero reconoced conmigo que encontraron una sociedad preparada por el Evangelio para recibir la saludable reforma sin conmociones ni trastornos.

Hoy, señores, el Sol esplendoroso de la libertad humana derrama sus benéficos rayos sobre todos los horizontes de la América, gracias al celo del Episcopado brasileiro, á la noble Princesa y dignas matronas de vecino imperio, que dieron libertad á sus esclavos, estimulando con su ejemplo al Parlamento imperial á que sancionara por fin, la inspirada ley de la abolición de la esclavitud en el Brasil [1].

Pero la humanidad no está limpia aún de esta asquerosa lepra. Un mercantilismo judaico sostiene todavía este abominable negocio en las abrazadas arenas del Africa y en las comarcas florecientes del Asia. Pero, no temáis, señores, porque no callará el centinela avanzado de los derechos del hombre. León XIII, rodeado por la refulgente aureola de sus bodas de oro, que han sido la verdadera Epifanía del Pontificado, ha levantado su voz, para condenar de nuevo, el tráfico de esclavos, y para declarar, ante el mundo, que, entre los homenajes y obsequios que ha recibido de los soberanos y de los pueblos, con motivo de la fiesta jubilar de su sacerdocio, ninguno ha conmovido más su corazón paternal como la abolición de la esclavitud en el Brasil. [2].

(1) Ley de 13 de Mayo del presente año,

(2) Este documento ha sido un breve resumen por el cable; pero, aún no se conoce su texto completo.

La América te lo agradece, ¡oh ilustre Pontífice! como igualmente la gloria que le resulta de la exaltación de Pedro Claver, siervo y Apóstol de los negros esclavos, á los honores de la santidad; y te lo agradece, con más ardor, porque, cuando tú pronunciabas en el Vaticano el oráculo infalible de la canonización de Pedro, sonó la hora final de la esclavitud en su suelo virginal, y se rompieron, para siempre, las últimas cadenas de la servidumbre. (1)

Gloria por gloria, señores. El Continente americano ha correspondido á la apoteosis de S. Pedro Claver, apóstol de los esclavos, dando al mundo, con la frente radiosa de alegría, esta fausta noticia: Ya no hay esclavos en América.

Se dice, señores, que la República Argentina piensa erigir un monumento grandioso, que perpetúe el suceso trascendental de la abolición de la esclavitud. Yo me asocio, con mi palabra y con mi aliento, á este generoso proyecto, porque, si lo inspira la gratitud y la justicia, la parte más noble y principal ha de tocar á la Religión. (2)

Pero sea de esto lo que fuere, está ya erigido en el mundo el monumento imperecedero de la libertad humana, que no será destruído, ni mutilado, ni falsificado: es la cruz de la redención, señores, que tiene pendiente en sus abiertos brazos, como trofeos de victoria, todas las cadenas de la esclavitud. (3)

¡Oh! Iglesia Santa! Gózate y regocíjate (4). Le-

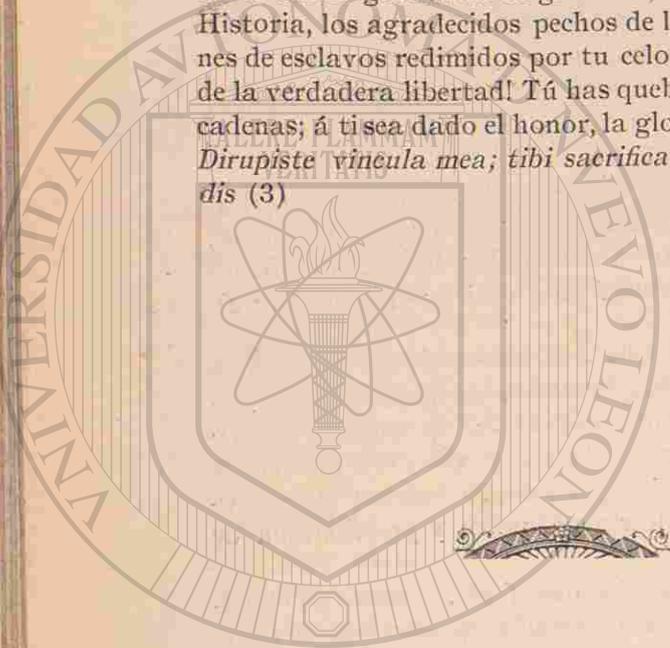
(1) Es una coincidencia digna de llamar la atención la de que el 15 de Enero fué canonizado Pedro Claver, y el 13 de Mayo se dió la ley de abolición de la esclavitud en el Brasil, única región de América, donde quedaba esclavos.

(2) Esta noticia ha sido transmitida por la prensa periódica

(3) Ep. de S. Pablo á los Colosenses, Cap. 2, v. 14

(4) Isaías, Cap. 61, v. 10

vanta tus ojos y ve (1); abarca con tu mirada la extensión de los siglos y la universalidad de las naciones; y abre tus oídos y dilata tu corazón (2), para recibir el himno grandioso de gratitud, con que llenan la Historia, los agradecidos pechos de las inmensas legiones de esclavos redimidos por tu celo. Salve oh Madre de la verdadera libertad! Tú has quebrantado nuestras cadenas; á tí sea dado el honor, la gloria y la alabanza. *Dirupiste vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis* (3)



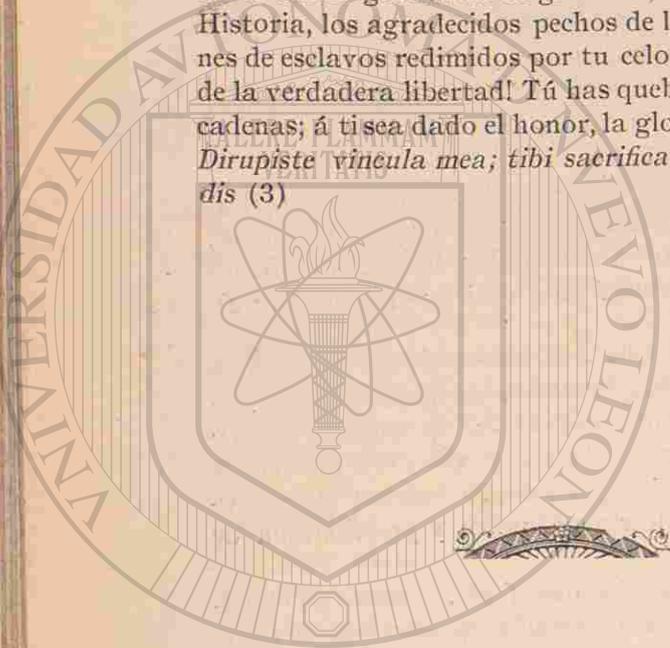
APÉNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

- (1) Íd. Cap. 60, v. 4  
(2) Íd. Cap. 60, v. 5  
(3) Salmó 115, v. 16.

vanta tus ojos y ve (1); abarca con tu mirada la extensión de los siglos y la universalidad de las naciones; y abre tus oídos y dilata tu corazón (2), para recibir el himno grandioso de gratitud, con que llenan la Historia, los agradecidos pechos de las inmensas legiones de esclavos redimidos por tu celo. Salve oh Madre de la verdadera libertad! Tú has quebrantado nuestras cadenas; á tí sea dado el honor, la gloria y la alabanza. *Dirupiste vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis* (3)

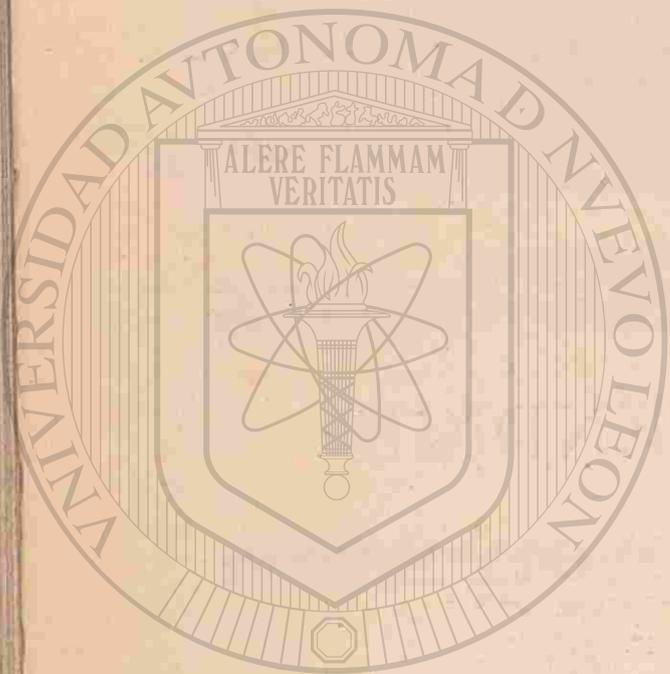


APÉNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

- (1) Íd. Cap. 60, v. 4  
(2) Íd. Cap. 60, v. 5  
(3) Salmó 115, v. 16.



### Oración Fúnebre

Predicada en los oficios solemnes celebrados en el templo de Ntra. Sra. de la Merced el 15 de enero de 1884, en sufragio de los que murieron en las batallas de San Juan y Miraflores.

*Inclyte Israël super montes tuos interfecti sunt. ¿Quomodo ceciderunt fortes?... ¿Quomodo ceciderunt fortes in praelio?... Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma bellica?*

*Los inclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes: ¿Cómo cayeron los fuertes?... ¿Cómo cayeron los valientes en la batalla?... ¿Cómo cayeron los fuertes y perecieron las armas guerreras?*

*Lib. II de los Reyes, Cap. I, Vs. 19 y siguientes.*

Ilustrísimos y Reverendísimos Señores: (1) ®

**T**ALES fueron, señores, los doloridos acentos del cántico fúnebre que entonó Israel, al recibir la triste

(1) El señor Arzobispo de Barito, doctor don Manuel T. del Valle y el señor Obispo de Antipatro, doctor don Manuel Antonio Bandini.

nueva de la derrota de su ejército, de la dispersión de sus soldados y de la trágica muerte de su Rey y de sus Príncipes. (1)

Ilustres y valerosos hijos de Israel! en vuestros escarpados montes y en vuestras fértiles llanuras, os ha dado muerte un enemigo extranjero; (2) *Inclyti Israël super montes tuos interfecti sunt.* ¿Por qué han caído nuestros valientes, derribados por el huracán de la guerra? *¿Quomodo ceciderunt fortes in praelio?* Más ligeros que las águilas, volaron al combate; más feroces que los leones, se arrojaron sobre sus contrarios; *velocióres águilas, leonibus fortiores.* (3) ¿Por qué yacen, pues, en el campo, nuestras armas y nuestras banderas, mientras celebran los enemigos, con estruendosa algazara, la gloria de su triunfo? *¿Quomodo perierunt arma bellica?*

No de otra manera, ha lamentado el Perú, señores, la infausta suerte de sus armas; y Lima, en particular, la horrible hecatombe, que entristeció su cielo, enlutó sus hogares y segó en flor, sus más risueñas esperanzas.

Tres años de dominación extranjera, no le han permitido dar rienda suelta á su dolor, ni pagar á las víctimas el tributo que les debe. Con la altivez de una reina cautiva, ha sufrido el yugo del vencedor; y hoy viene, señores, enlutado el manto real, abatida la serena frente y con el supremo encanto, que el dolor imprime á la belleza, á regar con sus lágrimas, el pavimento del Santuario, y á depositar mil ofrendas, en la tumba de sus héroes.

(1) Libro I de los Reyes, Cap. XXXI, v. 6.—Libro II de los Reyes, Cap. I, v. 3.

(2) Los filisteos, que guerreaban siempre contra el pueblo de Dios.

(3) Libro II de los Reyes, Cap. I, v. 23.

No ha venido sola, señores: sus magistrados y próceres, sus ancianos y sus jóvenes, sus matronas y sus vírgenes, forman el fúnebre cortejo de esta infortunada Reina, que ha dejado todas las galas de su antigua gloria, para vestir el traje de la penitencia y del dolor. (1) Habéis venido todos, señores, á mezclar con el suyo, vuestro amargo llanto.

Os habéis congregados en el templo santo, que es la mansión de la verdad y de la paz, para refrescar la memoria de las heroicas hazañas de vuestros hermanos, é implorar, sobre sus almas, la misericordia divina; y habéis querido que los labios del sacerdote, custodios de la sabiduría y depositarios de la ciencia, (2) consagrasen, con su palabra, esta inmensa tumba, sellada ya con la gratitud de la República.

Y habéis hecho bien, señores, porque la Religión aprueba, bendice y santifica la abnegación militar; manda morir por la justicia (3) y eleva á las sublimes alturas del heroísmo el amor generoso, que dá la vida por sus hermanos. (4)

No era yo, sin embargo, el llamado á representar á la Religión, en estos solemnes momentos.

Quisiera tener, hoy, la vigorosa elocuencia con que glorificó Cicerón á los muertos de la Legión Marcial; la brillantez, con que ensalzó Pericles á los soldados de Atenas, y la ternura dulcísima con que cantó San Bernardo los hechos inmortales de los ejércitos cristianos.

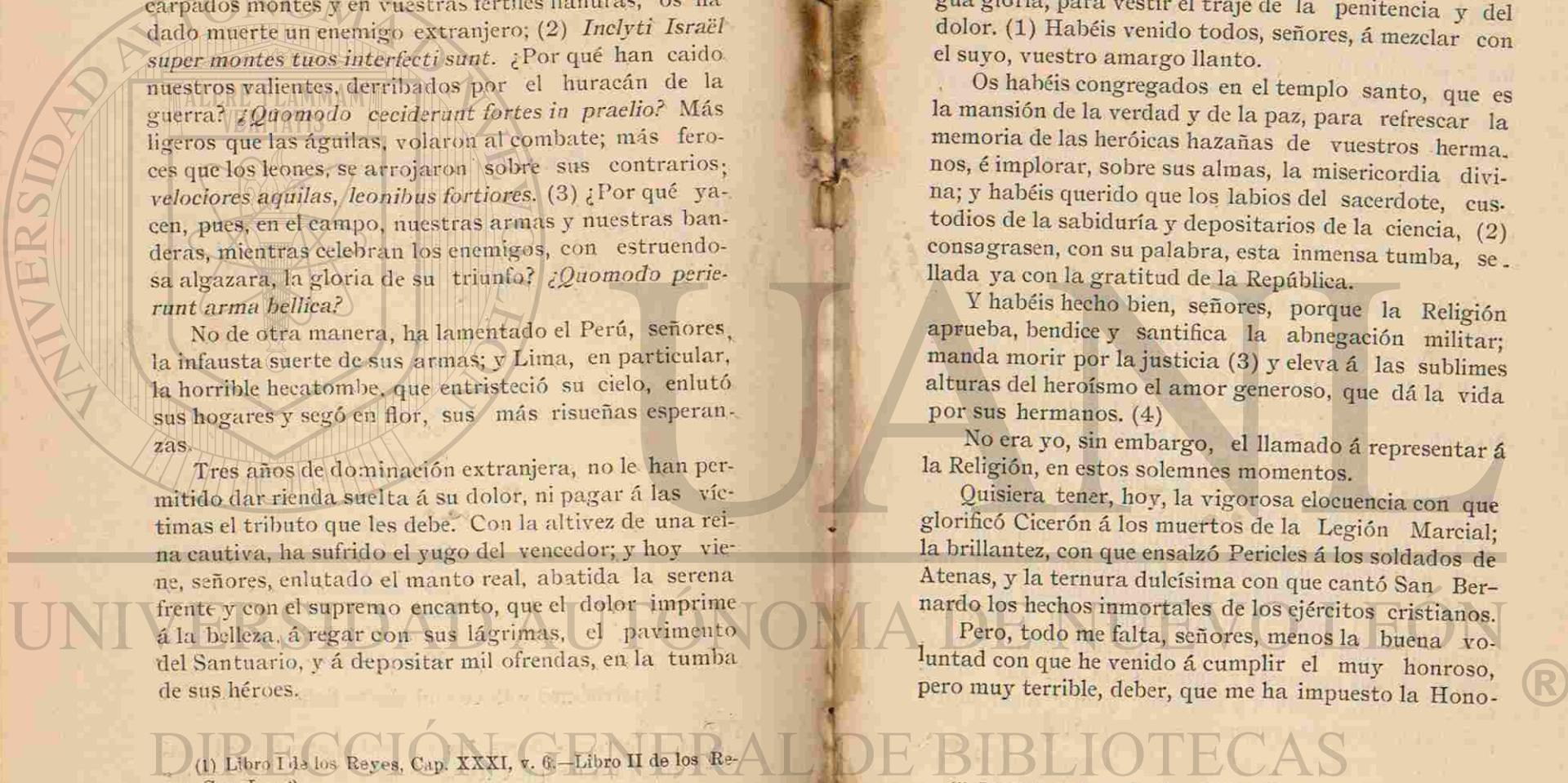
Pero, todo me falta, señores, menos la buena voluntad con que he venido á cumplir el muy honroso, pero muy terrible, deber, que me ha impuesto la Hono-

(1) Profecía de Baruch, Cap. IV, v. 20.

(2) Profecía de Malaquías, Cap. II, v. 7.

(3) Libro del Eclesiástico, Cap. IV, 33.

(4) Evangelio de San Juan, Cap XIII., v. 38.



rable Municipalidad, á quien toca toda la honra de tan grandiosa ceremonia.

La mejor manera de cumplirlo mejor será, pues, no salir de los límites que élla misma me ha trazado, pi-diéndome que tribute un "homenaje á los que rindieron su vida, cumpliendo, heroicamente, el sagrado deber de morir por la Patria." (1)

Tal es el objeto y el plan de este fúnebre discurso, destinado á honrar la memoria de los jefes, oficiales y soldados, que sucumbieron, gloriosamente, en las terribles é inolvidables jornadas de San Juan y Miraflores, el 13 y 15 de Enero de 1881.

Saber morir es, señores, el verdadero secreto de la vida.

Todos morimos, dice la Escritura (2); y del propio modo que las aguas se congregan en la inmensidad del mar, todas las generaciones humanas se juntarán en el arca misteriosa del sepulcro; del sepulcro, señores, mudo, frío, solitario, lleno de pavorosas tinieblas y cubierto con las espesas sombras del olvido y la tristeza. Pues bien: iluminar esas tinieblas con los resplandores de la gloria; grabar en la memoria de un pueblo el impercedero recuerdo de grandes y nobles empresas; imponer á una nación entera el sincero homenaje de la admiración y del respeto, atrayéndola, con irresistible fuerza, al dintel de una tumba querida, para consagrarla con sus plegarias y humedecerla con sus lágrimas: todo esto significa y se llama: morir bien; morir por una gran causa; morir por la Patria.

(1) Oficio de la Comisión Municipal al autor, encargándole esta oración fúnebre.

(2) Libro II de los Reyes, Cap. XIV. v. 14.

Supieron morir, señores, los que, en cien combates desastrosos, volaron á la Inmortalidad, dejándonos como sagradas reliquias, sus ensangrentados restos' Supieron morir los denodados marinos que, en desigual y desesperada lucha, enrojecieron, con su sangre las aguas de Angamos y dejaron al enemigo, en vez de un ariete de guerra, un cementerio flotante. Supieron morir los soldados veteranos que, en Tarapacá y en San Pablo, arrancaron una sonrisa á la fiera y adusta faz de un Destino implacable. Supieron morir los ilustres defensores de Arica, que avergonzaron á la Victoria, con el fulgor de su heroísmo. Supieron morir los milicianos de la Reserva, que formaron la guardia de honor y de defensa de la Metrópoli del Pacífico, y dijeron, como Leónidas: "debemos cerrar, con nuestros pechos, el paso á la ciudad; y resolvemos morir en él." Supieron morir, señores, todos los generosos ciudadanos que han escrito, con su sangre, en los enlutados anales de esta infausta guerra, la inmortal divisa de la dignidad y del honor: *Potius mori quam faedari* (1); *Primero la muerte que la infamia.*

*Opera enim illorum sequuntur illos* (2); por eso, sus grandes hechos los han seguido, como un brillante cortejo de luz y de gloria; por eso, hemos venido, señores, á tributar un homenaje de admiración al heroico sacrificio de nuestros hermanos; y un homenaje de respeto á su memoria, que en sus sepulcros.

I

¿Qué es la Patria, señores? Es un nombre augusto y una cosa sagrada. Es el pedazo de tierra en que se

(1) Proverbio de los antiguos bretones.

(2) Apocalipsis de San Juan, Cap. XVI, v. 13.

meció nuestra cuna y en que yacen nuestros padres; es el hogar querido, en que se deslizaron, tranquilos y felices, los días de nuestra infancia; es el aire que respiramos y la luz que nos alumbra; el árbol que nos da sombra y la flor que nos embriaga: es aquel conjunto de la naturaleza, en que se desarrolla nuestra vida, y que miramos siempre como un paraíso de delicias.

Amamos á la Patria, señores, no porque es rica, ni porque es hermosa, sino porque es madre: nos formó en su seno, nos nutrió con su doctrina y vivimos en la atmósfera de sus tradiciones y de sus glorias.

¡Oh Patria amada! Tanto más amada, cuanto son más crueles tus pesares y más amargo tu infortunio. Tú eres el objeto de todos los amores de mi alma y el centro de todas las alegrías de mi corazón. El ingrato que te olvida, condenado sea á olvido sempiterno; que enmudezca su lengua, sino sufre y llora contigo, en los días de tu aflicción. No así, nosotros, Patria mía. Dentro de tus muros respiramos la libertad y el gozo; fuera de tu seno, estamos tristes y somos cautivos. A semejanza de Israel vencido, en la orgullosa Babilonia, lloramos en silencio, acordándonos de ti; colgamos nuestras liras, porque no podemos cantar en tierra extranjera los cánticos de Sión, y no tenemos otro consuelo que el de sentarnos, á las orillas del mar, para pedir á las olas que traigan hasta tu corazón ¡oh Patria querida! el eco de nuestros lamentos. (1)

Vosotros me comprendéis, señores, todos los que habéis sentido en el alma la punzadora espina de la separación de la Patria.

Estos estrechos vínculos de cuna, de familia, de tradiciones, de afectos, de dolores y de esperanzas, forman la solidaridad de los pueblos y la íntima alianza entre

(1) Salmo CXXXVI.

la generación que vive y las generaciones que pasaron, constituyendo así la fisonomía moral y exclusiva de la sociedad á que pertenecemos.

Así se explica, señores, por qué el sentimiento de la Patria es tan antiguo, tan profundo y tan universal, como el sentimiento de la Religión.

Este dualismo corresponde, adecuadamente, á la doble sustancia espiritual y corpórea de que se compone el hombre; á su doble existencia temporal y eterna, y á la dualidad de sus fines, terreno el uno y ultraterreno el último.

Me parece que no hay hecho alguno mejor comprobado, en la historia de la civilización, que esta alianza de la Religión y de la Patria; por lo cual, no he comprendido nunca cómo el liberalismo moderno pretenda separar la Iglesia del Estado. Para hacerlo, es necesario olvidar la historia y desconocer la naturaleza humana. Luchar contra estas cosas, es imposible é inútil; la separación del alma y del cuerpo, es la muerte, y engendra la corrupción, en todas las esferas de la vida humana.

La antigüedad ligaba indisolublemente la sagrada causa de sus altares y el honor de sus banderas: *Pro aras et focis*.

Amenazado Israel por la invasión del Rey de Siria, inflamaron los Macabeos el patriotismo del pueblo, con esta ardiente proclama: *Es mejor morir en la guerra que ver los males de nuestra nación y de las cosas santas*. (1)

Y entre las maravillosas creaciones de la edad media, ¿no habéis visto, señores, á los monjes soldados, feroces como leones, al sonido del clarín guerrero, y mansos como corderos, al eco suave de la campana de

(1) Libro I de los Macabeos, Cap. III, v. 59.

sus claustros? De tan hermosa institución, quédanos todavía una huella venerable, en las órdenes militares, con que se ennoblece la Europa cristiana.

Todo lo dicho demuestra por qué el mismo resorte que mueve el patriotismo, hace estallar el sentimiento religioso; y por qué, del fondo de todos los corazones y de las entrañas mismas de un pueblo, excitado por la guerra, parte el clamor que pide la victoria á aquella Providencia libérrima, que rige á las naciones con sapientísimos designios.

Ya comprenderéis, señores, la secreta y profundísima causa, que convirtió en un inmenso Santuario y en un vasto Cuartel la Capital de la República.

¡Qué aspecto tan grandioso el que presentaba Lima, en los días que precedieron á las jornadas de Enero! Interrumpida la industria, paralizado el comercio, en suspenso todas las funciones administrativas, la ciudad fué un gran campamento militar en que resonaba, por doquiera, el clarín guerrero, mientras que se elevaba en los templos el incienso de la oración hasta el Trono del Altísimo.

¿Cómo no admirar, señores, el febril entusiasmo, que agitaba todos los pechos, avivado más y más por la llama de un puro patriotismo?

¿Cómo no venerar la unción sublime y la caridad ardiente con que las señoras de Lima elevaron al Cielo sus manos suplicantes y cooperaron, en tan grande escala, á la asistencia y al consuelo de nuestros heridos?

¿Cómo olvidar el celo ardiente de nuestros Obispos y el celo activo de los sacerdotes, que inflamaron el patriotismo de nuestros soldados y purificaron sus almas, para que ganaran, á la vez, la doble palma de la gloria humana y de la gloria del Cielo?

¿Cómo no renovar, hoy, el testimonio de nuestra gratitud á las colonias extranjeras, por toda la parte que tomaron en la organización de las Ambulancias ci-

viles, y por todas las simpatías con que rodearon nuestra causa?

En una palabra, señores: uno sólo era el pensamiento general y en un sólo sentimiento se confundían todos los espíritus: el de la guerra; el de las próximas batallas, que iban á decidir de la suerte del Perú.

“El corazón me dice; exclamaba, el uno, que se perderá la batalla, porque ha palidecido la estrella del Perú; pero, no importa! pelearé y moriré por la causa de mi Patria.....” “Tengo una esposa amada y tiernos hijos, agregaba otro, y el presentimiento de mi muerte; mas, no vacilo, porque la voz del Honor me llama con imperio...” “Prefiero morir, decía un tercero; si la Providencia nos niega la victoria, ¿cómo podría sobrevivir, viendo hollada mi hermosa Lima, por la planta del invasor?.....” (1)

A impulso de estos nobles y levantados sentimientos, pelearon los ejércitos de línea y de reserva, en los inolvidables días 13 y 15 de Enero de 1881; pelearon con esfuerzo, con valor, con heroísmo..... lo demás... ..ya lo sabéis todo, señores: escrito está en las huellas, que ha dejado en vuestros semblantes la mano del Dolor, y en la profunda herida abierta en vuestras almas, por la humillación de la República. Sí, señores, habéis asistido á la humillación de vuestra Patria; habéis visto pasearse, triunfalmente, el pabellón enemigo de río á río, en todo el territorio del Perú; habéis contemplado iluminadas por el incendio las ruinas de ciudades y pueblos, antes florecientes; habéis oído los desgarradores lamentos de poblaciones indefensas, que han sido devoradas por el monstruo feroz y sanguinario de la guerra, como la innoble fiera á su presa..... pero,

(1) Confidencias recibidas por el autor, en el ejercicio de su ministerio.

consolaos, señores! volved vuestras miradas á Miraflores y á Chorrillos.....En Miraflores!.....allí pelearon como leones y rechazaron al enemigo, una y otra vez, y cayeron juntos, sin rendir el alma, el joven y el anciano, el acaudalado y el proletario, el industrial y el comerciante, el magistrado y el simple ciudadano, unidos todos por la noble fraternidad del patriotismo y envueltos en el ensangrentado pabellón bicolor. Y en Chorrillos, señores..... Allí fué disputada palmo á palmo, en larga y recia batalla, la improvisada fortaleza del Morro Solar, tomada á viva fuerza, pero, nó rendida.

No quiero citar nombres, señores, porque los muertos no lo tienen ya, y la Sabiduría prohíbe alabar á los vivos; pero, sí, debo deciros á todos, señalándoos el sendero de honor y de gloria que nos han dejado nuestros héroes: ADMIRADLOS!

## II

La inmortalidad del alma rodea, señores, á la tumba de una aureola luminosa, que impone el respeto.

La Humanidad sabe y siente que la divina arquitectura de nuestro cuerpo será restaurada y gloriosamente embellecida; que las piedras dispersas de este Santuario del divino Espíritu (1) serán reunidas otra vez, para reedificar el palacio de nuestra alma, que el cuerpo humano, sembrado en la debilidad, la corrupción y la ignominia, surgirá de la tierra, como un árbol frondoso, lleno de vigor, de gloria y de inmortalidad; *surget in virtute, in gloria, in incorruptione.* (2)

(1) Trenos de Jeremías, Cap. IV, v. 1.

(2) Epístola I de San Pablo á los Corintios, Cap. XV, vs. 42 y 43.

Sí, señores: Dios resucitará esta carne, "que es la obra de sus manos, el monumento de su Sabiduría, la envoltura de su soplo divino, la reina del universo material, la heredera de sus riquezas, el soldado y testigo de la fe y la hermana del Verbo Encarnado". (1)

De aquí nace, señores, que la profanación de los sepuleros sea mirada con horror y que este delito sea tan raro en los anales del crimen.

Contra el alcázar de los reyes, los palacios de los ricos y el templo mismo de la Divinidad, suelen alzarse en horrible tormenta, las pasiones humanas, movidas por Satán; pero sus olas tumultuosas se sosiegan y enmudecen, ante la frágil cruz que decora los sepuleros. Los ángeles custodios de las tumbas las detienen, señores, en ese grano de arena.....

Así se explica y comprende el honor de que se ha rodeado siempre los restos de los muertos, y la especie de culto que se les ha tributado, en todas las regiones, en todos los pueblos y en todos los lugares de la tierra.

La Iglesia ha dado ejemplo de este culto á los sepuleros y á las reliquias de sus grandes hombres, de los santos, señores, que *brillan como el sol en la presencia de Dios*, (2) y de los cuales *no es digno este mando* (3) descaminado y pervertido. Las piedras preciosas y las perlas del mar, el oro y la plata, los broncees y los mármoles, son los elementos de que se ha valido la piedad y el ingenio de los artistas cristianos, para construir suntuosos relicarios, en que depositar con honor las cenizas de los santos. La Iglesia ha hecho más, señores: ha tomado un poco de polvo santificado por el martirio y lo ha escondido, como en un glorioso sepulcro, en la piedra del sacrificio, para que se junten

(1) Tertuliano, Lib. *De resurrección carnis* Cap. IX.

(2) Evangelio de S. Mateo, Cap. XIII, v. 42.

(3) Epístola de San Pablo á los Hebreos, Cap. XI, v. 38.

y se derramen, místicamente, sobre el Ara santa, la sangre de Jesús y la sangre de sus mártires: *sanguis attigit sanguinem.* (1)

Vosotros comprendéis, señores, la profunda filosofía de este dogma católico, que no es sino la afirmación en el orden de la gracia, del sentimiento íntimo y universal del género humano, que lo ha impulsado siempre á honrar y embellecer la tumba de sus héroes.

La venerable antigüedad se levanta toda entera, para proclamar, con la espléndida magnificencia de sus sepulcros, el culto que se debe á los muertos. Las pirámides de Egipto y el mausoleo de Adriano, las necrópolis y las catacumbas están allí para demostrarlo.

¿Cuáles no han de ser, entonces, el honor y la veneración con que la Patria agradecida debe rodear el sepulcro de sus mártires?

La Sociedad de Beneficencia pública de Lima ha pagado esta sagrada deuda, erigiendo un monumento fúnebre, que inmortalice la memoria de las víctimas, y en el cual se junten sus sagradas cenizas. Así, señores, se cimentará, en la paz de los sepulcros, la santa fraternidad sellada en las batallas, (2) y podréis llevar á vuestros hijos para que lean, uno al lado del otro, los nombres de los héroes.

Este honor y muchos más se les debe tributar, porque no hay homenaje que iguale á su virtud.

¡Oh Patria querida! En la hora suprema de tu dolor y de tu esperanza; cuando un enemigo victorioso, ufano con sus triunfos, se acercaba ya para hundir en tu corazón su vencedora espada, dirigiste á tus hijos la mirada suplicante y los tiernísimos acentos con que la madre de los Macabeos los invitó al martirio: *Peto*

(1) Profecía de Oseas Cap. IV, v. 2.

(2) Responsorio 8.º del oficio de muchos mártires.

*nate.* (1) A ti clamo, oh juventud de Lima, mi honor, mi gloria y mi corona! Levanta tus ojos y vé: (2) tras de esos montes, en cuyas faldas vela en zozobra la hermosa ciudad de tus placeres, allí se encuentran los enemigos de mi nombre y de mi gloria..... Muy cerca están: pueden oír la voz de tus campanas y hasta ti puede llegar el eco de sus clarines. Vé, pues, sin tardanza, al campo del honor; déjalo todo por servirme: eres el hijo mimado de una anciana venerable, el báculo de su vejez y la gloria de su fecundidad; eres el consuelo y la delicia de una tierna esposa, tesoro de encantos para tu corazón; una corona de ángeles, que te llaman padre, circunda tu alegre mesa y te colma de caricias; no importa! Mi amor domina todos los amores. Vé, pues, á la muerte, *suscipe mortem*, para sellar, con tu sangre, el último y generoso esfuerzo que debo hacer para salvarme.

Y diciendo adiós! al brillo de las riquezas, á la seducción de los honores, al halago de los placeres, al encanto del hogar, fueron, señores, los ciudadanos de Lima á pelear como valientes, y á morir como buenos, en las crüentas batallas del 13 y 15 de Enero de 1881.

En un inmenso lago de sangre, siniestramente iluminado por los resplandores del incendio, quedó flotando, señores, el Pabellón de la República; de allí lo recogió el vencedor, para que flamease el suyo en el Palacio de Pizarro: *effuderunt sanguinem, tanquam aquam in circuitu Jerusalem* (3) .. los corceles enemigos trotaron impetuosos sobre una montaña de calcinados escombros y mutilados cadáveres. *Et non erat qui sepeliret*; y no hubo quien sepultara á las muertos; sus cuerpos, como los cuerpos de los santos, fueron co-

(1) Libro II de los Macabeos, Cap. LX, v. 4.

(2) Profecía de Isaías Cap. LX, x 4.

(3) Salmo LXXVIII, vs, 2 y 3.

diciado pasto de las aves del cielo: *Posuerunt morticina servorum escas volatilibus coeli*; hasta que la tierna piedad de las esposas y de las madres, de los hijos y de los hermanos fue allí á remover ruinas y á separar muertos, para buscar, como el avaro busca su tesoro, los queridos restos del esposo y del hijo, del padre y del hermano, y traerlos, por entre las tristes y solitarias calles de la ciudad, hasta el lugar de su descanso.....

Basta, señores.

No puedo sondear, por más tiempo, las profundas heridas de vuestro corazón y del mío; sólo me queda aliento para deciros, mostrándoos el sarcófago, que cubre esas sagradas cenizas: VENERADLAS!

¡Dios del Perú! De todos los ángulos de la República se ha elevado hasta tu excelsa Trono el mismo angustioso clamor, con que tu pueblo te pedía que defendieras y protegieras la sangre de tus santos: *Quare non defendis sanguinem nostrum?* Y han recibido la misma respuesta: *El acceperunt divinum responsum*; esperad un poco de tiempo más: *sustinete modicum tempus, donec impleatur numerus fratrum vestrorum* (1), hasta que se complete el número de vuestros hermanos.

Ya está lleno, Señor, ese número misterioso, que sólo Tú conoces; la sangre de la expiación desborda ya en el cáliz de tu ira; (2) y esa sangre no pide venganza, sino misericordia y perdón para el Perú. Yo soy su personero, Señor, en este momento solemnísimos; permíteme, pues, subir, como Moisés, á la montaña santa, pa-

(1) Responso 2.º del oficio de los Santos Inocentes.  
(2) Salmo LXXIV.

ra decirte, en nombre de mi Patria: ¡Oh Dios justo y amoroso Padre! que no castigas sino para tener misericordia, (1) salva á tu pueblo, y bendice á esta porción querida de tu herencia. (2) Oye la voz de esta ciudad atribulada: *Vox in Rama audita est*; no tienen ya medida su llanto y sus gemidos: *Ploratus et ululatus multos*; sólo Tú, Dios de bondad, puedes consolar á esta infortunada Raquel, que no quiere consuelo, porque busca á sus hijos y no los encuentra: *Raquel plorans filios suos et nolui consolari quia non sunt*. (3)

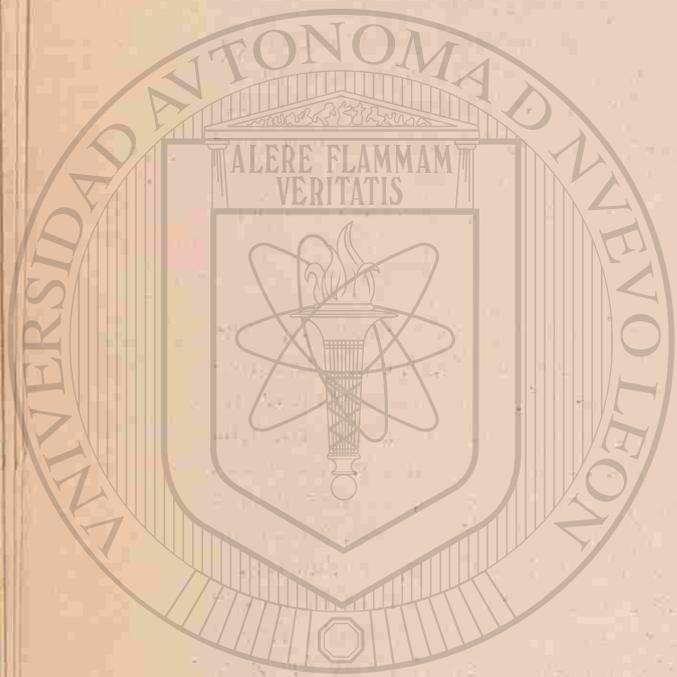
¡Ángeles tutelares de la República! y vosotros, Santos Protectores del Perú! Rosa virginal, con que embelleció Lima los jardines del Esposo; ilustre Pastor de este rebaño escogido; celoso y santo Misionero, que sembraste en esta tierra la divina palabra: descendel del Cielo para recoger, en vasos de oro, las plegarias y las lágrimas de este pueblo agradecido, en favor de sus hermanos; y subid de nuevo al Empíreo, en alas de los vientos, á presentar á la Misericordia divina la suprema oración de la esperanza cristiana: *A porta inferi: libera. Domine animas eorum. Requiescant in pace Amén* (30).

(1) Salmo LIX, v. 3.

(2) Salmo XXVII, 9.

(3) Evangelio de San Mateo, Cap. II, v. 10.

(4) Preces del oficio de Difuntos.



## DOCUMENTOS Y JUICIOS DE LA PRENSA

relativos á la oración fúnebre anterior

*Lima, 2 de enero de 1884.*

Ilmo. Monseñor D. D. Manuel Tovar.

Monseñor:

La Municipalidad de Lima, interpretando el sentimiento unánime de la ciudad, ha decretado un servicio fúnebre en honra de las víctimas de San Juan y Miraflores, el cual tendrá lugar el 15 del presente en la Iglesia de la Merced.

La comisión encargada de arreglar el programa, desea vivamente que se pronuncie en este acto una oración fúnebre en homenaje, á los que rindieron su vida, cumpliendo heroicamente el sagrado deber de morir por la Patria; y cree que US. I. es el llamado á interpretar en la cátedra sagrada la respetuosa veneración con que Lima recuerda á esa pléyade de valientes que sucumbieron en adversa jornada para nuestras armas, así como, que este tema fecundo en enseñanzas para la presente y futuras generaciones, es digno de la levantada inspiración y de la elocuencia que se complace en reconocer en US. I.

Esperando la comisión que U. S. I. aceptará la parte que le toca en esta ceremonia, se anticipa á expresarle su profundo reconocimiento por la valiosa cooperación de U. S. I. y le ofrece el testimonio de sus respetos y consideraciones.

Dios guarde á U. S. I.

LUIS ROCA Y BOLAÑA.

J. A. MIRÓ QUESADA

Lima de enero de 1884.

Señores miembros de la Comisión encargada de preparar el oficio fúnebre, en obsequio de las víctimas de San Juan y Miraflores,

He recibido el estimado oficio de U. S. I., fecha de ayer, por el cual se han dignado encomendarme que pronuncie la oración fúnebre, en los oficios solemnes que la H. Municipalidad de Lima ha decretado que se celebren el 15 del corriente, en obsequio de las víctimas, que sucumbieron en las batallas de San Juan y Miraflores.

El H. señor Alcalde municipal y el señor Presidente de la comisión conocen los graves motivos que me impulsaban á no aceptar el alto honor confiado á mi ministerio; pero su bondadosa insistencia, manifiesta en el oficio que contesto, publicado ya, en la prensa de anoche, me decide á admitir, aunque lleno de temor, el nobilísimo encargo de interpretar el duelo de la ciudad de Lima, en la fúnebre ceremonia arriba indicada.

Muy inferior en todo á la sagrada misión que se me confía, sólo puedo ofrecer al H. Concejo municipal, el contingente de mi buena voluntad, para cooperar á la ejecución del grandioso pensamiento, que le ha inspirado su patriotismo.

Contestado ya el oficio de U. S. I., sólo me resta significarles mi agradecimiento, por los benévolos cuanto honrosos conceptos con que han querido favorecerme.

Dios guarde á U. S. I.

MANUEL TOVAR.

MUNICIPALIDAD DE LIMA

ALCALDÍA

Lima, 28 de Febrero 1884.

Á Monseñor Dr. D. Manuel Tovar.

Monseñor:

La Municipalidad de Lima, afanosa por perpetuar la memoria de los que sucumbieron en defensa de esta ciudad y de la honra nacional, y persuadida de que la magnífica oración fúnebre que pronunció U. S. I. consagrada á encomiar su patriótico sacrificio, será, en todo tiempo, una de las más brillantes páginas de la historia de nuestras pasadas desgracias y un monumento en el que leerán las futuras generaciones el culto que tributa la presente á los mártires de la Patria; ha resuelto publicar en edición especial el discurso de U. S. I., que ha de figurar siempre entre los sobresalientes de su género, tanto por su altísimo objeto, cuanto, y principalmente, por que en sí mismo lleva el sello y los caracteres de la inmortalidad.

La Corporación que tengo á honra presidir me ha encargado ofrecer á U. S. I. cien ejemplares de la predicha edición, y reiterarle á la vez, aprovechando de esta coyuntura, la expresión de su reconocimiento por la parte que U. S. I. tomara en la realización de su pensamiento y el realce que diera á la ceremonia preparada por ella.

Permítame igualmente U. S. I. que aproveche la

ocasión para darle público testimonio de la particular estimación y aprecio con que soy de U. S. I. obediente servidor.

Dios guarde á U. S. I.

LUIS ROCA Y BOLAÑA.

**La oración fúnebre de la fiesta del 15.**

(EL BIEN PÚBLICO de enero 17 de 1884).

Unimos nuestros modestos aplausos al coro de encomios, que unánimemente han pronunciado, cuantos han leído ú oyeron la palabra de la Iglesia salida de la boca del ilustrado doctor don Manuel Tovar.

Ese documento honra á su autor, honra á la Municipalidad que lo escogió para tal obra y honra al país que cuenta con inteligencias tan poderosas.

En la oración fúnebre hay toda la severidad que necesita la palabra sagrada para imponer, toda la magestad de ella, toda la dulzura de la divina religión de Cristo y toda la sencillez y poesía del dolor.

Merecido es, pues, á no haber otra recompensa, el voto de gracias que la Honorable Municipalidad le ha dado en el día de hoy.

(LA OPINIÓN NACIONAL de enero 18 de 1884).

La Municipalidad ha acordado un voto de gracias á Monseñor Tovar por su oración fúnebre del 15.

Es la ratificación oficial del voto de gracias que la sociedad toda había ya otorgado al eminente orador.

Los fastos de la cátedra sagrada, las tradiciones de la elocuencia patria, los anales de la ciencia y de las letras, han recibido, y guardarán con orgullo, ese documento, como el primero entre los primeros, del talento

peruano. Nada hay que pueda comparársele, y los Bossuet, y los Dupanloup, y los Félix, tendrán que ver asociado á su celebridad, el nombre de un compatriota nuestro, modesto hasta ayer, pero que hoy vuela á las regiones encumbradas de la fama.

No exageramos, ni nos inspira otro sentimiento que el de la justicia, iluminado, eso sí, por el entusiasmo más fervoroso y hasta agradecido.

Pero la Municipalidad no lo ha hecho todo: debe algo más á Monseñor Tovar.

Le debe una medalla conmemorativa: le debe la publicación en diversos idiomas y en la prensa del mundo, de su magnífica obra; le debe, en fin, cuanto puede extender la magnificencia de ese triunfo, que si es de él, es también del Perú.

Nosotros no cedemos el honor de la iniciativa y en apoyo de ella, nos ofrecemos para la tarea que quiera encomendársenos.

Creemos también que nuestros colegas de la prensa se asociarán á la idea y á la oferta, para que con nuestros elementos, nuestras relaciones, y nuestros esfuerzos pueda realizarse el pensamiento propuesto y que no dudamos acojerá la Municipalidad.

Honremos al que tan admirablemente ha honrado á nuestros mártires!

(LA PRENSA LIBRE de enero 21 de 1884).

Las grandes obras literarias no nacen nunca sino en tiempos señalados y cuando las sociedades poseen la suficiente inspiración para producirías: tales fueron los siglos de Augusto y de Luis XIV, los de Isabel la Católica y los de la reina Ana, y para nosotros, la era de nuestra independencia, el 2 de mayo de 1866, y nuestras últimas batallas del 81 que con la oración fúnebre

pronunciada el 15 del presente por Monseñor Tovar, ha señalado el nacimiento de un nuevo período de esplendor para nuestra literatura, abriendo con llave de oro el paraíso del Dante para mostrarnos el libro de la inmortalidad en donde están inscritos los nombres de nuestros mártires, y dar un vasto campo al elevado número de nuestros vates.

Para que una nación sea intelectualmente grande, hay necesidad de poseer ideas grandiosas y dominantes.

Se requieren fe y amor.

Los pueblos modernos alejados de la firmeza antigua de sus creencias, por mil causas inútiles de recordar, apenas comprenden la elocuencia sagrada.

La unidad de doctrinas nos parece cobardía, servidumbre.

A nuestros abuelos sucedía lo contrario: el genio y la fe eran para ellos un principio de vida.

Creemos nosotros que la variedad y el análisis indefinido, son las únicas pruebas de la independencia humana; cuando nuestros antepasados la entreveían en la asimilación de las ideas y de las fuerzas.

De ahí que la época moderna tiene muy poco que pueda compararse con las obras maestras de la antigüedad; por que siempre la fantasía de un individuo tiene que estar privada por su mismo aislamiento de realidad y solidez.

En las diversas facetas de la historia literaria se ha aceptado generalmente, que en lo que en los antiguos llamaban género demostrativo, ninguna obra más difícil que una buena oración fúnebre.

Elogiar después de su muerte á aquellos hombres eminentes que Dios coloca en el mundo para nuestra edificación ó nuestro escarmiento es sin duda tarea delicadísima y que requiere gran tino y habilidad para ensalzar las verdaderas grandezas de los que fueron, y

humillar la vanidad de los vivos, sin peligro de falsas interpretaciones.

Esta dificultad ha aumentado considerablemente en nuestros días, si se tiene en cuenta esa tendencia general á destruir las desigualdades sociales que elevan á los hombres los unos sobre los otros.

Bossuet, el primero de los oradores franceses, el orador que con mas elocuencia supo explicarnos las misteriosas contradicciones que se albergan en el corazón de los héroes, y que con tanto talento sabe glorificar la majestad sublime de la muerte; no tuvo que luchar con estos obstáculos, porque las ideas disolventes estaban todavía en su germen, y no habían alcanzado el progresivo desarrollo que se nota en el presente siglo.

Ahora bien: sin establecer paralelos exagerados, ni dejarnos llevar de la profunda emoción que nos ha causado la lectura de la magnífica obra de Monseñor Tovar, podemos afirmar sin temor de equivocarnos que ha triunfado brillantemente de todas las dificultades, colocándose á la altura de los mejores oradores modernos.

La obra de Tovar no es, en nuestro concepto, una oración fúnebre, sino mas bien un conjunto de bellísimos poemas perfectamente enlazados; una tristísima elegía llena de inspiración y de sentimiento; un drama católico ante todo, pero católico de una manera profunda, ardiente y delicada.

Su estilo claro y brillante en su conjunto es magnífico y arrebatador en ciertos pasajes y con un sentimentalismo lleno de dulzura levanta el espíritu del lector para elevarlo al cielo.

El orador ha sido feliz hasta en la elección del texto de su discurso. ¿Quién no se siente profundamente conmovido al leer aquellas melancólicas palabras del libro de los Reyes, tan aplicables á nuestra situación

“Quomodo ceciderunt fortes in praeli? Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma belica?.....

El exordio es para nosotros inimitable, rico de imágenes, elegante en la forma y lleno de elocuencia, el orador trasmite al auditorio las inspiraciones de su alma y las emociones de su corazón.

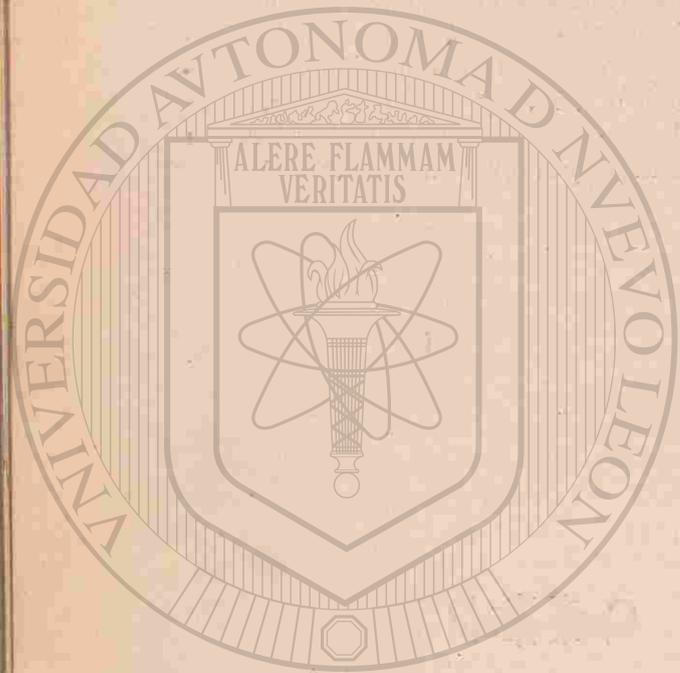
En el resto de su discurso Tovar tiene rasgos hermosísimos que dan una muestra de su rica imaginación templada en las fuentes de la filosofía cristiana. El fuego que le anima brilla sobre los altares, de ahí toma su luz clara, vivificante, apacible, marcha llevando por lábaro el cenotáfico de la tumba de nuestros mártires é iluminado por la sublime idea de la inmortalidad, fuente inagotable de consuelo.

La oración fúnebre es una obra esencialmente poética, y tenía que serlo, dada la situación del orador, la fecha que conmemoraba, el aspecto del templo y la actitud conmovedora del auditorio. Probar la noda de la grandeza humana, describir la muerte gloriosa de nuestros héroes elevarse á la idea de la inmortalidad y entonar un himno fúnebre en loor de las víctimas del patriotismo; he ahí el resumen de esta obra magnífica cuya lectura constituye hoy el encanto de todos los peruanos.

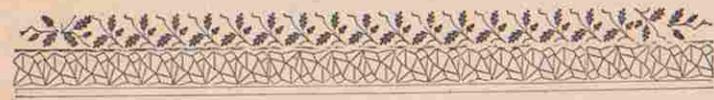
Diremos, pues, á su autor lo que Mr. Guisot dijo en cierta ocasión á un célebre orador francés:

“No habéis tardado en probar que vuestro talento era tan flexible como rico: habéis entrado con los vivos en íntima conversación sobre ellos mismos, fuisteis llamado á hablarles de nuestros ilustres soldados, políticos y oradores. ¡Qué modelos teníais y de que temor no debía embargaros su nombre! Nunca los grandes de este mundo, grandes por su valor ó su nacimiento, han hallado al bajar al sepulcro una voz parecida á la de Bossuet para glorificarlos delante de los hombres. Este genio sublime hubiera inmortalizado las muertes

mas obscuras, si se hubiese encargado de proclamarlas. Estoy cierto que le admiráis como nadie, pues en el mismo camino os habéis mostrado su aprovechado discípulo.....La Providencia parece haberos deparado muertes dignas de vuestro talento, y vuestra inspiración se ha manifestado digna de esa elección, habiendo sido ante los sepulcros tan feliz y tan concertada, como había sido abundante y ardiente en vuestras luchas con las pasiones de la tierra y el olvido de Dios.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ÍNDICE

	PÁGINAS
Ascensión del Señor.....	3
El sacerdocio católico.....	11
Santísimo Sacramento.....	23
San Francisco Solano.....	37
San Ignacio de Loyola.....	49
Asunción de la Santísima Virgen.....	63
Terremoto é inundación del Sur de la República....	73
Santa Rosa de Lima.....	83
San Andrés, Apóstol.....	91
San Luis Gonzaga.....	103
Santo Toribio de Mogrovejo.....	117
Grandeza de María.....	127
Asunción de la Santísima Virgen.....	141
Patrocinio de la Santísima Virgen.....	143
San Andrés.....	145
El respeto humano (primer aspecto).....	155
El respeto humano (segundo aspecto).....	169
El respeto humano (tercer aspecto).....	181
La lectura de malos libros.....	195

PÁGINAS

El pecado.....	211
La penitencia cristiana.....	223
La Iglesia (sus dolores y tristezas).....	239
La Iglesia (sus luchas).....	253
La Iglesia (sus triunfos).....	269
Las humillaciones de Jesucristo.....	275
La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	291
San Félix de Valois.....	303
Dolores de la Santísima Virgen.....	305
La Inmaculada Concepción.....	311
Vida de Jesucristo.....	321
Glorias de María.....	335
La comunión frecuente.....	337
La infalibilidad del Papa.....	339
Jesucristo cordero de Dios.....	341
El matrimonio cristiano.....	343
La Asunción de la Virgen.....	349
El respeto humano.....	351
El desposorio de Santa Rosa y la comunión eucarística.....	359
Nuestra Señora de Lourdes.....	361
La fe de San Pedro.....	363
El templo católico.....	365
La santidad del matrimonio.....	371
San Alfonso María de Ligorio.....	377
San Pedro Claver.....	389
Apéndice.....	405



ERRATAS NOTABLES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
17	14	ortalecido	fortalecido
77	9	biaré	cambiaré
79	29	etso	esto
99	19	an	San
104	32	osa	cosa
126	9	cordem	corde
147	35	soreh	sobre
155	3	15 de marzo	1 de marzo
201	7	error?	error, empeñado en tan abominable empresa?
220	30	solicitarle	solicitar
251	20	pesares	placeres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

